La Sociedad Japonesa

por

Andrés Bellessort

Edición Ilustrada



Biblioteca Universal

-Montaner y Simon- Editores.







LA SOCIEDAD

JAPONESA


FA'L:SABER

LA SOCIEDAD

JAPONESA

USOS, COSTUMBRES, RELIGIÓN, INSTITUCIONES, ETC.

POR ANDRÉS BELLESSORT

Obra premiada por la Academia Francesa

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255

1905



PREFACIO

—Usted, que viene del Japón, háblenos del «peligro amarillo.»

—Es un peligro muy agradable.

—¡Pero serio!

—Muy serio. Se puede, en rigor, no querer á los japoneses, pero se experimenta su encanto. Su tierra es mujer y consigue embrujarnos. Se deja uno allí de sí mismo más de lo que hubiera querido y se vuelve con el alma encantada.

—Muy bien; pero esos seductores equipan barcos de guerra y ponen en línea centenas de miles de hombres: ¿no hay en esto un peligro para Europa?

—En efecto; los japoneses nos han desposeído ya de nuestra omnipotencia en sus propios mares y hoy no podríamos disputarnos jirones de la China ó los ministros de la Corea sin pedirles permiso ó sin asegurarles, al menos, una parte en los beneficios. ¡Pobre Europa! ¡Los tiempos son duros!

—Pero Inglaterra los mira con buenos ojos. Esa soberbia aislada, cuyos hijos los han despreciado tanto, se humaniza, acepta su alianza y sin duda encuentra en las ganancias que así obtiene un consuelo á sus largas desgracias.

—Acaso haya que compadecer á los pueblos que se alían con Inglaterra. La política inglesa irá ganando más que los intereses japoneses. Por otra parte, esa alianza nos parece bastante digna

de consideración, y si sus consecuencias son todavía obscuras, hay una al menos que se puede ya prever y lamentar, y es que los *pequeños Japs*, como los llaman en Londres, revienten de orgullo.

—Sí, pero ¿no se expone nuestra industria á ser perjudicada por los productos ingeniosos y medianos con que los japoneses inundan los mercados del Extremo Oriente?

—Es cierto que no les falta malicia ni habilidad y que hasta son irresistibles en el arte de falsificar las cosas; pero no hay que olvidar su pobreza y que no se conquista el universo solamente con cajas de fósforos. Esa facilidad de imitación, que asusta á nuestros industriales, debía, por el contrario, tranquilizarlos. Los japoneses nos imitan: durmamos tranquilos. El peligro amarillo existe para los amarillos, y se llama «el peligro blanco.» Bismarck dijo una vez á un hombre de Estado japonés: «¡Cómo! ¿No esperan ustedes que su pueblo les haya puesto el puñal al pecho para darle un Parlamento? ¿Están ustedes locos?» Y el hombre de Estado le respondió: «Ustedes le tienen; ¿por qué no hemos de tenerle nosotros?» Una vez abierto el Parlamento, los diputados hicieron escandalosos chanchullos. «¡Qué vergüenza!,» exclamaron algunos japoneses envejecidos en su antigua austeridad. Y los miembros del Parlamento les respondían: «¿No cobran cheques los diputados en América y en Europa? ¿Sí ó no?» Han instalado talleres y manufacturas. Pero ¿organizan nuestros obreros sindicatos y huelgas? Los proletarios japoneses han entablado ya las hostilidades contra el patronazgo. Mañana, pasado mañana, dentro de cincuenta años, no sólo el Japón tendrá que habérselas con las mismas dificultades y las mismas angustias que los países de la vieja Europa, sino que tendrá que resolver los más graves problemas que pueden plantearse en el alma de una nación. No se agitan en vano los Derechos del Hombre sobre la cabeza de un pueblo en el que veinte siglos de sacrificio á la comunidad habían pulimentado tan suavemente al individuo, pues caen en él gérmenes de rebelión y de dolor. Y como la prosperidad industrial de un país no es, en suma, más que una de las fases de su salud moral, no creo que el Japón, trabajado en su vida social, familiar y política, haga correr grandes riesgos al formidable conjunto de herramientas de los Estados Unidos ni siquiera á la antigua supremacía europea. En este momento desempeña, y desempeñará todavía mucho tiem-

po en los mercados del mundo, el papel de un pequeño fabricante muy astuto, que lleva consigo su pacotilla, se desliza entre las piernas de los ingleses y de los alemanes, pasa por todas partes y divierte á la clientela con sus lindos relumbrones. De este modo comienzan á veces las grandes fortunas, pero sería preciso para ello que nuestro buhonero tuviese economía y perseverancia y que ya que posee la fiebre de los negocios, poseyese también el genio. Ahora bien: me ha parecido que su actividad no era, casi siempre, más que una especie de inquietud. Además, frecuentando los medios extranjeros, ha adquirido gérmenes de enfermedades que se están desarrollando en su hogar y cuyos síntomas veo en sus ojos. Se cree sano y yo creo que está intoxicado. En fin, lo que puedo decir es que he pasado cerca de un año en su país, haciendo durante meses su misma vida y paseando de Norte á Sur mi sincera información, y que la idea del peligro amarillo, tal como le concebimos, no se impuso más á mi mente que á la larga experiencia de los residentes europeos.

He transcrito estos estudios sobre la Sociedad japonesa, que no son más que el libro de un viajero que cuida de coordinar sus impresiones. ¿Qué vale el nuevo estado político del Japón y cómo estaban preparados los japoneses para recibir las ideas occidentales? En las terribles luchas económicas y morales que el destino les impone, ¿qué socorros pueden esperar de su religión? Siendo un pueblo de artistas, ¿qué apoyos piden á su arte? Siendo un pueblo de familia, ¿qué hacen de sus virtudes domésticas? ¿Cuáles son sus dioses, sus sueños, sus amores, sus placeres, sus miserias y los hombres que los conducen? ¿En qué difiere de la nuestra su alma, esa alma misteriosa del Extremo Oriente? No incurriré en la impertinencia de imaginar que he resuelto estas cuestiones, pero he tratado de responder á todas las preguntas y no lo he hecho sin alguna melancólica mirada hacia nosotros mismos. Un médico alemán instalado hace veinte años en Tokío tenía costumbre de decir: «Cuando un japonés se bebe una copita de *chartreuse*, presenta todos los síntomas de la escarlatina.» Figúrese el lector á ese mismo hombre después de tragarse el *Contrato social*, la historia de la Revolución francesa y las teorías igualitarias ó individualistas que Europa le envía... La verdad es que no sospechaba yo que hubiese tanto veneno en nuestros licores familiares.

Es verdad, se dirá, que nuestras ideas no son á propósito para esos recién llegados á la civilización. Pero, aunque esto desagrade á los *Pieles blancas*, la antigua civilización japonesa no me ha parecido muy inferior á la nuestra. Hasta se puede sostener que el término medio de su moralidad era sensiblemente más elevado. Esa civilización ha producido almas de una delicadeza admirable y los japoneses han sido uno de los pueblos más armoniosos del mundo. Ahora bien: nuestras ideas les deforman más que son deformadas por ellos. Si esas ideas los echan á perder es porque su principio destructor obra libremente en ellos

Sea como quiera, el espectáculo del Japón moderno, de ese Japón largo tiempo inmóvil y que hoy se transforma con asombrosa rapidez y sin que se pueda prever el término, ni, muchas veces, el sentido de esa evolución, me ha parecido tan interesante como instructivo y me ha dejado recuerdos inolvidables. Pero he sido sostenido, ayudado y aconsejado en la tarea que emprendía. No he temido inspirarme en los trabajos de mis predecesores, desde el anciano alemán Kaempfer, que escribió hacia el fin del siglo XVII, hasta nuestros compatriotas y contemporáneos Sres. Layrle, Bertin y Bousquet. Soy particularmente deudor de Mr. Chamberlain, autor de *Things Japanese*, que es un libro de cabecera para todo el que quiere conocer el Japón, y á Lafcadio Hearn, ese gran artista. Las obras de los dos harán durar en la mente de los hombres la visión deliciosa del Japón heroico y sencillo. He tomado abundantes datos en las *Transactions of The Asiatic Society*, el más rico repertorio de los estudios extranjeros sobre las cuestiones japonesas, y en la *Revue française du Japon*, cuya vida fué muy corta, pero en la que los abates Evrard y Peri tuvieron tiempo para publicar páginas definitivas. He recurrido muchas veces al excelente *Dictionnaire historique et géographique* del abate Papinot. El abate Roussel ha puesto á mi disposición recortes de periódicos japoneses coleccionados por él durante diez años, y M. Arrivet ha tenido la bondad de hacerme conocer trabajos manuscritos de un raro interés. Pero más que los libros he aprovechado conversaciones cuya intimidad misma me prohibe citar nombres. Y, sobre todo, he frecuentado á los japoneses, los he visto en acción, he tratado de comprenderlos y los he profesado amistad.

No me queda más que dar las gracias á M. Brunetiere, á quien

debo el haber conocido el Japón y el haber hablado de él á los lectores de la *Revue des Deux Mondes*. Permítame que le dé aquí testimonio de un agradecimiento que me atrevo á decir que es igual al honor que me hizo (1).

(1) Antes de que la guerra actual con Rusia pusiera al Japón en excepcional evidencia, la *Revue des Deux Mondes*, de Paris, envió á aquel pais á M. Andrés Bellessort, autor de este libro, para estudiar la transformación japonesa.—*(N. del T.)*



Juegos infantiles



La estación de Kobe en la línea férrea de Tokío

LIBRO PRIMERO

PRIMERAS IMPRESIONES

CAPÍTULO I

En camino para el Japón

¿Qué sabía yo del Japón? Muy poca cosa; pero el ruido que se ha hecho en torno de ese nombre, el eco de los viajeros, el brillo de una transformación prodigiosa, los rumores de una guerra reciente y los escaparates de nuestros bazares han afirmado en nosotros la imagen de un pueblo al mismo tiempo extravagante y geométrico, revolucionario y disciplinado, deliciosamente fantástico y bastante cuidadoso de sus intereses para inquietar algunas veces á las naciones europeas. No es el menor milagro de nuestro siglo que esa criatura misteriosa y agreste, heredera de una antigua cortesía, haya desgarrado su manto de nubes y lanzado un

soberbio desafío á esas teorías de las razas con que nosotros acorazamos científicamente nuestra vanidad. El Japón ha realizado una aventura extraordinaria en la crónica del género humano, y para nosotros los occidentales, que experimentamos el prestigio de la distancia, esa maravilla se ha verificado en un teatro más maravilloso todavía y en medio de una luz como soñada. Unos seres vestidos de seda rumorosa y coloreada, aficionados á los juguetes y á los grandes sables, corteses, sanguinarios y enamorados celosamente de las colinas floridas en que aquella nación sonríe á sus dioses fantásticos, han adoptado nuestros cañones, nuestros caminos de hierro, nuestros telégrafos, nuestros códigos y nuestras instituciones parlamentarias, y tratan de probarnos que la superioridad de que nos jactamos no es inherente á nuestra naturaleza. Intentan nada menos que reconciliar en su persona á Europa con Asia, y hasta hay quien supone que si sus reformadores y sus políticos encuentran grandes dificultades para lograrlo, la empresa es fácil para la amenidad de las japonesas. «¿Se va usted al Japón?, me dijo alguien en el muelle de Marsella. ¡Viajero afortunado! ¡Es el país de las japonesas!»

Unos días después trabé conversación con un senador japonés que teníamos el honor de contar entre nuestros compañeros de viaje. Era un hombre pequeño, de ojillos tiernos, bigotito erizado y frente elevada. Cuando sonreía, la tersa piel de su cara se agrietaba en una profusión de acentos circunflejos, y cuando hablaba, con los párpados medio cerrados, tenía un modo de levantar el labio inferior que marcaba toda la importancia del personaje. De cuando en cuando se plantaba el dedo índice entre las dos cejas para despertar en su cansado cerebro la memoria del término francés que necesitaba, y oprimía el invisible botón de aquella campanilla eléctrica hasta que la palabra pedida resonaba en el fondo de su pensamiento. Supe por él que había conocido á Gambetta y que su amigo Gambetta le había prodigado las más calurosas frases de aliento; que hacía quince años se ocupaba con encarnizamiento en el triunfo del progreso; que en tal empeño había perdido su fortuna y su tranquilidad; que en el año último había hecho votar en el Senado cinco leyes, «sí, cinco, tantas como los dedos de la mano;» que había fundado doce sociedades políticas, y que de todos los libros escritos sobre el Japón, solamente la Guía Murray no le parecía absolutamente falta de razón... Y mi hombre terminó diciendo:

—Hoy soy pobre, pero ¿qué me importa si Europa y los Estados Unidos no pueden ya confundirnos con los chinos y los indos?

Y su mirada fué á buscar entre los pasajeros la silueta de un enorme indo que nos volvía la espalda, la exploró y la midió con complacencia de pies á cabeza. Después dijo el senador:

—¡No, nosotros no somos indos!..



Jovenes japonesas

Aquel buen señor tenía exquisitas maneras y, ni más ni menos que un hidalgo español, puso á mi disposición su casa, sus amigos y sus doce sociedades. Pero su orgullo me parecía tan desmesurado, que no podía yo gozar pacíficamente de su compañía. Me parecía un hombrecillo cargado con un enorme volumen, y temía á cada paso que se cayese al suelo.

Una tarde pregunté al indo qué pensaba de los japoneses. El hombre sonrió como un filósofo que se digna á veces rebajar su pensamiento hasta los detalles de este efímero mundo, y me respondió:

—¿Los japoneses? ¡Bah! Parece que se agitan.

Sé de algunos á quienes su agitación ataca los nervios, y son los ingleses de Hong-Kong y, en general, todos los europeos del Extremo Oriente. A medida que me aproximaba al término de mi viaje, estaba yo más asombrado al ver la furiosa antipatía que sólo el nombre de japonés despertaba á mi alrededor. El anglosajón manifestaba respecto de él un desprecio un poco mayor que el que acostumbra á conceder al resto del mundo. El ruso apresuraba con sus votos la hora bendita en que el oso moscovita ha de arrojarse sobre esa presa brillante y ridícula (1). Los españoles y los

(1) A la hora en que se traduce este libro, el *oso moscovita* está sufriendo una serie de desastres en la Mandchuria y acaba de perder Puerto Arthur y acaso perderá Wladivostock, después de haber perdido el ferrocarril transiberiano.— *N. del T.*

filipinos los relegan á la última fila de las naciones civilizadas. Y á través de todos esos discursos, el Japón se me apareció como una tierra encantadora, pero poblada de monos dañinos.

Todo el mundo me decía: «Tenga usted cuidado; desconfíe de las amabilidades de esos bárbaros. Se han hecho unos maestros en el arte de cazar con reclamo á sus huéspedes. Los divierten, los acarician, los halagan y los engañan. No encontrará usted en ellos más que mucha charla y mucha vanidad. Creen que ponerse el sombrero como nosotros los pone á nuestro nivel. Esos liliputienses son admirables. Nos copian y nos detestan, y toda su trapacería no consigue aún ocultar su odio.»

Desgraciadamente, nuestros interlocutores añadían: «Mire usted los chinos; esos son buenas personas (1). Hay más seriedad y más verdadera inteligencia en un cantón de la China que en todo el imperio del Mikado. Su orgullo es excesivo, pero lógico. Esos no se apoderan de nuestras ropas para igualarse con nosotros; no pillan nuestros manuales de filosofía para chapurrearnos frases mal comprendidas. Permanecen chinos y son excelentes domésticos é incomparables cocineros y mozos de carga. Es una gran desgracia que sufran los escándalos y la rutina de sus mandarines corrompidos.»

Y yo pensaba para mí: «¡Feliz rutina y dichosa corrupción! Si fueran menos dignos de lástima, serían más de temer. Sin energía cívica, sin patriotismo y sin ejército, ¿cómo no han de inspirarnos una viva ternura? ¡Oh! ¡Honrado pueblo, que nos deja invadir su territorio y nos abandona las concesiones de ferrocarriles!.. Démonos el fácil placer de burlarnos de la escolástica de sus letrados y del tiro de ballesta de sus militares y no les escaseemos el opio. Pero esos japoneses que no se envenenan, que manejan las más hermosas armas de fuego de la civilización, que leen nuestros libros y nuestros periódicos, que fortifican sus costas y se hacen solos sus vías férreas, no son ni pueden ser más que monos.»

Un español me afirmó que durante la guerra de China habían plagiado en varias ocasiones la hidalguía castellana, y supe, por otra parte, que en la última peste de Hong-Kong unos médicos ja-

(1) Es común entre misioneros católicos, luteranos, metodistas, etc., calificar á los chinos de «buenos paganos,» porque son, según parece, más susceptibles de conversión, real ó aparente; y á los japoneses de «malos paganos,» por la razón contraria.—*(N. del T.)*

poneses fueron á cuidar á los atacados y llevaron la impertinencia hasta morir de resultas no menos heroicamente que si hubiesen nacido en Europa, de raza blanca y de padres cristianos.

Por el contrario, los mestizos de las Filipinas, los tagalos, los malayos y todos los asiáticos repartidos bajo la dominación europea (1) miran á los japoneses con los mismos ojos que los obscu-



Aspecto de la calle de Ginza, la principal y más europeizada de Tokío

ros hermanos menores á un primogénito lejano cuya gloria recae sobre ellos. A puertas y ventanas cerradas, desmenuzan su mérito y discuten su valía; pero en cuanto hablan con extraños se jactan de su parentesco y atribuyen á la calidad de la sangre común la fortuna excepcional del hermano mayor. La entrada del Japón en la política internacional, sus progresos y la afirmación de su independencia han sido, para esos pueblos que saben reflexionar, una especie de triunfo moral y de íntima satisfacción. Ese ejemplo les ha revelado á sus propios ojos. El día en que han visto á unos hombres como ellos, salidos de la misma fuente y á quienes el infalible Occidente juzgaba marcados con las mismas macas,

(1) Y americana. El autor parece ignorar que también los americanos han pasado de la condición de conquistados á la de conquistadores. ¿Por qué no han de realizar los amarillos la misma evolución? Ya hay en Paris misioneros budistas y, según dicen, hasta tienen neófitos —*(N. del T.)*

apoderarse y hacer uso de las ventajas y privilegios que parecían hasta ahora reservados á sus vencedores, han sentido poco más ó menos lo que hubieran experimentado unos soldados homéricos si sus compañeros se hubieran puesto de repente y sin esfuerzo el casco y la armadura de aquellos enormes dioses que hacían gemir los ejes de los carros. Aquel espectáculo les hubiera desengañado acerca de la virtud de las armas divinas y tranquilizado sobre la potencia de sus brazos. He creído distinguir esas dos impresiones mezcladas y confundidas en el alma de los insurgentes filipinos que me hablaban del Japón con una especie de orgullo belicoso. El aparato de nuestra civilización les impresiona menos desde que los japoneses se adornan con ella. Lejos de felicitarnos por esa conquista pacífica, creemos que deducen de ella argumentos contra nosotros y un motivo de confianza y de orgullo para ellos, que no están lejos de soñar con un panasiatismo en el que el Extremo Oriente confederado se opondría á las exigencias de Europa. Sueño incierto y casi irrealizable que se bosquejó por primera vez en una cabeza de japonés ebrio, pero que ha flotado después por los mares.

—¡Ah!, me decía un tagalo, ¡si la China supiera y si el Japón pudiera!.. No tendríamos que soportar más vuestra insolencia y nos pertenecería la tierra en que hemos nacido. Porque, en fin, por muy conquistadores que seáis, no buscáis la batalla y vuestros intereses comerciales se acomodan fácilmente á vuestras derrotas de amor propio. Ha bastado que el Japón os encargase barcos y os comprase cañones para que vuestro humor se hiciese más flexible y vuestra política menos altiva. Mañana, cristianos, aceptaréis que vuestros nacionales sean juzgados por jueces budistas. Los japoneses han hecho más por nuestra raza en veinte años que todos los filósofos que han predicado la igualdad entre los hombres. Vosotros os burláis de ellos, pero les tenéis miedo. Hasta se dice que hay entre vosotros quien pagaría muy cara su alianza. No os extrañe, pues, que admiremos á ese pueblo activo, industrioso, patriota y guerrero, que os obliga á las formas exteriores del respeto y que es el único en el Oriente que nos venga al fin de nuestras largas humillaciones y de vuestras seculares injurias.

Y el Japón se me apareció entonces como una morada en la que se están elaborando los grandes desquites del Asia.

En cuanto á los chinos, aunque se ha formado entre ellos un

partido adolescente de reformadores, no creo que su enorme masa se conmueva todavía. Los japoneses han mosconeado á sus oídos y dádoles algunos pinchazos, que nunca han conseguido hacerles mucho efecto. Pero si las nuevas modas que ostentan sus vecinos les parecen un disfraz indigno de los asiáticos, pudiera ser que los últimos éxitos de la diplomacia japonesa en la revisión de los tratados les hiciesen despreciarnos más. ¿Cómo no se han de creer muy superiores á la gente de Europa cuando los que fueron sus discípulos se jactan de saber tanto como nosotros y de vencernos con nuestras propias armas (1)?

Algunos honrados Celestes á quienes interrogué acerca del Japón me respondieron en el tono de esos tíos ignorantes, muy engreídos y muy ricos, que no comprenden que sus sobrinos se rellenen la cabeza de griego y de latín para dar gusto al bueno del preceptor. Aquí los sobrinos se disfrazan con nuestras levitas y nuestros pantalones y estudian nuestros libros, pero esas son travesuras de chicos para los chinos, que se burlan de la seriedad que atribuímos á tales juegos y de la buena opinión que tenemos de aquellos bufones. Cuando se habla de los japoneses, las caras chinas se alargan en desdeñosa mueca y después se dilatan en una gran sonrisa. Sin embargo, algunos comerciantes de Hong-Kong me afirmaron muy gravemente que sus vencedores de ayer eran en su mayor parte unos mendigos y unos bribones.

(1) La alianza con Inglaterra, aunque de un carácter limitado, ha venido á completar los éxitos diplomáticos de que habla el autor. No hay que olvidar que Inglaterra ha consentido en salir, por el Japón, de su «espléndido aislamiento.» —*(N. d. l T.)*

CAPITULO II

El símbolo en el Japón moderno

Acababa de llegar á Tokío después de haber tocado en Kobé y en Yokohama. Estábamos en la segunda quincena de septiembre y las colinas tenían aspecto de invierno, pues los brezos se habían despojado de su rojo follaje, pero pronto iban á florecer las camelias. Los sembrados de cebada empezaban á verdear, y en los campos, llenos de haces de paja seca plantados en el suelo ó suspendidos de los árboles como campanas, las malezas de bambú amarillas y cenicientas repartían al viento su humo ligero y teñido de aurora. El aire era frío, y el cielo, de una azul limpidez, proporcionaba unas mañanas heladas y rosáceas.

Ya sabía yo que las *djinrikisha* japonesas se llaman comúnmente *kuruma* y sus conductores *kurumaya;* que los largos trajes de mangas perdidas se llaman *kimono*, los anchos cinturones *obi*, los pantalones flotantes *hakama*, las casacas de seda *haori*, y los patines de madera *geta* (1). No ignoraba que las casas de te se llaman *chaya* y las esteras que guarnecen el suelo, *tatami*. Cuando se nombraba delante de mí el *hibachi*, sabía que era el brasero de madera ó de cobre alrededor del cual se arrodillan los japoneses para calentarse las manos. La palabra *geisha* me representaba una señora toda pintada y ricamente puesta, á la que un conductor de carricoche lleva á todo correr hacia ciertos lugares de citas, y me habían dicho que las tales damas, entre otros artes en que son expertas, tienen el de cantar acompañándose con el *shamisen*, instrumento importado de Manila á fin del siglo XVII y que no es más que una variedad del viejo rabel. No había dejado de observar que los *geta*, esos zuecos que tienen por empeine unos cordones que separan el dedo gordo de los

(1) He seguido para las palabras japonesas la ortografía adoptada por el europeo en el Japón y empleada por los mismos japoneses en los libros que publicaron en lenguas extranjeras. Su pronunciación se asemeja mucho á la española.

demás, tienen unas veces la forma de unas suelas mal trabajadas y otras la de banquillos. Los *kimono* me habían chocado por su semejanza con las batas de andar por casa. Los *hakama* me hacían el efecto de batas hendidas. Y el corte de los *haorí* vistos de espalda me recordaba los sacos negros que nos ponían en el liceo con el nombre de gabán.



Kurumaya conduciendo en una *djinrikisha* á una geisha

Sabía además otras muchas cosas. Los japoneses disponen sus libros al revés que nosotros y los leen de derecha á izquierda, empezando por nuestra última página hasta la palabra *fin*, que está impresa en la primera. Al salir del baño se enjugan con una toalla mojada. Anuncian la muerte de sus padres y de sus hijos con la sonrisa en los labios. Había visto á sus carpinteros cepillar con el cepillo vuelto hacia ellos, y estaba instruído de que sus costureras, en vez de correr la aguja por la tela, corren la tela por la aguja, que está inmóvil, mientras que esa aguja, verdaderamente inverosímil, va á buscar por sí misma el hilo, en vez de dejarse enhebrar. La finura entre ellos consiste, no en quitarse el som-

brero, sino en descalzarse. Los japoneses se llaman con el mismo ademán con que nosotros nos despedimos.

¡Vaya un pueblo extraordinario! ¡Qué buena materia para juegos de prendas! «Si fuera usted japonés, ¿cómo abriría un libro?—Como esos críticos que no leen más que el índice.—¿Cómo enhebraría usted una aguja?—La pasearía tanto, que no podría menos de encontrar alguna vez el hilo.—¿Qué señal de deferencia daría usted á los amigos al entrar en sus casas?—Me quitaría el sombrero...—Ha perdido usted. ¡Prenda!»

Pero esta gaya ciencia no me satisfacía y envidiaba á los viajeros á quienes los primeros pasos por el Japón hacen caer en una dulce embriaguez. Uno de ellos, al desembarcar, dió las gracias á las divinidades antiguas por haberle devuelto la Heliada. Vió unos pobres kurumaya de largo busto y delgadas piernas correr por la orilla, y se creyó en Olimpia. Otros, menos imbuídos de nobles recuerdos, no dejaron de experimentar sensaciones extrañas. Se despertaban en los antípodas de los mundos conocidos y se perdían en un minúsculo universo de gracias miríficas y de fantasías perfumadas. Había otros, en fin, que apenas habían hollado aquel suelo lleno de prestigio; el encanto que de él se desprende los envolvía en una bruma de ensueños. Yo había acaso descontado demasiado mi sorpresa y mi encanto, y recuerdo que nada, fuera de la Naturaleza, me pareció que se elevaba por encima de lo mediano. Y andaba á tientas tratando de orientarme fuera del círculo de las frivolidades y de las diversiones microscópicas en que aquel país encierra la curiosidad de los viajeros.

Los primeros europeos que visité me hicieron echar de ver las dificultades de mi tarea, menos por sus palabras que por su silencio. Estaban misteriosos de pies á cabeza, y cuando yo les expresaba mi deseo de iniciarme en las cuestiones japonesas, leía en sus ojos el concepto de mi presunción.

El uno me decía que si se iba al Japón para escribir sobre él, bastaban quince días para emborronar un mal libro con probabilidades de gustar y acaso quince años para componer una obra llena de datos y de sabios errores, pero muy fastidiosa. Yo le aseguré que no pasaría allí quince años, pero sí más de quince días.

Otro, que estaba haciendo desde el fondo de su despacho un estudio profundo de la sociedad japonesa, me pintó un Japón misterioso y lleno de trampas, en el que el extranjero no puede aven-

turarse sin infinitas precauciones y que es siempre indescifrable para él, á no ser que tenga el arte de apoderarse de la clave. Es verdad que me citaron dos ó tres alquimistas retirados y casi imposibles de encontrar, que probablemente habían descubierto el fondo del carácter japonés, esa piedra filosofal. Pero todos duda-



Costureras

ban que, aun en el caso de que lograse dar con ellos, consintiesen en despegar los labios. De todas estas conversaciones resultaba que los japoneses eran el pueblo más perturbador, más raro, más incoercible y más enigmático.

—¿En qué?, suspiraba yo al oirlos. ¿Es porque se ponen medias en forma de horquilla y andan sobre unos taburetes? ¿Es porque se dicen buenos días con la mano como nosotros decimos buenas noches? ¿Es porque se pasan de un salto desde la estera en que cenan á la cuba en que se bañan? ¿Es porque tienen una Constitución y derriban sus ministerios?

—No acierta usted, me respondían. Son inexplicables porque no se explican y porque perdería usted el tiempo en querer explicarlos. ¿Ha comido usted en una fonda japonesa y le han dado pescado crudo?

—No.

—¿Ha visto usted bailar á las geisha?

—No.

—¿Ha seguido usted el entierro de un príncipe?

—Estoy esperando que muera alguno.

—¿Ha regateado usted *bibelots?*

—La cosa no me interesa.

—¿Ha admirado usted, en el Yoshiwara, la exposición de honestas jóvenes que se han vendido para asegurar una vejez dichosa á sus padres?

—Prefiero asistir antes á las sesiones del Parlamento, visitar escuelas y cuarteles, confundirme con la multitud y, si puedo, juzgar por mí mismo los progresos de las ideas europeas en el alma del antiguo Japón.

—¡Ah, caballero, se priva usted de grandes placeres!

Pero un antiguo residente que me había oído, me llamó aparte. Era el tal poco conocido, vivía muy retirado, leía mucho y se complacía en las observaciones solitarias de su irónico talento. Después conocí que esa ironía aguzaba su observación sin falsearla y que sus saetas, muchas veces brillantes, pero nunca envenenadas, estaban á veces humedecidas por una gota de poesía. Aquel hombre quería á los japoneses y les hacía pagar su cariño. Le seguí, pues, y me dijo:

—Quiero informarle á usted en menos tiempo del que hace falta para escribirlo. Asómese usted á esa ventana y abra los ojos. Precisamente pasa por ahí el símbolo del Japón moderno. Anda sin prisa y no se ocupa de usted, ni de mí, ni de nada de lo que le rodea. Mi símbolo es todavía joven. Usted le echaría veinticinco años, pero las caras japonesas nos engañan y tiene lo menos cuarenta, lo que quiere decir que nació á mediados del siglo, en el momento en que empezaba la revolución, y que ha recibido todavía, en su infancia y en su juventud, la educación de los samurai. Fíjese usted en su equipo heterogéneo. Lleva unos zapatos cuyos elásticos han dado de sí y dejan al descubierto el talón á cada paso. Ese detalle no es signo de pobreza, sino de que el calzado europeo, deformado por la necesidad de quitárselo cincuenta veces en el día, se ha convertido en sus pies en unas nuevas *geta;* y de que habiendo adoptado nuestras modas, continúa ignorando su elegancia. No le diré á usted nada de su hakama de seda raya-

da, del que podrían tener celos las enaguas de nuestras mujeres, ni de su haorí de seda negra, menos largo que el de las japonesas, sino que esas telas y esos tipos respiran el más puro gusto japonés por lo amplios, por lo obscuros, por lo sencillos y por ser de una riqueza como oculta, que permite á la medianía rivalizar en apariencia con ella. Pero si el viento levanta los faldones de ese haorí, le sorprenderá á usted el ver que está forrado de una seda muy rica y vistosa, blanca, roja ó morada con ramajes de oro. Observemos, si usted gusta, que toda su ropa es de una limpieza impecable. Y antes de pasar al sombrero, sobre el cual tendré que llamar á usted la atención, mírele el cinturón que lleva puesto. Está viudo de los dos sables que en otro tiempo compensaban de un modo tan atrevido el carácter un poco femenino de ese traje, pero siguen colgando de él el estuche de la pipa y la bolsa del tabaco. Como usted ve, el sombrero de fieltro, que procede de América ó de Inglaterra y parece que viene de casa de un trapero, tiene las alas grasientas y está impregnado de polvo hasta el tejido. El japonés cree tener el compromiso de honor de ponerse ese sombrero, que es como el gorro frigio de su revolución; pero como la detesta tanto como está orgulloso de ella, ese sombrero desterrado en su cabeza no obtiene de él ni atenciones ni cepillo y toda la invisible suciedad del Japón, que se había ocultado durante siglos, se precipita en él y se pone en evidencia. Ha debido usted observar ya que si las calles no están bien barri-



Geisha tañedora de shamisen

das y si el tiempo no tarda en cubrir las casas de un color negruzco, las dueñas de casa holandesas no han dado nunca más lustre á sus cacerolas ni los marinos una limpieza más reluciente á sus camarotes que la que dan los japoneses á los objetos familiares de sus casas. Las esteras, las vigas del techo, las puertas de corredera con papeles por vidrios, la olla de bronce y el brasero de cobre, todo refleja un orden admirable y un cuidado exquisito. Pues bien, amigo mío, ponga usted en el espejo de esos tatami, cuelgue usted en esas vigas brillantes cualquier utensilio europeo, y particularmente un sombrero, y las mariposillas que en las noches de verano ennegrecen la pantalla de la lámpara serán menos numerosas que las manchas de aceite, de grasa, de esperma, de ceniza y de polvo con que ese objeto infortunado quedará deshonrado para toda su existencia.

Y ahora creo que está usted enterado acerca de nuestros contemporáneos los japoneses. Usan y manchan la civilización que nos piden prestada, la pisotean y la exhiben. Esa civilización se degrada en sus cabezas y vuelve en sus pies á las antiguas formas japonesas. Puede usted, si quiere, escribir un capítulo: «Los sombreros,» y podrá ser un estudio de sus ministerios, de su política, de su administración disfrazada á la europea. Desde la primitiva chistera hasta el sombrerito marino, pasando por el claque, todas las invenciones de los sombreros del siglo XIX, todo lo que ha cubierto nuestras cabezas románticas, burguesas, industriales ó revolucionarias, todos los sombreros que se han agitado en el aire para saludar á su paso á las grandes palabras sonoras, los encontrará usted aquí como en un vasto congreso, pero descabalados, aplastados, deslustrados, apabullados y polvorientos. Otro capítulo podrá titularse: «Los zapatos,» y en él hará usted ver cómo nuestras ideas de libertad y de individualismo se envilecen en los pies de la multitud que empieza á calzárselas. Esos zapatos no tendrán inconveniente en escalar los nuestros, se extenderán delante de nuestras narices con una familiaridad enteramente americana, y hasta, á veces, manifestarán cierta comezón de empujarnos hacia fuera. En fin, amigo, no olvide usted el hakama y el haorí, que son suaves, sedosos, de una gracia envolvente y conservan no sé qué huella de los sables desaparecidos. Recuerde usted también que el revés es más rico y más bello que el derecho; y cuando haya usted vivido un poco en el Japón, ese largo

y delgado estuche colgado del cinturón por un botón de marfil, y en el que el artista ha esculpido la risa inextinguible de un dios hidrocéfalo, evocará en usted un recuerdo de los lindos juguetes con que estos hombres alegraron la sencillez de su vida.



Vendedor de zuecos de madera ó *geta*

Su símbolo se había borrado en el horizonte hacía mucho tiempo. Yo dije á mi interlocutor:

—Si no le comprendo á usted mal, todo lo que podemos conocer de los japoneses se reduce á los ademanes y al traje. Seguramente, esos zapatos y esos sombreros se avivan con su buen humor de usted y resultan animados por él de una elocuencia imprevista. Pero ¿adónde van los pies que los dirigen y qué pasa en la cabeza que cubren?

—No lo sabrá usted, me respondió. Estoy observando á los japoneses hace más de diez y seis años y lo ignoro todavía. Tan pronto se le dirá á usted que corren á la anarquía, como que se

encaminan á la república, como que retroceden ante la invasión europea para recobrar su soledad de otro tiempo.

—¿No se lee nunca en su pensamiento?

—Raras veces.

—Pero, en fin...

—Son unos cerebros fértiles en futilidades, caprichosos, ilógicos ó de una lógica que no entendemos, difusos, astutos, pueriles, curiosos, complejos, simplistas...

—¡Concluya usted, por Dios!

—¿No le he dicho á usted que son inexplicables?

CAPÍTULO III

Un interview sobre la naturaleza, las ciudades y sus habitantes

Al entrar en mi hotel me anunciaron que un periodista me estaba esperando. Un adolescente—¡de veinticinco á treinta años!—de pómulos rosados y dientes salientes se me acercó, me hizo una reverencia hasta partirse en dos, me ofreció la mano y agitó bruscamente la mía, uniendo así á un resto de la antigua cortesía japonesa la simpática brusquedad de los yanquis. Detrás de las gafas se distinguían apenas sus ojos, que eran dos líneas oblicuas y sombrías.

Le vi poner el sombrero en el suelo y sacar del bolsillo un cuaderno y un lápiz. Después de haberme pedido permiso para *interviewarme*, me enumeró los puntos acerca de los cuales su periódico quisiera que yo respondiese. «¿Qué piensa usted de la naturaleza del Japón? ¿Qué de las ciudades japonesas? ¿Qué de los japoneses? ¿Qué de su política?»

Le dí las gracias por el honor que me hacía y le dije que si volvía cinco ó seis meses después le daría mi opinión, pero que entonces no tenía otra sino que la naturaleza era deliciosa, las ciudades pintorescas y el pueblo encantador. El periodista se apresuró á sentar por escrito estas palabras esenciales.

—¿Y la política?, me preguntó. ¿Cree usted que estamos bastante europeizados?

Miré la levita negra que oprimía su exiguo pecho y respondí:

—Ciertamente... ¿Y usted?

—Yo creo, dijo, que nos queda todavía mucho que hacer.

Hícele á mi vez repetidas preguntas, y él continuó, acentuando sus frases con un extraño silbido:

—Nuestro pueblo es atrasado y un poco torpe, y no se interesa bastante por las cosas del gobierno. Es cierto que tenemos un Parlamento como ustedes, pero todo el mundo se queja de que nuestros hombres políticos hayan olvidado la moralidad. Nuestras

escuelas se parecen á las de ustedes, pero los profesores carecen un poco de instrucción. Ustedes son sabios y los japoneses necesitamos mucho su indulgencia. También nos ocupamos de reformar nuestro budismo, cuyos sacerdotes, muchas veces groseros y licenciosos, no son nada respetables. Y en cuanto á nuestros comerciantes, desconfíe usted de ellos, pues no han empezado todavía á usar la probidad comercial.

—Por fortuna, le dije, les queda á ustedes su emperador, cuya santidad inalterable procede del origen del universo.

—Es verdad, respondió; pero somos, con todo, inferiores á los europeos.

—¡Bah! ¿Por qué preocuparse de esa cuestión de inferioridad ó superioridad? Son ustedes diferentes de nosotros, ocupan las islas más hermosas del mundo, construyen unas ciudades que asombran al viajero y sus costumbres de ustedes le maravillan. La China ha experimentado la excelencia del armamento japonés. ¡Qué difíciles de satisfacer son ustedes!

El periodista consignó cuidadosamente este pensamiento.

—Sobre todo, le dije, no me atribuya usted su pensamiento sobre los políticos, los profesores, los comerciantes y los bonzos del país.

—No tema usted; esperaré unos meses.

—¿Está usted seguro de que me mostraré entonces tan severo?

—Me atrevo á esperar de la benevolencia de usted que no lo será más aún.

Aquella misma noche conté al antiguo residente la visita del noticiero japonés que parecía juzgar á sus compatriotas con una imparcialidad casi indiscreta. Y le referí nuestra conversación.

—¡Cuestión de conveniencias!, exclamó. ¿No sabe usted cómo se hacen las presentaciones en el Japón? Esta gente presenta á su mujer como «su imbécil de mujer» y á su hijo como su «cochino de hijo.» Ese gacetillero le ha presentado á usted sencillamente á su país. En cierto modo, esa cortesía amarilla puede llamarse honradez.

Las *interviews* tienen á veces algo bueno; y yo traté de precisarme á mí mismo lo que hubiera respondido á mi periodista japonés si no hubiera sido japonés ni periodista.

¿Qué pensaba yo de la naturaleza? Era el 12 de diciembre por la mañana cuando con los ojos y los oídos todavía resentidos por las rutilantes y estridentes tabernas de Shanghai, pasamos el estrecho de Shimonoseki. El vapor entraba en el mar interior del Japón, ese mar tan ponderado, ese lago marino cuyas islas, dice la leyen-



Templo de Müdera en la ciudad de Otsu, á orillas del lago

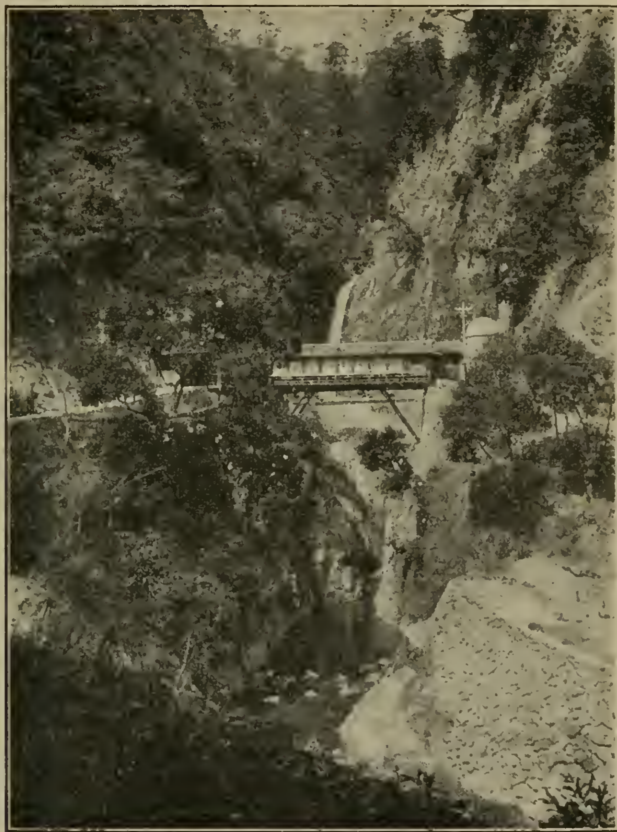
da, procreadas por los dioses, crecieron poco á poco como las vírgenes y las flores. Un viento helado soplaba bajo un pálido sol y sobre unas olas negruzcas. Grandes pájaros revoloteaban lanzando gritos plañideros. Las elegantes montañas cuyas sinuosidades venían á expirar en las ondas, los islotes que levantaban hacia el cielo sus enramadas sombrías, las dentadas penínsulas de cabelleras rojizas, los árboles que brotaban del mar ó se afianzaban en las rocas, aquel horizonte circular de costas y de archipiélagos me recordaban los días, ya lejanos, en que recorría la América del Sur y atravesaba los canales de Schmidt. Era, en efecto, la misma navegación sin fin en un circo verdoso y cerrado. Pero aquí no había nieve en las crestas de las montañas, ni esos ventisque-

ros cuya inmóvil sábana se vierte sobre la superficie tenebrosa de las selvas vírgenes, ni esos enormes témpanos que ruedan en las olas como un rebaño de monstruos irisados. Todo era encantador. Las montañas habían suavizado sus aristas y las asperezas atenuado sus salientes. Los valles, que no ofrecían ya el aspecto de una vegetación torrencial, parecían ajustados al bello ideal de los pueblos errantes. La Naturaleza, después de haber intentado en vano ser agreste, descansaba con una gracia melancólica.

Y en todas partes había puesto su sonrisa la dulzura humana. Los arrozales y los sembrados se sobreponían en las laderas de las colinas y las dividían en un verde tablero de damas del que no sé qué capricho había desterrado la línea recta. Blancos faros brillaban en los promontorios, y en las puntas de las penínsulas unas capillas de madera retorcían los ángulos de sus techumbres. En el fondo de las calas y ante unas playas silenciosas, separados del mundo por acantilados erizados de pinos, pero unidos entre sí por el mismo cinturón undulante, los pueblecillos, bajo sus tejas obscuras ó sus espesos techos de paja, agrupan sus grises muros sembrados de agujeros negros. Las flotillas de madera tosca y las barcas atracadas en la arena tienen el alegre atractivo de las tablas nuevas y recién ajustadas, húmedas aún de su bosque natal; y las velas rectangulares, que se hinchan y se inclinan á lo lejos como vuelos de pájaros, dan á aquellas ensenadas perdidas un aspecto de palomares lacustres.

Poco falta para que el conjunto armonioso del paisaje sufra de la exquisita singularidad de los detalles. Es aquello una sucesión no interrumpida de cuadritos, cada uno de los cuales se basta á sí mismo, y casi se llega á deplorar que la Naturaleza haya tenido demasiado ingenio y que su potente imaginación se haya adaptado tan pacientemente á las menudas fantasías de nuestro arte. ¿Qué dioses invocar en aquel archipiélago que parece amasado, modelado y adornado por la mano del hombre? Porque creo firmemente que los pescadores han arreglado ellos mismos sus puertos y los jardineros dibujado el plano de sus islas. Nadie me convencerá de que no se rastrillan todas las mañanas los senderos que descubro á lo largo de la orilla, ni de que esas rocas no son artificiales, ni de que esos árboles que retuercen sus ramas fantásticas y destacan sobre el cielo la rareza de sus siluetas, no desempeñan un papel fijado por los decoradores. Y, sin embargo, aun-

que todo allí huela á artificio, nada produce una impresión de pequeñez ó de futilidad. Hay que admirar allí la persistencia del trabajo humano. No es un pueblo despreciable el que utiliza de ese



Cascada de Nunobiki en Kobe

modo para el entretenimiento de su vida y para el gozo de su alma las montañas, las riberas, los valles y las islas.

El día declinaba é íbamos siempre descubriendo las mismas calas, los mismos bosques, las mismas colinas redondeadas ó dentadas, islotes y humildes aldeas, ondas salpicadas de velas. El crepúsculo parecía tamizar una ligera ceniza sobre aquel vago horizonte, y, como la luna no velaba en los cielos, la sombra cubrió pronto las delicadas formas de aquella tierra extrañamente volcá-

nica que surge de los más profundos abismos y parece consagrada de tiempo inmemorial á los dioses de la pesca y de los jardines.

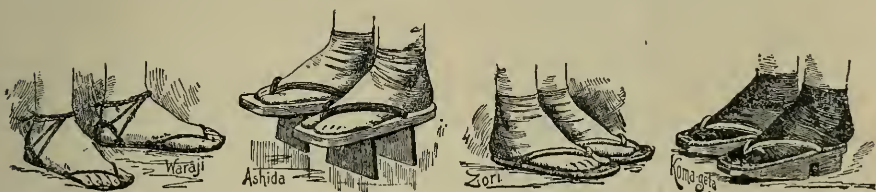
Al día siguiente estábamos en Kobe y nuestros conductores nos llevaron á las Cascadas, uno de los paseos más notables de la población, nos depositaron delante de una casa de te, y dos japonesas bastante amables y cuyas maneras libres indicaban el trato con los europeos, se acercaron á nosotros con la sonrisa en los labios, nos saludaron con un *good morning*, nos invitaron á refrescarnos y no mostraron despecho alguno al ver que no aceptábamos.

El cielo se había puesto obscuro mientras subíamos las sinuosidades de un sendero entre rojos brezos y sombríos pinos. A medida que íbamos subiendo apercibía yo el oído para escuchar el ruido del agua, pero era imposible oirle, pues no había más cascadas que un arroyuelo que serpenteaba por las rocas.

Sin embargo, nuestros más hábiles empresarios de sitios pintorescos no hubieran sabido sacar mejor partido de aquel silencioso desfiladero en el que todo estaba combinado para seducir y distraer al paseante. Unos *restaurants* de madera se abrían en galería ante la minúscula cascada y no se podía llegar al segundo sin haber atravesado el primero. Las mesas, bajas y cubiertas de esteras y de mantas rojas, servían indistintamente de asientos y de estrados. Sus blancas banderolas flotaban en el verdor y su penumbra se destacaba por pálidas luminarias. El sendero no corría ciegamente. Cada una de sus sinuosidades tenía su razón de ser y ponía en escena un tronco viejo, retorcido y de extravagantes raíces, un pedazo de cielo al que servían de marco los verdes ramajes ó la fuga del precipicio entre dos ramas de árboles.

En los sitios más agradables unas tiendas de curiosidades y de recuerdos exhibían sus surtidos de bastones, portaplumas, cubiletes, prensapapeles y fotografías. A cinco mil leguas de Europa volvía á encontrar los buhoneros de Chamounix y sus resplandecientes mercancías. ¿Serán, pues, los japoneses los suizos del Extremo Oriente? Entre tantos ingenieros y oficiales como han enviado á nuestras escuelas, ¿no habría también vendedores y posaderos que hayan venido á nuestros establecimientos de baños para aprender cómo se puede al mismo tiempo explotar al viajero y falsificar la naturaleza?

En aquel camino desierto y en aquella estación muerta no encontramos más que una familia japonesa, compuesta de dos ancianos y una joven con un niño que empezaba á andar. La abuela, con las cejas afeitadas y los dientes embadurnados de negro, y el abuelo, que por su delgadez, su cara angulosa y apergaminada y su garganta cargada de incipientes paperas se parecía vagamente al pájaro marabú, estaban en cuclillas en medio del camino y esperaban con los brazos abiertos al niño, que titubeaba delante de ellos, protegido como por dos alas, que eran las mangas de su ma-



Formas de calzado de las japonesas

dre. La joven, sonrosada y mofletuda, arrojaba á la colina abandonada por el invierno esas risotadas de triunfante alegría que los ecos de las cinco partes del mundo arrancan á los labios maternales.

Ni este cuadro, cuyo ligero carácter exótico pimentaba con un dejo de novedad la invariable leyenda humana, ni la naturaleza japonesa, me parecieron obras inéditas del Creador. La naturaleza es linda, hospitalaria, montañosa felizmente y bañada de una luz sutil que hace valer las lontananzas. Sabe, cuando es preciso, realzar su coquetería con una negligencia saboyana. Alguna vez el cabello le tapa los ojos, pero sabe reir á través de él. Acaso le reprocharía alguna monotonía en sus efectos imprevistos y alguna preparación en sus sorpresas. Se le ha repetido mucho que era adorable, se la ha festejado demasiado, se le ha enseñado con exceso el valor de las fantasías extravagantes que salen de sus manos y de las que ella no se muestra de ordinario muy cuidadosa. Y la compensación de tanta gracia es que cuando se la quiere celebrar se olvida su dulzura de madre para no retener más que sus talentos de artista.

¿Qué pensaba yo de las poblaciones japonesas y de sus habitantes? Interrogador invisible, entendámonos: las ciudades son horri-

bles y sus habitantes se burlan de nuestra estética. La luminosa belleza de las radas, sus anfiteatros de colinas en las que se dispersan los *chalets* y los templos, la pirámide truncada del monte Fuji, que exhibe en el límpido aire su nieve lejana y sagrada, esas perspectivas que el invierno apenas decolora y no marchita, hacen más penoso el espectáculo de las aglomeraciones de barracas càrbonosas que nos ofrecen las ciudades japonesas.

Me acordaré mucho tiempo de mi entrada en Kobe. Las calles del barrio europeo, desiertas y rosadas con una fría aurora, tenían la tranquila fisonomía de las calles de provincia. En aquella subprefectura occidental flotaban las banderas de los consulados. Poco á poco llegó á nosotros y fué creciendo un ruido en la ciudad indígena como de zuecos golpeando en la tierra dura.

Aquella población, en la que empezábamos á perdernos y que se extiende hasta donde alcanza la vista, nos hizo el efecto de una aglomeración de aldeas miserables ante unos caminos desiguales y deshechos. Las casas, muy bajas, rodeadas de alambreras y puestas sobre el suelo, más que habitaciones humanas parecían jaulas de gallinas ó de conejos. Sus techos de tablas ó de tejas se sobreponen formando saliente y todas están rodeadas ó prolongadas por dependencias minúsculas que se asemejan más y más á gallineros, de tal modo que para figurarse una calle en cuesta, vista desde arriba, basta imaginarse un mal camino á cuyos lados se hubieran dejado rodar cajones de todos tamaños. La mayor parte de las tiendas están servidas por mujeres, pero el cuidado del escaparate no responde á la importancia de las mercancías. Las cosas más vulgares son presentadas con gusto, mientras que los objetos de arte y las ricas telas se esconden y huyen de la luz.

Alrededor de nosotros varios kurumaya vestidos con un calzón azul, una blusa abierta, llena de dibujos blancos y geométricos, y una gorra rusa ó un sombrero chino, estaban sentados entre las limoneras de sus carros y se envolvían en las mantas rojas destinadas á envolver los pies de los viajeros. Se les hubiera tomado por mujiks si no hubieran estado calzados con sandalias de paja y si la defensa de sus cabezas no hubiera recordado el sol tropical. Pasaban hombres encaramados en sus geta y casi todos con kimono. Todos tenían la tez amarillenta y las caras símicas. Sus dientes, casi desarraigados y plantados de través, les amueblaban unas bocas complicadas y amenazadoras. Las mandíbulas cinga-

lesas, por muy prominentes que sean, no llegan todavía á aquel terrible relieve. El tipo de aquellos hombres no difería sensiblemente del de los tagalos y los annamitas, y como yo tenía los ojos acostumbrados á la delicada conformación de la raza malaya, no me chocó su pequeñez.

Las mujeres eran muy numerosas y desconcertaron á primera vista las ideas que me había formado de ellas. Su traje se parece al de los hombres. Andan á un trotecillo menudo y saltarín, con el cuerpo inclinado, el cuello alargado, las piernas torcidas hacia dentro y los riñones arqueados por una especie de almohadón al que se anudan la faja. Cubiertas con el haorí, parece que viajan con la cama á cuestas. Un poco jorobadas y un poco patizambas, aquellas jóvenes ninfas soportan en la cabeza una alta construcción de cabellos untada de un barniz brillante y erizada de agujas de concha, de modo que parece que llevan cocas y cascos de laca negra. Sus ojos, oprimidos por la hinchazón de los párpados, se escapan hacia las sienes; y su nariz y su boca están como apretadas entre los carrillos redondos y encarnados. Los chicuelos que llevan empaquetados á la espalda miran por encima de sus hombros ó vuelven hacia el cielo sus movibles cabecitas.



Japonesa con su hijo

En cuanto á los niños vestidos de telas rameadas, ya los conocía por haberlos comprado en nuestros bazares y había admirado hacía mucho tiempo sus cráneos calvos con un mechón de cabello que parece un poco de musgo marino en medio de una peña redonda. Pero no sospechaba que en un país tan limpio fuesen tan pitañosos, y las costras de sus caras me echaron á perder aquel lindo carnaval de niños llorones.

Todos, hombres y mujeres, transidos por la frescura de la mañana, iban encogidos de hombros y con los brazos metidos en las amplias mangas, que colgaban vacías. Aquella era una población de mancos.

Por la tarde nos llevaron nuestros guías á ver un templo sintoísta, al que se llega por unas calles de pórticos ó de barras fijas cuya viga transversal se encorva ligeramente como una quilla de navío, y entre hileras de faroles de madera, de piedra y de bronce colocados en altos zócalos. La morada de los dioses japoneses, de una arcaica sencillez, consiste en dos pabellones casi cuadrados edificados el uno detrás del otro y unidos por un pasadizo. El techo está formado de delgadas planchas fuertemente apretadas y que hacen un peso enorme sobre las columnas pulimentadas. El altar, sin pinturas ni dorados, no expone á los fieles más emblemas de la divinidad que un espejo empañado y unos haces de bambú de los que cuelgan simétricamente encajes de papel. Delante del altar hay una campana suspendida del reborde del techo y con una cuerda que sirve para advertir al dios que se le llama en la tierra. Las mujeres llegan, tocan la campana, inclinan la cabeza, dan unas palmadas, murmuran una corta oración y se marchan. En todos aquellos quioscos sagrados entran el aire libre y los pájaros, y los jardines que los rodean están poblados de faroles y de toscos tabernáculos. Unas balas colocadas en columnas de granito y cuatro cañones, trofeos de la última guerra, tomaban el aspecto de inofensivas antiguallas en aquella rústica decoración. Y debajo de un cobertizo había una vaca de bronce, echada y con la lengua colgando, que, á pesar de su parentesco con las divinidades egipcias, no tenía nada de imponente ni de hierática y, más que un símbolo, parecía una buena y pacífica vaca, nada simbólica.

Pórticos, faroles, pabellones y santuarios nos presentaban la imagen de una religión sin misterios y sin espantos, ni apasionada ni voluptuosa, sino rudimentaria, agreste, impregnada de un ingenuo naturalismo y susceptible de contentar á los guerreros de los antiguos tiempos, á los labradores y á los enamorados juguetones. Es verdad que yo sospechaba, bajo la candidez del culto externo, algunos secretos exotéricos; pero hay tantos, que aquellos mástiles con banderolas y aquel espejo no excitaban más mi curiosidad que los atributos de los sonámbulos.

La multitud se esparcía alrededor del templo y encontraba allí

sus diversiones habituales. Unos saltimbanquis tocaban el tambor delante de una barraca hecha de picas clavadas en el suelo y de harpilleras y ruedos. Los puestos de pasteles y de golosinas y los bazares á precio fijo aturdían el espacio con un ruido de sonajas y de baratijas; y las invenciones modernas, la ciencia misma, reclutaban también corros de papamoscas gravemente admirados.

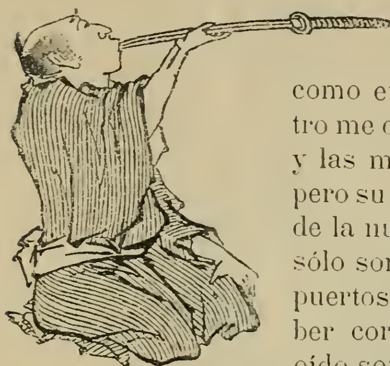


Equilibristas japoneses, dibujos de Hokusai

Vi algunos que estaban pegándose al oído las campanas de los fonógrafos, pero sus caras seguían tan imperturbables y sus ojos tan tristes como si no hubiesen oído nada. Un charlatán exhibía en su mesa una calavera, dos esqueletos y unas muñecas anatómicas cuyos intestinos presentaban tumores pintados de verde, tres frascos con tenias, un paquete de folletos y una pirámide de cajitas de píldoras. El hombre hablaba con verbosidad vertiginosa y tan pronto tocaba con su varilla un frasco de tenias como á una muñeca, para señalar después al pecho de un espectador. Y á pesar de mi ignorancia de su lengua, comprendía muy bien lo que decía: «Usted, señor mío, leo en su cara que está manteniendo un reptil en sus honrosas entrañas; y usted, señora, créame, es tiempo de poner remedio, si no quiere tener en su noble seno una enfermedad como ésta, cuya gravedad tiene á la vista.» Aquella gen-

te movía la cabeza, pero me pareció que les chocaba más la elocuencia del droguero que las ventajas de la droga. A pocos pasos unos gimnastas hacían ejercicios con unos sables, los hermosos sables que constituyeron la honrosa ferocidad del Japón, y los tenían tan domesticados que se los tragaban con admirable limpieza.

Y yo me preguntaba: «¿Es este aquel país excéntrico que tanto regocija á los aficionados á cosas extrañas y del que la porcelana nos ha contado tan fabulosas historias?» Se me habían llenado los oídos de que nada pasaba allí como en otras partes y todo lo que encuentro me quita tal ilusión. Los hombres son feos y las mujeres están ridículamente vestidas, pero su manera de divertirse no se diferencia de la nuestra y hasta su fealdad y sus trajes sólo sorprenden débilmente al que visita los puertos del Extremo Oriente después de haber corrido un poco por el mundo. Había oído sonar aquellos zuecos de madera en los pies de las mujeres incas. Había seguido en las manos de los chinos las glotonas evoluciones de los palitos de que se sirven para comer. Y el exterior de las casas inclina á creer que han refinado muy poco la concepción primitiva de los castores.



Prestidigitador introduciéndose un sable por la boca, dibujo de Hokusai.

De este modo, más cándido yo en mi desencanto que otros en su amable delirio, estaba cometiendo respecto del Japón inocentes sacrilegios...

Pero lo peor fué cuando desembarqué en Yokohama. Las calles de la concesión europea, paralelas á la ribera, van á parar á un río canalizado y suben después á una colina provenzal en la que las villas se desbandan y se esconden en frondosos jardines. Fuera de algunos *boys* japoneses y de unos cuantos alemanes en el umbral de sus almacenes, no me crucé al principio más que con chinos. No sé si el aire del Japón los embellece ó si es que á su lado los japoneses hacen oficio de embellecedores por comparación; ello fué que nunca me habían parecido mejor. Mis ojos descansaban con complacencia en su talla aventajada, en sus túnicas azules, en su sedosa trenza y en la serena plenitud de su fisonomía. Pero detrás de la concesión se extiende, como un fétido *ghet-*



CANAL DE YOKOHAMA

to, su barrio de casas pintorreadas de rojo ó de índigo y lleno de basuras y pestilencias.

A la derecha y á lo lejos está la ciudad japonesa, en la que no vi más que una selva de tejados, de mástiles y de andamiadas, de cabañas desquiciadas, de tendederos de harapos; vastos caminos en cuyo centro se desarrolla una pista estrecha y surcada por las tenues rodadas de los kuruma; tiendas rodeadas de una tela negra llena de caracteres chinos y que recuerda las colgaduras de nuestras ceremonias fúnebres, y una estación ya decrépita, abierta á todos los vientos y llena de una multitud taciturna.

Los empleados, en traje europeo, tenían un aspecto misterioso y destrozado, pero aquellos representantes de la civilización ejercían una autoridad militar sobre el público. La multitud exhalaba un vago perfume de agua de tocador y un ligero olor á pescado. Las grandes cocas y los altos moños desplegaban su rígida elegancia. Algunas cabezas de mujer estaban veladas á la oriental por un pedazo de tela azul pálido; y más de un hombre mostraba debajo del kimono entreabierto unas piernas delgadas y sin vello, mordidas por el viento helado. En cuanto se abrieron las empalizadas se produjo una apretura silenciosa en la que los codos empujaban como sin que lo supieran sus propietarios, que miraban en línea recta con triste impasibilidad. Y las losas del andén resonaron un instante bajo las carreras de los geta.

Y la entrada en Tokío, ¡qué fila de caseríos lamentables! ¡Qué China apagada!

La estación de Shimbashi estaba tan sucia como la de Yokohama. En la plaza y enfrente de nosotros una casucha coronada por una especie de taller de fotografía ostentaba el título francés de *Restaurant*. Delante de la puerta había descarrilado un tranvía sin imperial, enmohecido, despintado, sórdido y tirado por dos jamelgos. A la derecha un canal, unos puentes, unas barracas híbridas, por mitad japonesas y europeas, y unas calles pedregosas.

Dijimos á nuestros conductores el nombre de *Metropole-Hotel*, nos respondieron con un *¡he!* casi teutónico y emprendieron la carrera. Atravesaron puentes encorvados, solares, encrucijadas, en los que á veces se levantaba entre cabañas un edificio de ladrillo que parecía molestado por su rápido crecimiento, como un muchachón adolescente en medio de viejos apergaminados; y llegamos por fin á la desembocadura de un río, en un barrio rodeado

de canales y en el que las casas pintadas y los jardines indicaban que estaba reservado á los «diablos venidos del mar.» A lo lejos vi un horrible tejado de pagoda tan groseramente ideado que, á pesar de mis decepciones, extrañé todavía que los japoneses hubieran podido edificar cosa tan fea; pero pronto supe que los únicos



Decidor de la buenaventura en una calle de Tokío

responsables eran unos pastores protestantes, ingleses ó americanos, y que aquel sombrero de Gargantúa chino abrigaba una secta reformada.

Entramos en el hotel. El gerente, muy ocupado, sudando y dando resoplidos, estaba distribuyendo empujones á los criados japoneses, que detrás de él le sacaban la lengua, mientras unos biciclistas ingleses, servidos aparte en un salón próximo, hacían un estrépito infernal.

Si mis primeros paseos por Tokío no me reconciliaron con el Japón, la ciudad, al menos, me reveló una inmensidad que yo no sospechaba y esa especie de grandeza que llevan consigo los campamentos humanos cuando su extensión va más allá de lo que se

había imaginado. Aquellos valles y aquellas colinas cubiertas de innumerables aldeas soldadas entre sí por puentes de madera ó de hierro; aquellos barrancos á los que van á parar chozas y palacios; aquellos terrenos incultos y los populosos arrabales que pululan en sus lindes; aquellos canales cuyos múltiples brazos encierran una confusa mezcla de tiendas y de casitas enrejadas y cuyas aguas sombrías desaparecen bajo el peso de las balsas y de los lanchones para reaparecer más lejos entre unos altos y verdes terraplenes desiertos; aquellos tejidos de callejuelas; aquellas anchas vías polvorientas cuyas casas, muy bajas, se hunden en el suelo, y las largas calles bordeadas de tejadillos y de faroles enmohecidos; aquel bulevar de un europeanismo híbidro con sus muros negros y sus ventanas de arca de caudales; aquellas horcas de varias ramas y aquellas cruces de Lorena que son postes telegráficos; aquellos parques, aquellas arboledas y aquellos arrozales enclavados en los barrios; aquellos cercados en que los príncipes se han hecho palacios secretos y vastas soledades que ocupan más terreno del necesario para edificar una ciudad; aquellos barrios de.construcciones europeas que desentonan doblemente por su contraste con las habitaciones japonesas y por la discordancia de su arquitectura; aquel río poblado de barcas y más allá del cual se amontonan de nuevo las informes barracas y las chimeneas de fábricas; todos esos cuadros diferentes, sin viveza de color y de un dibujo feamente borroso, repugnan á primera vista y nos disgustan por su monótona variedad, para despertar después en nosotros una curiosidad que no ha recorrido medio mundo para abdicar ante la más inverosímil feria de trastos viejos que los hombres han reunido bajo el cielo.

Esa feria tiene, no diré un centro, sino un alma: el palacio del emperador y las ruinas feudales que le rodean.

Partid del mar en la desembocadura de Sumida-Gawa, recorred unas empalizadas desiertas, atravesad unos puentes en arco, unos islotes de casas, unas calles más pedregosas que el lecho de un torrente seco y otros puentes aún; pasad el bulevar Ginza, el más hermoso de la ciudad y el único que tiene una acera de ladrillos, y llegaréis á un recinto de murallas hechas de enormes piedras no cimentadas é inclinadas en escarpa. No es muy alta esa muralla, pero sí muy gruesa. Está plantada de árboles y su masa tebana se mira en las aguas estancadas de un canal.

Pasad el puente; la muralla está abierta. Ante vuestros ojos se desarrolla una inmensa llanura inculta en la que surgen de vez en cuando edificios de ladrillo aislados unos de otros. Allí veréis acaso unos jinetes haciendo el ejercicio: los húsares japoneses, cortos de estribos, ceñidos en sus uniformes y que sufren grandes



Parque de Tokío

trabajos para montar sus caballos. Caen, se levantan, vuelven á ponerse en la silla con expresión de grandes muchachones coléricos, y el círculo de desocupados que los rodea no se ríe de sus caídas.

Seguid vuestro camino. Al fin de la explanada, nuevo canal y otro recinto fortificado en el que todavía circula la gente; nuevos baluartes y nuevos canales, otros espacios y una campiña siempre verde, de una soledad prodigiosa, de la que surge, en una isla escarpada, misteriosa y sombría, el invisible palacio imperial. Allí se os mostrará el ministerio del emperador, especie de prefectura europea edificada al pie de los caminos circulares que conducen á la corte. Allí distinguiréis, aunque muy á lo lejos, en el ángulo de una muralla, una torre blanca y cuadrada, con techumbre de pa-

goda, que reluce suavemente á través del follaje. Pero la sombra y el silencio de los zarzales guardan el secreto impenetrable de la residencia divina.

En vano recorreréis durante casi dos leguas los pliegues y repliegues de los profundos y anchos fosos que defienden los alrededores de la Sublime Puerta; en vano creeréis á veces llegar á ella cediendo á la muda invitación de los puentes; el dios constitucional vive en medio de su pueblo en un asombroso dédalo de tapias viejas y de baluartes desmantelados, de verdes zanjas y de durmientes aguas llenas de patos silvestres, más retirado y más inaccesible á los profanos que la diosa de que desciende en su templo inviolable de las grandes selvas de Isis.

Aquel palacio del misterio, en el que acaso sueña el pasado, constituye para mí la belleza de Tokío. El resto no es más que un caos, en que todo choca con la imagen que nosotros tenemos de la vida cómoda y armoniosa. Aquel pueblo familiar no tiene intimidad. El transeunte se introduce fácilmente en los interiores; las tres cuartas partes de la gente se levantan, se peinan, se visten, se lavan, se visitan y realizan todos los ritos de la existencia ante las miradas del paseante. ¿De qué procede que la vista de aquel pueblo, al que se pinta con la sonrisa en los labios, me llena de tristeza?

Las cosas y los seres sufren en él una especie de aplastamiento doloroso. Las débiles casas se ahogan y se inclinan bajo su concha de tejas. Su único piso es á veces tan bajo, que entre el cobertizo de la puerta y el alero del tejado no puede haber sitio más que para cuerpos acostados. Los árboles panzudos que hacen centinela en las escarpas y en las antiguas fortificaciones no estarían más retorcidos ni sus ramas más crispadas si los combatiese un eterno huracán. Los unos hacen explosión en el mismo suelo y dirigen en todos sentidos sus contorsiones de reptil; otros se encorvan y se arrastran rudamente hacia la tierra como si quisieran volver á hundirse en ella ó implorar una savia menos pobre; otros, retenidos por sus raíces, precipitan desde las alturas sus cabezas enmarañadas. Su efecto es pintoresco y conmovedor.

Y entre sus sombras deformes veía yo pasar las mujeres de espalda arqueada; y bajo aquellos techos desproporcionados contemplaba una población que vive, come, habla, se arrastra de rodillas y conserva, aun en pie, la traza de esa postura suplicante; *gens duplicata*. Notaba que las caras, en cuanto pierden la máscara

cara sonriente de la urbanidad, vuelven á caer con frecuencia al estado de fisonomías cuyos músculos no han sonreído jamás y de cuyos ojos no salen ni luces ni destellos; y pensaba algunas veces si habríamos entrado en un mundo miserable, encorvado hereditariamente bajo no sé qué horrible amenaza.



Palacio imperial de Tokío y puente que da acceso al recinto amurallado del mismo

Pero esa impresión se disipaba, apenas formulada, ante un sitio encantador, una calle de árboles valientemente lanzada á la conquista de un templete; una iglesia búdica con pórtico chinesco rodeada de un ejército de faroles cuyas filas se extienden en la paz soleada de las criptomerias; un jardín que reproducía en pequeño las bellezas habituales de la naturaleza japonesa. Veía á veces una ermita entre los enebros y las gardenias y cuyos vidrios de papel tenían la dulzura de unos cristales cubiertos de escarcha. El pulimento de su madera resinosa y la delicadeza de su armazón me decían: «Aquí, viajero, nos contentamos con poco, pero ese poco lo acabamos.» Otras veces me distraía una de esas antítesis que tanto abundan en Tokío y levantan, en medio de una civilización

exótica y vieja, detalles de europeanismo rápidamente instalados. Toda un ala de la ciudad está como aplastada por un monumento como los que los decoradores se complacen en pintar en sus telones de fondo: pesada bóveda y delgada torrecilla. Es la iglesia rusa, que me produjo una estupefacción de la que no he vuelto todavía. ¿Quién acusaba á los japoneses por su espíritu de desconfianza y por su odio al extranjero? La religión de su más temible enemigo se ha instalado con énfasis en el corazón de su capital, y ese edificio tiene un carácter durable en medio de aquella aglomeración de barracas provisionales. El emperador del Japón puede contemplar desde su parque la iglesia de la que el zar es soberano pontífice y que domina á sus ministerios, á sus escuelas, á sus templos, á sus barrios comerciales y á él mismo.

Todas estas impresiones de rarezas, más aparentes que reales, ¿darán la razón á los que exaltan la excentricidad desconcertante de los japoneses? Las hay que se explican por la naturaleza del país y las hay que se explican por la imitación con que allí se nos honra. Así, la frecuencia de los terremotos les obliga á edificar casas bajas y techos pesados. No hay semana en que el suelo no se mueva bajo nuestros pasos ó en que los tabiques no dejen oir crujidos alarmantes. La prueba es que un inglés recién desembarcado, sorprendido el otro día al salir del baño por uno de esos desarreglos volcánicos é indeciso entre el deseo de huir y el temor de ofender nuestra vista, gritaba á voz en cuello: «¡*Nasty place!* ¡*Nasty place!* (Cochino país).» Y creo que si el japonismo triunfase en Europa y de una moda pasajera y limitada se convirtiera en una institución, no seríamos menos torpes para modelarnos sobre los japoneses que ellos lo son para copiar nuestros usos y estilos. Nada impediría entonces á sus viajeros escribir capítulos sobre los kimono arrugados y los geta deformados por esos torpes occidentales.

CAPÍTULO IV

En la dieta y en las calles

Mi intérprete me traduce todas las mañanas el periódico. Compramos el *Nichi-Nichi*, que pasa por estar inspirado por el marqués Ito, ó el *Jiji Shimpo*, órgano independiente y casi ministerial. Pero el *Yorozu*, que se imprime en papel color de rosa y veo por todas partes en manos de los comerciantes, de los sacristanes de los templos búdicos, de los sacerdotes del Shinto, de los geisha y de los dueños de posadas, me parece á la vez tan popular como el *Petit Journal* y tan peleador como *La Lanterne*, y me es más útil para introducirme prontamente en la multitud japonesa. Los largos artículos de los periódicos serios me parecen muchas veces una reproducción debilitada y como una traducción incolora de ciertos periódicos europeos. Comprenderé mejor su alcance cuando esté más adelantado en el conocimiento de las cuestiones políticas. El *Yorozu* no se anda por las ramas y es vivo, indiscreto y ruidoso; es suspicaz y desliza amenazadoras segundas intenciones; descubre los escándalos, los incuba, los engorda y los suelta cuando llega el momento. Es un periódico muy civilizado, cuya subscripción cuesta unos cincuenta céntimos al mes.

Mi intérprete y yo leemos primero las noticias y observo que la vida de nuestros hermanos amarillos levanta todos los días el mismo polvo de tristeza, de ignorancia y de fealdad que la de mis hermanos blancos. Suicidios de amor, adulterios, celos de navaja, locura mortífera, muchos robos, menos crímenes y las consabidas del joven que violenta la caja paterna para mantener á su querida, del provinciano crédulo que confía la bolsa al primer bribón que se presenta, y del polizonte que ha inducido por las huellas del ladrón que éste tiene rota una geta y sorprende al criminal en el momento en que se está mandando componer el calzado.

Las hazañas de los luchadores, tan célebres como las de nuestros caballos de carreras, no nos retienen todavía; pero antes de

correr al folletín ilustrado, cuyo autor nos prepara con arte las peripecias y el interés creciente, damos una ojeada á los sueltos políticos.

En ellos veo que el ministerio viola la Constitución, lo que no me sorprende. A juzgar por la melancolía del periodista, compartida por muchos de sus colegas, esa Constitución no es para los japoneses más que una fuente inagotable de desencantos. Escuche el lector: «Todo el mundo se regocijó cuando fué proclamada. Se pusieron colgaduras y se bailó. El pueblo creyó haber entrado en el paraíso búdico. Y cuando apenas han pasado diez años, se echa de ver que nada ha cambiado. Vivimos aún bajo la arbitrariedad y el despotismo. Pisoteado el Parlamento por el caciquismo y el pandillaje, los partidos han caído en plena corrupción ó yacen atontados por poderosos narcóticos.»

El despotismo de que se trata no tiene nada de imperial. La majestad del emperador se cierne por encima de las polémicas y el mismo *Yorozu* no se atrevería á tocarla. Pero la buena fe del nieto de la diosa Sol puede dejarse sorprender, pues no hay om nisciencia, ni aun divina, que no pueda ser falseada por pérfidos consejeros. «El gabinete que nos gobierna es una especie de ministerio fantasma. Existe y no existe. ¿Cuál es su verdadero carácter? ¿Cuál es su fin? No se sabe.» ¿Hay que precisar? El *Yorozu* lo desenmascara. «El ministro de Agricultura acaba al fin de revelarse; ha cometido una tontería.»—«¿Creéis al presidente del Consejo ocupado en las atenciones del gobierno? Tranquizaos; goza de buena salud, bebe saké y se divierte en la sociedad de las geisha.»—«Tenemos tres ministros excelentes; el uno le gustan las bailarinas, al otro las acciones y al otro los regalos en dinero.» Se cuenta en términos conmovedores que uno de ellos ha abandonado á una niña de la que es padre auténtico, y que esa muchacha, educada por su madre, una geisha, ha tomado el nombre del ministro y va á tocar el shamisen por los *restaurants*. ¿Por qué no hacer una subscripción para esa víctima de la crueldad ministerial? El pueblo japonés es verdaderamente un pueblo extraordinario.

El 24 de diciembre el emperador abrió la Dieta. No sé hoy todavía si el ministerio Masukata era culpable, según la Constitución, de los atentados que unos cuantos periodistas le echaban

diariamente en cara, aprovechando la nueva libertad que había dado á la prensa. Unos afirmaban que se había extralimitado en sus derechos; otros, que tenía derecho de extralimitarse; otros, que se había contenido en la esfera de sus atribuciones, hábilmente para unos, torpemente para otros. Pero todos se mostraban de



Luchadores japoneses

acuerdo para derribarle. La batalla debía entablarse acerca de los nuevos impuestos con que el gobierno amenazaba á la pobreza japonesa; pero lo que se perseguía á través de esa cuestión de hacienda era su crimen de haber durado. Tenía en contra suya á los funcionarios cesantes, á los prefectos sin plaza, la ambición de los antiguos ministros cuyos dientes habían vuelto á crecer y la indiferencia de los amigos repletos.

La Dieta se levanta no lejos del Palacio en aquel barrio europeo de las legaciones y los ministerios que, por sus construcciones recientes y sus grandes espacios vacíos, parece el núcleo de una ciudad americana. Fuí acompañando á los miembros de nuestra legación y con ellos atravesé la inmensa explanada y el labe-

rinto abierto de las antiguas fortificaciones. El sol de la mañana reverberaba en el agua helada de los fosos. Aquellas vastas extensiones en que la vegetación, iluminada por una luz de invierno, nos descubría frías claridades pantanosas, me producía la impresión de un paisaje de cacería de patos. De largo á largo del camino que pronto iba á recorrer el emperador, una multitud silenciosa, contenida por guardias de orden público, se agrupaba en una masa de cuatro ó cinco filas. Cientos de kuruma se alineaban ya ante el edificio occidental en que se discuten los destinos japoneses. Unos lacayos galoneados se precipitaron á la portezuela de nuestro carruaje y un maestro de ceremonias, lleno de bordados de pies á cabeza, nos condujo á las tribunas. Me abrieron la de los periodistas, que estaban todos vestidos á la europea, con las manos en las rodillas, inmóviles, mudos y violentos, como unos paletos endomingados cuyos ademanes no pudieran ser libres fuera de la blusa

El anfiteatro parlamentario resplandecía con el brillo de lo nuevo, pero se habían quitado todos los asientos del hemiciclo y un delgado cordón rojo le dividía en dos partes, una de las cuales estaba reservada á los pares ó senadores y otra á los diputados. Detrás del estrado en que están de ordinario la presidencia y la tribuna de los oradores. y bajo un suntuoso dosel de púrpura bordado de crisantemos de oro estaba el trono del emperador. Las tribunas, excepto la central, que seguía desierta y pomposa, estaban ocupadas por oficiales y altos funcionarios, algunos de los cuales conversaban en voz baja. El cuerpo diplomático se instaló en su tribuna cuyo fondo aparecía tapizado por los legados de la Corea, vestidos con trajes obscuros y con sus sombreros en punta; pero en la primera fila, cerca de la figura simpática y fina del barón de Anethan, un diplomático chino, con una túnica magnífica, había puesto en la barandilla de la tribuna los largos y delgados dedos é inclinaba una cara demacrada cuyos labios dibujaban la sonrisa del *Voltaire* de Houdon.

El hemiciclo se llenó rápidamente. De un lado se pusieron los senadores, con uniformes militares ó trajes de ceremonia bordados de oro, y del otro los diputados, de frac. Todos los sombreros y los puños de las espadas ostentaban gasas, pues el imperio japonés estaba todavía de luto por la emperatriz madre, que hacía once meses había ido á quejarse á los dioses de las profanaciones con que infestaban el país los invasores europeos.

Me puse á examinar las actitudes y las caras y no me pareció que los dignatarios japoneses resultasen ridículos con sus trajes bordados y sus uniformes de Estado mayor. Acaso su riqueza cubría los defectos de las personas. Pero el frac les estrechaba los hombros, sus faldones colgaban de bustos raquíticos y demasia-



Mutsuhito, emperador del Japón

do largos y los brazos caían rígidos y molestados por la estrechez de las mangas como por una desnudez.

Las caras no tenían aquella fealdad alternativamente chata y saliente, casi siamesa, que encontraba yo por las calles, y su variedad me ofrecía ejemplares menos rudos del tipo japonés. Entre algunas cabezas deprimidas, en las que la protuberancia de los pómulos parece indicar el esfuerzo del cráneo en su fuga hacia atrás, y en medio de algunas caras estiradas, agrietadas y sinuosas, se veían algunas finas caras ambarinas ovaladas, de nariz aguileña, ojos ligeramente oblicuados y sonrisa de mujer. Muchas se parecían á las nuestras, de tal manera que sus fisonomías me recordaban personas y caracteres conocidos. Aquellas caras japo-

nesas llevaban también el sello ó los estigmas de las cualidades y de los defectos, de las virtudes y de los vicios que tenemos costumbre de descifrar en las de la raza aria.

El emperador se presentó por una puerta lateral, seguido por los chambelanes, los príncipes y los ministros. Inmediatamente todos los senadores y diputados se inclinaron con el mismo movimiento unánime, lento y armonioso de las altas espigas á impulso de la brisa, ante aquel hombre cuya humanidad, en cierto modo superior, encarnaba la patria. No me ocurrió siquiera examinar el corte de su traje ni ver si sus sastres habían adaptado ingeniosamente la moda extranjera á sus formas indígenas. Encontré que en aquel momento sus vestiduras se redondeaban en las caderas y caían con gracia, y que en una asamblea política el respeto es siempre un gran maestro de elegancia.

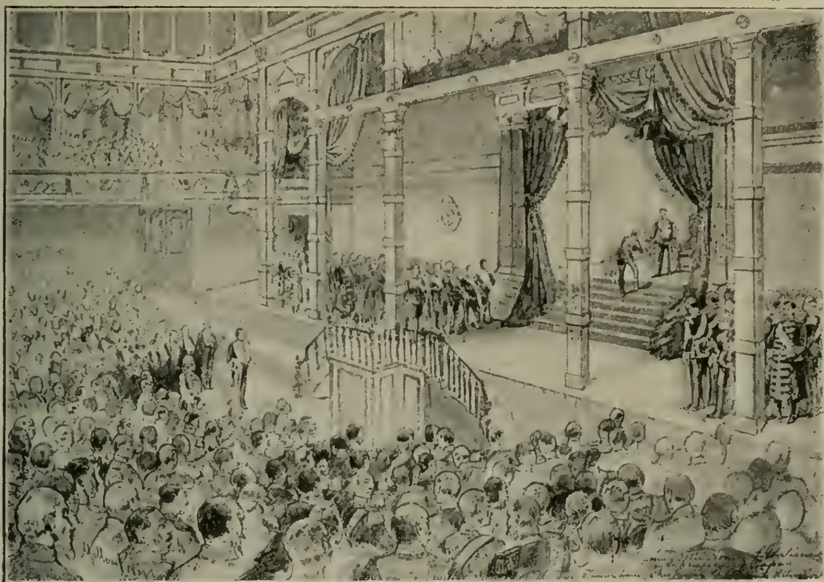
De estatura más alta que los oficiales de la escolta, el cabello abundante y partido en el nacimiento de la frente, las cejas levantadas y los ojos ligeramente oblicuos, la mandíbula inferior prominente y barbuda y con una dura expresión de boca, realzada por el bigote negro, las facciones menos impregnadas de inteligencia que de brutal tenacidad, el soberano, vestido de general, avanzó con paso bastante rápido, pero con el modo de andar un poco torcido de los jinetes.

El conde Masukata se apróximó á él y después de tres lentas reverencias le entregó humildemente el rollo en que estaba escrita la proclama imperial. El emperador se descubrió, puso en el velador el quepis de blanco plumero, desarrolló el manuscrito y comenzó la lectura. En el movimiento que hizo, un pliegue de la colgadura me le ocultó y sólo oí ya su voz, una extraña voz gutural y cascada de cura viejo salmodiando bárbaras letanías. Cuando acabó devolvió al conde el papel sacrosanto y se retiró silenciosamente con su séquito como había entrado.

Diputados y senadores se dispersaron para reunirse poco después y redactar un mensaje al trono. Yo fuí á reunirme con los diplomáticos en una gran sala sin muebles, donde estaban poniéndose los abrigos y fumando un cigarro. Allí se hablaba de las palabras del emperador, menos triviales, según decían, que las de los años precedentes, y se señalaba el pasaje de su discurso en el que, saliéndose de su neutralidad habitual, declaraba que los ministros, al establecer los nuevos impuestos, no habían hecho más que

obedecer á su iniciativa. De este modo cubría su impopularidad con su irresistible púrpura.

Los periódicos, sin embargo, anunciaron que al día siguiente el ministerio recibiría el asalto, y los conciliábulos de los hombres políticos se prepararon en todas partes al combate.



Apertura del Parlamento japonés. El presidente del Consejo entrega al emperador el mensaje que ha de leer

Por la mañana entré un instante en la Cámara de los pares. Era aquella la morada del buen tono, de las maneras suaves y corteses, de las finas alusiones saludadas con una sonrisa y de las aprobaciones discretas: un salón y una academia. El orador hablaba sin acción oratoria y sin brillo; más bien conversaba, y de vez en cuando las cabezas, algunas de las cuales empezaban á mostrar la calva, aprobaban las delicadezas de su lenguaje. Las tribunas estaban vacías.

Pero, á las doce, la multitud provista de papeletas sitiaba los alrededores de la Dieta y ocupaba las escaleras de madera que por uno de los lados del monumento dan acceso á la Cámara. Los funcionarios á quienes me dirigí para entrar me recibieron con una amabilidad que me chocó porque no me conocían, y en cuanto me

abrieron la puerta de una tribuna, los privilegiados que ya la llenaban me hicieron un hueco en la primera fila. Aquella urbanidad me consoló de los insultos que me dirigían por las calles los chicos alentados por sus padres.

Al recorrer los pasillos había visto en sus oficinas unos grupos de diputados japoneses sentados en unas mesas y encendiendo cigarros de papel en las ascuas de unos braserillos. Nada había ellos de aparato, nada de frac, sino el traje japonés, que no molesta en las sesgaduras del sobaco. Estaban discutiendo y en torno de ellos se oía un rumor de tempestad.

A la una en punto se abrió la sesión por una corta alocución del presidente, que dió cuenta de su visita al emperador para presentarle el mensaje, al que Su Majestad se había dignado responder: «Aprobamos los sentimientos que nos expresan los miembros de la Cámara de los diputados.»

La sala, enteramente llena y en la que los trajes europeos se ahogaban bajo la ola de los haorí, se quedó en silencio, cuando, en el momento de ir á entrar en la orden del día, se levantó un diputado y pidió presentar una moción urgente. En el hemiciclo se produjeron gritos variados que apenas dejaban oir la voz del presidente:

—¿De qué clase es esa moción?

—Propongo—respondió el diputado—que la Cámara niegue su confianza al presente ministerio.

Las caras se pusieron rígidas bajo su barniz de impasibilidad. Entre tantas cabezas de Sancho y don Quijote tártaros con barbas de chivo, ¿dónde había yo contemplado aquella cara de bronce ó de Providencia de melodrama, con aquellos ojos hundidos, aquella boca fúnebre y aquella voz hueca, aunque no tanto como su discurso? ¿No había yo encontrado ya á aquel hombre de carrillos colgantes y cuadrados que mira con tanto trabajo á causa de sus pesados párpados? Y á aquel otro tan satisfecho de sí mismo como un *tenorino de opereta*, ¿dónde le he visto? ¿En qué país? ¿Durante qué peregrinación?

Una vez tirado el primer cañonazo, iban los partidos á dar el ataque cuando el presidente, que acababa de recibir un pliego sellado, le levantó en alto. En medio del estrépito de los asientos que chocaban, al levantarse, contra los respaldos, todos los diputados se pusieron en pie para escuchar la lectura de un decreto de

disolución. Los concurrentes á las tribunas se echaron á reir. Nunca había visto á los japoneses tan alegres y tan satisfechos de la vida. Pero sus representantes lo estaban menos, aunque se fueron marchando poco á poco y sin murmurar, excepto dos ó tres que lanzaron apóstrofes á las tribunas y á la Historia. Hubo uno que hasta se subió en el sillón y levantó los brazos al cielo. Era pequeño y sus cabellos se encrespaban en una cabeza al mismo tiempo burlona y furiosa. Acaso hubiera hablado si no hubiera echado de ver que la sala estaba vacía.

En el patio de la Dieta los diputados se precipitaban hacia sus kuruma, y como un ejército de ratas sorprendido por la inundación se dirigían muy de prisa, para concertarse ó para hacer el equipaje, al gran *Imperial-Hotel*, que el gobierno edificó tanto para ellos como para los viajeros extranjeros y el mejor día se vendrá abajo por los terremotos.

Al día siguiente el gobierno, vencedor de las resistencias del Parlamento, hizo dimisión.

—Y bien, me decía el antiguo residente, ¿no está usted servido en la medida de sus deseos?.. ¡Diablo! Desde que usted llegó y en menos de veinticuatro horas, apertura de la Dieta, disolución del Parlamento, crisis ministerial... No dirá usted que los japoneses rehuyen el trabajo. Resumamos la situación: los diputados hacen una campaña contra los impuestos; el emperador sostiene á sus ministros, y los diputados protestan de su adhesión á la Majestad imperial, fuente de toda grandeza y de toda verdad, pero continúan atacando al gabinete; el emperador se felicita por los sentimientos de los diputados y los pone á la puerta. Se marchan y el ministerio les sigue en su caída. Todo esto es admirable y supongo que el espectador queda en posesión de las luces suficientes sobre la incoherencia de la política japonesa. ¿Qué dice usted de todo esto?

—Digo que estos japoneses son muy raros al no serlo más que nosotros.

—Se engaña usted; nosotros lo somos menos... Pero deje usted en paz á los parlamentarios y á su marmita volcada y paséese por la población. El 31 de diciembre se aproxima, y desde que la luna no rige ya los destinos de esa gente, están de acuerdo con nosotros para festejar el año nuevo. Encontrará usted por todas partes portadores de regalos y mensajeros de buenos augurios. En

estos días se hace un cambio solemne de salmones salados, de patos silvestres, de pescados, de legumbres, de naranjas y de huevos. Los pobres se regalan libras de azúcar. Los que no hacen todavía mala cara á las antiguas supersticiones cuidan de no olvidar en el número de presentes que envían las cifras fatídicas y favorables: tres, cinco, siete.

—Es maravilloso, dije, que los números impares gocen de tanta veneración entre todos los hombres. Pero observo hace dos días que están plantando delante de las casas pinos verdes ó bambúes cortados, y veo que colocan encima de las puertas una cuerda con franjas de paja y sembrada de retazos de papel blanco, de hierba marina, de naranjas y de cangrejos. ¿Qué significa esa decoración?

—¡Ah!, me respondió mi interlocutor, usted olvida que está en el país del Oráculo de los Sueños y del Lenguaje de las Flores. Esos dos pinos en el umbral de cada morada, el uno, más gracioso, á la derecha, y el otro, más robusto, á la izquierda, representan la constancia de la mujer y la del marido y son para ellos presagios de longevidad. El retorcido de paja, de origen sintoísta y que verá usted en el frontón de los templos, ha prestado un gran servicio á la humanidad. Sin él, se puede decir que no se vería claro aún en los Estados del Sol y que nunca los hubiera usted visitado más que con el telescopio de su Cirano, cuya asombrosa resurrección nos anuncia la agencia Reuter. Sepa usted, pues, que la diosa Sol, tan caprichosa como la luna, se había encerrado en una gruta. Los dioses, muy embarazados por las tinieblas, no pudieron sacarla de allí sino recurriendo á su curiosidad femenina, é imaginaron una sinfonía burlesca en la que tomaban parte los gallos, y otras cien invenciones entre las cuales una de las más felices fué ponderar su belleza y presentarle un espejo. La diosa salió de su caverna, pero hubiera vuelto á ella si esa cuerda de paja de arroz no le hubiese interceptado el camino. Los pedazos de papel que usted trata con tan poco respeto son nada menos que el símbolo de la divinidad. Las hojas verdes, las naranjas y las plantas marinas, creo que representan la prosperidad. El cangrejo le desea á usted que llegue á una edad en que se le encorve la espalda, como la suya, y le crezca la barba como á él. Pero no acabaríamos nunca si quisiéramos exponer los pequeños emblemas en que el alma japonesa recoge, hace dos mil años, el mismo





PESCADERO AMBULANTE. — TIENDA DE PESCADOS Y MARISCOS (TOKÍO)

botín de inocentes placeres. Las hojas de los árboles le hacen señas particulares, las anémonas le murmuran cosas exquisitas, sus sueños de dicha viajan en la concha de las tortugas y los peces le dirigen largos discursos. Esa alma, siempre fácil de contentar, se mueve en el diáfano mundo de los apólogos y habita un palacio de alegorías en el que cada ventana es una metáfora.

—¡Diablo!, exclamé; se vuelve uno altisonante frecuentando á los japoneses. Diga usted sencillamente que veneran el muérdago, como los druidas, en el año nuevo. ¡Buena gente! Pero, para ser unos soñadores que se miran en una gota de agua, me parece que están seriamente ocupados. En todos los tenduchos y almacenes no hay más que empleados arrodillados delante de sus libros de contabilidad. Por todas partes se oye el ruido de los tableros de cuentas. Y ayer, al pasar por un banco, vi que los ventanillos eran asaltados por muchos hombres armados de grandes cartapacios.

—¡Bah! ¿No quiere usted que los japoneses se crean obligados á pagar sus deudas por lo menos una vez al año? Han tenido trescientos sesenta días para pedir prestado y bien sabe Dios que los aprovechan. Después emplean cinco para procurarse los medios de contraer un nuevo empréstito á fin de pagar los otros, pero crea usted que el espectro de los vencimientos no les impedirá comer sus macarrones de fin de mes ni saborear el *mochi* tradicional, ese pastel de arroz al que los pasteleros dan la forma del espejo sagrado, ni verter habichuelas por la casa, pues esas legumbres tienen aquí la propiedad de ahuyentar al diablo.

Seguí el consejo de mi amigo y me fuí de paseo. Los árboles de Navidad, con que Europa maravilla á tantas cabecitas rubias, habían atravesado los mares y multiplicádose para alegrar los umbrales de las casas japonesas. Los vi de todos tamaños y hasta algunos que no eran más altos que ramos de boj bendito. Todos ponían un poco de verdor y de esperanza en las puertas de las pobres chozas. Los niños, con su túnica chillona cuyas mangas les llegan á los pies, tenían gran cuidado de que el viento no derribase sus árboles é interrumpían los juegos para vigilar aquellos pobres retoños de bendición.

En Ginza se habían instalado á lo largo de las aceras unas tiendas portátiles cargadas de utensilios de casa, de juguetes, de ornamentos religiosos, de árboles minúsculos que brotan en ties-

tos y reproducen tan maravillosamente los caprichos de los árboles grandes, que basta poner uno en los tatami para creerse en una selva. Entre aquellos juguetes de buen augurio se vendían



Juegos infantiles en una fiesta popular

también gatos de porcelana ó de cartón blanco, cuya pata levantada quiere atrapar al paso la impalpable felicidad.

Por todas partes se veían niñas y jovenzuelas de fajas multicolores jugando con unas bonitas raquetas que representan por el revés los actores famosos del Japón. Pero no hay que figurarse unas imágenes groseramente pintadas en tablas; una mano deli-

cada las compone con pedazos brillantes de gasa, y aquellas figuras se animan, hablan y resucitan á los héroes muertos y los encantos del pasado.

Aquel ingenioso simbolismo, aquellas plantas felices que tienen un alma y que entrarán después en el paraíso búdico con las almas en que entretuvieron floridas ilusiones; aquellos emblemas divinos que no han producido todavía enfado á los incrédulos; aquel regocijo en el que el Japón viejo convida á los animales y á los árboles y respira en un mundo de genios benéficos, todo me recordaba la patria lejana, lejana en el espacio y lejana en el tiempo. ¡También nosotros hemos conocido esas fiestas, más íntimas, acaso, y más profundas! Del 31 de diciembre al 1.° de enero las tiendas no se cerraron, y, al dar la media noche, los gongs de las iglesias búdicas, que se respondían por todas partes en la ciudad, empezaron á repartir sus golpes graves y sonoros, mientras el pueblo velaba pacíficamente y delante de las «mesas de delicias,» en las que las mujeres habían puesto crustáceos, pescados, naranjas y hierbas marinas, sonreía á sus patronos celestiales y á sus fantasías legendarias.

¡Para estaros civilizando, japoneses, sois muy extraños!

CAPÍTULO V

Parlamentarismo y feudalismo

¡Sí, muy extraños! El gabinete Ito había sucedido al ministerio Masukata é iba á abrirse el período electoral. La disolución de la Cámara de diputados no había conmovido al país, ya estragado de ese género de diversiones. Y al ver que á mí me extrañaba un poco la facilidad con que el emperador licenciaba á los representantes del pueblo, alguien me explicó que no había que ver en esas frecuentes dislocaciones más que una gimnasia de agilidad para uso de los cuerpos electorales. Se creía bueno y hasta necesario que un elector japonés pudiera en su corta vida nombrar tantas veces un diputado como toda una serie de generaciones de europeos en el curso de un siglo. Yo admiré aquel programa de educación política que permite formar ciudadanos experimentados en quince ó veinte lecciones.

Pero también me advirtieron que el gobierno, para anular la oposición, no había encontrado mejor medio que empobrecerla. El Imperio no es rico y la más pequeña elección cuesta cinco ó seis mil yen, ó sea unos quince mil francos. Esos ejercicios repetidos matan las bolsas pequeñas, desvencijan las medianas y se espera que harán prudentes á las grandes.

Hay quien admira que un pueblo haya podido salir repentinamente de un feudalismo secular para entrar en el parlamentarismo. Pero yo observo todos los días que ese parlamentarismo no es más que una transformación pacífica del feudalismo, no del que ejercieron y centralizaron los Tokugawa durante dos siglos, sino del antiguo feudalismo, que desgarró y despedazó el país.

Ese parlamentarismo tiene las mismas ventajas, puesto que sus juegos, sus remolinos y sus borrascas permiten á los más humildes surgir á los honores, y se puede ver hoy á un comediante aspirar á la diputación, como se vió en otro tiempo á un palafrenero elevarse casi á la categoría de un emperador. Presenta

también los mismos peligros, puesto que excita las ambiciones, exaspera las vanidades individuales y tiende al desorden anárquico. El espíritu feudal no ha hecho más que cambiar de cauce.

No hay que proponerse precisar el programa de los partidos políticos. Liberales, progresistas y nacionalistas son etiquetas prestadas y vacías. Los electores japoneses no siguen una idea; marchan detrás de un hombre. No dependen de un principio; pertenecen á un feudo. Desde la Restauración el poder está en manos de dos ó tres camarillas cuyos miembros se llaman, se relevan y se pasan unos á otros el delicioso fardo. En torno de esas camarillas se organizan banderías cuyos jefes caen y se suceden según los azares de la lucha.

Es verdad que se agitan teorías, se lanzan declaraciones, se blanden trozos de elocuencia inglesa ó páginas arrancadas del *Contrato social*, que falta saber qué extraño camino harán en la mente de la multitud. Pero, por el momento, los partidos no se cuidan más que de hablar fuerte, de desposeer á los grandes vasallos políticos del emperador y de acaparar á éste, pues el emperador es hoy, como en otro tiempo, un palladium disputado por las facciones.

En los primeros tiempos de las elecciones, el Japón venteó en los nuevos humos de la libertad el olorcillo de las antiguas guerras civiles. Las aldeas se armaron; aldeanos que no sabían siquiera lo que significaba una papeleta electoral, y antiguos samurai cerrados á toda idea política, asediaron las urnas y se entregaron á tumultuosas escaramuzas. Así como en otro tiempo las escoltas de dos señores que se encontraban en un camino cambiaban provocaciones y sablazos, no pueden encontrarse dos candidatos sin que sus partidarios vengan á las manos.

El gobierno, alucinado por el ejemplo de Europa, invitaba á los electores á pacíficos debates de opiniones, y había dos, en efecto, que se distribuían desigualmente el pueblo japonés: una, más numerosa, que creía que las excentricidades europeas pondrían nervioso al Japón y que era preciso retroceder; otra que opinaba que la civilización occidental fortificaría al Japón y que convenía marchar adelante. Pero poco importaba que triunfase la una ó la otra, pues la Constitución había colocado encima de la cámara leegida un ministerio irresponsable, menos cuidadoso de obedecer las inspiraciones del sufragio que obligado á proseguir su obra

fatal. Por otra parte, á la mentalidad asiática le repugna la afirmación, y ni los retrógrados se atrevían á condenar absolutamente el nuevo régimen, ni los hombres de la vanguardia á renegar del antiguo. En los dos lados se cansaron pronto de argumentos equívocos, y la discusión bajó de las cuestiones generales á la pelea de los intereses personales.

Aquello fué una indescriptible confusión. Las inteligencias más opuestas se unieron y se hicieron una bandera de una capa de arlequín. La embriaguez de la lucha ocupó el puesto de la convicción y los rencores reemplazaron á los principios; y desde los primeros pasos el parlamentarismo japonés vaciló y tropezó, no al modo de un niño vigoroso que quiere crecer, sino como un hijo degenerado á quien precoces excesos han vuelto débil y violento.


El marqués de Ito

Nació corrompido por haber heredado los defectos que el feudalismo oculta en su coselete de hierro y que, una vez caída la armadura, aparecieron con la luz. Avaricia, concupiscencia, orgullo y bajeza, todo lo que en otro tiempo cubría la coraza de laca y la máscara horrible del guerrero, se entrechocó sin aspecto alguno pintoresco, ya en hakama, ya de levita, con la cabeza desnuda ó cubierta de un fieltro exótico, alrededor de los tablados oratorios en que unos actores imitaban de buenas á primeras los gestos de nuestros grandes ciudadanos y hasta de nuestros hombrecillos. El que tocaba los clarines era el antiguo espíritu feudal; él era el que presentaba los candidatos, el que equipaba los batallones heterogéneos, el que regimentaba mercenarios, el que pagaba asesinos.

Un famoso político del Japón, antiguo y futuro ministro, uno de los que hicieron la restauración, me decía con una mezcla de ironía y de gravedad verdaderamente picante: «Estábamos más maduros para el régimen representativo de lo que nosotros mismos pensábamos.»

Por fortuna, la frecuencia de las elecciones amenguó el entusiasmo belicoso de los electores. El japonés tiene el alma caprichosa y movible y, por tradicionalista que sea, se enamora tan

pronto de las novedades como las abandona. Ocurrió con los *sports* de la política como con la cría de conejos, que en 1873 apasionó al público hasta el punto de que esos animales subieron á los precios fabulosos de los antiguos tulipanes holandeses. Los japoneses se cansaron de las grescas electorales, como se cansaron de las riñas de gallos que habían llegado á hacerles olvidar sus madrigueras. Los campesinos volvieron á sus arrozales y más de un samurai, que acaso había creído que su diputado iba á resucitar en el Japón la edad divina del hierro y de los sables, se retiró á su casa desencantado y descontento de sus arañazos sin gloria. La agitación quedó así limitada y, por un raro contraste, á medida que los periódicos se hacían más duros, los diputados más turbulentos y las ideas mismas más libres y más audaces, el pueblo empezó á mostrar más indiferencia y los electores comenzaron á abstenerse.

La renovación de la Cámara se realizaría hoy en medio de una calma profunda si los *soshi* no entretuvieran cuidadosamente la llamita de las ardientes libertades.

Conocemos á los soshi, y hasta los conocemos de larga fecha. Aquellos bravos italianos que despachaban con tanta limpieza su hombre entre dos luces, eran soshi; y cuando Saltabadil, indignado, exclama: «¿Soy yo un bandido ó un ladrón?,» podríamos responderle: «No, amigo mío, eres un soshi.» Se podría prescindir de ellos, pero los conservan por salvar el principio y creo que también en gracia de su hoja de servicios. Su dialéctica contundente y decisiva ha hecho volver al nirvana búdico á buen número de ciudadanos militantes á quienes la pasión política había arrastrado en sus vanas orgías. Su garra se ha impreso con viveza en altos renombres, y el jefe de los progresistas, el conde Okuma, que no tiene más que una pierna, es una obra firmada por ellos. Su enérgica silueta se levanta en la vulgaridad de los tiempos modernos como una imagen un poco borrada de las épocas heroicas.

En otro tiempo se vió á los soshi errantes por los caminos, solos ó en cuadrilla, harapientos ó bien puestos, pero siempre orgullosos y con el sable siempre dispuesto. Llevaban de ordinario un sombrero de paja de forma de cesto vuelto al revés, y las muchachas ligeras seguían con mirada amante á aquellos samurai independientes y aventureros que, á veces, perseguían su venganza ó, más frecuentemente, acechaban la aventura de un nuevo dueño.

Medio *condottieri* y medio caballeros, aunque menos esto que aquello, las leyendas de *vendetta* y de bravura que iban unidas á sus personas les prestaban una misteriosa seducción. Se les lla-



Kawakami, ilustre actor y político japonés

maba entonces los *Ronin* y sus hazañas han preocupado para siempre la imaginación del pueblo.

Privados hoy de su misterio, despojados de toda caballería, reclutados al azar entre los trabajadores holgazanes y los estudiantes expulsados, y empleados en viles tareas, conservan, sin

embargo, un poco de prestigio que les impide caer en el desprecio unánime: hasta tal punto influye todavía en la mente japonesa la fascinación del valor brutal.

Los soshi forman en torno del candidato una guardia de corps, de tal modo que se cree estar en presencia de un daimio de otro tiempo rodeado por sus samurai. Obedecen á un jefe que va respetuosamente detrás del diputado y vigila la situación, acude á los casos imprevistos y toma la palabra en las reuniones públicas.

Hace unos años, el personaje elegible da menos que hacer que las personas de los electores. El elector se esquiva. Esa escolta de polizontes categóricos le causa una impresión molesta. El elector promete lo que se le pide y hasta se produce entre solicitante y solicitado un curioso duelo de cortesía. Pero, llegado el día de cumplir lo prometido, el elector, olvidando los derechos sagrados que la revolución le confiere, se iría con viento fresco si los soshi no sitiaran los alrededores de su casa y no le obligaran á usar de su privilegio. En ciertos barrios los electores van á las urnas entre irresistibles sargentos que les protegen contra otros sargentos que conducen á otros electores. En estos casos esos ciudadanos por persuasión tienen el mismo aspecto que si los llevaran á ahorcar.

Pero en el curso de las campañas electorales cuyos ecos me traía la prensa, me interesaba menos la figura de los soshi que la singular fortuna de varios candidatos.

El actor estudiante Kawakami, fundador revolucionario de una especie de *Teatro Libre*, se presentaba á los sufragios del duodécimo distrito de Tokío. Era la primera vez que un cómico de profesión subía al estrado político, y vi que, á pesar de todo, el público japonés no tenía aún el sentido muy embotado, porque gruñó. Kawakami perdió el tiempo, pues nadie quiso oirle y se prohibió á los propietarios de *yose* alquilarle sus salas, esos humildes locales de conferencias á los que van por las noches hábiles oradores á contar cuentos á los tenderos y á la clase media del barrio. Solamente las mujeres trabajaron por su elección; pero si la impertinencia de aquel cómico es una señal alarmante, los cuarenta y cinco votos que obtuvo deben tranquilizar al gobierno sobre el peligro de las influencias femeninas.

La ley japonesa exige que los electores y los elegibles hayan

pagado al menos una contribución de quince yen al año en los que precedieron al establecimiento de las listas electorales. Kawakami los pagaba; pero otros, menos dichosos que él, querían sin embargo ser elegidos. No tenían entonces más que un medio: buscar unos padres acomodados que consintieran en adoptarle. Como los apellidos son allí variados, con un poco de suerte se puede realizar esa jugada sin perder ni una sílaba.

Y hete aquí á mis hombres en busca de nuevos padres, de nuevos antepasados, de nueva herencia de sangre. No hablo en broma: nada es allí más serio que la adopción. Ella es la que constituye y perpetúa la familia japonesa y la que autoriza al emperador á descender de Jimmu Tenno, que murió quinientos ó seiscientos años antes de Jesucristo. Hay japoneses que pretenden que se parece á él como dos gotas de agua, piadosa ilusión que prueba que para ellos la adopción produce más hermosos efectos que la naturaleza. Desde el día en que el hijo adoptivo entra en la nueva familia, la antigua se convierte en extraña para él. Ha cambiado de abuelos y de culto doméstico, y en adelante enciende varitas de incienso y deposita ofrendas de arroz ante los epitafios sagrados de los muertos á quienes él adopta á su vez. Los romanos, los atenienses y los indos se improvisaban genealogías semejantes, pero lo hacían acaso con más discreción que los japoneses.

La pasión política pone todos los años á unos pobres candidatos, huérfanos voluntarios, en busca de una rica paternidad y los expone á graciosos contratiempos.

Este año, M. Kotegawa, distinguido economista, queriendo aspirar á la diputación, encontró por fin en el barrio Shiba un homónimo á quien halagaba tener un hijo diputado. Pero cuando el negocio iba á convenirse, se echó de ver que el hijo tenía cuarenta años y el padre treinta solamente. M. Kotegawa se dirigió al ministerio del Interior ó al de la Justicia y le respondieron que la ley no podía admitir semejante anomalía y que el digno economista debía continuar sus exploraciones hasta dar con un padre que tuviera, por lo menos, la misma edad que él.

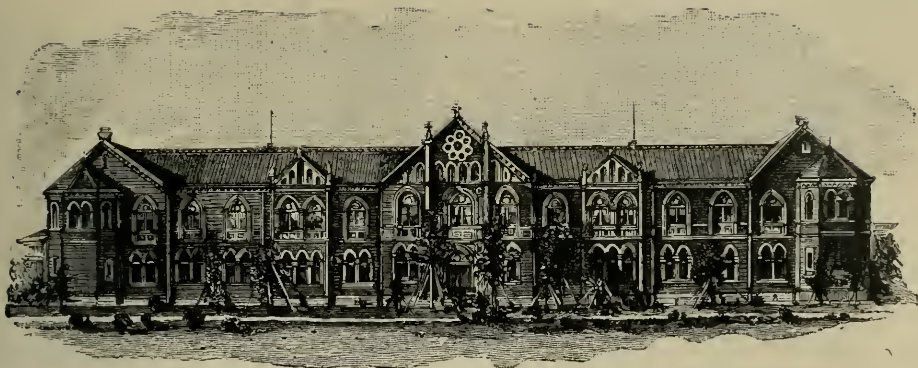
En Ise, M. Oishi, antiguo viceministro de Agricultura, encontró una familia de su nombre dispuesta á adoptarle. Sus amigos le felicitaron y hasta se señaló día para la fiesta. Pero quiso su desdicha que uno de sus competidores fuese precisamente aliado de aquella familia. El hombre se presentó, el espíritu de los ante-

pasados se puso de su parte y M. Oishi fué puesto á la puerta. Otros, reducidos á la humillante y fúnebre necesidad de abandonar sus nombres, murieron como Hayashi y volvieron á nacer como Morimoto. El amor de la cosa pública inspira duros sacrificios.

Y mientras esos restos melancólicos flotaban de hogar en hogar y de cementerio en cementerio en busca de manes propicios y de vivos hospitalarios, los liberales denunciaban la indulgencia del gobierno para con los progresistas y éstos sus complacencias escandalosas en favor de los liberales. Los dos partidos se acusaban de asesinatos y se cogían mutuamente en flagrante delito de corrupción electoral. Y todos estos rumores reventaban en la superficie del pueblo japonés como pompas de espuma en las aguas silenciosas.



Fumador japonés, dibujo de Hokusai



Edificio de las facultades de Derecho y Filosofía (Tokío)

LIBRO SEGUNDO

TRES DIAS DE CAMPAÑA ELECTORAL

CAPÍTULO I

Primer día: los personajes

Tenía yo entonces como intérprete un funcionario cesante, un japonés víctima de la política y que, sin embargo, la adoraba, M. Mikata.

La primera vez que me lo anunciaron vi entrar un calmuco pequeño y barrigudo, con guantes de abrigo y un gabán color de café con leche, ajustado al talle y cuyos faldones caían sobre unas botas de montar. Frente estrecha, barbilla corta, boca hendida y con un labio superior que contenía á duras penas una hilera de dientes rebeldes, me chocó sobre todo por la franqueza de sus ojos, que habían olvidado la urbanidad japonesa y no se fijaban obstinadamente en el ombligo del interlocutor.

Mikata no tenía un alma compleja ni misteriosa, pero había sufrido los más diversos ascendientes. Nacido en medio de los huracanes y de las nebulosas de la restauración, su mente conser-

vaba una inquietud de desarraigado y reflejaba todavía vagas y dudosas luces. Cuando le conocí acababa de llegar de Formosa, donde, no sé por qué honrosos motivos, el gobernador le había relevado de unas humildes funciones administrativas. Pero había estado más lejos que en Formosa. De un nacimiento obscuro y de una familia pobre, aquel joven de un antiguo mundo emancipado por la invasión de ideas europeas quiso con toda su voluntad y con todos sus sueños conocer el maravilloso Occidente.

Para comprender bien la especie de fiebre que se apoderó de tantos japoneses cuando la apertura de su país, hay que representarse un pueblo de prisioneros naturalmente curiosos, cuya imaginación ha sido tenida en suspenso por leyendas susurradas en voz baja durante cincuenta ó sesenta años. Ignoran lo que somos, pero la sombra es más espantosa cuando se mezclan con ella sordos resplandores. Nuestro fantasma danza á su alrededor exagerado, amenazador, bárbaro ó sobrehumano. De repente se desgarra el velo, y el camino hacia los taumaturgos queda libre. ¡Dios mío! ¡Cuánto ganan los hombres con no conocerse ó con perderse de vista! ¡De cuántos atractivos naturales se adornan con la distancia y cómo la humanidad se convierte en origen de misterios y de supersticiones para sí misma! Mientras el Extremo Oriente atraía invenciblemente nuestros sueños, y nuestra alma, cansada por instinto de la vulgaridad niveladora de las sociedades modernas, se enamoraba de aquellas artes fantásticas y de aquellas picantes novedades que nos parecían más preciosas que las mismas verdades, el Extremo Oriente, cansado de su antigua prudencia, suspiraba por nuestros libros, por nuestros sistemas y por nuestras maravillas; éramos su poesía, y nuestros grandes *bulevares* le prometían el mismo encanto que á nosotros sus palacios quiméricos.

Sin dinero y sin crédito, Mikata desembarcó un dia en el muelle de Marsella y fué á dar en Lyón, donde el gobierno japonés enviaba fácilmente á sus pupilos de porvenir. Estos recogieron á su compatriota y le hicieron entrar en un colegio de frailes, que le educaron durante tres años. Siguió luego otros tres los cursos de la facultad de Derecho, y cuando se volvió á embarcar para los mares orientales, el buen muchacho llevaba en la maleta un certificado, una especie de diploma, un talismán.

Amaba á Francia antes de desembarcar en ella y la amó des-

pués de dejarla. Su mente se ejercitó en ella en una especie de penumbra, y como nunca logró percibir el conjunto, Mikata paseó de detalle en detalle su laboriosa curiosidad y su obscuro asombro. No he encontrado nunca un hombre más ajeno á las ideas religiosas. Los frailes que le asediaron durante tres años perdieron su latín y su tiempo en querer convertirle, por la excelente razón de que no siendo budista, ni sintoísta, ni creyente ni incrédulo, no era en modo alguno convertible. Pero creía en el Progreso, en la Justicia, en la Libertad, en la Ciencia, y esas palabras que los vientos de Europa han sembrado por el mundo, esas palabras indefinidas que había ido á escuchar de la boca misma del oráculo le llenaban de seguridad y de orgullo. De una probidad escrupulosa, de una franqueza á veces sorprendente, igualmente alejado del formalismo japonés, por él olvidado, que de la etiqueta europea que había comprendido mal, fiel á los instintos de honor y de desinterés que el trabajo de las generaciones imbuídas en las leyes de Confucio había incrustado en su corazón, reunía en él los rasgos del Japón moderno, de un Japón mediano, todavía honrado por atavismo, embriagado de ideas humosas, despegado de sus tradiciones y atormentado por el despertar de su sentido crítico. Y las ideas que había comprado en el mercado francés andaban errantes, como prisioneros desterrados, en medio de las japonerías de su cerebro, chocándose las unas con las otras y tan incapaces de salir como de sentarse allí tranquilamente.

Ahora bien: á principios de febrero, el honrado Mikata me pidió una licencia de una semana para acompañar á un amigo suyo, candidato á la diputación, en su viaje por la provincia. «¡Una campaña electoral en el Japón!, le dije; ¡cómo me gustaría presenciarla!..» Mikata no respondió, pero al día siguiente me trajo una invitación de su amigo, y quince días después, en una clara mañana de helada, atravesaba yo al trote de mis kurumaya la ciudad de Tokío, que se despertaba con su habitual estrépito de ventanas que se golpean ó se deslizan por sus ranuras.

Nos habíamos citado en la estación de Uyeno, de la que salen los trenes para el Norte. Todo aquel barrio está ennoblecido y sombreado por un inmenso parque célebre por sus templos y por sus cerezos, cuyas efímeras flores son el más bello adorno de la primavera. El invierno le tenía helado todavía, pero ya brotaban los ciruelos, pues si la gracia femenina de los cerezos no da sus

ligeros perfumes más que al sol primaveral, los ciruelos se parecen á los fieros samurai cuyas almas florecen hasta debajo de la nieve.

Mikata y su amigo, M. Kumé, me estaban esperando delante de la estación, una horrible estación en la que se cuelan los vientos fríos y agitan los kimono. El tren tenía el aspecto sucio y lastimoso de un material de desecho de cualquier explotación de ínfimo orden en Europa. ¿Por qué vagones, locomotoras, tranvías y todo el aparato de nuestra vida moderna contrae ese aspecto lamentable transportado al Japón? ¿Y por qué los japoneses se obstinan en no contar con el invierno en sus edificaciones? Admito que ellos ofrezcan más resistencia que nosotros á la intemperie, pero ello es que sus narices se ponen moradas como las nuestras y que se los ve por todas partes golpeándose con los brazos con malhumorada resignación.

Me abrieron un coche de primera, que me pareció ocupado, é iba á correr á otro cuando Mikata me detuvo: «Son mis amigos,» me dijo. El compartimiento estaba dispuesto en forma de salón y el tibio calor de un miserable calorífero que había en medio oculto con una manta impedía apenas que se nos congelase el aliento. Los seis ó siete viajeros que nos habían precedido siguieron inmóviles y silenciosos y no nos dirigieron la palabra; pero, en cuanto el tren se puso en marcha, M. Kumé nos presentó mutuamente. Los otros se levantaron, me hicieron un saludo y se volvieron á sentar sin despegar los labios. Aquellos señores, miembros influyentes de la junta electoral de M. Kumé, habían ido á buscarle á Tokío para hacerle un cortejo de honor. Uno de ellos, un viejo apergaminado, no hacía más que llenar una pipa minúscula, dar sin intervalo las tres ó cuatro chupadas que la consumían, vaciarla de un golpe seco y volverse hacia la portezuela para mirar con ojos guiñados la fuga del paisaje. Los otros iban absortos en la contemplación del calorífero, excepto un muchachón, con sombrero hongo y pañuelo blanco al cuello, que sonreía continuamente á los ángeles. Su cara ovalada, sus gruesos carrillos, su tez casi tan rosada como la de una japonesa y su fisonomía aturdida y franca le hacían resaltar en medio de aquellas fisonomías tristes. Enfrente de aquellas personas vestidas con hakama y haorí, M. Kumé, su secretario y yo representábamos en diversos conceptos la invasión europea. M. Kumé, más grueso que el

común de los japoneses, pero bien proporcionado, respira la civilización americana. Su terno de cuadros grises, su gorra del mismo paño, su *mac-farlane*, sus sortijas de oro y sus brillantes, todo en él parecía importado de Chicago. Tenía la frente muy alta, tanto que los ojos, la nariz aplastada y la gruesa boca me recordaban esas aldeas en las que sólo se ve á lo lejos unas ventanas muy juntas al pie de una roca escarpada. Su sonrisa, de extremada dulzura, descubría dos hileras de dientes pequeños y anchos en encías de un rojo brillante. Ha viajado por Inglaterra y por América, y mientras el tren corría por una llanura que se llama la pradera, pero que el cultivo de los japoneses, muy numerosos para las escasas buenas tierras, ha dividido y cuadriculado en innumerables huertecitas, me expuso rápidamente su situación y sus ideas políticas.

Su elección estaba asegurada, pues si la población de Mayebashi, á la que íbamos, le manifestaba alguna hostilidad, Numata, su ciudad natal, á la que iríamos después, era enteramente suya. El rumor propagado por sus amigos de que desembolsaría, si era preciso, treinta mil yen, había hecho volver á su agujero más de una ambición. No le quedaba más que un adversario, pero éste no afrontaba la batalla, sino que se reservaba para presentarse en el caso de que M. Kumé suspendiese los gastos antes de tiempo. El muy ladino caería entonces sobre su rival y tomaría por su cuenta las acciones desacreditadas. Esta competencia virtual asegura su brillo acostumbrado á los banquetes electorales y preserva á los ciudadanos de las economías indiscretas á que acaso se dejaría arrastrar un candidato sin regulador.

Pero M. Kumé no se andaba en chiquitas. Había adoptado la escuela de los americanos, y como acababa de construir un ferrocarril en Formosa, concebía la política como un hombre de negocios. Al impulso de los nuevos tratados el Japón entrará muy pronto en las empresas industriales, y este es el momento, para un ingeniero que se respeta, de entrar en el Parlamento. Ni liberal, ni progresista, ni conservador; hombre del Norte, enemigo nato de las pandillas meridionales que conservan el poder ávidamente desde hace treinta años; hijo de un samurai que combatió contra las tropas del emperador cuando los imperialistas gritaban *¡Mueran los extranjeros!*, M. Kumé no sufre el estorbo de vagas ideologías y no ha sacado en limpio del transporte de las ideas occi-

dentales más que dos ó tres principios americanos de uso cómodo y entretenimiento fácil.

Creo que de todas las influencias extranjeras es la de América la que obra más profundamente en la mentalidad japonesa. Francia, Alemania y la misma Inglaterra no marcan con un sello especial á los estudiantes que el Japón les envía. Nuestra civilización es demasiado compleja y nuestra atmósfera está demasiado cargada de ideas contradictorias para que ellos puedan sacar de nuestro trato una dirección fuerte y neta. La vieja Europa los asombra, los aturde, los altera, los deforma y los echa á perder, ó bien, y esto es lo más frecuente, sus antítesis se neutralizan y se escurren sobre ellos sin dejarles huella. Los Estados Unidos no tienen que conciliar las reivindicaciones de un largo pasado con las necesidades del presente y las amenazas del porvenir. Los muertos no hablan allí como entre nosotros, y si los pueblos unidos forman un extraordinario conjunto de raudales humanos, todos ellos ruedan con unánime curso hacia el mismo océano y no se ve á ninguno detenerse y dormirse en las riberas ni remontar á su fuente. Desde San Francisco hasta Nueva York todo afirma y proclama la confianza del individuo en sí mismo y el poder de la libre asociación fundada en el oro. No digo que América no sienta también sus misteriosas tempestades y sus desgarros de alma; pero las múltiples razas que allí se confunden han tenido que adoptar ideas comunes muy sencillas, muy claras y de un alcance universal, que son las que dominan en la mezcla de voces discordantes. Esas son las que al caer de lo alto se hunden de un golpe en la mente del japonés, y como aquella sociedad individualista, brutal, igualitaria, industrial, sin tradición, sin aristocracia y sin jerarquía es exactamente lo contrario de la antigua sociedad japonesa, la comprende por la violencia misma del contraste, mientras que la nuestra, menos diferente de la suya, trabajada por la duda y por la angustia, surcada de corrientes contrarias é influída por la dolorosa belleza de las revoluciones, le inquieta, le sorprende y le resulta incomprensible. Se conocerá siempre á un japonés que ha vivido siquiera seis meses en los Estados Unidos. Aunque el ideal sumario que su ejemplo propone á nuestra actividad repugne á su urbanidad ingeniosa, siempre vuelve convencido de que para llegar al estado de ciudadano moderno basta hacer lo contrario de todo lo que hicieron sus antepasados, de todas sus creen-

cias, de todos sus sentimientos y de todos sus sueños. El método es preciso y le parece infalible.

No pretendo que M. Kumé le siguiese con rigor, pues bajo su barniz americano descubría aún el alma japonesa; pero era un alma aligerada, simplificada y más expeditiva que la de mi pobre Mikata, en la que se agitaban solamente ideas crepusculares. Me declaró que la constitución política de su país, barraca construída de prisa y corriendo en las ruinas de un castillo feudal, no le satisfacía. Hubiera querido que se destruyese el antiguo régimen hasta sus cimientos, que se arrasasen los vestigios de instituciones anticuadas y que se edificase de nuevo el edificio de piedra ó de hierro. Aquel radicalismo olía al rudimento americano. ¡Qué hermoso terreno para la poda y la monda aquel Japón todavía enmarañado de los antiguos respetos y pedregoso con sus costumbres locales! Ante esa obra práctica y fructuosa, loco sería el que se enfangase en las etiquetas políticas... M. Kumé es liberal cuando el liberalismo le deja las manos libres, progresista cuando éstos dejan á un lado todo lo que les estorba en el pasado, nacionalista cuando el nacionalismo asegura á los ciudadanos japoneses el disfrute de los monopolios. Con gusto se inclinaría hacia la república, que le parece la forma de gobierno más favorable á los hombres de negocios, pero una monarquía constitucional como la inglesa realizaría sus aspiraciones.

Le pregunté si pensaba desarrollar esas ideas ante los electores, y él, después de pasear una mirada por nuestros taciturnos compañeros, me respondió sonriendo:

—No, todavía no. No me comprenderían.

Y como el ver á su guardia de honor le recordó los deberes de cortesía, abrió el saco de viaje, sacó de él un paquete de periódicos japoneses y se los repartió á sus amigos. Los miembros de la junta electoral iniciaron con la cabeza y con el busto una reverencia silenciosa, y después de recibir los periódicos y levantarlos á la altura de la frente en señal de gracias, los desdoblaron sin prisa y se pusieron á leerlos. Solamente el vejete continuó cargando la pipa y haciendo guiños á los postes telegráficos.

Mi atención se dirigió entonces hacia el secretario de M. Kumé, que iba hablando con Mikata.

Era el tal un extraño mozo: delgado y de aspecto famélico bajo su levita contrahecha, llevaba en la cara el gesto del deslumbra-

miento. Parecía que acababa siempre de salir de un sitio obscuro y que todas sus facciones se contraían al contacto con el sol. Igarashi no había salido nunca del Japón y no conocía más que su lengua natal, pero desde su más tierna juventud se había quemado en la candela política y estaba poseído todavía por la fe que se apoderó en otro tiempo de los contemporáneos de la restauración. Medianamente instruido y conducido por las sombras que las ideas proyectan al pasar en las paredes, estaba devorado por la necesidad de combatir sin saber dónde ni por quién. No tenía más ambición que la de arengar á las multitudes y no suspiraba por otro honor que el de ver su nombre impreso en los papeles. Su desinterés va más allá de lo verosímil. Lejos de solicitar empleos, se gasta el dinero en el triunfo de su querido candidato. M. Kumé le paga treinta yen al mes y él gasta tres veces más, no tanto por adhesión al hombre como por amor al arte.

En otro tiempo trabajó por uno de los antiguos diputados de Mayebashi y todo el mundo recuerda á aquel político endiablado que, montado en un caballo blanco, recorría las campiñas y conquistaba á los electores. América y Francia le parecían á lo lejos unas naciones privilegiadas en las que los ciudadanos peroran y votan de la mañana á la noche. Nuestros oradores le son familiares por haber leído trozos de sus discursos traducidos al japonés, pero sobre todo por los periódicos que publican sus retratos y reproducen su acción oratoria. Sus actitudes tribunicias, los brazos extendidos, la cabeza echada hacia atrás, la mano trémula y crispada puesta en el corazón, le persiguen hasta delante de los espejos. Está estudiando á Gambetta y le tiene en los músculos y en la vista. Sincero, embrollón, factótum ruidoso del mecanismo electoral, pródigo de su persona y de su patrimonio, ese bravo neófito al que ha calentado los cascos la lejana reverberación de los focos de Europa, vagabundea por la política con ademanes de poeta y alma de niño. Su modestia le aleja de los primeros papeles, pero qué dicha para él la de verter su dinero y su palabra en un molde del que va á salir un diputado...

Con dos ó tres disoluciones más, la herencia de su padre quedará fundida y volatilizada é Igarashi no tendrá más remedio que irse al Parlamento á contemplar su última obra, como esos fieles arruinados por las limosnas que miran con amor, entre los Budas alineados, la estatuita que sus supremas ofrendas han contribuído

á dorar y, llenos de un cándido orgullo, imaginan un instante que el templo es obra suya.

A eso de las once entraron en el vagón los dos criados de M. Kumé, el uno con cara larga, huesuda y verdosa y vestido de ciclista, y el otro tan bajo como una bota, con un traje amarillento



Avenida de Budas en Nikko

y un sombrero flexible puesto sobre la oreja. Nos traían cestos de provisiones, llenos de cuchillos, cucharas, tenedores, platos, vasos y todo el lujo occidental.

Se apartó primero el almuerzo de los japoneses y cada miembro de la junta recibió una caja rectangular de madera que contenía doce salchichas de arroz arrolladas en hierbas marinas. Todos se tragaron sus doce salchichas mientras los criados nos hacían tostadas de manteca y abrían las latas de conservas. Cuando se destaparon las botellas nadie se negó á probar el Burdeos y varios hasta aceptaron una copita de coñac; pero, apenas se la bebieron, sus caras, congestionadas, se tiñeron de un rojo de ladrillo.

M. Kumé me advirtió que no volvería á hacer otro almuerzo semejante y se excusó por adelantado de las comidas indígenas que sus amigos me harían disfrutar. Le dije que me gustaban los alimentos japoneses, á lo que él me respondió que prefería la cocina europea.

Cuando estábamos cerca de Mayebashi, Mikata me preguntó de pronto si llevaba mi pasaporte. ¡Miserable de mí! Lo había olvidado. Aquella noticia arrancó á mis compañeros cascadas de guturales *¡he!* Todos miraron moviendo la cabeza y se sumieron en una penosa meditación. Uno de ellos, sin embargo, rompió el silencio y habló largamente.

—¿Qué ha dicho?—pregunté á Mikata.

—Ha dicho que la cosa es grave.

Yo sabía que la policía japonesa no se anda en bromas en este asunto y me estaba ya viendo obligado á volverme á Tokío. ¡Adiós mi campaña electoral! Otro elector tomó la palabra é hizo uso de ella más tiempo que el primero.

—¿Y bien?

—Y bien—dijo Mikata,—ha dicho que la cosa es muy grave.

Comprendí que la consulta amenazaba eternizarse y que los japoneses, fieles á la tendencia de su pensamiento, se preocupaban menos de remediar mi olvido que de desarrollar sus consecuencias. Propuse enviar un telegrama, pero M. Kumé había reflexionado y decidido que se advertiría al comisario de policía y se enviaría un soshi á Tokío para traer el precioso papel.

De repente se detuvo el tren y se oyeron aclamaciones. En el andén de la estación estaba la junta electoral de Mayebashi, que había salido á esperar á su candidato y se desgañitaba con un conjunto enérgico, aunque, por fortuna, breve. Unos treinta kuruma nos esperaban y nuestra procesión atravesó al galope la ciudad. Las criadas salían á las puertas, y la gente, con el cuerpo inclinado y de rodillas, se mostraba con el dedo al futuro diputado. Yo no pasé inadvertido, pues varios gritos de *¡tojin!*, *¡tojin!*, me echaron en cara mi condición de bárbaro; pero fuera de un mocoso que añadió el epíteto ofensivo de *baka* (imbécil), la sorpresa que produje se manifestó muy decentemente. De este modo llegamos á las últimas casas, y nuestros coches nos dejaron delante de un inmenso cauce de torrente seco, en el umbral de un cercado cuyo ramaje estaba alegrado por ciruelos en flor y por banderolas.

M. Kumé, á la cabeza del cortejo, entró en él entre dos filas de sonoros vivas y al estrépito de las salvas de artillería, y se dirigió á través de la humilde *kermesse*—en la que unas geisha con trajes de crespón multicolores servían te, pasteles y sake, ligero aguardiente de arroz—hacia un gran pabellón cuadrado de madera, que la municipalidad de Mayebashi alquila á los organizadores de fiestas.

En la sala del único piso, sentados sobre nuestros talones delante de un hibachi cuyo calor se evaporaba por el balcón abierto, asistimos al desfile de los notables que iban á saludar á M. Kumé. Cada uno de ellos se adelantaba, se arrodillaba y daba con la frente en los tatami. M. Kumé, que se había puesto una levita, hacía otro tanto, y las dos cabezas juntas murmuraban á veces palabras rápidas de las que no se oía más que un aliento silbado como una oración dicha en el confesonario. Pero lo más frecuente era que el elector se quedase mudo y después se retiraba como los cangrejos é iba á arrodillarse más lejos, entre sus compañeros, los cuales, agrupados en torno de un hibachi, descargaban sus pipas golpeándolas en el borde de ese brasero. M. Kumé se inclinaba lo mejor del mundo, pero las ropas europeas convienen mal con esa urbanidad de prosternación.

Terminadas las recepciones, bajamos al cercado. En una eminencia sombreada por un pino había una mesa destinada á servir de tribuna para las arengas. El antiguo gusto japonés la había adornado con un vaso de bronce del que surgía una rama de ciruelo artísticamente colocada. El presidente de la junta dió las gracias á M. Kumé por haber ido, y M. Kumé se las dió al presidente y á la asamblea por su calurosa acogida. Mientras él hablaba, enfrente de él y en otra eminencia había tres geisha enlazadas, con la cara embadurnada de polvos, los labios pintados y sonriendo á través de la nieve perfumada que un arbolillo inclinaba delante de ellas. Entre las dos eminencias, la multitud escuchaba al orador y acogía sus palabras con aplausos que partían en salvas desiguales. Después se disolvió la reunión.

El candidato, acompañado por sus grandes electores, dió la vuelta al cercado y contempló la tristeza del paisaje, con sus perspectivas de árboles desnudos, sus caminos grises y su río seco. Los japoneses volvieron á su saké y las geisha se pusieron á dar vueltas y saltos á su alrededor. Más de uno las detenía al paso y

les frotaba la cabeza y los hombros con una rápida y ruda caricia. Aquellas provincianas no eran lindas, pero sus kimono rameados y sus ricas fajas se perseguían bajo los árboles como manchas de luz y resplandores de vidrios.

Cuando íbamos á marcharnos se nos quiso obsequiar con sus danzas, y las geisha acudieron y se pusieron en dos filas, las pequeñas delante de las altas. A derecha é izquierda se colocaron las tocadoras de shamisen con los instrumentos sobre las rodillas y empezaron á rascar sus tres cuerdas. Los abanicos de las bailarinas desplegaron de un golpe su fantasía de colores y las menudas sandalias daban ya el primer paso cuando un ciudadano, al que el aguardiente de arroz había ablandado las piernas, tuvo la idea de pasar, perdió el equilibrio y cayó de bruces. Fueron precisos nada menos que tres camaradas para llevárselo en medio de grandes risotadas.

—¿Es un elector?—pregunté á Mikata.

—No, por cierto.

—¿En qué concepto entonces se bebe el saké del candidato?

—¡Cómo! ¿Cree usted que no hay que dar gusto más que á los electores? Cada uno de ellos tiene sus amigos, sus consejeros, sus clientes y sus antiguos servidores, á quienes es indispensable festejar si se quiere obtener su sufragio.

Las geisha, que apenas podían contener la risa, nos dieron entonces el espectáculo de sus contorsiones acompañadas de estribillos agridulces. Sus antebrazos giraban lentamente y sus manos movían los dedos en cadencia con ademanes vagos que no tenían coquetería ni voluptuosidad. Evolucionaban como un batallón escolar en el ejercicio. Del sentido oculto que acaso tenía su mímica no percibía yo más que el juego de los abanicos que se acercaban y se repelían. Por otra parte, bajo aquel cielo y en aquella decoración de invierno, su coreografía me pareció inarmónica y raquítica; pero los japoneses, indulgentes con las figuras embrolladas, les prodigaron unos aplausos de que se habían mostrado casi avaros con los oradores.

Los kuruma nos llevaron á todo escape al mejor hotel de la ciudad, escogido por M. Kumé para recibir á sus visitantes.

Siempre me han encantado los hoteles japoneses. Me gusta su sala de entrada, medio cocina y medio vestíbulo, donde se descal-

za uno ante las filas de geta, mientras el dueño, con la cabeza inclinada y los brazos abiertos, se adelanta sonriendo, y las sirvientas, prosternadas, saludan al viajero con voz clara. Me gustan aquellas escaleras incómodas y relucientes, el jardín y sus faroles, grandes hongos de piedra que se levantan en medio de árboles enanos y de rocas imitadas; las galerías que le rodean, con su suelo que cruje y sus pabellones unidos por arcos de madera; y oir por todas partes, en respuesta á las palmadas que los llaman, ese *he* de los sirvientes prolongado en quejumbroso ¡ay! y que parece el balido de una cabra.

Después de muchas vueltas nos condujeron á una habitación aislada, en lo alto de una escalera muy pina. La pieza, bastante grande y clara, ostentaba un lujo moderno que cuadraba bien al salón de un diputado. Dos mecedoras de construcción americana se balanceaban al lado de la pared, una alfombra de fieltro de flores rojas cubría los tatami, y entre los braseros, sobre un taburete de laca dorada, brillaban en su caja unos cuantos cigarros habanos forrados de papel de plata. Pero un gran biombo, en el que viajaban de consuno las tortugas y las cigüeñas, representaban los dichosos restos del antiguo Japón, y en el fondo, al lado del *toko*—ese pilar hecho de un nudoso tronco, columna de la casa, en la que representa el hogar y que me recuerda siempre el grueso olivo á cuyo alrededor edificó el divino Odiseo su cámara nupcial,—sobre las pajizas esteras de la alcoba, elevada unas pulgadas por encima del piso, tres arbolillos centenarios retorcían sus ramas con salvaje refinamiento, y uno de ellos, ¡oh maravilla!, un ciruelo, se coronaba de minúsculas flores. Era aquella, realmente, una pieza bien amueblada.

Todos nos colocamos delante de aquella alcoba, de rodillas ó con las piernas cruzadas, en unos almohadones de seda. El sitio de M. Kumé estaba marcado por unos almohadones más rellenos y más vistosos. En seguida empezaron las recepciones en la misma forma que en el pabellón de la *kermesse*, pero aquí todos los visitantes tomaban una taza de te y encendían un cigarro.

Arrodillado cerca de la puerta, vi un joven elegante y esbelto que con linda y negligente mano estaba jugando con uno de esos abanicos de tela granujienta, blancos y con filete dorado, que son los más sencillos y los que se destinan á las grandes ceremonias. Tenía la frente inclinada hacia atrás, las facciones finas, la mira-

6

da alternativamente desdeñosa y acariciadora y los labios de una alarmante movilidad. Me dijeron su nombre y su título: Nojo, jefe de los soshi. Descendiente de un samurai y antiguo estudiante temido por su humor quisquilloso y por la prontitud de su puñal, aquel bravo de la política, pagado por el candidato, denotaba todavía en sus menores ademanes la gracia heroica y sencilla de sus abuelos. Su cara me recordaba los altivos perfiles de hombres de armas con que los dibujantes japoneses ilustran los cuentos, estilo Dumas, de su viejo Bakín. De pronto se puso en pie y desapareció. A poco oímos en la escalera rumores de voces seguidos del ruido sordo de diversas caídas y todo quedó de nuevo en silencio. Nojo volvió á entrar tan tranquilo como había salido y nadie pareció haber observado su ausencia ni aquellos ruidos alarmantes; pero supe después que se había rechazado á los soshi enemigos, pues el contrincante de ocasión pagaba soshi sólo para obligar á M. Kumé á hacer el mismo gasto.

Este, mientras tanto, dejaba ver, á medida que se sucedían las visitas, no sé qué cansancio mezclado con cierto despecho, que me fué después explicado por Mikata. M. Kumé, cuyas ilusiones se explicaban por su larga ausencia del país, había creído que los electores le interrogarían sobre su programa y sus principios y había pasado muchos días previendo sus preguntas y preparando las respuestas. Y hete aquí que los electores no le preguntaban nada, se fumaban tranquilamente sus cigarros y no manifestaban el menor deseo de conocer su pensamiento.

Al cabo de una hora y cuando llegó para él el momento de ir á devolver las visitas recibidas, M. Kumé se levantó. Los dos criados se acercaron. Uno de ellos le traía el gabán y el otro se lo puso. Después le cogieron una mano cada uno y le pusieron los guantes; y, por fin, el primero le encasquetó el sombrero y el segundo le clavó en la corbata una hermosa perla montada en oro. Y aquel japonés que la daba de espíritu revolucionario, aquel radical enemigo de los príncipes y de las religiones del pasado, resultaba, sin saberlo, en aquel medio impregnado de la antigua civilización, delante de sus clientes y de sus defensores, una especie de príncipe feudal taciturno y silenciosamente obedecido. Del mismo modo había yo visto recientemente en Tokío, en el teatro de Meijiza, al Shogun Yemitsu colocado sobre ricos cojines, rodeado de inmóviles daimio y revestido por cortesanos mudos.

Esperé la vuelta de M. Kumé con Mikata y varios de nuestros compañeros de por la mañana. El joven Takeuchi, cuya figura me había agradado tanto, me presentó á su hermano, Takeuchi el Antiguo, ex diputado del distrito, á quien una disolución prematura había desarzonado de su ambiciosa quimera.

Aquel parlamentario macilento, vestido con un pantalón ajustado, una americana azul obscuro y un cuello de celulosa, me observó con ojos húmedos y maliciosos que, bajo la hinchazón de los párpados y en los huecos terrosos de sus largos carrillos, brillaban como charcos de agua en una rodada. Y mientras él me estudiaba sin prisa, estaba yo contando los pelos de su barba, unos pelos tiesos y grisáceos que le bajaban de la barbilla y de las orejas y le formaban el collar erizado de un dios chino. Su boca, extrañamente guarnecida, organizaba unas amplias y altas sonrisas.



Antiguo guerrero, dibujo japones

Nos pusimos á hablar lentamente y con grandes pausas, mientras fumábamos dos cigarrillos ó sorbíamos dos tazas de te.

—¿Qué impresión conserva usted—le pregunté—de su estancia en la Cámara?

Takeuchi respondió sin vacilar:

—La impresión de que todos los diputados son corrompidos por destinos, por honores ó por dinero.—Y añadió:—No tenemos entre nuestros políticos un solo hombre de Estado.

—Sin embargo—dije,—el conde Okuma...

—¡Okuma!—exclamó Takeuchi,—¡Okuma!..

Se puso un poco de te y continuó sentenciosamente:

—El ojo del gato cambia de color.

Yo pronuncié el nombre del marqués Ito.

—¡Oh! Ese—me dijo—nos es indispensable por el momento. Tiene malicia, más malicia que carácter. ¿Ha estado usted en los templos de Nikko? Cuando los visite usted, verá allí un dragón que no tiene más que dos ojos, como todos nosotros, y mira á ocho partes á la vez. Ito es una guapa muchacha de ocho lados, *happo-bijin*. No se le sorprende fácilmente. ¿Comprende usted?

Unos instantes después le rogué que me diera su parecer sobre la civilización europea. Su mirada estaba chispeante de ironía cuando, después de haber movido mucho rato la cabeza, la levantó y me dijo:

—¡Bah! No digo que no tengamos que tomar un poco de ella... No mucho, no, en verdad, no mucho. No somos dignos de eso todavía...

Pero la ironía de sus pupilas y aquella sonrisa, cuya astucia irradiaba sobre las grietas de su cara, se apagaron en una expresión de solemne bienaventuranza en cuanto pronuncié el nombre del emperador.

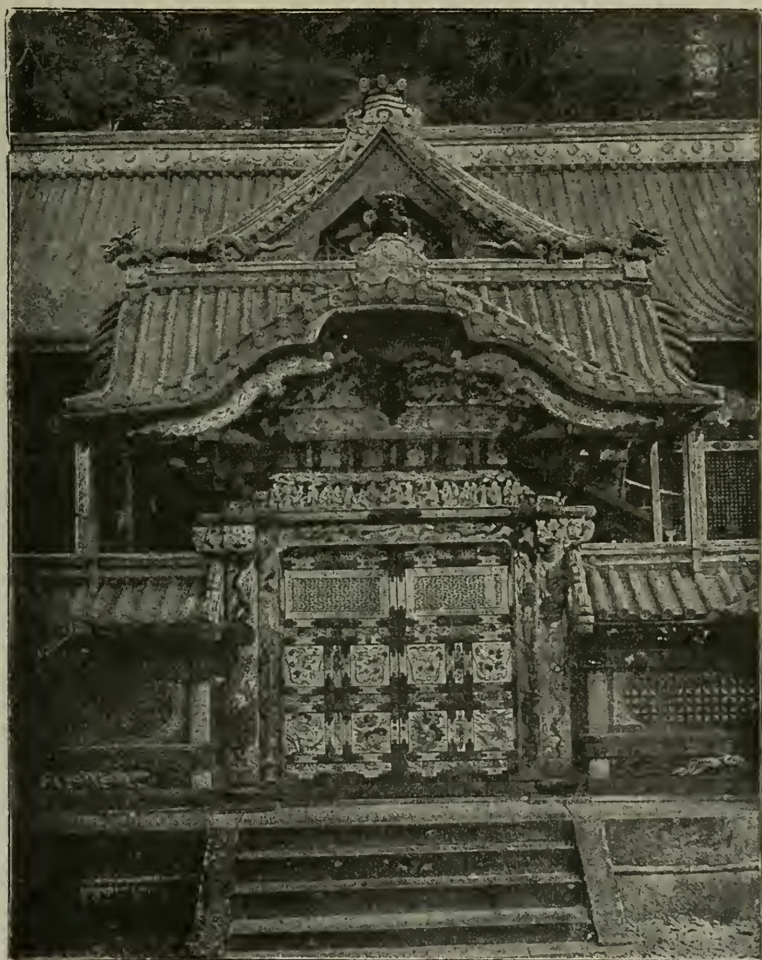
—Nuestro emperador—dijo—es la misma sabiduría.

—¿Y los príncipes?

¡Ah! Takeuchi el Antiguo no quiere á los príncipes. El pueblo los ignora y la mayor parte de los japoneses piensan como Takeuchi. La veneración que sigue inspirando el emperador se localiza en su persona y no queda ninguna deferencia para los miembros de su familia, semidioses de su raza. El primer efecto de la restauración imperial fué aislar al monarca suprimiendo á su alrededor todos los intermediarios, escalones vivientes por los que subía hasta el trono la religión de los súbditos. El hacha imprudente se ejercitó en las jerarquías hereditarias é hizo un inmenso derribo de esas barreras de vanguardia.

De la selva derribada
No queda más que una encina

Y esa encina, en la que se arrolla la cuerda santa del Shinto, permanece todavía misteriosa y sagrada. Pero ¿quién puede asegurar que no se echaría pronto á tierra la débil empalizada



Puerta interior del templo de Iyemitsu en Nikko

con que los hombres, asustados de su obra, se han apresurado á cercarla?

El candidato volvió al caer de la tarde; fué á arrodillarse majestuosamente al lado del toko y las recepciones continuaron. Me habían destinado una habitación en otro hotel, y como íbamos á

comer juntos Mikata, el joven Takeuchi, un notable de la población y yo, los cuatro nos despedimos de M. Kumé.

El hotel á que nuestros kurumaya nos llevaron al comienzo de aquella fría noche era más pequeño, más íntimo, y nada revelaba en sus piezas, admirablemente vacías, el paso de los europeos, á no ser las lámparas de petróleo. Una criada mofletuda y más fresca que un ramo de rosas puso delante de cada cual un taburete de laca y la comida empezó por el cambio tradicional de ese buen saké que se sirve caliente en unos frascos un poco mayores que nuestras antiguas aceiteras. El joven Takeuchi me preguntó:

—¿Cuántas copas puede usted beberse?

—A fe mía, no las he contado.

—Yo puedo beber hasta cincuenta.

—¡Bonito número!

—¡He!—dijo suspirando,—la noche última he bebido de firme en Tokio. Fuimos al Yoshiwara, pero no hice más que beber, porque mi religión me prohibe engañar á mi mujer.—E hizo riendo la señal de la cruz.—¿Conoce usted esto?—dijo guiñando los ojos.

—¿Es usted católico?

—Soy ortodoxo. Vino hace tiempo un pope y me convirtió á la religión rusa.

Nuestra sirvienta nos trajo en unos platillos pescado, legumbres saladas, un pedazo de tortilla muy gruesa y, en un tazón de laca, una sopa que producía un olor apetitoso. Y tranquilamente, en cuclillas al lado de nuestras mesas y á la luz lechosa de una alta lámpara con globo de papel, nos pusimos á picotear con nuestros palitos de madera blanca la tortilla, las legumbres y el pescado.

—Me gustaría saber—dije—qué fué lo que le decidió á usted á convertirse.

—Diré á usted—respondió con la vivacidad que le distinguía de los demás japoneses;—el pope me probó que no podía haber más que un Dios y esto me pareció tan hermoso, que no pregunté más.

—Puesto que su Dios de usted es el nuestro, ¿no le gustan á usted los extranjeros?

—No tengo simpatía por los ingleses ni por los alemanes, pero en otro tiempo quería á los franceses.





DISPOSICIÓN DE LA CAMA JAPONESA. POSICIÓN DE LA CABEZA SOBRE LA ALMOHADA
Y COLCHONETA DE ABRIGO CON ANCHAS MANGAS

—¿Y ahora?

Takeuchi dejó en su taburete la copa de saké que iba á beberse y dijo amablemente:

—Los franceses son como nosotros, caballerescos, urbanos, caprichosos y vivos; por eso los queríamos y creíamos ser correspondidos. Pero desde que se aliaron ustedes con Rusia y Alemania para arrancarnos lo que habíamos ganado en nuestra guerra de China, no les profesamos la misma amistad (1). ¿Qué razón tenían ustedes para hacernos mal?

—Soy un ignorante—le respondí,—y los hombres que andan por las nubes, como ustedes llaman á los poderosos del mundo, no me han confiado sus designios. Pero ese carácter caballeresco de la Francia, que tanto apreciaban ustedes, ¿no le obligaba á seguir y sostener á su amiga y aliada, la Rusia?

Aquel argumento pareció conmoverle, pues bajó la cabeza, cruzó un instante los brazos en sus anchas mangas y respondió:

—Lo que dice usted me parece justo y le felicito por ello. Pero ¿aprueba usted á los rusos?

—Ni los apruebo ni los condeno. Sé que en Francia la opinión pública exaltaba su valor de ustedes y se regocijaba por sus victorias. Pero tiene usted que confesar que nuestra intervención les sacó de un paso aventurado. Cuando se trata de gloria, al japonés le cuesta gran trabajo detenerse antes de la embriaguez. El saké de su virtud guerrera había empujado á ustedes más allá de toda prudencia. Deben, pues, dispensarnos que, como buenos amigos, los detuviéramos en la quincuagésima copa...

Esta imagen le excitó agradablemente, así como al notable de Mayebashi, pues cambiamos numerosas copas de saké y los frascos se sucedieron con diligencia.

Y mientras yo expresaba á Mikata mi contento por aquella velada, mis dos huéspedes me examinaban, hablaban á un tiempo y yo no entendía más que *¡so!, ¡so deska!, ¡so des!*, exclamaciones con que los japoneses expresan la aprobación. Por fin el notable dirigió á Mikata un breve discurso que este último, no sin orgullo,

(1) Si la Francia no se hubiera negado desdeñosamente á ser la potencia instructora y amiga del Japón, como después lo ha sido Inglaterra, acaso se hubiera evitado la horrible guerra con Rusia que ensangrienta y deshonra el comienzo del siglo XX. Pero en Francia prevaleció entonces la opinión de los que no querían admitir que fuese posible una civilización como la nuestra, sin ser cristiana. —*(N. del T.)*

me tradujo así: «Estos señores me ruegan diga á usted que parece un verdadero japonés.»

¡Japonés! Bueno va. Aquella semejanza, que yo no había advertido, me imponía deberes á los que no quise faltar y mis palitos se pusieron á despedazar más gallardamente el pescado que me quedaba, saboreé la sopa, que me pareció excelente, y, saké en mano, me sentí en disposición de hacer frente á todo el estado mayor de M. Kumé, incluso el gentil Nojo. La sirviente, arrodillada al lado de un barreñito de laca negra, nos llenó las escudillas de un hermoso arroz blanco cocido con agua. Takeuchi le decía de vez en cuando uno de esos pesados chistes que tanto gustan á los japoneses, indecencias á lo Rabelais que incendiaban la cara de la muchacha y le cerraban los ojos.

Cuando mis compañeros me dejaron para ir á reunirse con M. Kumé, la criada levantó rápidamente las mesas del festín; se extendieron sobre los tatami un colchón y dos *futon*, gruesas colchonetas de seda muy bien forradas que hacen de sábanas y de colcha, y me dieron para echar la cabeza una almohada de caucho inflado no más grande que un manguito. La criada, después de haber cerrado cuidadosamente los shoji de vidrios de papel, volvió á ponerse en cuclillas al lado de la cama, con los ojos bajos y los brazos caídos. Yo me metí entre los futon, y ella, entonces, me cubrió bien, me sujetó la almohada, bajó la mecha de la lámpara, se prosternó cerca de mi cabecera, hizo deslizar la puerta por sus ranuras, salió, volvió á arrodillarse para cerrarla y desapareció. Oí á mi alrededor el ruido de otros shoji, pasos amortiguados por las esteras, risas, voces, palmadas, crujido de tablas y el estrépito de trueno en que se envuelve una ciudad japonesa cuando se cierran las grandes maderas de sus ventanas.

CAPÍTULO II

Segundo día: viajes y banquetes

Aquella noche la tropa de Nojo rechazó por tres veces los asaltos de los soshi adversarios. Así me lo dijo Mikata por la mañana en la galería cubierta en que acabamos nuestro atavío.

Poco después experimenté un irresistible efecto cómico cuando entré en el salón de M. Kumé. Diputado y electores estaban allí en el mismo sitio y en igual postura que los había dejado la noche antes. Ni sus almohadones se habían aproximado ni sus actitudes se habían torcido. Pero Takeuchi el Antiguo habló con una voz que salía de profundidades terriblemente cavernosas y se abría paso difícilmente entre los estorbos de la garganta. Takeuchi el joven tenía los ojos mortecinos y el lazo del pañuelo que llevaba al cuello había descrito, como el sol, una semirrevolución y estaba en el centro de la nuca. Los notables inclinaban la cabeza con un respeto agravado por el insomnio, y M. Kumé, aquel amable Buda, cerraba los párpados ante los dulces fulgores de la mañana. Solamente Nojo, al lado del shoji entreabierto, estaba fresco y agradable, dándose golpecitos en la mano izquierda con su ligero abanico.

—¿Pero no se han acostado?—pregunté á Mikata.

—Sí; pero, ahí verá usted, han bebido demasiado saké. Ha habido que llevarse á los viejos. Y hoy están cansados.

Abajo estaba Igarashi, el incomparable secretario, dándose prisa para la partida.

Nos alejamos de Mayebashi en un miserable tranvía cuyos carriles recorrían la orilla del torrente por una llanura plantada de moreras y poblada de alquerías nuevas. El aire helado y la vista de los relucientes pedruscos repartidos por el lecho del torrente acabaron de despertar á mis compañeros. El tranvía atravesó un largo puente de madera y bajamos á la puerta de un pueblo donde había unos cuarenta kuruma.

Entramos en el patio de una casa de te. M. Kumé se sentó en el umbral en forma de estrado, con los brazos y las piernas separados y las manos en las rodillas, mientras la gente de su cortejo



Campesinos

se quedaba en pie à distancia. El candidato se parecía cada vez más al Shogun de Meiji-za. Detrás de él los tabiques de las habitaciones abiertas, como bastidores de teatro, representaban pinos retorcidos y gansos silvestres. También se veían en ellos máximas en grandes caracteres chinos, que pocas personas comprenden, pero cuya forma tiene una elegancia y una limpieza que

agradan á la vista como una pintura. Unos pasos más allá, en una caseta apenas más alta que un cajón de cigarros, cuatro zorros de porcelana, sentados y con las patas delanteras replegadas, alargaban sus puntiagudos hocicos entre las bandas de papel suspendidas en su santuario. Los campesinos veneran y temen á esos animales fecundos en sortilegios y metamorfosis. El diputado moderno los miró, me miró y se echó á reir.

Por fin se organizaron los kuruma. M. Kumé alargó los pies á sus dos lacayos, que le calzaron unas botas forradas, y se metió en su coche. Los demás le seguimos y pronto nuestros cuarenta vehículos subieron uno á uno por aquel pueblo escarpado y bajaron por un sendero abierto á pico. Nuestros kurumaya corrieron así durante más de cuatro horas sin más reposo que una sola parada y á un paso gimnástico que aceleran ó acortan sus roncos gritos.

A medida que avanzamos se estrecha la vallada del torrente y se encajona entre ásperas colinas. La vida humana está allí anidada en todas partes. Aldeas y caseríos resultan colgados de las asperezas de la montaña, se esconden entre los bosques de pinos, se expansionan en las riberas y se extienden por los campos. Las casitas son ligeras y pobres, de tal modo que hay que poner en los tejados grandes pedruscos para que no se las lleve el viento. Rectángulos, rombos y arabescos de cultivo dividen las laderas de los montes, y, más arriba, una fila de árboles cuyas locas ramas dejan tuerta á la luna por las noches, destacan sobre la límpida y fría seda del cielo los caprichos de un pincel mojado en tinta china. En el fondo del valle el torrente muerto presenta sus luminosos pedregales y unos pórticos ó *to.ii* medio arruinados, conducen á una cabaña sagrada. Estatuitas de zorros brillan en sus colmenas de madera á la sombra de viejos troncos. En la orilla del camino no hay herradores con su ruidoso yunque, sino escultores de dioses, que con los pies y los brazos desnudos y en el umbral de su cobertizo esculpen con amor en la madera ó en la piedra la sonrisa de Kwannon, misericordiosa para los pobres.

Nuestro desfile se detuvo varias veces, siempre que un campesino, venido en kuruma para saludar á M. Kumé, le esperaba en un crucero. M. Kumé bajaba entonces del coche, el campesino se adelantaba y á seis ó siete pasos dejaba escurrir las manos por las piernas hasta las rodillas y se inclinaba profundamente por

tres veces. M. Kumé le imitaba; los dos decían al mismo tiempo las palabras consagradas y nos poníamos en marcha. Si el amigo no era de importancia, M. Kumé se estaba en el coche y no hacía más que inclinar la cabeza.

De este modo llegamos á la primera etapa, ante un círculo de montañas, y cuando íbamos á pasar un puente, vimos unos hombres que venían blandiendo unos estandartes de papel de colores suspendidos de altos bambúes. Aquellos estandartes se parecían tan completamente á los carteles con que están empavesados los alrededores de los teatros japoneses, que creí que se trataba de unos cómicos en viaje. Pero eran festejos para M. Kumé, y como cánticos de victoria paseaban en letras rutilantes algunas frases tomadas de sus declaraciones. En el más grande se leía: *Lo poco que tengo de corazón rojo pertenece á la patria*. Los estandartes nos precedieron en la aldea y desplegaron una formación triunfal en torno de la posada que nos ofreció un instante la hospitalidad de su techo vacilante y de sus shoji desconchados.



Buda japonés

Igarashi saltaba de júbilo. «¡Qué hermosa acogida tiene M. Kumé!,» exclamaba. Mejor hubiera sido decir: «¡Qué hermosa acogida se hace á sí mismo M. Kumé!» La pobre gente que pasaba por delante de aquellos resplandecientes reclamos comprendía muy bien que no se dirigían á ellos.

Y seguimos nuestra ruta hacia un horizonte nevado, sacudidos por horribles tumbos en aquellos caminos llenos de obstáculos, pero siempre conducidos por nuestros lábaros, que se desgarraban en las ramas de los árboles, se enredaban en los alambres

del telégrafo y amenazaban á cada paso dar en tierra con sus conductores.

Serían las dos dadas cuando entramos en el pueblo de M. Kumé, Numata la montañesa, casi invisible bajo sus sombríos pinos y su rojizo follaje. La multitud se agolpó delante del hotel de la calle principal y cien petardos anunciaron nuestra llegada á los ecos de los barrancos. En seguida volvimos á ver al candidato y á sus electores congratularse silenciosamente en los tatami de una hermosa pieza en medio de un decorado de cigüeñas, tortugas y poesías chinas y bajo un artesonado de colores.

Después de seis años, era la primera vez que M. Kumé iba á Numata, y su primera visita fué para la tumba de su padre. El candidato se quitó el traje europeo y se puso el hakama y el haorí. Sus pies, desembarazados de las botas, se adaptaron fácilmente al cordón de los geta, y entonces me pareció menos alejado de sus conciudadanos, más grande y más noble. La amplitud de sus ricos ropajes dió gracia á su cabeza y á sus hombros y, vuelto á las antiguas modas japonesas, se parecía á Odiseo cuando Palas le rejuveneció con amable esplendor.

En la portada del cementerio unas figuras hieráticas grabadas en el granito acusaban una lejana influencia del arte indo y marcaban bien el umbral de un lugar santificado por el budismo. Las tumbas se apiñaban entre faroles y piedras extrañamente cortadas y un Buda de bronce que surgía de un loto hacía cernerse sus miradas y su incierta sonrisa sobre los vanos simulacros humanos.

Subimos á un montículo cercado por una empalizada y en el que se erigían tres tumbas de alturas desiguales, al lado de un árbol consagrado por una cuerda de paja. Y debajo de un cobertizo de tablas nos enseñaron la piedra conmemorativa en la que los discípulos del padre de M. Kumé habían hecho grabar la historia de su vida. M. Kumé la contempló y se sonrió. Su padre, samurai vencido por la restauración, se retiró á su pueblo y fundó en él una escuela. En aquel tiempo los maestros no eran funcionarios mal pagados y á merced de un ministro, y vivían respetados por sus discípulos y honrados por las familias. Nadie olvidaba que su mano, antes de tener el pincel, había desenvainado el sable.

Después, M. Kumé me indicó las tumbas de sus abuelos. Un

pequeño bonzo, niño de coro budista, que venía con nosotros trayendo un cubo de agua, la vertió en las losas funerarias, y cuando estuvieron así purificadas, el criado sacó del bolsillo unas pastillas olorosas y las encendió delante de las tumbas. M. Kumé inclinó la cabeza, pero los que le rodeaban estaban fumando y



Hotel japonés en Matsushima

hablando y no parecían interesarse por aquellos ritos fúnebres.

Cada vez que se visita la tumba de los padres hay que dar una limosna al bonzo, por lo que bajamos hacia la iglesia, una simple casa japonesa en el fondo del cementerio. Un bonzo viejo, amarillo y descarnado, vestido con un kimono color de castaña, entreabrió el shoji y se arrodilló en la galería. M. Kumé puso en ella la frente y las dos cabezas se tocaron mucho tiempo.

La iglesia y el cementerio ocupaban un terrado desde el que se veían las montañas por encima del valle y del lecho del torrente. El sitio exhalaba una tristeza exagerada por el tinte gris del cielo y por el viento helado que nos azotaba la cara.

Volvimos á la población por otro campo de muerte: el lugar que ocupaba en otro tiempo el castillo feudal, hoy demolido y arrasado hasta no verse de él ni una piedra. Al mismo tiempo llenaba la soledad un furioso golpear de palos, como si unos segadores se estuvieran batiendo con los mangos de las hoces. El ruido salía de un edificio europeo destinado á colegio. Entramos en él. Pasillos desiertos, piezas vacías, un aspecto de abandono y una fisonomía sucia y desarreglada; las paredes de yeso se desconchaban ya; pero, en cambio, la vida escolar se había refugiado en la sala de armas aneja al edificio. Allí estaban los jóvenes japoneses, con la ligera coraza de otro tiempo á modo de peto, el kimono remangado y la cabeza protegida por una alambrera, esgrimiendo á dos manos sus sables de madera. Tenían la cara bañada en sudor á fuerza de dar tajos y reveses en el mismo sitio en que durante siglos habían hecho sus padres el mismo ejercicio heroico.

La sombra invadía ya las montañas cuando llegamos al hotel. Un kurumaya se había desenganchado delante de la puerta y, en la sala de entrada, un soshi lleno de polvo me entregó mi pasaporte. La vista de aquel papel, que era mi salvaguardia, nos puso de buen humor, y comimos, pues es prudente comer antes de ir á un banquete japonés. Una vez prevenidos convenientemente de arroz y de pescado, pasamos á la gran sala donde, en nombre de sus amigos, M. Kumé daba una comida de cien cubiertos.

Aquella sala, en forma de te mayúscula y llena de mesitas de laca negra cargadas de escudillas y de pasteles de colores, parecía ofrecer, en un palacio fantástico, una maravillosa comilona á todos los enanos de los cuentos de hadas. Pero los que entraron fueron unos aldeanos de caras duras y suaves maneras; y así como en la estación primaveral desarrollan las enredaderas sus ondas de flores entre los robles y los pinos de Nara, las geisha se mezclaron con aquellos campesinos de sombríos haorí. Los invitados se arrodillaron al lado de sus mesas, apoyados en la pared, unos enfrente de otros y separados por la anchura del pasaje. M. Kumé y su estado mayor se colocaron á la derecha en el fondo de la sala, y los oradores se levantaron.

¡Qué admirable costumbre la de no esperar para exponer sus ideas á que los comensales tengan el estómago pesado, y la de no turbar con una penosa elocuencia el bienestar que sigue á las li-

baciones! Delante de un público en ayunas la brevedad es más que una virtud, es un deber de educación. Creo que los japoneses han adoptado esa costumbre á fin de corregir la inclinación natural de sus oradores á la prolijidad. Y sospecho también que ese pueblo deliciosamente cándido teme que al fin de los banquetes no se sepan decir agradables mentiras.

M. Kumé comenzó y fué muy corto, después de lo cual cedió la palabra al presidente de la junta, que tampoco fué largo. «Esto no es nada, me dijo Mikata en confianza; se reservan para la gran reunión de mañana.» También otros personajes pronunciaron algunas palabras é Igarashi no perdió aquella ocasión de cogerse el corazón con ambas manos y arrojárselo como pasto á la multitud, como hacen de ordinario los tribunos de Europa. El gentil Nojo se empinó á su vez y, con un movimiento de abanico que parecía alisar los pliegues de su hakama, dirigió unos cumplimientos á los ciudadanos locales.



Cantor callejero

El único orador que tuvo algún éxito fué Takeuchi el Antiguo. Su voz se había aclarado un poco desde por la mañana. Habló tres veces y más tiempo que los otros y, sin embargo, el auditorio no cesó de manifestarle su contento. Se comprenderá mi curiosidad por saber lo que había dicho aquel antiguo diputado. Ahora bien, he aquí el sentido de su discurso:

Takeuchi el Antiguo había soñado aquella noche. (¿Quién hubiera creído que podría soñar en el estado en que se encontraba?) Había soñado en Mayebashi y contó su sueño en Numata. Pero, á fin de comprenderle, dejemos sentado ante todo que el problemático concurrente de M. Kumé se llamaba *Arai*, como una aldea de la montaña; que Kumé se parece á *Kumai*, nombre del arroz que se ofrece á los dioses; y, en fin, que M. Kumé se llama como primer nombre *Tami-no-suké*. Tradúzcase: asistencia *(suké)*, del *(no)*, pueblo *(tami)*, y se verá que no hay nada más claro que el sueño de Takeuchi. Había visto el torrente crecido despeñarse de

lo alto de los montes y arrastrar á la aldea de *Arai*, y después, ya calmado, extender una capa fecunda por los surcos de los campos. Esos surcos habían producido un arroz excelente *(kumai)*, que fué después la asistencia del pueblo *(Tami-no-suké)*.

—¡Viva M. Kumé!—gritaron los campesinos entusiasmados.

M. Kumé se levantó y pronunció la fórmula sacramental: «Ahora, divertíos.»

En un momento la sala del festín presentó el aspecto de un tablero de ajedrez cuyos peones han sido dispersados de un puñetazo. Se formaron grupos, y unas filas de peregrinos arrodillados dieron la vuelta á la sala, copa en mano, agrupándose delante de las mesas de los hombres de distinción. Las tacitas de saké iban y venían y las geisha de vistosas fajas se pusieron á bailar.

Los deditos de las encargadas de la música golpearon en la bobina que les sirve de tamboril, y los palitos con que habían estado describiendo rítmicas y litúrgicas parábolas por encima de sus cabezas repicaron cadenciosamente en la sonora piel de los tambores. Sus delgadas vocecitas se armonizaban con las agrias notas de los shamisen, mientras las bailarinas hacían el ademán de abrirse el vientre en recuerdo de los Cuarenta y siete Ronin, cuyo paso bailaban, ó apuntaban con invisibles fusiles de la guerra chino-japonesa con una mímica de gloria.

Cuando cesó la música nos escanciaron saké y bebimos todas las veces como nos invitó á hacerlo la urbanidad.

Los habitantes de Numata mostraron conmigo una encantadora cordialidad. Todos me daban su tarjeta y me ofrecían su copa. Uno venía á rogarme que aceptase al día siguiente leche de sus vacas, presente raro en el Japón, y yo aceptaba; pero sabíamos muy bien, él que no habría de enviármela y yo que no la probaría, con lo cual los dos nos quedábamos tan satisfechos. Otro me anunciaba que su humilde aldea se preparaba á tenerme por huésped; otro deseaba guiarme por las montañas hasta un templo famoso, y otro quería que yo pusiese el pie en los terrones de sus campos. A medida que Mikata me traducía esas invitaciones veía yo desarrollarse ante mis ojos los tesoros del antiguo Japón rural y abría el olfato á sus perfumes de mirra y de incienso. Por desgracia, todos aquellos bellos discursos terminaban con una frasecita que arruinaba sus promesas. Después de enumerar largamente los placeres que experimentaría yendo con ellos, todos me prevenían en dos

palabras que los sucesos nos obligaban á demorar la fiesta. Me presentaron al burgués de Numata en cuya casa iba á pasar la noche M. Kumé, y todo el mundo repetía que aquel rico comerciante había querido que se añadiese un ala á su casa para alojar al candidato.

El saké iba calentando las cabezas, pero nadie daba todavía señales de embriaguez más que un gran soshi, más brutal que un carnicero y que llevaba debajo del kimono un chaleco de franela de color de escarlata. Paseábase el tal con pasos amenazadores por en medio de las mesas, blandiendo un gran cántaro; pero Nojo le cogió con sus delicadas manos y á su presión el soldadote se hincó de rodillas y se estuvo quieto.

A eso de las diez se eclipsó M. Kumé con unos cuantos notables é Igarashi, y yo no tardé en marcharme con Mikata.

Nos escoltaron unas geisha con linternas, pues la noche era fría y obscura y el camino difícil. Andábamos por unos pedruscos plantados aquí y allí, y la geisha que me alumbraba con su linterna me cogió de la mano. Sus deditos de niña me guiaban entre los obscuros árboles y oí que iba cantando en voz baja.

—¿Qué canta?—pregunté á mi intérprete.

—Es una antigua canción japonesa—me respondió.

La canción decía así:

—En el tiempo en que florecen los ciruelos, cuando se pasa de noche por el monte Kurabei, el perfume de sus flores los denuncia en la sombra.

Aquella noche Igarashi, que iba acompañando á su candidato, se cayó de bruces en un charco y volvió al hotel en un estado tan lastimoso que, á no ser por el eterno deslumbramiento de su cara, nadie le hubiera conocido. El sonreía, sin embargo, pues era hombre acostumbrado á los sacrificios y á quien no alteraban los accidentes del mundo. Y, mostrándome el cielo con aire encantador, me dijo:

—¡Me parece que va á nevar!

CAPÍTULO III

Tercer día: un meéting nevado

Cuando me desperté por la mañana, las montañas, los bosques y los caminos de la ciudad, todo estaba envuelto en un sudario y las piedras colocadas en los tejados los adornaban con grandes clavos blancos. Mis compañeros estaban entusiasmados, como si la blancura de aquel lento diluvio comunicase á sus almas una ligera embriaguez. Los japoneses adoran la nieve como á todo lo que es fugitivo y brillante, insectos relucientes, reflejos de luna, flores efímeras. La poesía de la naturaleza consiste para ellos en la dulzura del momento, y cuanto más breve es la apoteosis, más persiste en ellos su encanto. El joven Takeuchi, Igarashi y los miembros de la junta, excepto Mikata, á quien la estancia en Europa había vuelto friolento y que gruñía ante los encantos del invierno, decidieron ir á almorzar en una fonda desde la cual se descubría el campo.

Y dicho y hecho; nos llevaron á un pabellón de una linda casa de te. Al pie del balcón se apiñaban los blancos fantasmas de los árboles del jardín y de los faroles de piedra, y por la algodonada llanura hasta la blanca montaña, los campos de moreras alineaban sus arbolillos como finos balaustres envueltos en encajes.

No recuerdo haber tenido en mi vida más frío. Mis compañeros se quitaban los shoji y, muy contentos, exponían la frente á aquel glacial encanto. El joven Takeuchi tendió los brazos hacia una casa lejana coronada por un mirador y dijo con melancolía:

—¡Los que están allí ven más lejos que nosotros!

Las criadas se escurrían en las esteras, con la cara y las manos atravesadas de azules ramaladas, y las geisha llegaron con la cabeza encapuchada de una tela verde mar. La mayor parte se habían pegado en las sienes unos parches de tafetán negro que las protegían contra las jaquecas y con los cuales creían realzar su belleza, como nuestras damas de otro tiempo con los lunares.

Y en aquellos pabellones aislados y perdidos bajo las blancas ráfagas se abrieron las galerías y la música de los shamisen se escapó juguetona hacia el celestial torbellino de nieve. Bebimos saké, y ante el kakemono de la habitación, bien escogido, pues representaba una puesta de luna tras unos montes nevados, las voces



Casa de te en el parque de Yokohama

de las cantantes nos entonaron cortas canciones en armonía con la naturaleza.

¡Qué lejos estaba entonces la política! Solamente Igarashi no la había olvidado y la hora del *meeting* se aproximaba. Preciso fué marcharnos. Mikata tiritaba. Yo estaba transido, pero encantado.

Nunca podré decir en verdad cómo penetramos en la sala de la reunión. Conservo la impresión de haber entrado por el techo. No era un efecto del saké, pero puedo asegurar que la nieve del Japón no se parece á las otras nieves. Aquélla perfuma y embriaga. Nos estoy viendo todavía de uno en uno por el borde de una techumbre medio hundida, y recuerdo á M. Kumé bajo un cielo co-

lor de tiza y buscando un tragaluz por donde bajar. En resumen, me encontré entre mis compañeros en una granja, encima de un estrado cubierto de ruedos y ante un público silencioso, compuesto de trescientos japoneses en cuclillas.

Dos mesas, dos mesas verdaderas, adornaban la escena; una reservada para los oradores y sobre la cual vi una copa de agua, una verdadera copa, única, acaso, en la población. El comisario de policía y sus acólitos ocupaban la otra mesa. Los asistentes, caras obscuras al mismo tiempo duras y cándidas, pequeños burgueses de la ciudad ó propietarios de los alrededores, estiraban la piel de la frente y fijaban los ojos tiernos y negros en el que estaba hablando.

Rompió la marcha M. Kumé, que atacó la política de pandilla. Creí que sus palabras, más enérgicas que elocuentes, despertarían cierto eco en aquellos hombres del Norte vencidos por los del Mediodía y cuyos padres habían combatido por el Shogun. Pero sólo le aplaudieron por fórmula.

Se adelantó después Igarashi. Estaba radiante y, con notables ademanes, hizo un discurso sobre las relaciones de la nieve con las virtudes cívicas, esmaltado con los más bellos adjetivos de la lengua japonesa. El público apenas sonrió.

Mikata se acercó con paso resuelto á la mesa, se humedeció los labios en la copa de agua é hizo el elogio de Gambetta. En seguida, después de haber citado á Napoleón, trató de los diversos modos de comprender el gobierno representativo. No se oyó ni una mosca.

—¡Qué saben ellos!—me dijo al volver á su puesto.

Pero se levantó Nojo con los brazos caídos y el abanico en la mano, y desde sus primeras palabras la multitud se estremeció de satisfacción, las caras contraídas por una penosa y estéril atención se dilataron, y surgieron los aplausos espontáneos y enérgicos.

Véase lo que decía Nojo, jefe de los soshi:

—Señores: el respetable M. Mikata acaba de hablar de Francia. Es posible que se haya traducido del francés ese proverbio que nosotros cantamos: *El viento de la primavera hace la dicha de los vendedores de anteojos*. En efecto, la primavera es la estación más dulce del año, y en cuanto aparece nadie se queda en su casa. Pero el viento levanta nubes de polvo y todo el mundo se pone anteojos. Se usan y se rompen, y los vendedores se aprove-

chan. La elección de M. Kumé es el viento de la primavera, que sopla para los kurumaya, para las geisha, para los fondistas y para los soshi como yo. Yo sería siempre pobre si no hubiera elecciones ni M. Kumé... El respetable M. Igarashi os ha hablado de la nieve, pero no os ha dicho sus felices presagios. La nieve, se-



Cantoras

ñores, asegura la victoria. Durante una noche de nevada los Cuarenta y siete Bonin penetraron en casa de Moronao y le ofrecieron como sacrificio de venganza á los manes de su dueño. En tiempo de nieve fué cuando, en la puerta Sakurada, los Bonin de Mito cortaron la cabeza á Ji Kamonno-Kami...

Y Nojo, con el abanico en la oreja y la cabeza inclinada como si oyese á lo lejos el ruido maravilloso de esos altos hechos de armas, cantó la poesía popular que consagra su recuerdo.

—Ya lo veis, el cielo sale garante de que M. Kumé será vencedor. También fué entre nieve como ese Napoleón, que fué tan grande como nuestro gran Taiko, pasó los Alpes, que son más altos que nuestras montañas. Hasta se cuenta que uno de sus tambores se cayó en un barranco y, casi enterrado, siguió redoblando debajo de la nieve. Pues bien, señores, el respetable M. Iga-

rashi ha hecho lo que el tambor de Napoleón, pues ayer noche se cayó en un charco y esa desgracia no le ha impedido continuar la lucha. Todos nosotros somos como él; aun debajo de la nieve gritaremos: «¡Viva M. Kumé!»

Se creyó que había terminado, pero él impuso silencio con el abanico. Desde que la restauración ha debilitado el prestigio de la autoridad, los japoneses no pueden ver al comisario de policía, cuya presencia en las reuniones paraliza la libertad del discurso. Nojo añadió, señalando al impasible funcionario:

—Señores: os presento al señor Comisario, que se ha mostrado particularmente amable con nosotros. Tiene buenas maneras y es un hombre bien educado.

El auditorio aplaudió á rabiar y se dispersó sin ruido.

Habiendo entrado por el techo, salimos por la puerta y nos volvimos á la fonda, donde los alcaldes de los alrededores y los diputados provinciales habían organizado un banquete íntimo en honor de M. Kumé.

Cuando estábamos quitándonos el calzado en la primera pieza, un diputado provincial se aproximó á Nojo y le dijo:

—Como es usted soshi, no le invitamos á nuestra comida y preferimos darle dinero para que coma y beba con los otros soshi.

Nojo sonrió y no dijo nada. Pero un alcalde que no había oído nada se acercó y le dijo:

—Como es usted un soshi muy distinguido, tendremos mucho gusto en que coma usted con nosotros.

Nojo, entonces, fué á buscar al diputado provincial, le repitió las palabras del alcalde y añadió:

—Ya sabe usted lo que me ha dicho; ¿qué debo hacer?

Sin esperar la respuesta, pues la cólera le tenía fuera de sí, se precipitó hacia unas botellas de cerveza y unos cantarillos de saké y la casa se llenó de un enorme estrépito de cacharros rotos y de gritos de las criadas. Todos nos asustamos y se envió con gran prisa á buscar á Takeuchi el Antiguo, que vino sonriendo, pues era viejo, había visto muchos soshi y sabía habérselas con ellos. Nojo se calmó y hasta se dignó sentarse en el festín, pero el resentimiento le mordía el corazón, estuvo sombrío y silencioso y no tardó en retirarse.

Y sobre los tatami inundados de luz, los convidados, entremezclados con las geisha, se regocijaron ante sus resplandecien-

tes mesas. La intimidad entre personas bien nacidas daba á aquella fiesta una exquisita dulzura. Las geisha cantaron menos que hablaron, y se rodeó á las de más edad, que son las más expertas y tienen en los labios la miel de las palabras halagüeñas y la sal de los cuentos agradables. Y M. Kumé, cuya mente había sido recobrada por el Japón antiguo, ¡M. Kumé bailó! El candidato bailó una antigua danza del país, que me pareció admirable, hasta tal punto sus saltos eran ágiles y heroicas sus actitudes. Si yo hubiese sido geisha, jamás hubiera consentido en intentar mis tímidas contorsiones delante de aquel caballero que nos sorprendía con sus piruetas magníficas y nos maravillaba con sus posturas, mientras las luces de las altas velas se inclinaban al rápido viento de sus mangas de seda.

Al entrar en el hotel, oí en la sala de baños ruido de agua y resoplidos, y vi, á la claridad de una linterna, nadando en el agua caliente de una gran cuba de madera, á nuestro buen Igarashi, que acababa de salir del banquete y me dijo sonriendo y con acento inspirado:

—¡Estoy mojando mi saké! *¡Sayonara!* (Buenas noches.)

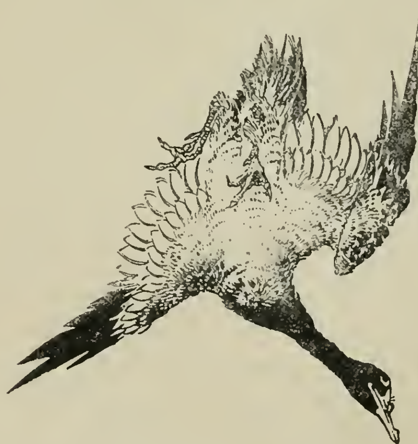
Al día siguiente, y ya conquistada definitivamente Numata á la causa de M. Kumé, nos fuimos de allí, y nuestra fila de kuruma, menos larga, volvió á bajar las montañas cegada por la nieve y por el sol. Nos deteníamos con frecuencia porque estaban en el camino, esperando á M. Kumé, varios campesinos que habían andado leguas y leguas por barrancos y precipicios, con la cabeza desnuda y el kimono remangado, impulsados por ese rancio amor feudal que traspasa montes y valles sin más recompensa que un saludo del príncipe. Y tuvimos que hacer otro alto porque el coche de Igarashi se desfondó y arrojó en un foso, de cabeza, al tambor de Napoleón.

En la etapa, donde dos días antes habían flotado nuestras banderas, Nojo, con la cara muy melancólica, pidió una entrevista con el presidente de la junta y le sometió esta solicitud: «He recibido ayer tal afrenta, que me es imposible presentarme así á mis clientes y á mis subordinados. Por consecuencia necesito cien yen de indemnización. De esos cien yen repartiré cincuenta á mis hombres para que laven con saké la injuria hecha á su jefe, y me guardaré otros cincuenta para comprar una geisha...»

De vuelta en Mayebashi, me despedí de M. Kumé, cuya amabilidad no se había desmentido ni un instante y que quería aún retenerme. Igarashi y Mikata me acompañaron á la estación.

Recuerdo haber visto hace tiempo en el camino de Paimpol una posada bretona sobre cuya puerta se leían, en grandes letras negras, estas palabras extraordinarias: *¡A l'instar!* (1) ¿A modo de qué? ¿A imitación de quién? Nadie lo sabía ni lo supo nunca, ni siquiera el propietario. Y mientras el tren me llevaba á Tokío, aquel letrero venía á mi memoria y resumía para mí las impresiones de aquellos tres días. En aquel viejo Japón, cuyo misterio creo que consiste en una rara mezcla de refinamiento y de rusticidad, y en su fachada pintoresca, un poco caduca, pero lindamente perfumada y decorada por sus ramajes floridos, los políticos modernos habían escrito con una brocha mojada en la brea de los grandes navíos europeos esta muestra desconcertante, pero justa: *A l'instar.*

(1) A modo; á la manera de; á imitación —*(N. del T.)*



Pato en escorzo, dibujo de Hokusai



El primer Gimnasio (Instituto) en Tokío

LIBRO TERCERO

PADRES É HIJOS

CAPITULO I

El carnaval del pasado

El 10 de abril de 1898 Tokío celebró el aniversario de su advenimiento á la categoría de capital. Hacía treinta años que el emperador, convencido por sus ministros, había dejado, en medio de las lágrimas de sus súbditos, su antigua residencia de Kioto y, después de instalarse provisionalmente en Osaka, que no satisfizo á los ministros, se había establecido en definitiva en la ciudad de los shogun vencidos. La antigua Yedo, la orgullosa ciudad en la que sus lugartenientes generales habían dictado respetuosamente sus órdenes, durante dos siglos y medio, al monarca desposeído, pero siempre venerado, tomó entonces el nombre de Tokío y se

convirtió en el San Petersburgo del Japón, mientras que Kioto, desocupado y descolorido, tan encantador aún bajo su corona de selvas, de jardines, de colinas y de templos búdicos, volvía á caer en el silencio de las ciudades letárgicas y no conservaba de las maravillas del tiempo pasado más que la urbanidad, las buenas maneras, la afición á amar, la alegría de las danzas, sus dioses umbríos, sus palacios desiertos y ese perfume de almas muertas que exhalan los antiguos santuarios.

Se había decidido festejar el trigésimo año de la nueva era y se había organizado una junta con el asentimiento de la corte. El emperador y la emperatriz debían presentarse en los regocijos, y hacía quince días que todos los barrios de la ciudad se agitaban como colmenas en pleno trabajo. Los japoneses, grandes aficionados á cucañas y merendonas, se distinguen en la organización de diversiones, lo que fué para ellos, durante mucho tiempo, la única ocasión de ejercer su iniciativa. Esta vez la solemnidad no sólo halagaba su afición á los placeres, sino que excitaba su orgullo nacional. Los periódicos y las revistas preparaban números excepcionales en los que economistas, políticos, profesores y literatos habían de exponer el resumen de los últimos treinta años. El pueblo japonés, detenido un instante en su carrera, iba á volver la cabeza y á medir el camino recorrido. Y para hacerle más perceptibles sus asombrosos progresos ó su espantoso descenso, se había imaginado el representar en la ciudad, en un desfile de carrozas y cabalgatas, uno de esos cortejos de daimio que en otro tiempo desarrollaban por los caminos su extravagante pompa.

Aquella resurrección del pasado agitaba á la multitud japonesa. Las geisha se habían hecho cortar el cabello para volver al peinado de las bellas de otro tiempo, y sus amantes les habían pagado vestidos de púrpura de formas antiguas, que ellas estrenaban ya en los cobertizos de sus estrechas calles. Durante la semana que precedió á las fiestas y en la que cayeron lluvias torrenciales, el antiguo Japón se paseó, solitario ó por grupos, á través de los lodazales de la ciudad. Y como los japoneses no pueden ni evocar su historia de ayer sin mezclar con ella algún recuerdo de Europa, al lado de los guerreros fantásticos con abanicos de hierro, caminaba un hombrecillo vestido de calzón blanco y levita encarnada que nos había pedido prestado ese traje de caballista de feria para representar mejor á la corporación de los sastres.

El gran día amaneció lluvioso; pero, á eso de las ocho, se abrió paso el sol en un cielo de tormenta. Al pie del invisible palacio imperial se levantaba, entre dos alas de tribunas, un pabellón de madera tapizado de ramas verdes, cubierto de paja y construído con antigua y rústica elegancia. Un biombo dorado y unos sillones de nacarado terciopelo esperaban allí al emperador y á la emperatriz. Enfrente y bajo unas tiendas la juventud de las escuelas formaba una masa compacta, y el pueblo de Tokío llenaba el enorme solar de la antigua corte sho gunal.



Geisha sorprendidas por la lluvia, dibujo japonés

A las diez sonaron unas salvas y, precedidas por un pelotón de jinetes que blandían la bandera japonesa, bajaron del parque misterioso y se detuvieron en el pabellón las carrozas del emperador, de la emperatriz y de los chambelanes. Los soberanos subieron silenciosamente las escaleras, él vestido, como siempre, de general, y ella con un traje rosa pálido de reflejos de oro y un sombrero de plumas. La emperatriz Primavera ha envejecido, pero si el tiempo ha marchitado su cara y acentuado la encantadora indecisión de sus facciones, la emperatriz ha conservado su menuda belleza, y sus ojos, remangados hacia las sienes, tienen una dulzura un poco asombrada que contrasta con la gravedad algo rígi-

da de su apostura. En pie delante de los sillones, el emperador y la emperatriz, cuyas plumas llegaban apenas al hombro de su marido, escucharon los panegíricos que les leyeron el gobernador de Tokío y el presidente de la Junta, respondieron con tres leves inclinaciones de cabeza y del busto y se volvieron á sus carrozas. La emperatriz, á quien el traje molestaba un poco, bajó más lentamente que el emperador, y cada paso que daba comunicaba una ligera vibración á toda su diminuta persona.

El augusto cortejo se volvió á marchar en medio de los aplausos de los estudiantes. ¡Dichosos escolares, cuyos padres no conocieron jamás el gozo de manifestar ruidosamente su amor al soberano! Aquéllos se prosternaban al paso de un simple daimio ó volvían la cabeza como indignos de mirarle de frente. Después de la guerra de China fué cuando el monarca oyó por primera vez palmotear á sus súbditos. Pero quien aplaude juzga, y si no silba algún día, sabe al menos hacer que hable su silencio. Los adolescentes que, animados por sus maestros, prodigaban aquellas muestras de aprobación al nieto del Sol, no se daban cuenta, sin duda, de que en ese aniversario consagraban así la más inverosímil victoria que una nación asiática ha obtenido contra el absolutismo de su dueño. «¡No aplaudáis, jóvenes!, pudo exclamar el emperador, porque el ruido de vuestros aplausos echa por tierra mi divinidad.»

En cuanto los soberanos desaparecieron para volver á su impenetrable aislamiento, comenzó la fiesta y vimos venir el famoso cortejo del daimio que tanta curiosidad había despertado. No creo que jamás un pueblo haya dado á su ceremonial una forma más estrambótica. Unos heraldos abrían la marcha á grandes zancadas lentas y cadenciosas. Los arqueros con sus arcos al hombro y los fusileros con sus fusiles metidos en fundas de tela verde realizaban con lentitud un extraño baile, que consistía en levantar el pie hasta la mitad de la espalda, extender el brazo por el lado contrario y blandir las armas en esa actitud de nadadores. También los alabarderos hacían piruétas y tiraban al alto para coger en el aire sus largas alabardas llenas de penachos y de crines. Furrieles. cocineros, secretarios y mozos de carga, toda la procesión de domésticos oscilaba á compás. El oficial que llevaba la sombrilla del príncipe, usaba de ella como un tambor mayor de su cachiporra, y el que llevaba su sombrero hacía de vez en cuando un solem-

ne trenzado con las piernas. Unos portadores de grandes cajones bailaban con su carga puesta á modo de balancín, y los enormes cofres forrados de negro y con escudos blancos, suspendidos á lo largo de un palo flexible de bambú, obedecían al ritmo y se balan-



Emperador de las antiguas épocas, dibujo japonés

ceaban como chalupas. En medio de estos danzantes bufones y acompasados, más graves aún y á paso de funeral, venían los samurai, metidos en una especie de sobrepelliz de mangas rígidas y cortadas por el hombro, el cabello recogido en forma de chorizo sobre la cabeza afeitada, y con los dos sables al cinto, escoltando la litera cerrada del daimio, que iba vacía, pues los organizadores de la fiesta no se habían atrevido á meter en ella un vulgar figurante. De este modo, y seguida de un caballo soberbiamente enjae-

zado y llevado del diestro por un lacayo, impresionaba más, pues la imaginación colocaba allí dentro un príncipe tieso y taciturno, de ojos helados, prisionero del respeto que inspira y venerable por las tradiciones que refleja su actitud hierática.

Aquella comparsa podía, seguramente, parecer cómica y evocaba no sé qué intermedio de Pourceaugnac ambulante (1). Y, sin embargo, yo no olvidaba que no habían pasado treinta años desde que los últimos cortejos señoriales danzaron al entrar en las ciudades. Lo que hoy no era más que una mascarada, represéntaba entonces la indiscutible autoridad. Todas las frentes se inclinaban y el Japón cifraba entonces su gloria en desplegar ante los príncipes esos fantásticos homenajes.

En la tribuna privilegiada desde la cual veíamos pasar la historia, el antiguo daimio Nabeshima, vestido de frac, movía la cabeza y murmuraba: «Sí, así es como yo viajaba en otro tiempo.» El sobrino del último shogun, el marqués Tokugawa, un hombrecillo amable y regordete, menos shogun que notario, nos decía: «Este es el mismo aparato en que vi á mi padre cuando tenía yo diez ó doce años.» Y, entre los japoneses ilustres que nos rodeaban, un oficial de marina muy tímido y cuya cara redonda y bonachona se ruborizaba á la menor palabra, contemplaba el espectáculo con patente curiosidad. Era el hermano de la emperatriz, un Ichijo. No tenía séquito ni cortesanos y nadie reparaba en él. Había allí asimismo otros príncipes ó herederos de príncipes confundidos con el mundo diplomático y que no figuraban sino como obscuros invitados. La luz que durante muchos siglos los había bañado de un tinte sobrenatural había desaparecido de ellos, y precipitados desde las alturas feudales á la categoría de funcionarios de un Estado moderno, toda su valía se cifraba ya en su título burocrático de empleados del gobierno. La cinta del Sol Levante que adornaba su ojal atestiguaba sus buenos servicios, y aquellos hombres ya aclimatados á nuestros usos y vueltos á entrar en la multitud humana, asistían sonriendo á la revista carnavalesca de sus antiguos honores.

El desfile se interrumpió, y después del antiguo Japón feudal pareció salir de la tierra el antiguo Japón femenino, el Japón de

(1) *Monsieur de Pourceaugnac* es una comedia de Molière que ha servido de base á las innumerables piezas cómicas en que figura un provinciano víctima de las asechanzas, farsas y burlas de la gente baja de París.—*(N. del T.)*

las danzas floridas y de las posturas armoniosas. Aquello fué una aparición verdaderamente maravillosa, una hechicería en pleno sol y en medio de la sombría multitud. Las mejores bailarinas de Tokío, vestidas de todos los matices, desde los más vivos hasta los más delicados, y la larga falda atravesada por un obi, que las ceñía de púrpura, de nieve ó de oro, hicieron mariposear sus abanicos, ondear el arco iris de sus largas mangas y girar las armaduras doradas de sus quitasoles, cuyas varillas, entrelazadas de flores y cintas, corrían como ruedas en brazadas de plantas primaverales. Aquella mezcla de colores y de elegancia, aquella euritmia de actitudes, aquella música un poco tenue que temblaba en el espacio como un hilo sonoro, la modestia virginal de las actitudes, bajo aquellos velos deslumbradores y hasta su gracia pueril, revelaban en el pueblo, cuyos sueños de belleza se precisaban de ese modo, un sentido de la delicadeza en el que la más rara fantasía se aliaba con la sencillez. Hacía cientos de años que las mismas danzas acariciaban los ojos japoneses. Su imagen estaba depositada en el fondo de todas las almas, ignorantes ó refinadas, cándidas ó foscas, humanas ó sanguinarias, como esas visiones de flora y coral que se desarrollan bajo el pálido sueño ó bajo el suave golpeteo de las aguas. No eran el juego pasajero de una sociedad que se divierte. Se adivinaba en ellas la poesía de una raza, la expresión viviente de un arte popular y sutil sin embargo. De los millares de espectadores cuyos ojos seguían su lenta evolución, no había acaso uno que no sintiera profundamente su ritmo y sus finuras. Campesinos, obreros, mer-



Arquero, dibujo japonés

caderes, funcionarios, estudiantes, soldados, nobles y príncipes, la inmensa multitud, se deleitaban en comunión mental ante el inmutable capricho del genio de sus antepasados.

Aquella multitud era muy simpática. Seguí en ella el desfile de las corporaciones, de las carrozas mitológicas y de las cabalgatas guerreras, y en todas partes el cortejo del daimio suscitó risa ó asombro. Eran admirados los grandes carros y sus cuadros legendarios, en los que el pueblo encontraba los héroes y las fábulas con que su teatro y su romancero le habían deleitado en la cuna, y comprendía sus monstruosas ó espléndidas extravagancias. Pero lo que no se explicaba era el aparato, reciente todavía, de que un señor se rodeaba para andar por los caminos, era la orden de prosternarse que gritaban delante de él sus pajes y escuderos, era el terrible respeto que inspiraban los samurai, era la veneración hereditaria que los colocaba por encima de los demás hombres. Entre las personas de edad había quien decía con el mismo orgullo que si hubiera sido testigo de un milagro: «¡Yo he visto eso!» Otros vacilaban un instante, como ante la reaparición repentina de una imagen borrada hace mucho tiempo, y otros, replegados en sus recuerdos, no dejaban traslucir los pensamientos confusos que luchaban en sus almas. Los jóvenes, más expansivos, abrían los ojos, reían y bromeaban: «¡Serían estúpidos en aquel tiempo!» Al pasar el heraldo que, según la antigua fórmula, ordenaba el saludo hasta el suelo, algunos gritaban: «¡Cállate, viejo loco! ¡Nadie ya se prosterna!» El énfasis del cortejo señorial parecía menos ridículo que la idea de obedecer á un príncipe, y á través de aquellas formas arcaicas cuya bufonada no le chocaba tanto como á nosotros, el pueblo se burlaba de su lealtad de otro tiempo y del principio de autoridad.

¡Qué prueba tan concluyente era aquel espectáculo del rompimiento con el pasado! Y yo me volvía hacia ese pasado tan poco conocido, tan difícil de conocer y cuya sombra, al proyectarse sobre todo lo que hería mi vista, borraba la relación de unas cosas con otras. En los países lejanos y un poco misteriosos me ha hecho siempre sufrir el ignorar esos últimos términos de la historia de los que se deduce el secreto de sus destinos presentes. En el Japón soñaba con ir á sentarme en los bancos de la escuela para aprender con los niños japoneses esa historia que sus maestros mismos saben aún imperfectamente y, sobre todo, para implantar

en mí su imagen, real ó ilusoria, pero tal como obra en ellos. Porque, en fin, yo he leído sus crónicas, he interrogado á sus eruditos, he recorrido sus antiguas provincias y he comprendido que ni el europeo ni el japonés pueden hoy ponerla en claro. El uno no puede cotejar los archivos y el otro carece de sentido crítico y de nuestro amor á la verdad. Estamos reducidos á cronologías, anécdotas, intuiciones é hipótesis. ¿Han visto ustedes un país montañoso en una mañana de bruma? En la historia del Japón no distingo más que las cimas y todavía no estoy muy seguro del rayo de luz que las ilumina. Y estoy, sin embargo, obligado á referirme sin cesar á ellas á fin de orientarme en el presente.

Entonces veo un pueblo de energía bastante viva, pero un poco corta, que no realiza su evolución más que por impulsos extraños; un pueblo cuya originalidad no se revela sino en la imitación y cuyo espíritu me parece más complicado que complejo. Hay en él una mezcla singular de ideas incultas y de sentimientos exagerados. Todo en él me parece confuso y, sin embargo, muy sencillo; pero temo esa sencillez y desconfío de esa confusión. Hasta el siglo XVII ando á tientas á través de las leyendas, guiado solamente por el resplandor fijo de las tradiciones y de las costumbres. Desde que el europeo puso el pie en el Japón, voy con más confianza detrás de su luz y llego al claro día de la Restauración. Allí, vuelvo á vacilar ante ciertas novedades que no me parecen más que lógicas metamorfosis. Pero quiero asegurarme contra mi propia timidez, y como, después de todo, no soy historiador ni filósofo, puedo hablar de la historia del Japón y filosofar sobre ella sin temor. Esa historia pertenece á los viajeros.

CAPÍTULO II

El Japón legendario y feudal

El origen de los japoneses es misterioso, así como es misteriosa su lengua. La dificultad que experimentan para decir quiénes fueron sus antepasados les ha hecho creer por mucho tiempo que descendían de los dioses. Todavía no están bien convencidos de lo contrario y los epítomes de historia que se ponen en manos de los escolares siguen diciendo que la primera emperatriz japonesa fué la diosa Sol. Su lengua les pareció forzosamente la más hermosa del mundo, puesto que no conocían otra, y hasta creyeron que era la única articulada y la llamaron *Kotodama*, el Verbo maravilloso.

La ciencia moderna no ha decidido todavía si vinieron de la Mogolia por la Corea ó de la Malasia por Formosa. Una ingeniosa hipótesis atribuye á esos adoradores de los *Kami* la dudosa paternidad de Cam, hijo de Noé. Se descubren en sus antiguas costumbres calcos sorprendentes de la ley mosaica. Los vascuences han contado con sorpresa sesenta palabras japonesas que ellos entienden perfectamente por haberlas hablado desde su cuna de los montes Urales, lo que para los filólogos significa menos que nada. Se descubren en Tokío subterráneos llenos de armas, de utensilios y de vasos malayos. En Corea se encuentran los símbolos del sintoísmo. Los curiosos se preguntan qué peregrinos depositaron conchas en las cimas del gran Nipón. El problema importa poco. Bástanos saber que ciertas especies de hunos y otras especies de malayos invadieron el archipiélago japonés unos cuantos siglos antes de nuestra era, y que, poco á poco, desposeyeron á unas especies de esquimales peludos, los ainos, quienes, según todas las probabilidades, habían á su vez exterminado á los aborígenes, habitantes de las cavernas.

El mundo fabuloso en que el Japón volcánico mezcla los recuerdos de la conquista con los de las erupciones, agranda los

unos con los otros y presta á sus héroes el penacho de sus cráteres, no es más que la sombra desmesurada de un feudalismo primitivo que se organiza lentamente y que los jefes más diestros y más fuertes diezman poco á poco hasta el reconocimiento del poder imperial.

Cuando, del siglo IV al VI de nuestra era, la civilización china invadió el archipiélago, encontró en él una sociedad regular, un soberano cuya divinidad estaba sólidamente establecida y dioses que dependían de la tierra, que eran la tierra misma en todo lo que produce de gracioso y de terrible. La influencia de un cielo templado y de unos horizontes armoniosos empezaba á dar á las ásperas virtudes guerreras el primer plumón de la cortesía. Y no sé qué sencillez nativa, de la que el orgullo y el gusto de las armas no había despojado á aquellos insulares, no esperaba más que una brisa más tibia para madurar y convertirse en sociabilidad.



Vani y Atshi, primeros sabios de Corea que fueron al Japón, dibujo de Yosay

Pero, entregados á ellos mismos y á la sola fortuna de su alma, revelaban una indigencia de pensamiento y una penuria de invenciones en la que no se podían fundar presentimientos de grandeza. El estado miserable de los ainos no les había ofrecido nada que pudiera enriquecerlos. Los japoneses habían matado á una gente más pobre que ellos. En el siglo IV ignoraban la escritura, pero, probablemente, en aquella época habían fijado ya para siempre su prosodia que, sin acento, sin cantidad y sin rima, alterna los versos de cinco sílabas con los de siete. Esa poesía embrionaria y definitiva es el único arte original que pueden reivindicar.

Su amor propio nacional fué molestado con frecuencia por esos comienzos, cuya modestia contrastaba tanto con la exhibición de su ascendencia divina. Los japoneses intentaron interpretarlos en

su honor, y uno de los más ardientes defensores del sintoísmo, Hirata, escribía á principios de siglo que la civilización tardía de ese pueblo probaba su superioridad, puesto que los grandes ingenios se desarrollan tarde. También lo decía así M. Diafoirus. El filósofo hubiera estado mejor inspirado si volviendo á los lejanos días en que la China religiosa, literaria, artística é industrial invadía al Japón, se hubiera maravillado de los resortes imprevistos que puso en juego. Lo admirable no es que un país inculto haya sufrido el ascendiente de un imperio cuyas artes y cuya filosofía no han agotado aún su brillo á través de las edades, sino que, habiéndole sufrido hasta la superstición, su genio, tan lento en aparecer, no haya podido desprenderse de él y marcar con un sello indeleble esa civilización extranjera que hubiera debido ahogarle.

Por muy de lejos que los observemos, los japoneses, tan impotentes para concebir como ingeniosos para bordar en cañamazos ajenos y muy inferiores á las grandes naciones asiáticas que han realizado ya su ideal en formas duraderas, denotan una virtud sociable que no podía esperarse de su humor huraño y un ingenio cuya flexibilidad sorprende al salir de sus largas tinieblas.

Hay que ver, sin duda, en eso un efecto de aquella amable naturaleza que los aisla y los alimenta. Sus sufrimientos volcánicos, cuyas crisis van disminuyendo, la dejan impregnada de una dichosa melancolía que inclina á la dulzura á los que la contemplan. Si sus montañas y sus ondas favorecen el establecimiento de pequeñas patrias, la elegancia siempre igual de sus múltiples aspectos desarrolla en todos sus habitantes el sentido de la armonía y les abre el alma al mismo género de belleza. Me atrevería á decir que la historia de los japoneses no es más que el reflejo viviente y superficial de su trabajo subterráneo. Han tenido, como ella, sus desencadenamientos, sus convulsiones, sus inundaciones que arrojaron bruscamente ideas extranjeras en las antiguas rutinas, como esos barcos que una inmensa ola transporta y abandona en medio de las ciudades; pero esos espantosos sacudimientos produjeron allí menos grandeza que gracia y extravagancia.

La civilización china dividió el Japón en clases y categorías, instaló en él su burocracia, creó ministerios y desarrolló sus largas escalas de títulos y honores. Su espíritu esencialmente democrático no mordió en la aristocracia feudal de los japoneses. Si

separó el poder civil del militar, fué este último el que obtuvo el beneficio. La influencia del más pacífico de todos los imperios, de aquel en que los militares estaban rebajados á la última categoría, determinó y consagró en los vecinos la influencia de la casta guerrera, y mientras en China dominaban los mercaderes, el Japón, colonia y provincia del pensamiento chino, se complacía en envilecerlos. En fin, el budismo, implantado en el imperio, comprometió pronto su carácter de idealismo trascendental hasta armar á sus frailes y fortificar sus monasterios.



Sho-ki, héroe chino, dibujo de Hokusai

Sin embargo, en el centro mismo de aquella sociedad cuyo vigor nacional adaptaba y transformaba así las doctrinas exóticas, la corte de los emperadores debía ofrecer á la urbanidad china una hospitalidad más pasiva.

Herederos decaídos de unos antepasados que habían realizado la asombrosa obra de la primera centralización que les aseguraba un inmortal prestigio, los mikado, animados por la división de poderes, entregaron su espada, esta espada cuya vaina estaba sujeta por un tenue hilo, á los generales nombrados contra los bárbaros, los shogun; y no conservaron más que una autoridad espiritual más fácil de ejercer. En teoría seguían siendo dueños absolutos de la tierra y de los hombres, pero el gusto de las artes, el lujo y la religión búdica acabaron de debilitarlos. Se vió á aquellos descendientes del Sol, á aquellos dioses, quemar incienso en los altares de la atea Sakia-Muni; se les vió, vagamente embriagados por el misterio indo, dejar el palacio por el claustro y olvidar en las flores del loto la gloria de sus abuelos y su propia divinidad.

Aquella fué la época en que el Japón, salido recientemente á la luz china é impregnado todavía de su primitiva rusticidad, fijó en la memoria de los hombres la imagen más exquisita acaso de su

genio. La mujer, á la que las antiguas tradiciones revestían á veces con la armadura conquistadora y á la que ninguna ley sálica separaba del imperio, encontró al pie del trono una semirrealeza más conforme con su carácter, y compartió con los sacerdotes budistas el honor de haber dado á los japoneses una literatura. Mientras los sabios y los hombres de la corte vestían sus pensamientos con la forma china, ese latín asiático, ella fué la depositaria del idioma nacional y le afinó, le matizó, le enriqueció y le transmitió como la vida misma de la raza.

Si el código chino obra en las antiguas costumbres jurídicas é imprime en ellas instintos de crueldad, al menos el budismo infunde en los corazones su aliento de piedad universal. Para no citar más que un ejemplo, hacia el fin del siglo x los ciegos eran objeto de una piadosa solicitud. Se les instruía y se les instalaba en las colinas de Kioto, en un rico monasterio que domina al lago Biwa. Se ponía delante de aquellos ojos cerrados uno de los paisajes más bellos y más luminosos para que la luz y la belleza de las cosas se deslizasen hasta su alma, como perfumes en la noche. Se les daba, en fin, el gobierno de algunas provincias y no se dice que éstas fuesen peor gobernadas que las demás.

Hay que leer en los antiguos romances y en las viejas historias la descripción de la Corte y el relato de sus fiestas, de sus aventuras amorosas y de sus inocentes intrigas. Sociedad delicada que se desprende más cada día de la obscura masa del pueblo; Arcadia en que los ademanes son suaves, las diversiones ingenuas, las fantasías sorprendentes y las vestiduras magníficas. La libertad de costumbres toma allí de la Naturaleza, de la que es cándida expresión, su inconsciencia y su gracia.

Queda hecha para siempre en la mente japonesa la división entre las necesidades de la vida natural y las de la vida social. El hombre no se hará más refinado respecto de las primeras. Su albergue seguirá siendo la cabaña primitiva, pero agrandada y hecha de una madera que la experiencia le enseña á elegir; su cama, la de un soldado en la tienda; su cocina, pescado á veces crudo, legumbres saladas, arroz cocido con agua, nada sabroso ni agradable, nada que revele paladares ejercitados. El placer amoroso no se envolverá con las sombras ni con el pudor, y si es cierto que los primeros dioses creadores del Japón fueron iniciados en aquel misterio por una pareja de pájaros, sus expansiones han conser-

vado una inmodestia que no se asusta del viento ni de la luz. La desnudez, no idealizada por el arte, no es indecente, y como las comodidades del trabajo y de la vida permiten su exhibición, puede ofrecerse á la vista sin malicia y sin vergüenza.

Pero á esa concepción de un naturalismo casi infantil el hombre superpone un ideal en el que se muestra hasta la manía su gusto por lo raro y lo artificial. Puntilloso en las ceremonias y enamorado de las imágenes fantásticas y de los ritos extravagantes, complica su etiqueta y se crea una urbanidad cuyas formas se desarrollan independientemente en las ideas que encubren. Puede decirse, en verdad, que el budismo, ese poderoso esfuerzo del pueblo para evadirse de la Naturaleza, no consigue en él más que reglamentar sus posturas y transformar su código mundano en una pomposa y sabia liturgia.

Su influencia fué así más profunda, y en aquella linda corte de los mikado, patriarcas languidecidos, rodeados de mujeres y de sacerdotes y que vivían entre flores en perpetuo banquete; y entre aquellas princesas que se paseaban debajo de los cerezos floridos de la primavera y de los arces enrojecidos por el otoño en grandes carros arrastrados por bueyes, el budismo es quien despierta la sombra de los muertos, entretiene comercios mágicos, acurruca las supersticiones en las encrucijadas triviales, y, sobre todo, conduce las almas á la renuncia como á una fuente de nuevas felicidades.

Renuncia casi siempre externa. El que ejerce el poder no tiene de él más que las dificultades, es decir, la penosa ilusión. Pero si delega su brillante fantasma, poseerá en la sombra la realidad. ¿No predicó á los hombres el gran Sakia que debían salir de las apariencias para dominarlas? De este modo, el emperador, retirándose de la falsa luz del mundo y despojándose de las insignias imperiales para vestir el hábito de los bonzos, será como gobierne verdaderamente el imperio. He aquí, pues, á Buda hecho un hábil político. Esa doctrina del *Inkio* (literalmente: *el hecho de retirarse)* que halagaba la ambición del poder desembarazándole de toda responsabilidad, no dejó de seducir á los japoneses. Los emperadores abdicaron, unos por cansancio ó por conveniencia, y otros para aumentar por medio de esas piadosas tinieblas una autoridad cuyos límites se acusaban y se reducían con la luz.

La abdicación llegó á ser una ley. Desde el trono descendió á

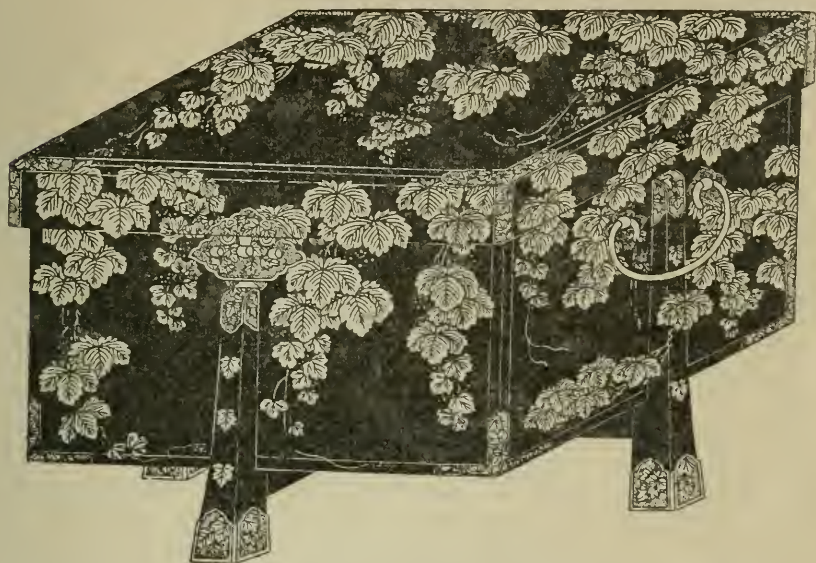
los ministros, á los shogun, á los funcionarios y á los simples particulares. El comerciante en pequeño del Japón se retira antes de tiempo y deja á su hijo la dirección de la tienda. Las consecuencias fueron graves, pues esa costumbre inmovilizaba millares de hombres todavía activos y reducía la vida social. Retirados de los negocios, á los que no aportaban más que los consejos de una experiencia incompleta, aquellos retirados, que no tenían que temer ni la ingratitud ni la falta de respeto, cesaban de obrar, detenían su pensamiento y se adornaban de un moho tan venerable como funésto. La civilización japonesa tomó así ese carácter de poca madurez que da á sus hijos un aspecto de niños avejentados. Pudiera servirles de emblema una columna truncada.

Por otra parte, el inkio acostumbra á los hombres á distinguir el poder al que se adora del que se hace obedecer, y como es raro que ambos se encuentren reunidos en una sola persona, si el primero se exhibe, el segundo se esconde é inspira á todos la desconfianza que infunden los dueños invisibles. El espíritu de sospecha cundió de unos á otros; las caras disimularon su inquietud bajo la máscara de la sonrisa, y las almas ensancharon su soledad para que no se percibiese su temblor.

El Japón fué gobernado durante siglos por anónimos é irresponsables. Sus potentados, emperadores ó shogun, excepto los dos ó tres primeros fundadores de cada dinastía, pasan por los frescos de la historia como una procesión de figuras hieráticas de las que no se ven más que los nimbos, ó como sombras dotadas de un reflejo. Ninguno de ellos llega á la individualidad ni tiene la audacia de no parecerse sino á sí mismo. El inkio ha confiscado su potencia real en provecho de un padre monje entre los monjes, de una madre monja entre las monjas, de una familia ó de una pandilla. Su espontaneidad está muerta, y aun en el caso de que no abdiquen, su personaje no deja por eso de ser un simulacro. Se verán niños de dos años, nombrados emperadores ó shogun, abdicar á los cinco años, y esos dioses en la cuna, esos generales de teta, no significarán menos que aquellos de sus predecesores ó de sus herederos cuyo sueño imperial fué respetado durante treinta años de paz.

Así, desde el siglo x, el error búdico desorganizó el poder, le sacó de su centro, y cuando la envidia y la avaricia arrojaron á los jefes militares al asalto de shogunato, el emperador no fué

más que un ídolo vano cuya sonrisa pertenecía al más fuerte. Pero su autoridad nominal, por muy extenuada que estuviese, no se extinguía en la tormenta. El Japón se transmitió de tempestad en tempestad la línea de sus emperadores y la creencia en su divinidad. Que esta descendencia fuese á veces superpuesta y con frecuencia irregular importaba poco, dadas las costumbres japonesas



Cofre para ropas, con lacas en negro y oro, existente en el tesoro del T. Idzuku-Shima

con las cuales la adopción, aun póstuma, corrige y suple normalmente á la naturaleza. Lo extraordinario es que ese pueblo haya querido siempre tener á su cabeza, niño, hombre ó mujer, un pobre ser que se dijese nieto del Sol, y que entre tantos vasallos apasionados por la matanza y la gloria, ninguno haya usurpado el título de mikado. Exceptuando á la Iglesia católica, no creo que ningún país nos ofrezca el ejemplo de tal institución dos veces milenaria. Emperadores sin imperio, emperadores sitiados, emperadores estropeados, perseguidos, empobrecidos, hambrientos, muñecos suntuosos ó sórdidos, la institución sigue en pie, y en lo que más se admira su continuidad es en su desnudez y en su miseria.

El milagro viene de la invencible fe de los japoneses en su origen celestial. Ni las ambiciones desenfrenadas de sus *condottieri*,

ni los triunfos de la violencia, ni el ateísmo y los encantos debilitantes de la religión extranjera le han tocado. Los mikado permanecen porque son emanaciones del pueblo. Su divinidad sube de la multitud, y en los días más agitados flota y sobrenada todavía el nombre divino de ese emperador cuya persona humana es tan trágicamente zarandeada, disputada y discutida. La pálida chispa atraviesa noches muy sombrías. A veces aparece como absorbida por el foco de la corte shogunal, en la que las artes, reanimadas por la calma, arrojan una ilustre llamarada. Pero vienen nuevas tempestades y el Japón vuelve á ver ese fuego de San Telmo en los crujidos de su arboladura. Si no habla ya al corazón de sus pilotos, advierte á los humildes que, en medio de tantos desastres, hay algo que sobrevive y que no perecerá. En el choque de los instintos desencadenados, el mikado representa el predominio intangible del espíritu sobre la materia. Y los japoneses no deben olvidar que, en las horas siniestras de su historia, él fué todo su ideal.

Se cuenta que en el año 1153, cuando la caída de la dinastía de los Fugiwara precipitó una contra otra á las dos familias de los Taira y de los Minamoto, cayó sobre el tejado del palacio imperial un monstruo que tenía cabeza de mono, cuerpo de tigre y cola de serpiente. Conocemos ese animal. El feudalismo primitivo se reformó, y su turbulencia, su ferocidad y su perfidia desgarraron al país japonés durante cuatro siglos. Los shogun que salieron de él trataron de reducirle y de reconstituir en provecho propio la centralización del imperio. Pero aquellos hombres viriles no engendraban más que afeminados. Siendo viceemperadores, sus regentes se les convertían en shogun. Sin embargo, en dos ocasiones estuvo á punto de realizarse la centralización. Los Hojo rechazaron, en el siglo XIII, una invasión de los mogoles, que fué desgraciadamente la única. En el siglo XV, bajo el gobierno de los Ashikaga, el genio japonés se perfeccionó en la paciencia y realizó apreciables prodigios en la laca y en la seda. Después, el mismo shogunato se derrumbó, cada provincia del imperio se erigió en reino, los grandes monasterios se convirtieron en fortalezas y aquello fué la anarquía.

La Europa de la Edad media nos ofrece ejemplos análogos; pero si se piensa que el Japón ha forjado su alma durante cuatrocientos años en el yunque de las guerras civiles sin hacer brotar

de ella una idea nueva, uno de esos relámpagos con que se iluminan las conciencias, una de esas verdades ó uno de esos nobles errores que renuevan el fondo primitivo de la humanidad, su historia, su heroica historia nos parecerá menos rica que la nuestra, menos fecunda, y muy parecida por su esterilidad á la de las hordas bárbaras.

Las lindas fantasías del arte japonés no rescatan el horror del siglo. En ese pueblo, que amalgama una humanidad, á veces exquisita, con tanta crueldad, las mujeres, las débiles mujercitas de labios pintados y perfilados dedos, recibían de sus soldados, en aquella época, en los castillos sitiados, cabezas cortadas, y las rotulaban cuidadosamente á fin de que cada uno pudiese reconocer, á la hora del salario, sus sangrientos trofeos. Llevaban la complacencia hasta á pintar de negro los dientes de aquellas cabezas, pues sólo los príncipes de la familia imperial y los nobles de la corte tenían derecho á cubrírselos de laca, y como las recompensas eran proporcionadas con la calidad de las víctimas, los soldados usaban esa superchería. «Las cabezas no nos daban miedo, escribía una de aquellas mujeres, pues nos habíamos acostumbrado á dormir con el mal olor de la sangre.»

Grandes pueblos han respirado también esas abominables exhalaciones; pero, de ordinario, entraba en su entusiasmo por la carnicería un poco de embriaguez metafísica. Nuestras cruzadas, nuestras guerras religiosas, nuestros combates de razas, ¡qué tristes etapas! Nuestros campos de batalla me recuerdan la frase famosa según la cual el hombre necesita á veces subirse en montones de cadáveres para ver más lejos. En el Japón el montón de muertos era verdaderamente prodigioso, pero el vencedor que le escalaba no descubría nunca más que el mismo horizonte, siempre cerrado. Aquel país no conoció más que guerras viciosas, y su entendimiento, siempre pobre, no trabajó jamás por el patrimonio universal.

Pero el amor de los combates templó su alma de agilidad y de firmeza. Hijos é hijas de samurai eran educados duramente, los unos manejando el sable y las otras la lanza. El pensamiento de la muerte desempeñaba tal papel en el programa de su educación, que se les enseñaba el ceremonial del suicidio. A la edad en que el corazón y los sentidos son solicitados por las seducciones de la vida, los jóvenes aprendían en qué actitud y según qué ritos de-

bía abrirse el vientre una persona bien nacida. No creo que tuviese más de siete años el niño japonés del que se cuenta la historia siguiente: Unos asesinos enviados contra su padre se engañaron por una semejanza y llevaron á su dueño una cabeza que no se sabía si era la del culpable. El señor envió á buscar al hijo de éste, y el niño, comprendiendo el error y la necesidad de confirmar en él á los asesinos, desenvainó el puñal que llevaban desde su más tierna edad los hijos de samurai, y para dar á su silenciosa mentira la irrefutable autoridad de la desesperación, cayó con las entrañas destrozadas ante la sangrienta cabeza.

Ningún pueblo se hundió tanto en el culto de la muerte. El budismo reprueba el suicidio y no ve en él más que un pueril subterfugio del hombre respecto del destino, pero los japoneses debieron esa lúgubre propensión á las doctrinas de Confucio.

La muerte no era para ellos una libertadora. La idea de que iba á asegurarles una vida dichosa á cambio de su último suspiro les hubiera repugnado como un regateo. Los japoneses no sacaron de la filosofía confucense más que los rudimentos de un positivismo imperativo. El sabio que, disgustado del budismo, puso á los hombres en guardia contra las especulaciones del ensueño, exaltó hasta la virtud su impotencia filosófica; pero ellos exageraron las doctrinas de aquel profesor de moral, y demasiado orgullosos para interrogar al que se calla, y considerando hasta como una inconveniencia el registrar las tinieblas de la tumba, no pedían á la muerte más que un testimonio de honor satisfecho y de deber cumplido. La muerte se despojó para ellos de su aparato de horror y de ansiedad; la vaciaron de toda idea turbadora y no cifraron en ella más voluptuosidad que en el amor. Sus almas no fueron arrebatadas por la muerte en una especie de vértigo, sino como una costumbre, como una institución, como un desenlace normal de las dificultades de la vida.

¿Un samurai había extraviado el depósito de su dueño? Se mataba. ¿Su dueño le había ofendido con una palabra ó con un gesto? Se mataba. Se moría para protestar contra una consigna; se moría por no haber podido vengar una injuria. En la ceremonia de abrirse el vientre, en el momento en que el samurai arrodillado se hería, su amigo más querido, en pie á su lado, le cortaba la cabeza. Los sables japoneses funcionaban con la rapidez del relámpago. Se dice que sólo se les veía levantarse. En ciertas provincias más ru-

das, los hombres de armas experimentaban el filo de sus sables, vírgenes aún, en la gente del pueblo que pasaba de noche. El matarse parecía la suprema elegancia de la civilización y el matar á los demás no resultaba una salvajada. Todo lo consideraban *sub specie mortis*. Un joven guerrero arranca un día á una joven de la tropa de sus raptores y se la lleva al príncipe. La muchacha era preciosa y el príncipe se la ofrece á su libertador. Pero éste responde que no podía comprometer en lazos efímeros un alma consagrada á la muerte. La joven, al oirle, dejó escapar la copa que tenía en la mano. Ante esos hombres que sin repugnancia de la vida, por puntillo de honor, se empeñan en destruirse, las divinas ilusiones del corazón humano hacen como aquella joven: vierten su copa. El asesinato y el suicidio se habían convertido en los grandes *sports* de la nación.

Se refinaron las obligaciones que encadenan al guerrero con su señor, á la mujer con su marido, á los hijos con sus padres. Al mismo tiempo que el feudalismo desorganizaba el país, formaba en él, con la complicidad de la naturaleza, múltiples organismos separados y vivaces. La piedad filial, la fidelidad, la obediencia, el sacrificio del individuo á los intereses del feudo se elevaron á tan alto grado que lo sublime perdió su valor. Nuestras antiguas historias no nos presentan tal abundancia de abnegación y de estoicismo, pero el poco esfuerzo que costaban á sus héroes aquellas virtudes sobrehumanas echan á perder su belleza. Admito que un padre inmole á su hijo para salvar al de su príncipe, pero que ese ejemplo cree escuela, que esa atroz abnegación pase á la práctica y que el culto de los deberes terrenales haya exigido tanta sangre como los altares de los dioses más feroces, acusa la invencible necesidad que tiene el carácter japonés de llevar hasta el absurdo las ideas sencillas y de anteponer la fantasía monstruosa al instinto natural.

Los japoneses carecen de pensamiento, pero no de ingenio. Si la materia les faltase, tendrían acaso con qué ordenarla. Trabajan furiosamente con nociones elementales, pero su deducción las vacía más que las enriquece. Las ahuecan, las manipulan, las esculpen, las cincelan y les dan tan extraña figura que las dejan desconocidas. Pero siguen siendo elementales. Sucede con su moral como con sus casas, cuya estructura primitiva han complicado con mil pequeñas precauciones é infinitos detalles, y como con sus

habitaciones, en las que un arte fantástico se emplea en humildes esteras y resplandece en troncos apenas descortezados. Penetrad en sus almas: son tan nuevas y tan rudas como las de los héroes de Homero. Pero entre dos instintos que huelen todavía á la selva natal, veréis una imagen delicada, preciosa ó bufona, la obra de una sociedad cuyo ingenio, cansado á veces de imitar á la naturaleza, no se divierte ya más que desafiándola.

El amor de la gloria se instala en él como tirano y se exalta en una soledad que le deja frente á frente con la muerte. La urbanidad de las cortes de príncipes no puede mantenerse en medio de aquellos hombres vengativos y vanidosos más que obligándoles á la exactitud de las formas más incómodas. Sus represiones morales se transforman en opresiones físicas. Aprisionan á los guerreros en unas ropas en las que su cuerpo está como perdido. Las mangas colgantes paralizan la violencia del ademán. Aquellos calzones tan anchos y tan largos que el hombre que llevan dentro parece que anda de rodillas, no permiten el asalto ni la fuga. La amplitud de aquellos velos desarmaba á los individuos y levantaba entre ellos barreras insuperables de seda ligera y rumorosa.

Los sacerdotes budistas pusieron de moda la ceremonia del te. Se aprendió á hacer una taza de te como se celebra un misterio, con evoluciones rítmicas, con gestos de jerofanto, encantamientos silenciosos y una lentitud incubadora de milagros. No fueron sólo las mujeres las que se prestaron al ritual; también los hombres aprendieron en él la paciencia y el compás. La habitación en que se oficiaba delante de un brasero ó de un simple calentador, se rodeaba de las mismas actitudes recogidas que un barreño mágico, y aquello fué, Dios me perdone, su Hotel de Rambouillet.

Por otra parte, las matanzas no habían ahogado en ellos la afición al madrigal. La extremada sencillez de su prosodia facilitaba la inspiración poética. Se les había enseñado desde muy temprano á confeccionar elegantemente un epigrama de treinta y una sílabas, y en los momentos críticos de su existencia se permitían la coquetería china de una improvisación. Algunos la preparaban para el momento de la muerte y los cinco versos en que entregaban el alma era el óbolo con que pagaban la entrada en la gloria.

Su pensamiento se dirigía también con complacencia hacia los lindos adornos con que la tierra les había halagado la vista. Pro-

fesaban una piedad respetuosa y tierna por aquella naturaleza que no temían ensangrentar. La vida de los animales era para ellos más sagrada que la de los hombres. He oído decir que, con arreglo



Bonzos en oración

á las antiguas usanzas del Japón, antes de que la China desembarcase en él, no se podía matar á nadie mientras los árboles estaban en flor; pero ya la primavera había cesado de extender sobre la vida humana la inmunidad de su sonrisa. No se conocía ya

la tregua de los perfumes, pero seguían respirándolos y no se cansaban de detallar sus sutiles maravillas. Los hombres conservaban debajo del arnés una delicadeza de impresiones y un sentido de los matices que ignoraban sus contemporáneos de Europa.

El pueblo, artesanos, labradores y mercaderes, á quienes la supremacía de la clase guerrera había reducido á la obediencia y condenado á la resignación, no tenía para distraerse más que relatos fabulosos, danzas religiosas y la metamorfosis de los jardizones y de los bosques. Todo lo que caía de las nubes de sangre en que se jugaban los destinos del país, germinaba en aquellos corazones obscuros y se desarrollaba en leyenda. Su inferioridad social los aproximaba á aquella tierra cuyas piedras y cuyas plantas animaba el budismo. Tranquilizados del lado de la tumba por sus bonzos, que les garantizaban, mediante salario, un vago paraíso, inclinaban su alma hacia las menudas bellezas de las cosas. La curiosidad que la naturaleza había encendido en ellos como una lamparilla en un santuario rústico, era incapaz de iluminar las grandes sombras del cielo, pero bañaba con su dulce resplandor las corolas y las hierbecillas. Entre ellos y las flores que se marchitan pronto, las hojas que barre el viento y las piedras cuyos ángulos lame el agua de los torrentes, se estableció una misteriosa fraternidad. La necesidad de medir sus acciones y de pesar sus palabras en una sociedad en la que la menor impertinencia y el menor movimiento de mal humor podían acarrear la muerte, hizo de ellos el pueblo más paciente, más oficioso y más fácil de conducir que nunca confeccionó la tiranía.

Y si por una parte se considera á aquella nobleza militar, feroz, pero estoica, y por otra, á aquella multitud homogénea y disciplinada, al mismo tiempo que afinada por el temor, se comprende la frase de San Francisco Javier, según la cual los japoneses fueron «las delicias de su alma.»

El apóstol no se engañó sobre sus defectos, pues los señala con un sentido de la realidad que su entusiasmo no le obscurecía. Pero, aunque veía las dificultades de su misión, el amor á la gloria de los japoneses, su honor caballeresco, su fácil renuncia á las voluptuosidades del mundo, su cortesía, su espíritu «curioso de las ciencias naturales y divinas,» todo le pareció concurrir al triunfo de la fe cristiana. El santo esperó que el bautismo daría

nueva salud á aquellas virtudes que se estaban corrompiendo por falta de una sal divina.

Su esperanza pareció fundada: muchos daimio, muchos samurai y ciudades enteras se convirtieron. Las cosechas crecían en el momento de sembrar. En 1550, ocho años después de haber arrojado una tempestad á las costas del Japón un navío portugués, el cristianismo, es decir, la civilización occidental, jugó la primera partida con la civilización china y estuvo á punto de ganarla. ¿De dónde viene que pasó por allí como un viento de tempestad sin dejar más que un recuerdo de vaga y detestable impostura?

No hay que buscar la razón en el odio de los bonzos, ni en el escándalo de los frailes españoles que á fuerza de anatemas disputaron á los jesuítas portugueses la conquista apostólica de aquellas islas, ni en el cinismo de los marineros europeos que desmentía tan singularmente los beneficios de la moral cristiana. La llegada de San Francisco Javier coincide con la entrada en escena del primero de los tres grandes hombres de Estado que iban á amasar tan duramente la materia japonesa, que lleva todavía su efigie.

CAPÍTULO III

El Japón centralizado

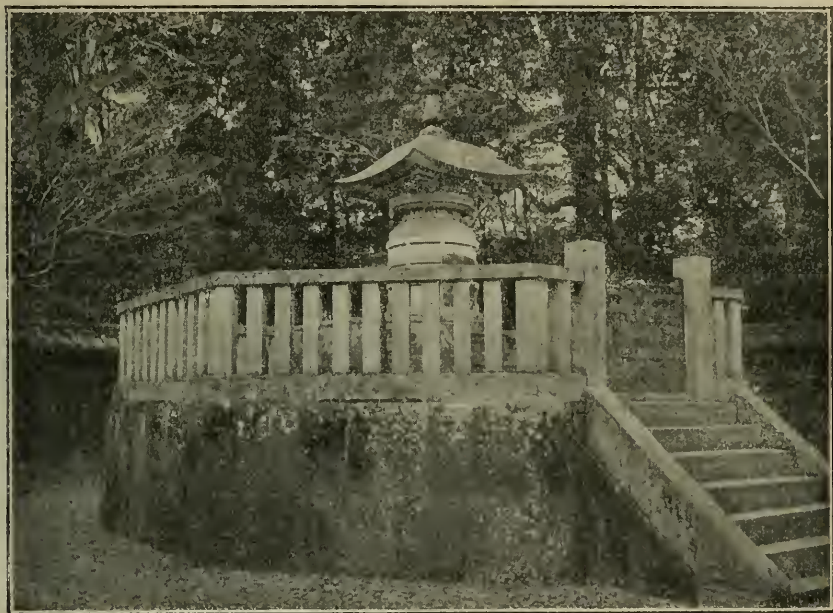
Los últimos cincuenta años del siglo XVI fueron ocupados por las convulsiones del feudalismo y son acaso la época más gloriosa de la historia del Japón. Rotos todos los diques, el pueblo mismo se desbordó, el individuo sacudió las cadenas que le ataban á la comunidad y la energía espontánea se sobrepuso á las conveniencias sociales. Por primera vez, el espíritu se orientó en medio de los cadáveres. Las matanzas tienen un sentido. Una voluntad superior precipita los sucesos y regulariza su tumulto. Existe unidad de acción en aquella trilogía que dura medio siglo.

El primer acto es representado por Nobunaga, hacedor y desfacedor de shogun, que declara la guerra á los burgraves budistas, saquea sus monasterios y aniquila el feudalismo religioso. Nobunaga era noble. Su heredero y continuador fué un antiguo mozo de cuadra, Hideyoshi.

Físico de gorila, moral de soldadote, orgullo de advenedizo, que raya en la demencia, y alma de orgía, pero, en aquella alma, una increíble potencia de dominación y grandes designios, que hacen de ese monstruo una especie de genio. La plebe japonesa había empleado siglos en concebirle é hizo falta un trastorno semejante para arrancarle de sus entrañas. Aquel hombre que, enterado de la emboscada en que Nobunaga debía perder la vida, encomendó á los dioses la salvación de su bienhechor, centraliza todos los poderes en sus manos de primer ministro, golpea con furia á los señores feudales y, para distraer sus instintos belicosos todavía mal comprimidos, se pone á su cabeza y los lanza contra la Corea. ¡Expedición famosa y estéril! Pero Hideyoshi se cuidaba menos de conquistar que de agotar en una guerra extranjera la savia ardiente de las guerras civiles. Murió dejando un hijo de corta edad y un discípulo más fuerte que su maestro: Yeyasu.

Al plebeyo brutal y grosero, con la cabeza soberbiamente lé-

vantada, sucede un hombre de antigua nobleza, frío, taciturno, tenaz y poco escrupuloso, pero cuyos intereses se confunden con los del país y que ama en los suyos al pueblo japonés entero. El Mediodía, sublevado contra el Norte, reivindicaba el imperio para el hijo de Hideyoshi, cuya victoria hubiera arruinado ciertamente



Tumbas de los últimos Shogun (Shiba) en Tokío

la obra de su padre. La jornada de Sekigahara, en 1600, en la que rodaron por el polvo cuarenta mil cabezas de japoneses, salvó al Japón. El porvenir pertenecía al genio de Yeyasu. En la noche del combate, aquel primer shogun Tokugawa, que había combatido desde por la mañana con la cabeza descubierta, se volvió á poner el casco. «Un buen general, dijo, no se cubre hasta después de la batalla y habiéndola ganado.» Aquello era mejor que una frase y que un bello ademán. El día siguiente de la victoria le encontró en pie y pacífico, pero con su casco.

A su alrededor no se quería ya morir. Un solo peligro existía aún en las tribus del Sur: el partido católico. Los misioneros, protegidos por Nobunaga, que no veía en ellos más que una secta adversaria del budismo, y maltratados por Hideyoshi, encontraron

en Yeyasu y en su nieto Yemitsu unos enemigos tan inteligentes como implacables. Su hostilidad no estaba exasperada por ningún fanatismo. Juzgaron la doctrina cristiana y la condenaron como hombres de Estado, considerando que sólo ella podía reanimar las disensiones y resucitar las guerras civiles. Esa doctrina amenazaba no sólo la seguridad moral del Japón, sino también su vida nacional. Detrás de los dominicanos y de los franciscanos que habían acudido de Manila, los aventureros de España olfateaban una nueva presa y el Escorial un nuevo imperio. Los Tokugawa se negaron á entregar la llave de los corazones á aquellos alarmantes apóstoles. Lo que sintieron vagamente y temieron por eso más fué el espíritu de libertad que exhala la religión cristiana y, por decirlo así, el noble individualismo que de ella se desprende por la conciencia que da á cada individuo de su propia dignidad. Las ideas que propagaba no tendían nada menos que á una nueva revolución, á la que el Japón extenuado no podía aventurarse. Esa doctrina había llegado con cien años de anticipación ó con cien años de retraso.

En 1638, los últimos cristianos japoneses se insurreccionaron y fueron degollados no lejos de Nagasaki, en el castillo de Shimabara, en el que habían resistido heroicamente el asedio. Está averiguado que ningún europeo tomó parte en aquella rebelión, provocada, no tanto por la persecución religiosa como por las iniquidades feudales que habían pesado más duramente que nunca sobre los campesinos de la región. Pero precisamente esa insurrección contra la iniquidad atestigua la influencia emancipadora del cristianismo. Los pobres hombres que desde lo alto de los baluartes cantaban la gloria de Dios y ponían á los ángeles por testigos de su derecho, conmovieron á los sitiadores y á los generales enviados por los shogun. Aquello no se parecía á las guerras que habían visto. Era la primera vez que en medio del estrépito de las armas se levantaba un grito hacia la eterna justicia. ¡Hermosa página de la historia japonesa! Pero se comprende el descanso de los nuevos dueños del Japón al saber que reinaba el orden en aquella Varsovia.

Expulsados los portugueses y rotas todas las relaciones con la tímida Inglaterra, los protestantes holandeses, únicos admitidos á comerciar con el imperio, fueron relegados como pestíferos al puerto de Nagasaki, cerca de la ribera y en aquel islote que pare-

ce un abanico sin mango. Allí dieron por espacio de dos siglos el lamentable espectáculo de la raza blanca humillada y menos envilecida por el desprecio de los japoneses que por su triste amor al oro. El Japón se encerró entonces en una densa noche. Sus hijos, á quienes la paz hubiera repartido por las olas como viajeros ga-



El monte Fuji

nosos de aventuras, no tuvieron ya derecho de dejar las costas. Del paso del Occidente no conservaron más que el uso del tabaco, que se hizo universal, y unas cuantas armas de fuego, que pronto se enmohecieron.

Y ahora diríjase una mirada al mapa del Japón; considérese ese estrecho archipiélago extendido delante del continente asiático como un sarmiento de curva elegante y racimos desiguales. Entre todas las islas que hacen una sombra en los mares, no conozco ninguna cuya figura se dibuje con gracia más flexible y encantadora. Pero ese imperio undulante evoca también no sé qué imagen de invertebrado sin cabeza dormido en la cresta de las olas. La vida repartida en sus anillos y en sus repliegues no parece participar de una sola alma, y si así se comprenden mejor sus desordenadas agitaciones, nada es más propio para excitar nuestra admiración por los Tokugawa que comunicaron á

ese cuerpo serpentino un solo pensamiento y una sola voluntad.

Está primero la isla de Kiushu, que cuelga al Sur como el mayor racimo y se destaca, con su grupo de islotes, del imperio, para dirigirse hacia Formosa y las Filipinas. Esa isla recibió á los europeos y, acaso antes que á ellos, á los invasores malayos. Pero las antiguas invasiones están olvidadas; el cristianismo no floreció allí más que una hora y los hombres que habitan aquella punta añaden á su vanidad de insulares esa especie de aspereza taciturna de los centinelas puestos en el extremo de la tierra. El mundo termina para ellos donde ellos están. Su orgullo no tiene límites y su humanidad no tiene horizontes. Vencidos, aceptan la derrota porque el alejamiento les impide sentir su brutal humillación, pero guardan la amargura durante siglos. La naturaleza semitropical no los entumece y las voluptuosidades de la mujer y la influencia del bonzo no tienen acción sobre su alma. Sólo aman las danzas guerreras y el manejo del sable. Son los Satsuma. He estado en su capital, Kagoshima, y aún hoy conservo la impresión de una vida ruda y limitada, en el fondo de una rada montañosa, en la que el esplendor del cielo iluminaba unas aguas violentas. Desde el mes de abril, las colinas se cubren de anémonas y azaleas, pero los cráteres arden allí eternamente.

Subid hacia el Norte: montañas, selvas, volcanes, una naturaleza atormentada en su agreste dulzura. ¡Qué nidos de buitres! ¡Qué asilos para las insurrecciones! A la izquierda, la península de Hizen; delante del espectador, el estrecho de Shimonoseki guardado por el príncipe de Choshu, también un vencido. Sus dos provincias dominan el mar Interior. Sus súbditos no son menos gloriosos ni menos particulares que los de Satsuma, pero han sido tocados por los efluvios del Japón central y tienen buen gusto, viva inteligencia y palabra artificiosa. Los japoneses vueltos de Europa nos dicen: Satsuma era Esparta; Choshu, Atenas.

A medida que nos alejamos, los espíritus son más dóciles y los caracteres menos diferenciados; y las olas mediterráneas parecen tener fisonomía humana á fuerza de reflejar caras heroicas y divinos fantasmas. La isla de Shicocou, sin embargo, cuya ribera limita ese mar, encierra todavía una población singular, vuelta hacia lo desconocido del Pacífico, abrigada por baluartes de esquisto y que se substrae á la vista del dueño. Los hombres de Tosa viven en la misma decoración que los de Satsuma, y como

ellos contemplan el vacío del mar y se nutren de su solitaria importancia. Detrás de ellos, en la gran isla—un continente para esos japoneses dos veces insulares,—el Yamato y las antiguas provincias en que late el corazón del Japón, esos campos de batalla pacificados, empiezan á hacer figurar hilos de oro en la sencilla tra-



Torio de un templo sintoísta de Nagasaki

ma de su vida. Kioto, ciudad de los emperadores y de los bonzos; Nara, antigua corte imperial, tierra de luz y de arte, digna de la armonía italiana de su dulce y sonoro nombre.

Yeyasu ha subido más alto y ha puesto entre él y el emperador unas montañas que no tienen más paso que el de Hacone. En la desembocadura del Sumida-Gawa ha edificado su capital, Yedo. Detrás de él el Japón se va adelgazando hasta el mar de Yeso y allí hay llanuras, colinas, tierras ricas y después nieves, largos inviernos y una infinita seguridad. El conquistador, implantado en ese reino cuya guarda ha confiado á sus hechuras, tiene á la vista el resto del imperio. Su garra ha caído primero en unas ciudades que ha retirado del reparto y que ha convertido en ciudades sho-

gunales: Nagasaki, en el Kiushu, único puerto en que desembarca el europeo; Osaka, en el que va á parar el comercio del mar Interior y que es la ciudad más rica y el granero de abundancia del Japón. No se atrevería á tocar á Satsuma y Choshu, tribus extremas y belicosas, pero se aplica á circunscribirlas. Los nuevos daimio, cuya nobleza y cuya fortuna ha fundado su victoria, recibirán territorios que limiten esos feudos amenazadores. En toda la extensión del tablero del Japón, Yeyasu empuja silenciosamente sus damas contra las últimas de sus adversarios y tendrá la prudencia doblemente meritoria de rodearlas y de no comérselas.

Aquel hombre de genio lúcido, uno de los más notables administradores de pueblos, llega á conciliar el separatismo del genio feudal con la centralización de un poder absoluto. Hace el inmóvil sostén de su dichosa tiranía de todo lo que el feudalismo puede dar al alma de virtudes estrechas y á la vida provincial de solidaridad y de tradiciones. Aquel pacificador edifica siglos de paz sobre los cimientos de una casta guerrera. Empieza por levantar y realzar el pedestal del emperador, cuyo palacio se había convertido cincuenta años antes en una especie de corral, pues las damas, á fin de alimentar al pobre dios, dejaban picotear las gallinas hasta en los escalones de la sala imperial. Yeyasu le restablece en su misterio y en sus honores, le envuelve en una nube de incienso, y el dios restaurado se descarga en su gran sacerdote, el shogun, de los cuidados inferiores de las cosas humanas. El shogun, sostenido por su consejo, el *Bakufu*, y disponiendo de una policía inquisitorial, reparte el país en trescientos sesenta daimiatos. Cada daimio es dueño absoluto de su provincia ó de su cantón y shogun de sus samurai, que son los daimio de las clases inferiores. Encerrado con ellos en un recinto fortificado, cuyos alrededores ocupan los artesanos y los mercaderes, vive de las producciones de su señorío y todo le presenta la imagen de la independencia. Pero su poder no es más que delegado. Se le vigila, se le cambia de puesto y, en caso de necesidad, se le destituye como á un simple gobernador. Pronto llega á tener que vivir en Yedo un año sí y otro no, y á dejar allí su familia en rehenes. Esos viajes y el sostenimiento de una residencia suntuosa en la capital del shogun le empobrecían. Es un gran principio japonés arruinar al hombre bajo el peso de sus honores.

Pero si quita así la corona á la fortaleza feudal, Yeyasu refuer-

za sus murallas con fosos más anchos. Lejos de intentar una fusión de las patrias pequeñas con la grande, se ingenia por tenerlas cerradas la una á la otra y en esos mundos amurallados escalona los grupos sociales con los grados de una minuciosa jerarquía. Comprende que la docilidad de los japoneses necesita un horizonte



Templo sintoísta de Kasuca en Nara

estrecho y que nada podría garantizarles mejor contra su natural inquietud que un apego irresistible á las usanzas y á las opiniones locales. Sujeta á aquellos hombres de parroquia á una tiranía tanto más estrecha cuanto que son ellos quienes la ejercen consigo mismos. Todas las personalidades se achican allí al nivel común. Los individuos temen singularizarse y el pensamiento no se atreve á pasar el círculo de las convenciones seculares. Perezoso, se atrofia; curioso, da en perfeccionar bagatelas; grave, se complace en necedades solemnes. En cambio, esos círculos bien cerrados, en los que las únicas reglas de la vida son los antiguos usos y las religiones del pasado, conservan poderosamente las instituciones seculares y no dejan evaporarse su savia.

La concepción política de Yeyasu, impregnada de las cualidades del terruño, no es la obra de un revolucionario ni de un ideólogo. No hace más que asignar un empleo definitivo á todos los instintos, defectos y cualidades que las guerras civiles han creado en sus alternativas de tinieblas y de incendio.

El individuo no significa nada. La única unidad viviente es la familia constituída como en Roma y en Grecia. El código que la rige no distingue entre la legalidad y la moralidad. No se permite su lectura más que á los principales consejeros de Estado. Las personas son juzgadas con arreglo á leyes que ellas ignoran y que no pueden conocer. ¿Qué importa, puesto que el acto individual no puede ser considerado más que en su moralidad y el acto social en su utilidad? Las leyes escritas, por otra parte, son poco numerosas y los jueces las interpretan según su conciencia, las costumbres y las necesidades del presente. Como las causas que se presentan ante su tribunal jamás son idénticas, la influencia de los veredictos precedentes les conduciría á lamentables errores. Se crean, pues, para cada asunto una jurisprudencia, y el juicio pronunciado no repercute en ninguno de los otros tribunales de justicia. La idea del derecho no ha penetrado en esos espíritus que pasan tan fácilmente de la violencia extrema á la extrema docilidad. Pero la idea del deber, ennoblecida y glorificada, los exalta y los prosterna alternativamente. El hijo está ciegamente sometido á sus padres; la mujer á su marido; el marido, si es de clase humilde, al samurai; el samurai á su príncipe; el príncipe al shogun. Los únicos mandamientos promulgados en toda la extensión del imperio tienen la brevedad simple y general del decálogo. Todo el mundo sabe que el más pequeño robo es castigado con la muerte. La tierra no es de nadie, puesto que pertenece teóricamente al emperador, aquella sombra. El shogun no es más que el intendente, que cede su uso á los daimio, cuyos intendentes, es decir, los samurai, se la arriendan á los campesinos. Se vive con arreglo á grandes equívocos.

El budismo, desarmado, no era ya de temer. Los Tokugawa le abandonaron el pueblo, mientras que las doctrinas de Confucio seguían siendo la biblia de los samurai. Y diría que ambas doctrinas forman seguros esclavos, la una por la resignación pasiva en que disuelve la personalidad, y la otra por la irreflexión que impone á la servidumbre, si la palabra esclavos no fuera exage-

rada para caracterizar á un pueblo cuya alma guarda bajo una larga opresión las altas virtudes de sus tiempos heroicos.

Los japoneses fueron reducidos á la servidumbre tanto como puede serlo una nación, y la tiranía los ha marcado por mucho tiempo de un espíritu desconfiado y de una hipocresía sonriente. Su intimidad me hace pensar siempre en aquellas antiguas moradas señoriales que visité en Kioto. Se entra en ellas sin inconveniente; ningún cerrojo prohibe la entrada; las puertas se deslizan silenciosamente por sus ranuras. En la luz de los tabiques pintados, de las maderas jaspeadas y de los rubios tatami, todo os sonríe. ¡Qué franca y sencilla hospitalidad! El palacio es vuestro. De repente corre y se prolonga una especie de silbido bastante armonioso bajo vuestros pasos ahogados por las esteras. Habéis puesto el pie donde el suelo canta. Se había dado la alarma y, en la pieza inmediata, las manos que agitaban el abanico requerían el puñal.

Pero esos efectos de una inquisición disolvente fueron combatidos por la perpetua adhesión á los intereses de la comunidad y por el sentimiento del honor. Los Tokugawa disciplinaron aquel estoicismo con que habían bronceado los corazones las trágicas aventuras del pasado. El individuo, oprimido en su inteligencia y comprimido en su expansión, no tuvo más salida hacia la gloria que la renuncia y el sacrificio, y cifró todo su orgullo en llevar una cadena de la que era incapaz de librarse. Siempre dispuesto al suicidio, despreció una vida que no sabía enriquecer ó no la amó más que por las estériles invenciones de una fantasía exasperada. Las almas se cristalizaron.

Si la paz es la dicha suprema de los pueblos, se puede considerar á Yeyasu como un gran bienhechor. Y si la moral de un pueblo consiste únicamente en la armoniosa subordinación de sus virtudes á los fines de su política y en la sumisión del individuo al Estado, los japoneses, guerreros y obedientes, se mantuvieron á un nivel medio más elevado que las naciones occidentales.

Pero, por muy estacionario que sea un país, continúa elaborándose en él la obra fatal de la vida; y por indestructible que parezca un gobierno, la oposición y la muerte se abren hacia él caminos silenciosos. Detrás de aquella fachada de seguridad, la sociedad de los Tokugawa sufrió la vuelta de los mismos fenómenos y

de las mismas anomalías que determinaron la caída de los antiguos poderes. Pero la previsión de Yeyasu y la prudencia del Bakufu retardaron su marcha.

El shogun, cada vez menos personal, desaparece detrás de sus ministros. Su corte afeminada, en la que hacen antesala los grandes señores y donde la concubina se ejercita en la dominación, acapara toda la riqueza del imperio y no enseña á los jóvenes más que el desdén del sable y el arte de pintarse la cara. Yedo se convierte en la ciudad de las cortesanas, de los *ronin*, de las gloriosas prodigalidades y de los vicios que cuestan caros. El interior de la mayor parte de los daimiatos nos presenta una imagen abreviada de la historia nacional. El daimio ha caído bajo la tutela de sus principales samurai. Se traman intrigas á la sombra y las camarillas se disputan su persona ó su herencia. De una punta á otra del Japón, el inferior vigila, interviene y, finalmente, dirige al superior. Esa es una de las leyes más constantes de la vida japonesa. Pero esa anarquía lenta está como oculta y disimulada por el respeto de la forma, por el cuidado de las apariencias, por el temor del Bakufu y por la impotencia de los espíritus para concebir otro régimen.

El emperador, pensionado por el shogun, está siempre relegado en su residencia de Kioto. El gobierno, que ha olvidado las prescripciones de Yeyasu, prescinde de él ó le trata con una parsimonia ridícula. Hacia el comienzo del siglo pasado, la divinidad no tiene un céntimo. Su palacio se estropea y las grietas del techo dejan pasar la lluvia hasta la cabeza del monarca. Entre los príncipes que le rodean, los Kuge, los hay que se ven obligados á ganarse secretamente la vida, y algunos japoneses me han contado que aquellos príncipes se iban por las noches, de incógnito, á guisar en las fondas más afamadas de la ciudad. Mientras el shogun iba todos los años á rendir homenaje públicamente al mikado, el pueblo no pensaba en asombrarse por la decadencia imperial. Pero el día en que la opulenta Yedo rompió esa tradición de política, los ojos, que no estaban ya obscurecidos por los vapores de la guerra civil, fueron poco á poco comparando la magnificencia de la corte shogunal con la desnudez del heredero del Sol. La paz debía llevar fatalmente á los japoneses á reconocer que, hacía ya siglos, su tradición política había sido falseada.

Donde empezó á surgir esa idea subversiva fué en la familia

misma de los Tokugawa, en casa del príncipe Mito. Ese príncipe había acogido á unos filósofos chinos desterrados de su país, y, bajo su influencia, reunió los materiales para una historia japonesa, estudio que no podía menos de sacar á luz la usurpación del poder imperial por vasallos del emperador. Es probable tam-



Jimmu Tenno, el fundador de la dinastía japonesa

bién que los chinos, más penetrantes que los japoneses, al explicarles la verdadera doctrina de Confucio. contribuyeran á orientar hacia el padre de la nación la fidelidad que antiguos contrasentidos habían extraviado en provecho del shogun. Los principios de Mito hicieron su camino lentamente por el Japón hasta las provincias de Choshu y de Satsuma, que se apresuraron á recoger esos auxiliares de sus inveterados rencores.

Por otra parte, el sintoísmo desdeñado por los Tokugawa y eclipsado por las ceremonias búdicas, el sintoísmo, que diviniza los orígenes del Japón y la persona del emperador, produjo por

primera vez exégetas y teóricos, que atacaron valientemente á la civilización china y á los moralistas de trenza larga «que predicaban tan bellas máximas y asesinaban á sus dueños.» Ponderaron la sencillez primitiva de los mikado y mostraron su pomposa decadencia y cómo el poder, bajo la acción de las ideas extranjeras, había pasado de sus manos á las de sus domésticos. En cuanto puedo juzgarlos, esos filósofos son pobres en lógica y su metafísica una presuntuosa niñería. Pero retrocedían á las fuentes mismas de la vida nacional y enseñaban de nuevo á sus lectores y á sus oyentes una crónica cuyo recuerdo había sido borrado casi completamente por el estudio de los anales chinos. El sentido oculto de sus palabras y la doctrina política que de ellas se desprendía daban á aquellas antiguallas una juventud y una vida que se introducían en las almas. Esas ideas trataban, en fin, de iluminar aquel caos dormido con un pequeño resplandor de sabiduría. Aquellos hombres fueron honrados y la piedad del pueblo los oyó.

En 1840, un pobre samurai llamado Takayama recorrió la mitad del Japón para ir á contemplar el palacio del emperador; pasó por Yedo, donde le indignaron los esplendores del shogun y vió la morada de su dios ruinosa y abandonada. Entonces se arrodilló, hundió la frente en el polvo y volvió tan conmovido de dolorosa lástima, que murió de resultas. El ejemplo de aquella melancolía mortal conmovió no pocos corazones. Las hambres, las exacciones de los daimio, la frecuencia de los incendios, las plagas de la naturaleza, el relajamiento de la disciplina, que infestaba los campos de aventureros y de ladrones, los síntomas de una vaga y misteriosa agonía, todo predisponía al alma popular á cifrar su esperanza en aquel emperador cautivo y desconocido cuya desgracia le parecía más lastimosa que sus propias miserias. En el corazón de la multitud se fué despertando tímidamente un nuevo sentimiento mezcla de ternura y veneración, el amor exquisito que los oprimidos pueden profesar á un dios débil. Las circunstancias no le dieron tiempo para madurar, y es muy lamentable.

Paralela á ese lento trabajo del pensamiento japonés que, después de ocho siglos de error, daba al fin con la pauta de su destino, la invisible acción de las ideas europeas se apoderaba de las inteligencias escogidas, después de introducirse por el estrecho tragaluz de Deshima. Los holandeses guardados allí y despreciados no dejaban de inspirar una curiosidad aguijoneada por el pe-

ligro. El que los observaba se convertía en seguida en sospechoso. El gobierno se servía de ellos como agentes de informes y eran como «oficiales de vista y de oído» entre él y el resto del mundo. Pero, aunque no se permitía casi á los particulares recurrir á su ciencia diabólica, las novedades que desempaquetaban con sus mercancías infundían en los cenáculos eruditos los principios occidentales. Sus discípulos estudiaban la astronomía, las matemáticas, la medicina, la botánica, la historia natural. La inteligencia japonesa sospechó que el gran Nipón no era más que un pequeño cantón del Universo y que la tiranía del shogun la privaba de un tesoro inapreciable.

Desde el fin del siglo XVIII aparecen los rusos, los franceses, los ingleses y los americanos á la vista de las costas y sondan las olas. Como los pájaros que anuncian al navegante la proximidad de la tierra, sus banderas advertían al archipiélago de las islas durmientes que el mundo se había aproximado. En 1838, un tal Shojo, si no fué su amigo Kazan (ambos pagaron con la vida la audacia de sus ideas), publicó con el título romántico de *Historia de un sueño* un folleto tan singular como instructivo. Los holandeses habían noticiado al gobierno que una casa americana, deseosa de entrar en negocios con el Japón, estaba equipando un navío, el *Morrison*, y se proponía repatriar en él á siete japoneses á quienes una tempestad había arrojado en las costas chinas. El autor imagina que una noche, á la hora en que el espíritu flota entre el sueño y la realidad, se vió transportado á un círculo de hombres graves y de sabios que hablaban de la noticia. ¿Se rehusará recibir ese navío como se ha hecho con otros? ¿Persistirán las antiguas leyes en su implacable rigor? El diálogo se desenvolvía en un tono de buena sociedad, sin ímpetus ni voces. Para el que sabe la lentitud de las conversaciones japonesas, aquel coloquio académico resucita con su color de penumbra los cenáculos de la época, en los que, discretamente, con infinitas precauciones y con voces ahogadas por las esteras silenciosas, que forman como un camino de fieltro al paso sonoro del pensamiento, los enciclopedistas más atrevidos soñaban con una tímida emancipación. En esto tenemos el resumen de su etnografía, todavía cándida, á la manera de los antiguos atlas, en los que el capricho del dibujante embellecía la ignorancia del geógrafo. Han cosido bordados japoneses á unos retazos de nuestra historia. Confunden el nombre del navío *Mo-*

rrison con el del célebre sinólogo, á quien se representan bajo la forma de un daimio al mando de veinte ó treinta mil hombres. Pero llegan al fin, por ingeniosos rodeos, á desear, si no la apertura, la semiapertura del país, en interés de la ciencia y de la humanidad.

Así, en el momento en que la civilización occidental se prepara á forzar las barreras del Japón, el gobierno del shogun tiene contra él una minoría inteligente, que percibe la necesidad de solidarizarse con la especie humana, y el sentimiento nacional, al que la filosofía confucense mejor entendida, la religión sintoísta mejor comprendida y una especie de misticismo popular han vuelto á traer al culto del emperador. Son aquellas, en verdad, buenas prendas; el arriendo de los Tokugawa llega á su término. ¿Conocerá el Japón esos combates de ideas que labran el espíritu de un pueblo y hacen penetrar la luz del cielo hasta en las mismas raíces de sus principios orgánicos?

La llegada de la escuadra americana, á las órdenes del comodoro Perry, va á violentar las cosas y á convertir en golpe de Estado aquel preludio incompleto de revolución.

CAPÍTULO IV

La restauración imperial y sus consecuencias

El shogun, cuya soberbia ha sido abatida por la amenazadora escuadra y las conminaciones del comodoro, y que se ve obligado á tratar con los bárbaros, proporciona á sus antiguos enemigos, las tribus vencidas por Yeyasu, una ocasión de sublevarse que no tenían con la vida monótona y cerrada del imperio. Los meridionales, Satsuma, Choshu, Tosa—los Sat-cho-to, como se les llama,—materializan en apetitos ambiciosos el idealismo obscuro que parecía existir en el alma japonesa y, como siempre sucede en aquella tierra del equívoco, las ideas se evaporan. El shogunato, favorable á pesar suyo á los europeos y dirigido en ese sentido por uno de sus más hábiles ministros, pronto asesinado, tiene por adversarios á unos hombres que, una vez vencedores, debían mostrarse los más decididos partidarios de la civilización europea. El anciano emperador, obstinado en sus supersticiones y odiando al extranjero, pone su causa en manos de los príncipes, que se proponen explotar su patrimonio con el pretexto de restituírsele. Y aquellos príncipes son conducidos por unos jefes de samurai que han juzgado ya la incapacidad y la ignorancia de sus amos.

De 1852 á 1868, durante diez y seis años, se preparan á una lucha formidable. Las tribus del Sur afluyen á Kioto y envisten la residencia imperial, en el que se despiertan y se agitan los Kuge, esos mayordomos del palacio encantado. Las cuadrillas de *ronin* acuden al estímulo y ocupan los campos de los alrededores. La corte de Yedo se despuebla y la ola de los Tokugawa se rompe en muertes repentinas y en efímeros herederos. El shogun devuelve sus rehenes, y las princesas, con las mujeres y las hijas de los samurai, se van á sus daimiatos con un mal humor de parisienses desterradas á Quimper-Corentin. Sus costumbres de lujo, su amor á las novedades y su modo de hablar imitando á los actores de moda les hacen resultar extrañas á su país natal. Las damas de

la provincia piensan que aquellas muñecas shogunales no valdrían nada para los grandes acontecimientos que se preparan. Se verifican conciliábulos políticos en las fondas. Se recurre á la ciencia occidental, y si el gobierno de Yedo pide á Francia instructores militares, los Satsuma y otros daimio llaman á los extranjeros para obtener de ellos el medio de ser invencibles y despedirlos después. Y, en general, los europeos no comprenden qué es lo que allí pasa.

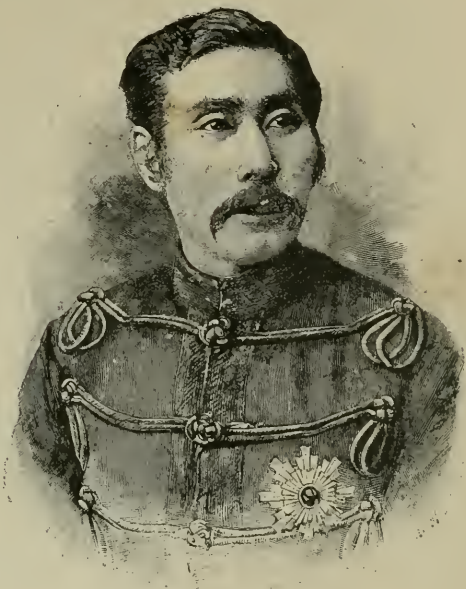
Se envían misiones japonesas á Europa, y los que las componen se dan cuenta de la inferioridad del Japón; pero, de vuelta en su país, el respeto de las ilusiones comunes, su juventud, la impotencia para convencer á unos belicosos y valientes matamoros y también la perspectiva de ser pronto los primeros en poder aprovechar las esperanzas ilusorias y las faltas cometidas, les cierran la boca y los afilian sonriendo á una política que tiene por programa derribar al shogunato á fin de arrojar al extranjero.

A la primera batalla, el shogunato estuvo en el suelo. El último Tokugawa, Keiki, hombre inteligente y más apto para componer una poesía china que para conducir un ejército, cansado de la lucha antes de haber luchado y feliz con que su debilidad pudiera en rigor adornarse con el nombre de patriotismo, abandona á sus vasallos del Norte y se rinde sin pensar un momento en sus barcos y en sus regimientos esparcidos. La revolución estaba consumada con gran asombro de los revolucionarios. Se creía poderoso al shogunato, y aquella enorme máquina carcomida se derrumbaba por sí misma, produciendo una nube de polvo que descubrió al disiparse á las potencias europeas tranquilas, pero enérgicas y reclamando del nuevo emperador el cumplimiento de las promesas shogunales.

He tenido el honor de hablar con varios jefes imperialistas que dirigieron aquel golpe de Estado y que de simples samurai pasaron á grandes políticos y altos dignatarios del imperio: el marqués Ito, el mariscal Yamagata, el conde Okuma; y todos estuvieron de acuerdo en declarar que la prontitud de su victoria les había sorprendido. Pero la consecuencia que se impone está en estas palabras de otro japonés: «Por desdicha nuestra, la revolución no ha durado bastante. Los peces pequeños suben fácilmente á la superficie, pero hace falta un largo trastorno para que los grandes, que duermen en el fondo del río, puedan salir á flote.» El huracán no

conmovió las profundidades populares, y las personas que lo esperaban se contentaron con una sensación de tempestad. La revolución más extraordinaria, acaso, de los tiempos modernos se realizó de prisa y corriendo, y los hombres que la hicieron, ó creyeron hacerla, no tuvieron conciencia de su extensión.

Las ideas no desempeñan en ella ningún papel, pues la única que se formula, la expulsión de los extranjeros, es irrealizable. Los príncipes de Choshu y de Satsuma, que pretendieron asustarlos y hasta cañonearlos, habían experimentado la potencia civilizadora (1) de la artillería europea. ¿Qué hacer en presencia de los bárbaros? Los samurai imperialistas, á quienes se ha prometido formalmente su expulsión de la tierra de los dioses, preguntan todas las mañanas si va á ser aquel día. Se les invita á la paciencia, é insensiblemente, y sin que nadie se atreva á confesarlo, los intrusos llegan á ser el elemento indispensable de la restauración imperial. Sin ellos, estallaría la discordia entre las tribus del Sur, las cuales están unidas contra el shogun, pero lo estarían menos para la distribución de sus despojos.



El mariscal Yamagata

La amenaza de Europa protege al emperador y esta preciosa levadura excita en el alma japonesa un concepto nuevo de la patria. Hasta entonces la patria no era más que una aldea, una tribu, una provincia ó un islote. De pronto se ensancha, engloba todo el archipiélago y le estrecha en una red magnética. Las vallas feudales

(1) La ironía del calificativo resulta cruel en estos momentos, en que japoneses y rusos se están «civilizando» mutuamente á fuerza de cañonazos y minas submarinas.– *(N. del T.)*

van á ser arrancadas, los fosos rellenados, las diferencias de clases abolidas. De 1868 á 1875, por la sola virtud de la presencia de los europeos, un grupo de ministros irresponsables, kuge ó samurai, desmantela el régimen feudal.

La tarea les fué facilitada. El pueblo, indiferente ó divertido, no se movía. La mayor parte de los daimio sacrificaron sus prerrogativas de tan buena gana como un prisionero sacrificaría sus cadenas, pues no sólo se les daba la libertad, sino que se les pagaba, con lo cual tendrían la bolsa llena y no sufrirían más la terrible intervención de sus inferiores. Nunca se han visto barones que más incómodos estuvieran con su baronía, y aquello fué un pugilato para ver quién descendía primero.

Desgraciadamente, los cuatrocientos mil samurai que vivían de los ingresos de esos daimios y que eran «dueños de las cuatro clases,» parecían menos tratables. La revolución cuya espera les ha excitado durante quince años y cuyo triunfo les ha embriagado, se vuelve contra ellos, que eran ayer sus instrumentos y hoy sus obstáculos. Hace diez siglos que su nobleza gobierna el archipiélago; ellos escriben con sangre la historia y la leyenda; ellos hacen su unidad moral y su grandeza. El sable que pende á su costado es «su alma viviente.» En ellos se encarna todo lo que la civilización japonesa ha producido de desinterés y de delicadeza. Mientras se discuten las calamidades públicas y las reformas del gobierno, ellos se reservan en su solemne integridad el derecho de abrirse el vientre. En lo más fuerte de una revolución, cuando los partidos se preocupan por vivir, ellos exigen que se les garantice ante todo el imperioso deber del suicidio. La molicie de los daimio ha relajado su antiguo fervor de obediencia, pero su corazón sigue ligado á los intereses de la tribu, y su pensamiento no abandona el solar del castillo feudal y aletea alrededor del templo sin dioses. Aquellos revolucionarios no tienen más que un deseo: la estabilidad. Aceptan que se reforme el estado social á condición de que se le imprima de un golpe una faz inmutable. El más grande de todos ellos, Saigo, de Satsuma, elabora un programa político en el que reclama «un sistema de gobierno que no necesite cambio alguno en mil años.»

Excepto algunos príncipes, los hombres que ocupan el poder han salido de su clase. Los Okubo, Kido, Ito, Okuma, esos advenedizos, pertenecen á las tribus del Sur, pero su conocimiento de

Europa, su patriotismo y su ambición los han desarraigado. El silencioso Okubo, pequeño samurai de Satsuma y enemigo privado de Saigo, parece ser el depositario enriquecido de las largas economías de inteligencia hechas por esa provincia. Todos ellos comprenden que la patria moderna no puede organizarse sin un ejército nacional. Y el alistamiento de los mercaderes y de los campesinos bajo una bandera común con los nobles voluntarios mata en su principio mismo el orden de los samurai.

Privados de sus sables, reducidos á una pensión, que el gobierno se apresura á liquidar engañando á aquellos engañados, y explotados por unos políticos que especulan alternativamente con su ignorancia y con su altivez, los desgraciados intentan en vano la rebelión. Saigo, fisonomía cerrada, pesada cabeza con cuello de toro, llena las montañas de Kiushu de un sangriento anacronismo. Pero aquellos hombres, separados por sus barreras feudales, no podían vencer á unas tropas para las cuales no existían ya las fronteras interiores, y tuvieron que entrar en el pacto de la ciudad nueva. El emperador inauguraba ferrocarriles; los periódicos se multiplicaban, y el vulgarizador de las novedades occidentales y, sobre todo, americanas, Fukusawa, después de haber publicado una *Geografía histórica del Mundo*, que inflamaba los cerebros japoneses, lanzaba un manifiesto titulado: *Hay que amar á la Ciencia*. El libelista se burlaba en él del estéril honor de los samurai y declaraba que la muerte de un héroe que se abre el vientre no es más provechosa para la república que la de un kurumaya.

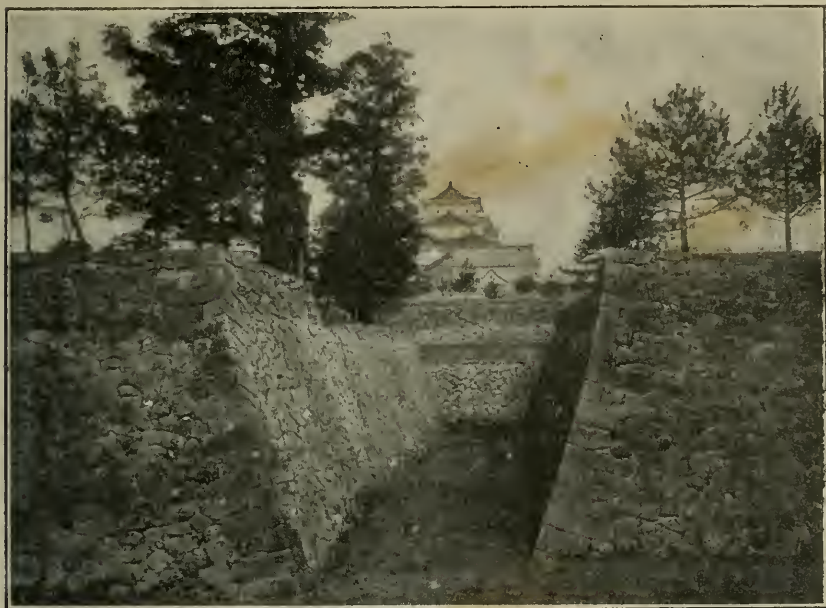
Pero, ¡ay!, la terrible consecuencia de aquella revolución japonesa es que la mayor parte de los que la hicieron no encontraron en ella empleo más que para sus cualidades inferiores. Operó en la conciencia pública un trastorno de todas las nociones. Las rígidas virtudes de los samurai los aislaron en medio de una sociedad en que la curiosidad intelectual empezaba á sobreponerse al puritanismo nobiliario. No pudieron ocupar en ella un sitio más que transigiendo con su antiguo ideal, y el comienzo de su nueva elevación se pareció mucho á una decadencia. Ya no tuvieron valía por la estricta obediencia, por el valor estoico y por el desprecio del dinero y de la muerte; por el contrario, los únicos entre ellos que prosperaron fueron los que en otro tiempo se dedicaban á urdir intrigas palaciegas ó á tratar, en nombre de sus príncipes, con los comerciantes de arroz de Osaka. La sombra del daimiato

había incubado hombres de negocios, y su prudencia astuta pequeños Maquiavelos. Los mejores, los que podríamos llamar los cuáqueros del confucianismo, permanecieron retirados. Otros muchos, víctimas de su educación que les prohibía el cálculo, después de haberse comido la pobre suma con que el gobierno agradeció sus diez siglos de gloria, se encontraron ineptos para todo trabajo y con los brazos rotos por la pérdida del sable, y se deslizaron por la pendiente de la miseria hasta las peores acciones. Más valerosos ante la muerte que enfrente de la vida, su ejemplo demostró que el honor, con frecuencia difícil de distinguir del orgullo, es un frágil sostén para las almas que se apoyan en él por entero. El porvenir no ha dicho todavía si el interés del Japón exigía que sus hombres de Estado, también samurai, hiciesen á costa de sus hermanos esa melancólica demostración.

El nuevo Japón se inauguró, pues, con una bancarrota, si no del honor, por lo menos de cierto honor que había sido por mucho tiempo la moneda corriente de las almas. En adelante, su historia, á pesar de su complejidad, no me parece más que la conquista por la idea del derecho, de un pueblo hereditariamente sumido en una moral de obligación, incompleta y ruda. ¡Qué falta de lógica! Ordinariamente son los pueblos los que paciente y sordamente conquistan sus derechos. Aquí, los principios de justicia social, de igualdad, de libertad, caídos de un cielo desconocido, no responden á las profundas necesidades de los espíritus, como en otro tiempo el uso importado del tabaco no fué á satisfacer una aspiración del corazón. No quiero decir que esos principios sean inútiles para la grandeza de una nación; pero para obtener de ellos tanta gloria como provecho hace falta haberlos deseado y merecido. Sus beneficios no fueron para los japoneses la recompensa de un venerable esfuerzo. Las clases, por largo tiempo sacrificadas, los saborearon como el feliz capricho de una vaga providencia. Un japonés decía una vez delante de mí: «Es hermosa la civilización; desde que la tenemos, nuestro clima se ha dulcificado y nieva menos en invierno.» Su candor no extendía hasta las almas la iniciativa de esa clemencia cuyo beneficio sentía confusamente. Y, en realidad, las almas no fueron responsables de ella.

Los japoneses pensaron llegar de un vuelo á ese concepto de una vida más humana y á ese equilibrio entre los derechos y los

deberes al que llegamos nosotros penosamente por caminos escarpados y jalonados de calvarios. No pidieron á nuestra ciencia y á nuestra filosofía más que aplicaciones materiales y beneficios inmediatos. Creyeron convertir, sin amor, en hijas adoptivas ó en sirvientas estas ideas que nosotros amamos, no tanto por nuestro



Fuerte de Nagoya

contento como por su belleza. Y sobre todo—pues ese fué al principio el único fin de su política,—creyeron que esas ideas les revelarían el defecto de nuestra coraza y el secreto de su debilidad, para conseguir así infundirnos un saludable temor. Un día que, en el Parlamento, los oradores citaban en apoyo de su opinión ejemplos de Roma, de Grecia, de la Revolución francesa, de la historia americana, un diputado gritó con impaciencia: «¡Cite usted ejemplos japoneses!» Tenía razón. Pero los oradores también la tenían, pues no podían fundar su tesis moderna en el pasado del Japón. ¡Libertad, justicia, respeto de los derechos del individuo, ideal del Occidente! «No te buscaríamos si no te hubiéramos encontrado.» Los japoneses no lo han encontrado; se lo hemos llevado, y ahora le buscan quieran ó no.

¿Cómo? A tientas, sin método y con extravagantes alternativas; acaso bien, si se cree que el ideal de una nación, antes de fijarse en la conciencia de sus guías, debe germinar y madurarse en la inconsciencia de su pueblo.

Desde 1875 el Japón fué regido oficialmente por los que un industrial japonés llamó un día *Estudiantes*. Un samurai de Tosa, Itagaki, uno de los pocos hombres políticos que ponen una especie de agreste coquetería en ser pobres y al que sus amigos pintaban como igualmente versado en el estudio de Juan Jacobo que en la lectura de los filósofos chinos, empleó sus ímpetus meridionales y su uso de los soshi en el triunfo de la idea representativa. Asedió á los ministros, solicitó al emperador, recorrió todos los caminos del Japón y, á la cabeza de un partido que se llamó *liberal*, persuadió á los *Estudiantes* en el poder de que el establecimiento del parlamentarismo constituiría un notable progreso sobre la monarquía absoluta. El emperador, á pesar de sus repugnancias, tuvo que prometer una Constitución y dió diez años á sus ministros para redactarla y á su pueblo para merecerla.

Durante esos diez años, el futuro parlamentarismo ganó la espuela en las incoherentes asambleas provinciales. Pero su historia, sus sesiones borrascosas, su corrupción, su lucha no razonada contra el ministerio, cualquiera que fuese, y su medianía ruidosa, no son hasta el presente más que una símica pantomima de la Europa. Que los diputados se esfuercen por obtener un gabinete responsable para echarle por tierra con más frecuencia, es una idea natural y que les dispensaría de tener otras, si ellos mismos no estuvieran condenados á igual suerte por el solo hecho de representar á un pueblo cuyos sentimientos y cuyas opiniones no tienen aún necesidad de ser representados. Pero tiempo vendrá en que el órgano habrá creado la función. Bajo la triple influencia de las antiguas costumbres, de las ideas extranjeras y de las condiciones económicas, se verifica en aquella multitud un trabajo cuya importancia se puede ya sospechar.

La restauración imperial, que ha innovado más que restaurado, no ha podido romper las leyes fatales del espíritu japonés. La destrucción de los samurai como orden social no impide á los que han ocupado su puesto, es decir, á todo el mundo, continuar sus antiguos errores. El samurai, mantenido por su príncipe á cambio de un servicio cómodo y que no exigía ninguna iniciativa,

desembarazado de los cuidados materiales y ocupado tan sólo de su ascenso, se había convertido, durante los siglos de paz, en el tipo mismo del funcionario. El príncipe es reemplazado por el Estado y se pide á éste lo que se esperaba de aquél. Todos los japoneses quieren ser funcionarios.

Hoy, como en el pasado, el poder no está realmente donde parece. El emperador sufre á sus ministros y no gobierna. Los ministros, que no tienen que responder de sus actos ante el Parlamento, están, sin embargo, á merced suya. Los funcionarios que nombran no pueden durar más que lo que quieren sus subordinados. En las escuelas es separado el director á demanda de los profesores y éstos á la de los discípulos. Se dan órdenes que no se sabe de dónde salen, como si procediesen de una boca anónima. El inferior ha conservado en el nuevo régimen la fuerza atractiva y absorbente con que la antigua civilización le había armado contra los peligros del absolutismo. En el Japón el poder sube de abajo.

Pero si en otro tiempo el respeto de la forma y de las severas tradiciones corregía lo que semejante estado tiene de peligroso, no sucede lo mismo hoy, que la moral utilitaria y el individualismo se infiltran en el espíritu de las masas. Lo que era un instinto de preservación hábilmente disfrazado, se afirmará pronto con la crudeza de un derecho cívico. Despojada la autoridad del prestigio nominal en que vivía, no es ya más que un fantasma provisional. A la luz de la fría razón europea se turba y palidece la creencia en la divinidad del emperador, creencia imprecisa de un pueblo que nunca trató de elucidar su fe y cuya religión traza entre la humanidad y la divinidad unos límites tan flotantes como entre los animales y las plantas. No es sólo una superstición lo que va á morir, sino el principio mismo de la lealtad al soberano, pues al redactar la Constitución en que éste se apoyaba en su origen celestial para aplicar en su imperio la Declaración de los Derechos del Hombre, los políticos no habían echado de ver que, en esa unión discordante, si lo maravilloso japonés desnaturalizaba el alcance de las teorías occidentales, éstas no tardarían en desacreditar lo maravilloso japonés. Aquellos legisladores hicieron una obra de escuela, una *Enriada* constitucional. Y como el pueblo no comprende más que las obras vivientes, pronto dejará lo convenido por lo conveniente y sacrificará al mismo tiempo la divi-

nidad y la veneración del emperador al cuidado de la propia humanidad.

El japonés no respeta realmente más que lo que está rodeado de misterio. En el tiempo en que la ley caía como el rayo de una morada inexplorada, el japonés se ceñía prudentemente al círculo familiar y no salía de él. Vivía en un rayo de luz en medio de espesas tinieblas. Hoy que las leyes se exponen á todas las miradas descubre con admiración que cada una de ellas ocupa solamente un punto fijo en el espacio, y que se puede circular entre ellas, evitarlas, saludarlas, domesticarlas y eludirlas. Las leyes le libertan de la ley.



Soldado, dibujo de Hokusai

¿Es así más dichoso? No lo creo. Esa ley no escrita se ha transformado. No se trata ya de obedecer á un código cuyas reglas estaban en el fondo de las conciencias y cuyas sanciones estaban en manos de los jueces. Hoy hay que vivir, y trabajar para vivir, no á sus horas como antes y estando siempre seguro del día siguiente, sino trabajar sin descanso y sin gran seguridad. La carestía de la vida ha aumentado en proporciones enormes. Lo que no producían los hombres de otras épocas, que atacaban en cada cantón á todos los hombres por igual, es decir, ese sentimiento de injusticia social que obra tan fuertemente en los corazones, lo han despertado la industria europea y la revolución económica y ya lo están exasperando por la prodigiosa diferencia que se ha producido entre las fortunas de los especuladores y la miseria de los asalariados, en un país en que los ricos trataban de parecerse á los pobres. Las antiguas comunidades feudales tienden por sí mismas á los sindicatos y el socialismo empieza á surgir (1).

(1) Para dar una idea exacta del estado actual del socialismo en el Japón y probar hasta qué punto se ha realizado en muy pocos años la predicción del autor de este libro, creemos oportuno consignar aquí un interesante diálogo que se ha verificado, en agosto de 1904, entre un publicista francés y el Sr. Katayama, re-

La guerra con China apresuró su nacimiento. No veo en la historia del Japón acontecimiento más considerable (1). Siendo en sí mismo insignificante, si se quiere, como paseo militar cuyas etapas habían sido preparadas hacía veinte años, sus consecuencias fueron también más allá de las previsiones de los políticos. Estos vieron en él la salvación de una Constitución ya comprometida por los primeros asaltos de los parlamentarios; pero lo más importante fué que dió á la patria japonesa la consagración de la ansiedad

---

presentante del partido socialista japonés en el congreso internacional recientemente celebrado en Amsterdam. El Sr. Katayama empezó por decir que, antes de acudir al congreso, se había puesto de acuerdo con todos los correligionarios de su país y con los muchos socialistas japoneses emigrados á los Estados Unidos.

—«¿Cómo se ha hecho usted socialista?—le preguntó su interlocutor.—Yo creí que todos los japoneses eran adictos al régimen actual.

—»Soy hijo de una familia campesina—respondió el Sr. Katayama;—no procedo de la casta de los príncipes, ni siquiera de los samurai. Siendo muy joven me alejé de la hacienda de mis padres para entrar como obrero en una imprenta de Tokio Allí pude darme cuenta del modo inicuo con que los principales tratan á los empleados y asistí por primera vez á la opresión del capitalismo Después me fuí á los Estados Unidos, trabajé, me instruí, sufrí exámenes y conquisté títulos que confirmaron mis primeras impresiones. En 1896 volví al Japón, prediqué el socialismo y pronto tuve numerosos adeptos.

—»¿Es usted quien tomó la iniciativa de la propaganda socialista en el Japón?

—»Yo mismo, y he obtenido resultados que no me atrevía á esperar. Hace unos meses, el gobierno hizo una seria averiguación, de la que resultó que había en el país tres mil socialistas.

—»¿Es exacta esa cifra?

—»De ningún modo. El año pasado recorrí trece provincias del imperio y pude convencerme de que en cada población importante éramos setecientos ú ochocientos.

—»¿Le dejaban á usted las autoridades hablar libremente?

—»Los agentes de policía encargados de imponernos silencio nos permitían en unos puntos atacar a nuestro gusto al capitalismo, con tal de que no tocásemos al militarismo. En otros, nos abandonaban el ejército y nos prohibían hablar del capital.

—»¿Tienen ustedes periódicos socialistas en el Japón?

—»Tenemos uno semanal y una revista mensual que dirijo yo mismo. A esto hay que añadir algunos diarios que no ocultan sus simpatías por nosotros y publican nuestros artículos.

—»¿Dónde está el centro del partido?

—»En Tokio, donde existe la Asociación socialista japonesa, compuesta de trescientos miembros de pago.

—»¿Entra el ideal republicano en el programa socialista japonés?

—»Los socialistas de mi país no atacan á la monarquía, porque nada ganarían haciéndolo. La monarquía no nos estorba y la Constitución actual nos bastaría si tuviésemos la mayoría de la Cámara. Estoy convencido de que llegaremos á ese resultado tarde ó temprano.»

Creemos que, como cuadro de completa actualidad, no podíamos hacer nada mejor que reproducir este diálogo que ha sido publicado por la prensa francesa. —*(N. del T.)*

(1) Cuando el autor decía esto no había estallado la guerra con Rusia, acontecimiento mucho más importante que aquel, aun siendo en cierto modo su consecuencia – *(N. del T.)*

y del orgullo. No se dice bastante cuando se califica de admirable el patriotismo que de Norte á Sur levantó todas las almas. Aquello fué un estímulo y un despertamiento.

Despertamiento de las antiguas tradiciones guerreras. El japonés recobró su vigor, y la idea divina de la patria rejuveneció y purificó su antiguo culto de la muerte. El partido militar salió de allí más robusto, y como, á pesar de las rivalidades de tribu que todavía se transparentan en él, es el único verdaderamente organizado y que simboliza para la multitud la igualdad cívica, se convirtió en una gran esperanza.

Estímulo de la dignidad individual en la gloria común. Los japoneses conocieron las delicias de la solidaridad nacional. Los campos de batalla chinos desembarazaron un instante á la revolución de su falsa ideología y la hicieron sensible para el corazón. Hay quien se ha burlado de la vanidad de los japoneses victoriosos, quien se ha quejado de su arrogancia y quien ha observado que los más humildes, los artesanos, los tenderos, los domésticos, los kurumaya, habían concebido una exagerada opinión de sí mismos. El plebeyo regimentado participó del crecimiento del Japón, y aquello fué como si en los tiempos pasados le hubieran elevado á la categoría de samurai. Sintió que en él nacía un hombre y la vida le resultó más preciosa y sus derechos más patentes.

De este modo, y en cuanto yo puedo juzgar, la restauración imperial condujo por una parte á la idea consciente de la patria moderna. Lejos de fortificarse por ella, la fidelidad al emperador parece disolverse en un patriotismo más ancho, pero que debería condensarse en ella para la seguridad del país. Por otra parte, al descubrir en las teorías europeas las tendencias anárquicas que hemos notado en todo el curso de la historia japonesa y que serpenteaban bajo la sólida armadura del gobierno shogunal, la restauración crea lentamente en la multitud un espíritu revolucionario.

Esa multitud, cuya acción continúa siendo una serie de reacciones y en la que tantos resignados conservan sin provecho el antiguo don del sacrificio silencioso, hace con extraña facilidad el penoso aprendizaje de su voluntad y lucha contra el atavismo de una sujeción casi instintiva. Los gobernantes tienen la mano más dura con su liberalismo que antes con su tiranía y arrancan al

pueblo, á pedazos, unos lazos que no le herían á fuerza de tenerlos encarnados en su vida. Al despojarle de ellos, le hirieron, y ya el pueblo echa la culpa de sus daños á los hombres que les dejaron, siendo así que esos sufrimientos vienen de los hombres que les quitaron.

Su alma presenta seguramente síntomas tan alarmantes, que



El heredero de un daimio ó señor, dibujo de Kiyonaga

pronto los hombres de gobierno buscarán una panacea en la medicina europea, y veremos al apóstol del parlamentarismo, á aquel á quien se ha llamado «el dios vivo de la Libertad,» Itagaki, hacer una evolución hacia el socialismo del Estado. Acaso sería la felicidad para ese pueblo, que se asusta él mismo de sus ideas de emancipación, la centralización política, consumándose, bajo la protección del ejército, por el monopolio absoluto de las industrias y de las escuelas, del trabajo y de la inteligencia. Pero temo que no llegue tan pronto á la felicidad...

En la tarde del día en que, aún impresionado por el espectáculo de la fiesta, había yo tratado de ordenar mis ideas sobre el Ja-

pón moderno y lo que conozco de su historia, atravesaba con un japonés los antiguos recintos feudales é íbamos hablando del porvenir del país. El globo rojo del sol poniente se cernía sobre el parque imperial y formaba en la palidez del cielo como una inmensa bandera japonesa. Mi compañero, un personaje bastante conocido, me mostró con el dedo el palacio invisible en que parecía retardarse la luz del sol, y me dijo con una tristeza que aquella asombrosa fantasmagoría hacía aún más grave:

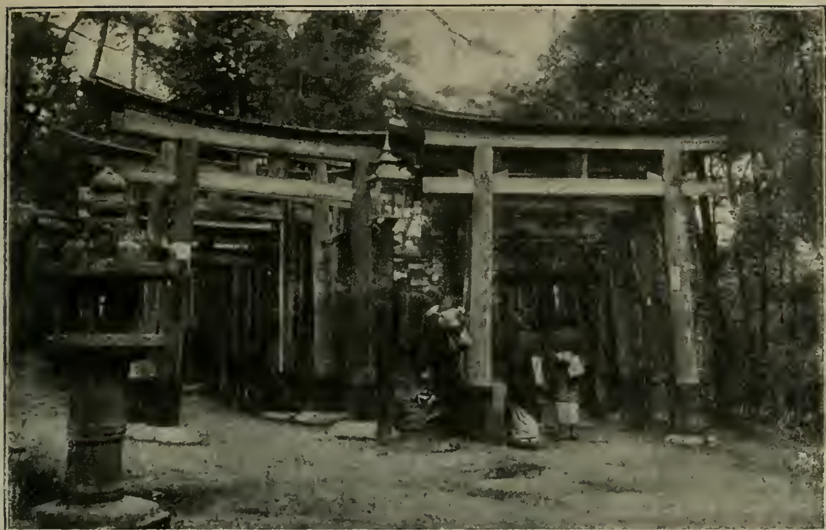
—El Japón estará tranquilo mientras esa morada conserve el huésped misterioso que ahora la ocupa. Pero temo por mi país el día siguiente de su muerte.

Y añadió:

—Nuestro pueblo no es fácil de gobernar más que si el poder permanece anónimo é impersonal, y temo sobre todas las cosas que se le dé un día un emperador demasiado inteligente.



Guardagolpes de una espada japonesa, por Tomoyoshi



Torios ó pórticos de un templo sintoísta en Kioto

LIBRO CUARTO

EL ESPIRITU RELIGIOSO

CAPITULO I

¿Son religiosos los japoneses?

El imperio japonés cuenta unos trescientos mil templos, capillas, santuarios búdicos ó sintoístas, y ciento cincuenta mil sacerdotes, fráiles predicadores, grandes sacerdotes y grandes sacerdotisas. Sus rutas están llenas de peregrinos, los de los Cien Templos, los de la provincia del Este, los mendicantes de las Cuatro provincias, que llevan unos campanas y otros tamboriles. Como la Bretaña tiene sus calvarios y sus santos de granito, los campos y las colinas del Nipón poseen sus Budas tallados en madera ó esculpidos en piedra, que, con la mitra en la cabeza y báculo en

mano, se asemejan á veces á nuestros obispos góticos. En todas partes, en las callejuelas silenciosas, en las cimas solitarias, en las casas de te, en los campos, en los arrozales cuando nacen las espigas, en los dinteles de las puertas, en las ramas de los árboles ó en los palos clavados en el suelo, el *gohei*, encaje de papel, espantajo de saltamontes y de pájaros, pero símbolo divino y hasta dios, ahuyenta los cuervos ó los espíritus malignos y protege las cosechas y las almas. En Tokío encontraba yo por la noche, en tiempo de lluvia y lodo, unos hombres casi desnudos que corrían con una campanita en la mano para cumplir un voto. La multitud y los kurumaya se apartaban ante aquellos corredores, calados de agua y salpicados de barro hasta los hombros, y el ruido galopante de su sonajero iba disminuyendo en la sombra, mientras los vendedores de macarrones hacían oir su chillona melopea. Todas las casas, ricas ó pobres, tienen su altar de los antepasados y distintas ofrendas honran las tablillas de caracteres chinos en que viven con su nombre póstumo las almas de los muertos. Todos los niños son llevados al templo treinta y un días después de su nacimiento, y treinta y tres las niñas; y todos están consagrados á una divinidad que es como su ángel de la guarda. Todos los difuntos, con las manos juntas y sentados sobre sus talones en el cofre fúnebre, son acompañados al cementerio por sus bonzos ó sus kannushi. Los dioses se asocian á todas las fiestas y no hay semana en que un barrio de la ciudad no ilumine su templo. Los más hermosos sitios están dedicados á la oración y no puede el hombre dar un paso sin que un pórtico, un altar, una cuerda de paja ó una piedra sagrada mezclen á la sonrisa de la naturaleza la presencia de un huésped sobrenatural. Cuando los cerezos en flor alegran al pueblo y la ciudad entera se esparce en el parque de Uyeno, los templos búdicos abren á la ilusión primaveral su olorosa penumbra, en la que resuenan los tambores y las flautas de Pan, mientras los sacerdotes se deslizan por delante de los altares como magníficas sombras. Más lejos, en los estrados que los recintos del sintoísmo reservan á las danzas, celebran su misterio las sacerdotisas de elegantes ademanes, mientras la multitud hace sus devociones, celebra banquetes y, en el completo desarrollo de las flores, respira hasta la embriaguez su ligero perfume de almendra amarga. Los jóvenes y las muchachas ríen bajo sus antifaces de papel y se persiguen en torno de los níveos faroles. La vo-

luptuosidad profana las antiguas religiones y arregla á su estabilidad sus maneras de ordinario inconstantes; y desde hace siglos nada ha cambiado en la tierra japonesa, ni las flores, ni el culto de las flores, ni la música, ni las danzas, ni los antifaces, ni los dioses.

Y, sin embargo, el cristianismo y las filosofías de Europa han



Bonzos mendicantes recorriendo una calle de Kioto

penetrado y se propagan en el Japón. El catolicismo ha encontrado bajo una ceniza dos veces secular pobres chispas con las que ha encendido de nuevo las lámparas de la Virgen. Las parroquias de Tokío tienen ya sus iglesias y en el centro mismo de Kioto se levanta la flecha de una catedral. La cruz romana domina en Hakodate y en Nagasaki, al Norte y al Sur del imperio. Los popes rusos y los pastores protestantes ejercen su piadosa propaganda detrás de nuestros misioneros, y ya he dicho qué impresión me había producido, enfrente del palacio imperial, la iglesia ortodoxa, cuya masa enfática aplasta todo un barrio de la capital (1). Angli-

(1) Es de temer que la guerra sostenida por el gran sacerdote de la religión ortodoxa retarde la propaganda cristiana de los popes —*(N. del. T.)*

canos, presbiterianos, metodistas, anabaptistas, unitarios, todas las sectas reformadas rivalizan en celo y no asombran menos por las variaciones de su culto que por la variedad de sus arquitecturas. Unos ochenta mil japoneses se han convertido al Evangelio. Y en aquel país, en el que los cristianos experimentaron tan duras persecuciones políticas, no sólo los apóstoles se disputan libremente los corazones, sino que las más groseras empresas de misticismo pueden allí entregarse á su licenciosa propaganda sin que nadie se asuste. He visto pasar ante los ojos apenas asombrados de la multitud los charlatanes y los trombones epilépticos del Ejército de la Salvación.

De esto se deduce generalmente la indiferencia religiosa de los japoneses. Dícese que sostienen relaciones de cortesía con la divinidad. La saludan bajo cualquier forma que se presente y, para que no les moleste, la asocian á sus placeres y la hacen participar de sus francachelas. Cuando inciensan á la divinidad, le dirían de buena gana como el judío de Voltaire: «Perdóname... Pero, entre nosotros, sospecho que no existes.» Los japoneses lo piensan, pero no están muy seguros y, en la duda, siguen quemando su incienso. Sus innumerables capillas no son más que pararrayos contra una tempestad problemática, y tienen cuidado de levantarlas en los sitios en que la fragilidad humana no acostumbra á resistir sus tentaciones. Los peregrinos gastan en sus peregrinaciones más vino que cera y sus múltiples dioses sirven de cubierta á sus múltiples debilidades.

Budistas ó sintoístas, ellos mismos no saben lo que son, ó más bien, son las dos cosas según la ocasión ó la hora. Los fieles parecen menos adictos á los dioses que á las moradas de los dioses. Un templo que cambia de patrono no cambia de clientela. Ayer era adorado en él el búdico Amida, hoy el espejo sintoísta refleja allí la divinidad del Sol; pero son los mismos abonados los que van á murmurar sus oraciones y á tirar de la campana. Los japoneses, por lo demás, tratan cómodamente á sus dioses y su devoción no se molesta con las largas y ceremoniosas fórmulas de la cortesía humana. Desde que nos han imitado en el uso de las tarjetas de visita, se las encuentra en los tabernáculos, á los pies de los ídolos y hasta en las tumbas famosas. Un japonés bien educado dobla su tarjeta para el Sr. Buda, para el dios Hachiman ó para las almas de los Cuarenta y siete Ronin.

De una opinión casi unánime y que parece justificada por tantos detalles, los japoneses conceden á sus divinidades tanto más lugar en la tierra cuanto menos ocupan en su pensamiento. No les regatean los jardines, las aguas, las colinas ni los bosques, y les compran con esos numerosos beneficios el derecho de no ocuparse de ellas. Su dulce paganismo nos recuerda los tiempos antiguos en que los filósofos sonreían al sacrificar gallos á Esculapio.



Imagen de Amida en el templo budista de Nofukuji, cerca de Hyogo

La tesis es divertida y especiosa. Pero temo que los que los juzgan así se dejen engañar por las apariencias y lo refieran todo á sus ideas occidentales. Cuanto más he tratado hombres bajo cielos diversos, más me he convencido de que toda su diferencia consistía en su distinta manera de comprender y de honrar lo incognoscible. Las rudas pasiones que el animal primitivo despierta en nosotros y los pequeños intereses sociales no varían de un continente á otro; pero en cuanto se penetra en la vida interior de un pueblo se la ve iluminada y como caldeada por una radiación misteriosa, y nuestros ojos, no acostumbrados á esa luz, distin-

guen mal sus matices y sus intensidades. Jamás me he sentido el alma tan cristiana como el día en que he vivido entre budistas. Entre nosotros todo está cristianizado, hasta nuestra indiferencia, hasta nuestra irreligión. Nuestros escépticos no se parecen á los suyos ni nuestros paganos á sus impíos.

Si los europeos, creyentes ó incrédulos, que he encontrado en el Japón, tenían á los japoneses por simples descreídos, es que no les parecía una religión la que no pretende monopolizar la salvación de los hombres. Aquel pueblo les confundía, sobre todo, por su ausencia de fanatismo, sin ver que la tolerancia, que empieza solamente á introducirse en nuestras costumbres más aún que en nuestras inteligencias, es una de las costumbres morales más antiguas del Extremo Oriente. Yo veo en ella hasta el carácter distintivo de la raza amarilla, que no ha llegado á adquirirla por la duda, ni por la indiferencia, ni por un respeto reflexivo del pensamiento humano. Su ineptitud para concebir lo absoluto le ha conducido naturalmente á ella, y esa virtud, que nosotros apreciamos como una de las más altas, porque nos cuesta una serie de esfuerzos y de victorias internas, no proviene en los japoneses más que de una insuficiencia metafísica. Ignoran nuestro amor á la verdad, que es un privilegio que hemos pagado con siglos de intolerancia, y no la buscan como nosotros, que, después de haberla encontrado, la buscamos todavía mucho tiempo. Su religión no ha revestido la belleza ideal é inflexible. Sus actos de fe no entrañan forzosamente la donación de todo el ser, y ellos no dan á la palabra creer el mismo sentido que nosotros.

No interroguéis á un japonés sobre sus convicciones religiosas, pues le haríais preguntas que nunca se ha hecho él á sí mismo. Si él ve claro en su conciencia, ¿qué os importan sus sentimientos? Su piedad no siente la necesidad de comunicarse á los que le rodean y tiene un no sé qué de tácito y de reservado. He frecuentado mucho los templos populares y nunca me han dado la impresión de una comunión de fieles reunidos para una misma oración al mismo dios. Cada cual entra, realiza los ritos que le convienen, se descubre ó permanece cubierto, se arrodilla ó se inclina, se para ó anda y manifiesta por su actitud confianza en la divinidad, ó una semiconfianza, ó una cuarta parte de confianza. Nada revela allí la efusión de unos corazones igualmente convencidos, pero nadie trata de averiguar la devoción de los demás. Los apóstoles

del Japón son más bien iluminados solitarios; sus santurrones, obstinados taciturnos; los que dudan son descuidados. Los dioses no aproximan ni separan á las almas. No se conocen los errores



Buda japonés en bronce (colección Cernuschi)

condenables, ni las ardientes herejías, ni los cismas apasionados, ni esa especie de fanáticos que es la más imbécil de todas: la de los ateos militantes.

La suma de verdad divina que reclama el espíritu japonés está contenida en su tradición, pero ésta no se le presenta en una for-

ma dogmática. La religión es del dominio de la fantasía y de la sensibilidad y no se impone á la razón para vencerla y humillarla. Esa razón, por otra parte, no razona como la nuestra. Más ingeniosa que profunda y más sutil que tenaz, las grandes obscuridades incitan su curiosidad sin atormentarla. Los japoneses muestran en sus argumentos el mismo gusto por lo imprevisto que en sus diversiones. Su dialéctica es una caja de sorpresas. Se les persuade por lo inesperado y sufren deliciosamente lo inexplicable. Nuestra lógica les parecería brutal y susceptible de falsear la delicada complejidad del universo. Aquella armonía humana, que llegó á realizar el genio griego con su politeísmo, sería para ellos incomprensible. La mezcla, algunas veces extraordinaria, de lo profano y de lo sagrado, de que su vida nos ofrece tantos ejemplos, no es más que la imagen inocente de esas antinomias que su sueño ha conciliado en el mismo vapor. Viven envueltos en una atmósfera religiosa tan ligera y tan dulce como el aire de su país, y no se preguntan si son religiosos.

¡Se objetan sus lastimosas supersticiones! Lo es, seguramente, atribuir al zorro el poder de embrujar á los hombres y al tejón el de tocar el tambor en su vientre á la luz de la luna. Pero, católicos, luteranos ú ortodoxos, nuestros campos están llenos de prodigios semejantes, y si bien veo claramente en qué se distinguen la religión y la superstición, percibo con menos claridad la línea que las separa. ¡Que me digan dónde acaba el reino vegetal y empieza el animal!.. Los japoneses tienen en alto grado el sentimiento de lo invisible, que se traduce en ellos por un panteísmo más instintivo que razonado. Sus supersticiones, salvo algunos casos de posesión diabólica, no les causan extravíos perniciosos, ni son rudas ni malas, sino fantásticas como los troncos viejos y retorcidos y como los animales que nutre aquella tierra. Esas supersticiones santifican el sueño obscuro de la planta y la fuerza dormida de la piedra. Su culto se confunde con el de los dioses y de los muertos, y ni aquellos que se ríen de eso se atreverían á tocarlo, conmovidos por el pensamiento de que allí se oculta, acaso, algo inviolable.

De este modo, tolerantes, refractarios á los dioses exclusivos, separados en apariencia, pero respetuosos en el fondo del misterio en que se baña toda nuestra vida, los japoneses no llevan la creencia hasta la certeza moral ni la incredulidad hasta la nega-

ción. Pueden establecerse definitivamente en lo provisional y, en religión como en política, vivir de equívocos.

El sintoísmo y el budismo dividen su conciencia hace quinientos años y jamás la han desgarrado. Se dice que esos dos cultos se completan, y así es, en efecto, para espíritus que se yuxtaponen. El uno diviniza á la Naturaleza y no ve en nosotros más que cuerpos que purificar; el otro la resuelve en un vapor de ilusiones rápidas y falaces y mortifica los deseos del alma bajo los vanos prestigios de la carne. El uno respira la inocencia primitiva y la bondad de las cosas; el otro exhala una tristeza infinita y como un olor de ceniza.

Los japoneses no han optado; pero, en esto, su admirable quietud en las ideas más contradictorias les ha sido provechosa, pues deben al acuerdo absurdo de esas dos religiones todo lo que da á su vida moral una apariencia de complejidad y á su inteligencia superficial instantes de profundidad. Le deben su perpetua transición de la extremada sencillez á la suprema delicadeza, su ingenuo misticismo y sus encuentros de lo más vulgar con lo más sublime.

Todos hemos visto esas anchas aguas dormidas que un niño podría atravesar sin mojarse las rodillas. Esas aguas serían límpidas si su lecho profundo de piedras y hierbas no colorease y alterase su transparencia. Y, sin embargo, al caer la tarde, cuando el esplendor que anuncia las tinieblas inflama su espejo, esas ligeras capas de agua nos parecen abismos. El alma religiosa del Japón se desparrama y se pierde en las arenas. El sintoísmo le ha dado su color, que es el de la tierra, y le ha dado rocas y plantas. Y el budismo ha arrojado en ella reflejos atenuados del vasto incendio en que su pensamiento consume los mundos.

CAPÍTULO II

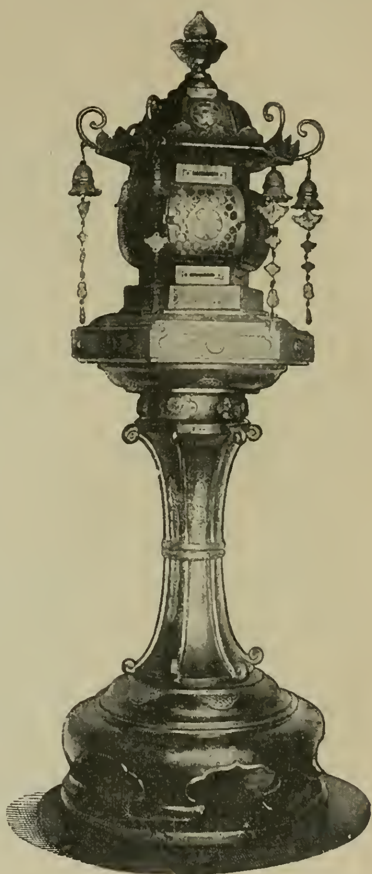
El culto nacional

Cuando un japonés culto nos habla del sintoísmo lo hace de ordinario en términos vagos y con la expresión contrariada de un advenedizo á quien se recuerda su modesto origen. Pero si se recuerda que ese hombre experimenta una repugnancia igual para introducirnos en su casa y que su urbanidad consiste en rebajar todo lo que le pertenece, se adivina que bajo aquella religión restaurada como culto oficial para las necesidades de la política hay un depósito de sentimientos y tradiciones tanto más queridos cuanto más se afecta despreciarlos. El sintoísmo no es solamente el culto de la majestad imperial; es la religión del nacionalismo japonés. A los templos sintoístas, á los *miya*, es adonde se lleva á los recién nacidos, y cuando el dios invisible pasa por sus encajes virginales, el *yohei* sintoísta es el que decide los nombres que han de llevar. El niño podrá seguir más tarde la doctrina de Confucio ó los espejismos de Amida; podrá hasta responder á la llamada de las religiones extranjeras; pero ha sido ya consagrado sintoísta y los antiguos dioses del país se han apoderado de él de tal modo, que su alma conserva siempre ese cándido y orgulloso sello.

Un japonés de una inteligencia muy libre, pero muy conservador, me decía una vez: «Nosotros somos todos sintoístas, y usted, que me está oyendo, lo es también. Al recorrer la Francia he visto en todas partes, en las alcaldías, en los colegios, en los tribunales, bustos de la República. Ese es su sintoísmo de ustedes.— Pero tiene la desventaja, le respondí, comparado con el de ustedes, de que nosotros cambiamos algunas veces.—En efecto, me dijo; un amigo mío, que conoció la Francia en 1869, me contó que allí el sintoísmo tenía entonces bigote. Ese es el peligro de los símbolos con cara humana. Nuestra sencillez ha tenido acaso más ingenio que su cultura de ustedes, pues nuestro sintoísmo, con su

piedra preciosa, su sable y su espejo, está seguro de vivir mientras los japoneses amen la finura, el honor y su propia casa.» Y siguió diciendo con una sonrisa que dilataba su cara lampiña y lunar: «Hay que respetar ese espejo, amigo mío. El Japón se contempla en él y se encuentra hermoso.»

Aceptemos la ocurrencia y, curiosos por conocer ese espejo sagrado, tratemos de percibir en él los caracteres primitivos y permanentes en que el alma japonesa se manifiesta, se admira y se encanta.



Lámpara de un templo del shogun Yeyasu

He leído obras sintoístas y he ido á consultar á sacerdotes reputados por su sabiduría. Buenas personas, buenos padres de familia, funcionarios concienzudos, aquellos sacristanes y mayordomos del culto imperial me parecieron tan flojos teólogos como pobres filósofos. Me acogieron en su casa, que tiraba á templo y estaba tan vacía y tan desnuda que jamás debió pasar la sombra de una idea por sus maderajes rústicos y sus finos tatami. En vano busqué en ella el kakemono que cualquier aldeano coloca en la pared de su alcoba, y la flor que, en su vaso de bronce, evoca á todas las flores, ni el árbol minúsculo que resume toda la selva. Pero el arbolillo elocuentemente retorcido, el vaso cincelado, la flor única y la pintura decorativa eran ornamentos búdicos que no estaban en su lugar en aquella casa arcaica en la que solamente se entregaba á sus ensueños la dulce luz del Japón.

A todo esto, mis huéspedes, de rodillas en sus esteras y delante de sus tazas de te, me iniciaron en su teogonía. Los dioses procreaban por la vista y por la nariz; las primeras cosechas brotaban sobre su cadáver; el hermano de la diosa Sol, exasperado

contra su hermana, lanzaba un caballo desollado en su telar de hilandera; miriadas y miriadas de divinidades, cuyos nombres más cortos tienen una legua, las más gigantescas y las otras burlescas, llenaban, sin animarlos, el cielo, la tierra, las aguas y las regiones bajas. Todo esto, dicho de un modo grave y literalmente, daba á aquellos doctores una senilidad infantil.

Y, sin embargo, sus leyendas no son menos ricas que aquellas en que el genio ario tomó conciencia de sí mismo y del universo. Se encuentran en ellas los absurdos sublimes que en todas las religiones parecen atestiguar una revelación primitiva, pues es extraño que si todos los pueblos han experimentado la misma necesidad de creer, su imaginación haya cedido á delirios uniformes. Esas leyendas son como los frutos del edén recogidos por la humanidad en la cuna; pero se secan y se marchitan cuando las almas, divertidas únicamente por su brillo, no perciben su sabor misterioso. ¿De dónde les vienen á los japoneses esos conceptos grandiosos de los que su pequeñez no ha sacado más que quimeras insignificantes ó frías alegorías? Sus exégetas y sus filósofos, en vez de interpretarlos, se han extasiado puerilmente ante sus inverosimilitudes. Los más hábiles de entre ellos descubrieron bajo su mitología, convertida en un fárrago, algunos principios importados por los mercaderes de Holanda, y se aprovecharon para burlarse de los errores chinos y para ensalzarse á nuestras expensas. «¡Ved esos bárbaros!, exclamaron. ¡Oh! ¡Qué laboriosas y lentas inteligencias que han empleado siglos en averiguar que la tierra da vueltas! Nosotros lo sabíamos desde que nuestros dioses, asomados al caos en que la masa de la tierra, todavía blanda, nadaba como una grasa flotante, removían las aguas con su lanza incansable!» Y, ciertamente, las antiguas teogonías no nos ofrecen un símbolo más bello del eterno movimiento del mundo; pero esos pensadores lo recordaron un poco tarde y trataron de poner de acuerdo las gesticulaciones de sus fantasmas con los signos precisos de la ciencia extranjera cuando había ya pasado el tiempo en que el genio japonés podía vivificar el milagro de sus dioses.

Por otra parte, esa multitud de divinidades silenciosas no inquietaba á los moralistas, que habían simplificado los problemas. El Japón es la tierra de los dioses; los japoneses son hijos de los dioses y participan, como tales, de su sabiduría. Lo saben todo al

nacer. La diferencia entre ellos y los otros pueblos no está en el grado, sino en la especie. Siendo de raza divina y naturalmente dichosa é infalible, si llegasen á juzgar que les era necesario un



El Gran Juez de los Infiernos. (Facsímile de un cuadro japonés.)

sistema de moral, se confesarían inferiores aun á los animales. En estos términos exponía la doctrina sintoísta el doctor Motowori, hacia el fin del siglo XVIII. Y los sacerdotes á quienes interrogué sobre el destino humano razonaban, digámoslo así, poco más ó menos como Motowori.

El espejo sintoísta ha reflejado la imagen de una vanidad prodigiosa y las mayores satisfacciones que nunca debió el hombre á

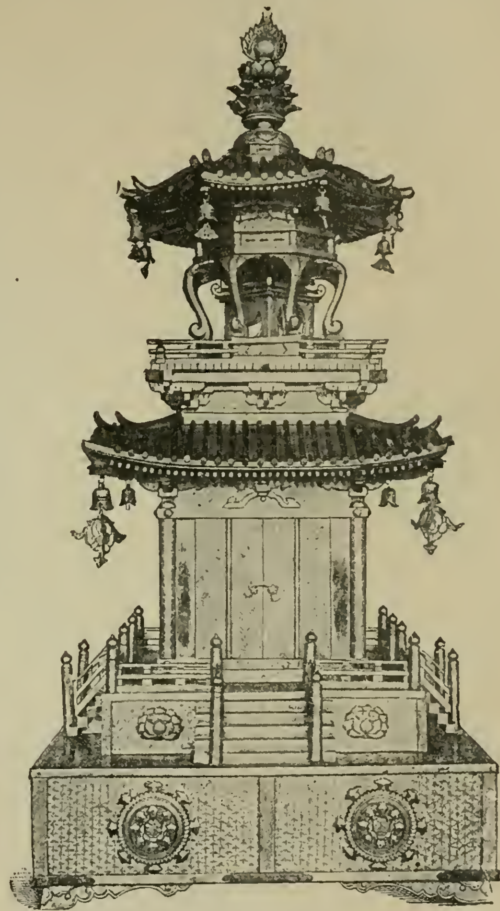
su ignorancia. Durante siglos se ha mirado en él con complacencia la pobreza de las ideas japonesas, pero las almas no han aprendido á conocerse. Hoy todavía su cristal de aumento les repite su divina ascendencia, y si todas no creen ya en ella, muchas piensan al menos como aquel honrado japonés que, en país extranjero, se dejaba tratar por un caballero de industria de nieto del Mikado, y, después de engañado y robado, me decía: «Ya sabía yo bien que no era verdad, pero aquello me halagaba.» El sintoísmo les halaga en lo que hay en ellos más irreducible: su orgullo de insulares.

Pero ese orgullo, insoportable cuando tiene la pretensión de filosofar, no es en el corazón de los humildes más que instinto de conservación y amor religioso á su país natal. El pensamiento japonés, presuntuoso y estéril, tiene raíces vivaces y de exquisita delicadeza. Si el sintoísmo embota en el hombre la facultad especulativa, pone á su alcance dos ó tres principios esenciales que bastan para hacer, no digo un gran pueblo, pero sí un pueblo amable, sano y hasta fuerte.

Sin dogmas, sin biblia, sin salida á la vida futura, le retiene en la tierra y circunscribe su visión á los objetos que le rodean. Y esos objetos son encantadores. El pie humano huella con tranquila delicia el «camino de los dioses» trazado en las flores. Por mucho que baje ó que suba, los ojos no la pierden jamás. Colinas, valles, selvas ó aparición viviente de las islas en el mar, todas las estaciones le dan su color, el verano su verde sombrío, el otoño su púrpura. Su primavera tiene nieves y su invierno perfumes. Los truenos de la naturaleza se terminan allí en sonrisas. En aquella luz y en aquella belleza la primera necesidad que se despierta en el hombre es de responder por la pureza de su cuerpo, y teme la mancha de la reproducción, y la de la muerte, y todo lo que puede dañar á la imagen de una salud brillante y perfecta.

El rito fundamental del sintoísmo fué una regla de higiene. Las purificaciones que acompañan al nacimiento y siguen á los funerales persisten aún en los antiguos usos. Se vierte sal en las habitaciones de los enfermos y se echa sobre las personas que vuelven de un entierro. La sal es un antiséptico expiatorio. Las abluciones religiosas se han transformado en inmersiones cotidianas y domésticas. Desde el emperador hasta el último kurumaya, los japoneses se sumergen todos los días en su piscina. La falta de

limpieza en ellos y alrededor de ellos les escandaliza y ven en ella, más que negligencia, casi un sacrilegio. Porque los dioses están en todas partes, y el nombre de *kami* no se aplica solamente á las divinidades creadoras ó á los hombres «superiores:» la montaña es kami: el mar alborotado es kami: el árbol, la planta, el fruto, la flor, la piedra, que hablaban en los primeros tiempos del mundo, son kami: lo que sale de la mano de los hombres iguales á los dioses puede ser kami: el aire, aquel aire del Japón, tan transparente y tan sano, está lleno de kami, divinos correos de las almas en oración. Nada debe profanar á esos seres venerables que se manifiestan á los corazones como la brisa á los sentidos. La limpieza del ama de casa es un acto de piedad. El manchar las esteras de una casa ó mezclar con la ceniza del hibachi alguna materia impura sería ofender á un invisible. Nosotros manejamos rudamente á nuestros esclavos mobiliarios y nuestro pensamiento no los anima más que en la locura de la cólera ó para violentarlos. El Japón es acaso el único país del mundo en que se es político con las cosas. Los japoneses tienen las manos respetuosas y ligeras, pero es sólo con las cosas del país. No hay que atribuir solamente á su inexperiencia su incuria con los objetos europeos, que no son á sus ojos más que extranjeros profanos á los que se puede ensuciar impunemente. Es indudable

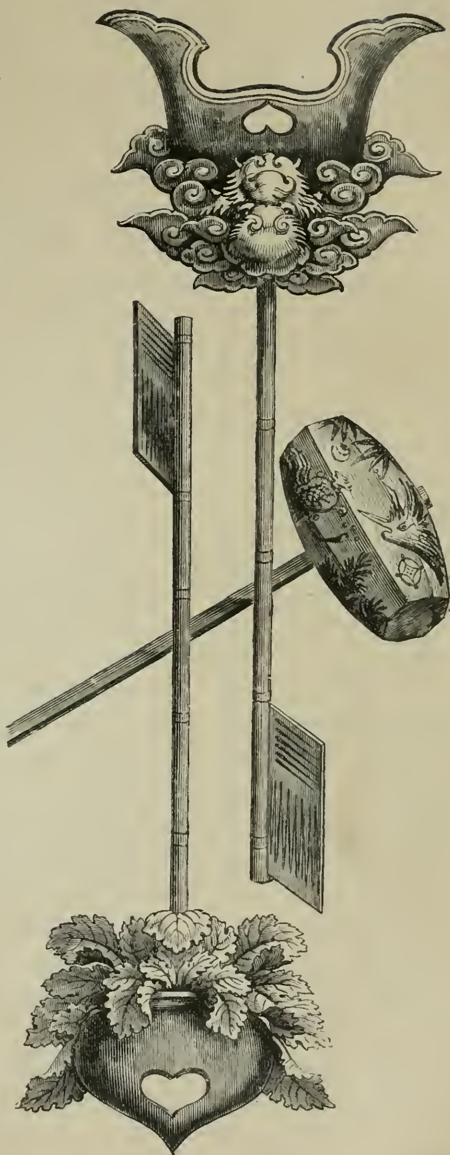


Altar de un templo japonés

que en el origen de todas las religiones se encuentra esa higiene purificadora. Pero los japoneses no hacen de ella un símbolo como no lo hacen los pájaros que se alisan las alas al sol. Esa limpieza no implica en ellos ninguna mancha original ni hace más que poner á las criaturas en armonía con la pureza de la creación.

Ese pueblo, enamorado de la gracia de las aguas, de las piedras pulimentadas por ellas y de los vapores que de ellas se exhalan, no ha relegado sus muertos á unos tristes infiernos donde las sombras gimen de ser sombras. Yo no sé si el culto de los muertos ha precedido á todos los cultos ó si la humanidad ha necesitado tiempo para arrojar entre ella y el otro borde del abismo esa cadena de fantasmas. Pero el sintoísmo, que establece el origen celestial de la nación japonesa, no tardó en confundir los muertos con los dioses creadores del país é hizo de ellos los kami más queridos y más venerados, los que hacen la vuelta de las estaciones, de los vientos, de las lluvias, de las buenas y de las malas fortunas. Gobiernan el mundo de los vivos y tienen, en fin, una vida intangible y real. Respiran las flores que se han cogido para ellos y apagan su sed en la copa de agua fresca que se les ha dedicado. Se complacen con la música, con las danzas y con todo lo que alegra á las divinidades celestiales. El mejor pintor de la vida japonesa, Lafcadio Hearn, nos cuenta la verídica historia de una bailarina que perdió su amante, y por las noches, en su cabaña solitaria y á la hora en que el adorado la contemplaba de ordinario enteramente suya, se ponía sus más ricos trajes y bailaba sonriendo delante de su tableta fúnebre. El perpetuo milagro de la presencia real de los muertos desarrolla prodigiosamente en los pueblos el sentido de lo invisible. Los japoneses duermen, se despiertan, andan y hablan en sociedad con los espíritus.

Pero si esos espíritus tienen acción sobre nosotros, nosotros la tenemos sobre ellos, hasta tal punto el mundo sensible está mezclado con el sobrenatural. El *Periódico oficial* nos informa á veces de que los manes de un soldado heroico han recibido un ascenso ó de que el emperador ha elevado en la jerarquía á un muerto ilustrado por su hijo. He conocido europeos que se reían de esas cosas; pero ¿se reirían del poeta que, hablando de sus antepasados, dijo: «Si yo escribo su historia, ellos descenderán de mí?» ¿No tienen en sus países panteones esos europeos? ¿No dan á sus muertos célebres promociones públicas de mármol ó de bronce?



Llaves y mazo sagrados (de un croquis japonés)

Hay en en esto la misma idea, despojada de su forma intuitiva y enfriada por la inteligencia. El japonés, limitado á las ideas sensibles y para quien los espíritus no son abstracciones, obedece ingenuamente á sugestiones primitivas de las que el verbo de nuestros grandes poetas no es á veces más que un eco ó una resurrección. Hay versos de Lamartine, imprecisos como el primer ritmo del alma humana, y hay imágenes de Hugo dignas de una sibila ó de un espiritista, que serían seguramente, si no mejor comprendidas, más directamente sentidas por un campesino japonés que por un miembro de la clase media parisiense.

Ciencia ó psicología, nuestras tesis sobre la herencia, nuestros tratados sobre la evolución, nuestros dramas y nuestras novelas que los ponen en cuadros ó en actos, toda nuestra lógica y todo nuestro arte, no valen tanto, para sostener la religión del pasado, como el altarcito doméstico en el que los japoneses entran en relación con sus muertos. Nuestras teorías son excelentes y conocemos mejor que los pueblos del Extremo Oriente nuestros humildes orígenes. Se nos explica que nuestra vida más humana y nuestra conciencia más rica representan multitud de esfuerzos, de dolores, de paciencia y de amor,

acumulados por las generaciones anteriores. Se nos enseña á respetar á aquellos que por las armas ó por la palabra ensancharon nuestras fronteras y que, por el hecho de haber expresado el ideal de nuestra raza, nos incitan á perseverar en él. A los japoneses nó se les enseñan estas nociones, pero ellos las saben, ó, más bien, las sienten con una profundidad á que no llegan ni el impulso de los poetas ni la dialéctica de los filósofos. Su presente no ha roto, si así puedo decirlo, el cordón umbilical que le une al pasado. Patriotismo, valor de soldado, adhesión á la familia, respeto inalterable á la madre que ha llevadó en el fruto de sus entrañas algo inmutable y divino, todas esas virtudes no son más que honores debidos y tributados á los muertos. Los antiguos legisladores del Japón, que obligaban á los hijos á pagar las deudas de sus padres, no hicieron más que aplicar á lo civil la ley moral del sintoísmo. Y en los tiempos pasados, cuando era posible venderse sin que el sacrificio de la libertad, por motivos loables, llevase consigo infamia alguna, esos legisladores quisieron que los hijos que se vendieran en provecho de sus padres fueran degradados, á fin de que la piedad filial se mostrase siempre pronta á las más duras abnegaciones y su mérito se realzase con los peores sufrimientos.

Los antepasados, transfigurados en genios, admiten en el hogar religiones extranjeras con tal de que los nuevos dioses no les insulten, pues esto pondría en movimiento un fanatismo menos religioso que cívico. El que toca á los muertos subleva contra él la tierra del país. Pero todos esos muertos no fueron gente honrada y á los que dejaron lamentables recuerdos se les apacigua con ofrendas. Sus sombras patibularias no se parecen en nada á nuestros espíritus de las tinieblas. Aunque el alma japonesa ha sospechado en la naturaleza una especie de dualismo, nunca ha concebido el mal eterno y absoluto. Sus «Genios de la Perversidad» no están encarnizados en nuestra pérdida y siguen siendo sagrados porque su influencia, aun maligna, es también un elemento de la atmósfera nacional. Por otra parte, esos soplos malévolos que surgen de tumbas aisladas son arrebatados por el gran aliento de beneficencia en que respira el Japón.

He hecho la peregrinación de Ise, allí donde se queman y se reedifican cada veinte años los templos más sagrados del sintoísmo. El mar, rico de peces, rompía sus olas en los arenales del Yamato y sus vientos repartían un olor salino á través de los arro-

zales y los campos de trébol hasta las montañas que cerraban el horizonte. El verdor, surcado por undulaciones de flores rojas, se matizaba con una luz sombría en los repliegues de los valles y en las gargantas de las colinas. Por todas partes se veían alquerías nuevas, arroyos, puentes de madera, piedras de formas extrañas y árboles centenarios.

Iba yo solo, sin otro guía que mi kurumaya, que no sabía palabra de mi lengua. Los peregrinos llenaban las rutas, los unos vestidos ricamente de sedas obscuras, con sus niñas de la mano vestidas con trajes claros, y los otros polvorientos y con un saco de papel grasiento colgado al cuello y lleno de amuletos. Recuerdo que una joven, seguida de su marido, llevaba un niño vestido de general europeo. El traje desentonaba sin duda en medio de la multitud japonesa, pero era conmovedor aquel diminuto Japón futuro conducido á los altares del pasado.

Entramos en una magnífica enramada cuya luz y cuya sombra parecían condensar toda la dulzura esparcida por aquella naturaleza. Unos caminos descendían hasta un agua límpida donde los peregrinos se bañaban en el reflejo de las ramas. La gran avenida subía en semicírculo con su calzada de cantos redondeados y sus dos pálidos senderos de tierra amarillenta. De espacio en espacio, unos pórticos ó *torii* extendían sobre nuestras cabezas su viga horizontal y ligeramente arqueada, desde la cual anunciaban la aurora los pájaros ofrecidos á los dioses. Y llegamos al templo de la diosa Sol, á ese templo universalmente venerado y al que todos los años envía el emperador, en la estación del arroz, las primicias de la cosecha.

Su techo de paja de rápida pendiente y cuyas vigas extremas se prolongan y se cruzan en el aire; su balcón circular, apenas levantado á la altura de dos escalones, y sus puertas de goznes denotan la arquitectura de la choza primitiva. Su patio de entrada, tapizado de piedras pulidas por el mar y los torrentes, parece una playa seca. Su cercado de madera de ciprés tiene el aspecto de una empalizada de corral. La puerta, por la que nadie entra, está cubierta con un velo blanco y diáfano que no oculta nada más que lo invisible. Ninguna decoración; ninguna imagen. El espejo, los gohei, esos caduceos de tiritas de papel, las reliquias del templo, las sedas preciosas y los jaeces para los caballos sagrados están encerrados en las humildes dependencias de la tesorería y no se

sacan más que en las fiestas solemnes. Esa sencillez extraordinaria tiene un no sé qué divino. De todos los templos que he visitado en el Extremo Oriente, sólo el sintoísta me ha producido, á mí, profano, una emoción religiosa. Puede denunciar la indigencia nativa de los japoneses, pero percibo en su alma una chispa misteriosa que combina los elementos más simples para hacer algo exquisito. Con tablas apenas cepilladas, piedras recogidas en el lecho de un torrente, paja, vigas, una cortina y la magia de la naturaleza, dan la impresión de que hay allí un dios.

He conocido en la América del Sur un hijo de campesino que llegó á ser rico y poderoso y se edificó suntuosos palacios rodeados de maravillosos parques. En el centro de sus dominios se veía una pobre cabaña y una mujer hilando. Era la casa natal, y la mujer era su madre. A pesar de la invasión de las magnificencias búdicas, los japoneses han conservado piadosamente á sus dioses indígenas la primitiva choza, casi un establo, como santuario definitivo de la tradición. ¡Oh santa idea de la patria! ¡Tú eres la que haces augustas á esas vigas cortadas en tus bosques, esos cantos rodados por tus ondas y esa paja salida de tus campos! Algunos sofistas, enamorados de un sueño humanitario, han dicho que tú nos dividías, y, sin embargo, siento que si no te poseyese estaría más lejos de esos hombres, de los que me separan ya mi educación y mi sangre. Pero por ti nos comprendemos, porque tú eres el gran intérprete de los corazones. Y en la selva de Ise, en medio de los peregrinos, hallé respetuosamente aquella tierra en la que el hombre, cuando se arrodilla y se prosterna, se cree más cerca de los dioses porque está más cerca de ella.

CAPÍTULO III

La voluptuosidad búdica

La doctrina de Confucio se naturalizó bien en el Japón, donde el culto del sinto, tan improductivo en especulaciones, contenía ya el germen de un positivismo religioso. Los samurai conservaron en su corazón la fe sintoísta, pero deletrearon sus fórmulas en la biblia china.

Sería, sin embargo, prodigioso que el budismo se hubiese aclimatado sin lucha y sin tempestades en aquel pueblo optimista y vanidoso, si esta religión no fuese con frecuencia la explotación de una filosofía misteriosa por un clero de impudentes casuistas, que metamorfosea en Budas á los dioses recalcitrantes que le obstruyen el camino, como sus monjes ayunadores bautizan de carpa al apetitoso volátil y de ballena de las selvas á la carne del jabalí que se baña en los charcos. Su metafísica trascendente le da una admirable fluidez y le permite revestir las formas más imprevistas. Es sutil hasta en sus groserías. Nada le detiene. Se desliza en todas partes, afecta un sentido nuevo á las antiguas imágenes místicas y logra saturar los bosques, el suelo, la piedra y al hombre. Cuando no es el brebaje, es la copa en que los labios apagan la sed. «Se hace luna, sol y nube, hierba, pájaro y pez», y se hace la tierra para recibir á los muertos. Todas las supersticiones indígenas van á él como los reptiles al encantador, y él las domestica y juega con ellas. Abre escuelas de ascetismo y pone tiendas de amuletos. Sus drogas están compuestas por filósofos y sus palabras mistériosas grabadas por profesores de hipnotismo. Sus bonzos confirmarían á nuestros enciclopedistas en la idea de que los sacerdotes fabrican las religiones. He oído á varios, y no de los pequeños, exponer tranquilamente la necesidad de inventar un cielo para uso de los pobres y de abrirles la vía de la salvación con ídolos por postes miliares. ¿Son impostores? Sí y no. Su charlatanismo respira á veces la misericordia y en el cebo de las almas

han escondido una dosis homeopática de verdad. Detestable ó delicioso hasta en sus peores encarnaciones divinas, el budismo conserva siempre un principio de bondad superior. Ese gran maestro de ilusiones no cree rebajarse oponiendo á las ilusiones que nos pierden otras ilusiones que nos salvan. Nos engaña como la naturaleza, pero contra ella y en el sentido de nuestra dicha.

Esos subterfugios, de los que él hace vehículos de santidad, fueron la primera causa de su éxito en el Japón. No exigió la ruina de los antiguos templos, acaparó los dioses y siguió por su cuenta el culto de los antepasados. Nada pareció cambiado en el país, si no fué que las divinidades se multiplicaron y que se les vió la cara.

Pero más aún que la elasticidad de su diplomacia contribuyeron á su triunfo las novedades sensuales. Se dice que el sintoísmo no habla al corazón, pero sería más exacto decir que no habla á los sentidos. El budismo se introdujo libremente y se instaló en el alma japonesa por los sentidos.

No sin razón el antiguo sintoísta Hirata manda que se ofrezca á los muertos agua y flores y reprueba el incienso declarándole abominable. El budismo hace obrar en los japoneses perfumes desconocidos. Sus templetes no exhalaban más que un olor de hojarasca y de madera recién descortezada, y como las flores japonesas tienen más brillo que aroma, se oraba á los dioses al aire puro y en medio de los buenos olores de la tierra húmeda. El culto se practicaba á la luz del día, y si la arboleda le prestaba su sombra, el cielo le enviaba todavía sus rayos. El espíritu comunicaba con el espíritu naturalmente y sin que los nervios se alterasen. Pero en cuanto se pasa el pórtico de una iglesia búdica, las calles de faroles, los jardines emblemáticos, los estanques de piedra, las rojas esculturas de cabezas de elefante, de dragones y de rinocerontes, las columnas pintadas que parecen telas de Benarés ó, si están desnudas, celebran por la riqueza de sus venas la gloria de las esencias misteriosas; los techos de artesonados policromos, los brocados, las paredes de cedro llenas de brillantes pájaros en sus ramas y entre sus hojas habituales, todo sorprende á los ojos, los atrae, los divierte y los hace abrazar en un instante el universo sensible de las formas y de los colores para anegar su embriaguez en la penumbra de un santuario de laca y de bronce, en el que los pebeteros y los cirios perfumados la recogen y la transmiten al olfato.

Esos templos atestados de maravillas, museos voluptuosos de la nada, que se extienden, se complican, se ramifican en corredores y se prolongan en puentecillos bajo el desorden panteísta de su arquitectura, descubren é imponen á la emoción de los sentidos su secreta unidad. El budismo despertó á los japoneses al



Célebre Daibutsu ó gran figura de bronce de Buda en Kamakura

mundo de las sensaciones, extrañas las unas y encantadoras las otras, y les trajo de la India, esa taumaturga del género humano, rituales de exorcismos, palabras mágicas, encantos nocturnos y una teosofía capaz de excitar á los aficionados y de seducir á las mujeres. Hizo una ciencia oculta de la telepatía elemental del sintoísmo. Diferenció el *shirio*, espíritu de los muertos que obra en los vivos, del *inkirio*, espíritu de los vivos que obra á distancia en los vivos mismos. Los muertos rondaron la cabecera de sus parientes enfermos y fueron á tirarles de los pies hacia el sepulcro. Cuando dos personas de la misma familia mueren en el año y hay otra señalada para seguirlas, pues el proverbio dice: «Siempre tres tumbas,» se cava otra fosa y se deposita en ella un ataúd con un ca-

dáver de paja. El sacerdote budista graba en la falsa piedra funeraria un nombre póstumo y conjura de ese modo la muerte. El Japón tuvo sus brujos, que iban al templo desierto, á las dos de la madrugada, á la hora del Buey, con un sombrerón de paja coronado por tres candelas encendidas y llevando en la mano una estatuita de barro y unos clavos. Tuvo sus alquimistas y sus nigrománticos. Las madres enlutadas volvieron á ver á su hijo, más hermoso que en el día de su nacimiento, atravesar con la sonrisa en los labios un camino silencioso en el río de las lágrimas. Y se oyó á los Gaki aullar de hambre, que es uno de los suplicios que el infierno búdico reserva á sus condenados. Y el cielo envió á los hombres *Tennin*, cuyas alas angélicas surcaron las noches azules. Y unas voces misteriosas vaticinaron en los templos.

El arte vino á mezclar su magia luminosa con esas brujerías crepusculares. Todo el arte del Japón proviene del budismo. Los bonzos fueron sus escultores, sus pintores, sus poetas, sus músicos, sus alfareros, sus tejedores y sus jardineros. Desde los arabescos del templo hasta los jeroglíficos de la piedra, desde los frescos sagrados hasta los últimos libros de estampas, desde los recitados dramáticos hasta las canciones de las calles, desde las lacas de oro hasta los utensilios caseros, desde las sedas rameadas hasta las simples telas de algodón, desde los parques señoriales hasta los jardines en miniatura, el genio japonés no ha producido nada que no evoque una leyenda, que no ilustre un pensamiento ó que no descubra un sentimiento búdico. ¡Y cómo aguza ese arte la finura de nuestros sentidos! ¡Cómo sabe expresar en un detalle insignificante el milagro de la vida! ¡Cómo percibe al paso lo que no se ve dos veces, pero que, una vez visto, se volverá á ver siempre! Impresionismo, si queremos sujetarnos á las fórmulas. ¡Pero qué exacta visión de los tipos permanentes bajo ese impresionismo! El artista japonés trata de desprender de las ilusiones efímeras el principio mismo de esas ilusiones. Su ojeada no percibe en el individuo más que los rasgos que le distinguen de las otras especies. No retiene de la forma más que la ley visible del género, la idea aparente de la naturaleza con que todos los hombres y en todos los tiempos serán igualmente impresionados. El arte búdico sostiene en los japoneses una sensualidad fina y dulce, lo suficiente para que los sentidos les induzcan á pensar que las realidades más preciosas son espejismos.

Perfumes, lacas de oro, brocados, penumbra inflamada de los templos, pintura evocadora, poesía de resplandores y de estremecimientos, riqueza de los objetos, en desacuerdo á veces con su importancia, son otros tantos estimulantes de ensueños y aguijo-



Pagoda de Yasaka en Kioto,
dedicada á los cuatro Nyorai, ó sea, Hojó, Amida, Ashuka y Shaka

nes de melancolía. El sintoísmo había repartido por la naturaleza todas las seducciones menos una, que los discípulos de Buda revelaron á los japoneses: la fragilidad. Esa naturaleza fué para ellos más querida desde el día en que la sintieron tan perecedera, y más hermosa cuando comprendieron que la belleza la hacían sus ojos. Llevados por la corriente de las apariencias, aprendieron á saborear sus relámpagos y sus caricias. Esas caricias fugitivas, esos

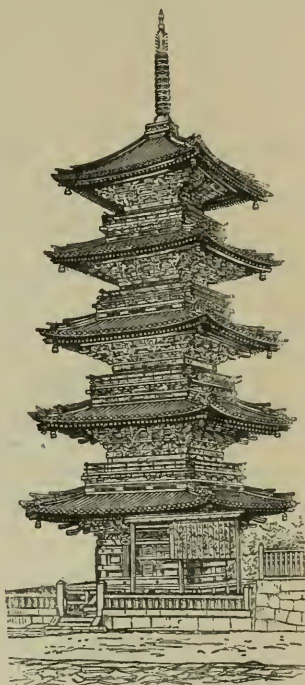
relámpagos tan pronto desvanecidos no valen sino por el espíritu que los repercute y prolonga su luz y su dulzura. Los japoneses cifraron toda su alma en instantáneas. La realidad no fué para ellos más que una electricidad misteriosa cuyas chispas comunicaban á sus sueños infinitas vibraciones. Y como cuanto menos viva es la chispa, más grande es el milagro, se acostumbraron á preferir el reflejo al rayo, la sombra á la cosa, el roce al tacto, el eco lejaño al ruido sonoro; y con esos ecos, esos roces, esas sombras y esos reflejos compusieron su mundo interno.

No creo que los japoneses hayan concebido jamás formalmente el pensamiento creador del universo, pero sus más humildes campesinos experimentan en un grado que no sospechan los nuestros el prestigio de los fenómenos, la rapidez desconsoladora de la vida y el delicioso poder de la evocación en el torrente que nos arrastra. Preguntaba yo un día á unos sacerdotes budistas de qué procedía la eterna sonrisa de los labios japoneses, y me respondieron con estos refranes que los mismos niños se repiten: «Vivo, muerto.» «Encuentro, separación.» Se cuenta que antiguamente, en ciertas ceremonias religiosas, ese pueblo organizaba extraños conciertos. Los músicos fingían tocar en sus flautas y en sus instrumentos de cuerda melodías silenciosas. Tocaban en pensamiento, y la asamblea, recogida, escuchaba en silencio. No he podido saber si la cosa es cierta, pero ninguno de los japoneses á quienes he interrogado la juzga inverosímil. El hecho simboliza maravillosamente la voluptuosidad búdica por excelencia: la alucinación voluntaria.

El budismo, sin embargo, los llevó más lejos. Disuelta ya la naturaleza en innumerables fenómenos, redujo el alma al estado de un agua límpida de mil moléculas en la que se suceden reflejos y sombras. A la muerte, esa alma se descompone, se evapora y se resuelve en sus diversos elementos. Pero nuestro deseo de vivir persiste y se reencarna. No es nuestro yo el que transmigra á otras formas, sino la resultante de nuestros actos. El saldo de bien y de mal que arroja nuestra vida en el momento en que se extingue constituye el germen de una nueva existencia. Lo que somos depende de lo que hemos sido y no guardamos de ello más memoria que la que tenemos en un sueño de otros que antes nos han mortificado ó complacido. Nuestras reencarnaciones son los sueños, terribles ó encantadores, de nuestra voluntad de vivir. Y

cuando lleguemos á la liberación, es decir, al despertar, todos nuestros nacimientos, nuestras vidas y nuestras muertes desarrollarán ante nuestros ojos, ya despiertos, sus alegrías y sus miserias. Tal es la ley implacable del *Karma*.

Aquí tocamos la diferencia esencial que nos separa de los japoneses. Nosotros creemos en la identidad consciente de la persona humana; ellos no. Es verdad que viven, en apariencia, como si creyeran en ella. Pero el determinismo ¿ha impedido jamás á un filósofo obrar como si se sintiese libre? ¿No luchan con frecuencia los fatalistas orientales, y comercian con más frecuencia todavía, como si dependiese de ellos su destino? Seguramente, el pueblo no se ha asimilado esas teorías profundas y sólo ha retenido de ellas las ideas de preexistencia y de reencarnación, que tienen gran fuerza en los corazones, han inspirado proverbios y canciones populares y creado locuciones y metáforas. Hasta las relaciones sociales han sufrido su influencia. El pensamiento de que la fechoría del criminal no era más que la herencia de su vida precedente ha hecho caer con frecuencia el sable de la mano vengadora. El japonés se resigna á injustos sufrimientos intolerables para nosotros, con el vago sentimiento de haberlos merecido en una vida anterior. Los flechazos del amor son bruscas reminiscencias. Nuestra amada de hoy fué en otro tiempo nuestra esposa. La brevedad de la vida no satisface nuestros deseos de ternura y de abnegación, é, impacientes por un poco de eternidad, se desbordan sobre el ciclo ineluctable de nuestras vidas futuras. Los padres y los hijos se unen por una vida; el marido y la mujer por dos; el amo y los servidores por tres, y los amantes, con su divina imprudencia, se prometen su fe por cinco, seis ó siete vidas. Lo que antes he dicho de los versos de Hugo y de Lamartine debiera repetirlo aquí y citar poetas ingleses, al francés Sully-Prudhomme



Pagoda de Nikko

ó ciertos versos de los simbolistas. Todos han expresado las afinidades preestablecidas de nuestros corazones con las cosas, la resurrección de un pasado abolido en la novedad del presente, el perfume encontrado de nuevo sin haberlo nunca olido, el ruido reconocido sin que antes jamás le oyéramos, la casa, ya familiar, sin que nunca la hayamos visto, y el extranjero, miserable ó sublime, que llora en nosotros sin habernos dicho jamás su patria ni su nombre. Esos refinamientos de la sensibilidad occidental son los lugares comunes de la poesía japonesa y los actos de fe más naturales de su religión.

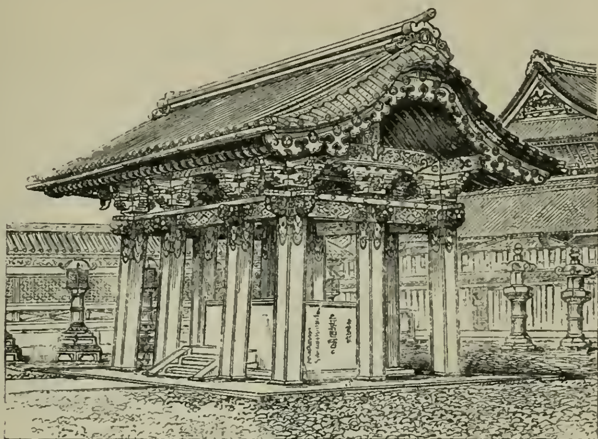
¿Pero qué moral puede fundarse en ese flujo eterno y cambiante de los seres y de las cosas? Lo que yo llamo mi personalidad no es más que la cadena undulante é insensible de un convoy de presidiarios. Estoy paseando por los campos infinitos de la metempsicosis unas vidas atadas la una con la otra, pero todas ciegas, sordas y mudas. Cuando me comprometo para existencias futuras, ¿puede mi mente ser engañada por mi corazón, puesto que no recuerdo nada de mis existencias pasadas? ¿Para qué ocuparme de ese individuo cuya simiente está encerrada en el residuo de mis actos y que será *yo* sin tener jamás conciencia de serlo? ¿Qué interés me apartará de las voluptuosidades fáciles? Así razonaría el europeo, para quien la persona moral es una ciudadela de aristas precisas y sólidamente atrincherada. Nuestra inteligencia se complace en ahondar fosos, en levantar barreras y en improvisar baluartes, y una vez fortificados en nuestro yo, es cuando intentamos salir de él, como si hubiésemos amontonado tantos obstáculos para hacernos el salto más meritorio. Pero el budismo suprime las fronteras. Mi ser no empieza ni acaba en el límite de mi persona y la desconocida á quien yo llamo mi alma está en el fondo de todo lo que vive. El amor al prójimo no significa nada.

«¡Insensato, que creía que yo no era tú!»

Soy tú, y soy también el sueño de la piedra, el semisueño del vegetal, el aliento del animal, la energía que se esconde bajo las mil formas de la naturaleza. ¿Cómo saldré de mí? Me extiendo todavía más lejos que el vuelo de mis deseos. ¡Qué detestable ilusión la de imaginar personalidades distintas como pequeños mundos limitados! Yo participo de las penas y de los placeres del univer-

so y no tengo otra existencia que el participar de ellos. Abrazo á todos los seres en mi ser; y la simpatía no es más que la conciencia de esa verdad suprema.

Los japoneses aceptan «ese gran misterio de la ética como los cristianos los misterios de su fe.» Su antiguo estado social, en el que el hombre se aplicaba expresamente á no diferenciarse de los demás hombres, en el que el código no admitía ni la propiedad



Cisterna para el agua bendita en los templos mortuorios de Shiba en Tokío

personal ni el derecho de testar, transponía así en la comunidad civil la unidad mística del budismo. No hay que asombrarse de que no concibieran la libertad, ni siquiera la «caridad,» que son ideas individualistas. Los japoneses apelarán á la dulzura, á la resignación, y, como dice Schopenhauer en sus admirables páginas sobre la Simpatía, «pedirán gracia más bien que justicia, conduciéndonos á ese punto de vista en el que todos los seres aparecen fundidos en uno solo.»

De aquí proceden á veces, en sus romances y en sus leyendas, ciertos efectos teatrales que nos desconciertan. Recuerdo un cuento trágico, en el que el amante, heroicamente engañado por la mujer que está en su poder y no quiere pertenecerle, se introduce en su casa á favor de la noche sombría y le corta la cabeza creyendo cortar la del marido. Por la mañana, lleno de espanto, acude, se echa á los pies de su rival, le confiesa su crimen y le entrega su sable ensangrentado. Pero el marido retrocede y exclama:

«¡Cómo podré matar á un hombre que la amaba!» Figúrese el lector las protestas y hasta la repugnancia de nuestro público ante escena semejante. Pero léase de nuevo el pasaje de Schopenhauer: «Si pudieras, por un esfuerzo de odio, penetrar en el más detestado de tus adversarios y llegar hasta su último fondo, te quedarías muy asombrado al ver que lo que allí descubrías eras tú mismo.» El marido y el amante se retiran juntos á un monasterio búdico.

Los más humildes japoneses perciben múltiples correspondencias entre los fenómenos. Su sentimiento de la naturaleza es tal, que para expresar su intensidad habría que calificarle de egoísta. Adoran en la hierbecilla y en la mariposa lo que ellos mismos tienen de enigmático y de eterno. Su lengua contiene una palabra intraducible y de un indefinible sentido: *giri*. El giri es la obligación moral más tenue y la más fuerte; es el hilo invisible que une dos corazones aunque no experimenten ternura alguna el uno por el otro. Hay quien se mata por giri y quien hace bien, y algunas veces mal, por giri. El giri explica, excusa ó justifica miles de actos cuyo móvil no se comprende. Un bonzo joven propone á una cortesana que huya con él; ella rehusa y ambos se envenenan. Se acude á tiempo, se les salva y se pregunta á la mujer por qué ha querido morir. ¿Ha sido por amor? Su amante no era más que un huésped pasajero. ¿Por miseria? La cortesana mueve la cabeza y responde: «El giri lo ordenaba.» Parece que, en ciertos momentos, el alma se reconoce en otra alma y se abandona pasivamente á su destino.

Esa potencia de la simpatía los conduce con frecuencia á la práctica de virtudes tan hermosas y tan puras como las virtudes cristianas, pero queda allí siempre algo que no se expresa. El budismo ignora la efusión, esa embriaguez impetuosa y encantadora del corazón que se abre paso y se precipita en otros corazones. Su evangelio predica el silencio. En el Japón, el dolor no grita, el amor no se expansiona, el duelo sonríe, la abnegación se calla. Desde el momento en que vi que aquellas almas no formaban más que una sola, comprendí el aislamiento aparente de los espíritus, que tanto me chocaba en el Japón. Tanto como á los japoneses les gustan las largas charlas y los cumplimientos intermibles, tanto son reservados en todo lo que se refiere al fondo de su ser. Son maestros en hablar para no decir nada; pero, en cuanto

tienen algo que decir, comprimen las confesiones inútiles y confían el cuidado de hacerse entender al misterio que los identifica. Un europeo me contaba que había frecuentado durante quince años un matrimonio japonés sin haber sorprendido jamás la menor muestra de afecto entre el hombre y la mujer. No comían ni salían juntos; no asociaban sus sueños ni sus placeres. En esto, el hombre cayó gravemente enfermo y pronto estuvo moribundo. «Estaba yo presente, me decía mi compatriota, cuando aquel hombre conoció que se moría. Cogió suavemente la cabeza de su mujer y la hizo descansar un instante en su hombro. Después, sus ojos húmedos se encontraron y jamás he visto más hermosa mirada de amor.»



Campana de Kioto, según un croquis

La increíble fuerza de silencio de los japoneses imprime á sus renuncias la melancolía de la sonrisa y da á sus sacrificios una prolongación infinita. Sus almas se crean exquisitas agonías. Disimulan su sensibilidad como su riqueza. Un europeo casado con una japonesa tenía un hijo á quien adoraba el hermano de su mujer. El niño murió, y su tío, que atravesaba todos los días Tokío entero para ir á sentarse á la cabecera del enfermito, acogió la triste noticia con una oscilación de cabeza y una semisonrisa. Nada indicó en él la menor emoción durante los dos días que precedieron al entierro; pero en la última noche penetró en el cuarto mortuorio, y el padre, que parecía dormitar en un sillón,

le vió acercarse al cadáver y romper bruscamente en sollozos.

El Japón está lleno de historias tan sencillas como sus templos sintoístas y que nos asombran menos por su sublimidad que por la facilidad natural con que los corazones entran en lo sublime. Voy á citar una que me parece de las más elocuentes por lo mismo que los japoneses no ven en ella nada extraordinario.

En 1812, un capitán ruso, Rikord, enviado para negociar el rescate del capitán Golownin que en el año anterior había caído en poder de los japoneses con toda su tripulación, se apoderó de una canoa y retuvo al patrón como rehén. Era éste un armador, llamado Kahi, bastante rico y que, sin pertenecer á la clase de los samurai, tenía derecho á llevar un sable. Kahi fué llevado cautivo á Okhotsk y su familia le creyó perdido. Su mejor amigo, desesperado por aquel infortunio que el horror á los extranjeros hacía peor que la muerte, distribuyó sus bienes á los pobres y, como nuestros santos al desierto, se retiró á una montaña. Los rusos entre tanto, conmovidos por la nobleza y la dignidad de su prisionero, le condujeron al Japón y Kahi volvió á su pueblo, donde supo lo que había hecho su amigo. Sin embargo, no le envió mensajeros; no sintió la necesidad de estrecharle en sus brazos; no pensó en hacer participar de sus bienes al hombre que se había empobrecido por cariño hacia él. Pero Kahi tenía una hija á la que, hacía muchos años, había arrojado de su casa. Siempre que los parientes y los amigos le habían suplicado que perdonase su mala conducta, él había respondido que el honor no se lo permitía. Todos los esfuerzos se habían estrellado contra aquella decisión irrevocable. Ahora bien: al volver de la cautividad, olvidó la vergüenza, se impuso la humillación de su orgullo soberano, reconoció el sacrificio con el sacrificio y llamó á su hija, no dudando, según dijo, que su amigo lo sabría algún día y comprendería su conducta.

Semejantes sacrificios surgen de las profundidades búdicas, dotados de la belleza indescriptible de esas flores de loto que se desarrollan en el crepúsculo sobre el agua de un estaque solitario. Sé muy bien que hay cieno en el estanque; no ignoro que el budismo japonés contiene innobles impurezas; sé que sus sacerdotes son con frecuencia incultos ó escandalosos, y no creo que sus filósofos hayan contribuído mucho á la gloria de la doctrina, pues han sufrido la influencia de una metafísica cuyas conclusio-

nes adoptaron sin enriquecerlas. Sus doce sectas rivalizan en argucias y en baja escolástica. Y desde el punto de vista intelectual, me hace el efecto de un mediano pensador su famoso apóstol Nichiren, que exclamaba: «Nada puede conmoverme más que el ser vencido en la discusión por un hombre más sabio que yo; pero no creo que ese hombre se encuentre jamás.»

El budismo no nos interesa más que visto ó entrevisto con los ojos de los humildes y de las buenas personas. Los japoneses han perfumado su intimidad y embalsamado sus virtudes con toda la gracia que existe en el evangelio del loto, con toda la melancolía que hay en su pesimismo y con toda la ternura que contiène su desesperación. Su idolatría por las máscaras chinas no ha entorpecido su sueño. Sus supersticiones gesticulantes tienen los pies ligeros y no mortifican los corazones. En torno de sus altares circula un aire dulce y límpido. Me olvido de la horrible cara del dios Emma para recordar que ese rey de los infiernos deja respirar á los condenados dos ó tres días al año. ¡En todas las tierras y en todos los cielos se le tendrán en cuenta esos dos días! Y no me siento con valor para no amar á la Kwannon del bello rostro y de los ojos tristes, á la Kwannon, tan castamente envuelta en su ropaje, á la divinidad más popular, á la diosa de la Conmiseración.

CAPITULO IV

Las religiones extranjeras: decadencia y conflicto

El sintoísmo y el budismo influyeron forzosamente el uno en el otro. El sintoísmo templó la embriaguez búdica y contuvo á los japoneses en las pendientes fúnebres por las que rodaron otros pueblos. Su culto de la patria fué para ellos un ancla en la eterna fuga del universo. El budismo corrigió la pobreza y la rusticidad del culto primitivo, y las dos religiones se hicieron con frecuencia, en el mismo templo, concesiones recíprocas, la una modificando su simplicidad campesina y la otra templando su pompa voluptuosa y nostálgica. Aquello fué la alianza del zapatero remendón y del banquero. Éste perdió un poco de tristeza y aquél un poco de su buen humor.

¿Pero qué es del sintoísmo y del budismo ante la repentina irrupción de las ideas occidentales? Los descubrimientos de Europa debilitan los conceptos del sinto y la activa trepidación de la vida moderna molesta al ideal del budismo. La fe de los japoneses no está ya de acuerdo con su nuevo estado y se rompe la armonía religiosa del imperio. Aunque la ciencia europea se divierta en buscar presentimientos de verdad en los símbolos tópicos de un antiguo culto, é intuiciones prodigiosas en la metafísica inda, esas diversiones no impiden que nuestra civilización, por su independencia respecto del pasado, su respeto del individuo, sus ambiciones, sus instintos democráticos y la insolencia de su plutocracia, contradiga brutalmente los principios de la sociedad japonesa y desgarre con violencia su atmósfera religiosa. Tan cierto es esto, que el cambio político del país ha provocado accesos de misticismo y suscitado visionarios y profetisas, como sucede siempre que las revoluciones rompen las anclas de las almas.

Una mujer llamada Miki, originaria de la santa provincia de Yamato, pretendió estar iluminada por una repentina inspiración

y arrastró miles de corazones. Murió hace doce años, pero su buena nueva se ha extendido por todas las provincias. El Tenri-kio, conjunto de concepciones extravagantes y de dioses sintoístas, tiene sus templos, su leyenda milagrosa, sus libros de revelaciones, sus misterios, sus orgías sexuales y sus iniciados.



Aromatizador japonés en bronce (colección Cernuschi)

Se anuncia en él que vendrá un tiempo en que el género humano reconocerá al Japón como su primer morada y la profecía de Miki como verdad divina. Entonces caerá un rocío celestial en la verde tierra donde los dioses generadores, Izanagui é Izanami, celebran su noche de boda. Y el ciego recobrará la vista, el mudo la palabra y el sordo el oído; marchará el cojo, se curará el leproso y los locos despertarán de su mal sueño. Obsérvese que esas predicaciones excitantes son peligrosas porque indican, en un pueblo alterado en su fe secular y humillado por la conquista irresis-

tible del Occidente, no sólo el deseo de tener una creencia nueva, sino la necesidad de sobreponerse á la humillación y de imaginar un místico desquite.

La esperanza con que el Ten-ri-kio engaña á los simples encuentra un eco en los escritores y en los filósofos. La importación de los libros europeos ha producido un renacimiento de los estudios religiosos. Pero al mismo tiempo que los japoneses aprenden á conocer mejor su religión, exigen su reforma. El antiguo budismo, pensativo y triste, les asusta como si temiesen tener la suerte del patriarca Daruma, de la secta Zen, que perdió las piernas por haber estado largo tiempo en meditación. Los japoneses quieren andar, apresurarse, correr y adelantar al ágil europeo, y sueñan con un neobudismo «democrático, empírico y optimista.» Se han publicado gruesos librotes sobre la materia, y ese neobudismo optimista, empírico y democrático me ha traído á las mientes cierto neocristianismo que sólo atestiguó, hace algún tiempo, en nuestros suaves intelectuales la ruina presuntuosa del espíritu cristiano. Por otra parte, los japoneses, incorregibles imitadores, desean más aún el reformador que la reforma. La gloria de poseer un Martín Lutero atormenta sus sueños. Uno de ellos escribe: «Si una religión relativamente inferior, como el cristianismo, ha podido ser regenerada por la indomable fe de un Lutero, ¿qué se podrá esperar del budismo cuando le lleve su llama un apóstol semejante?» «Desde el punto de vista, religioso, dice otro, la situación del Japón respecto del resto del universo se puede comparar al sol. Los fundadores de religiones, como el grupo de los planetas, gravitan hacia nuestro archipiélago, que será el último campo de batalla donde combatirán los dioses.» No hay que dudarlo; el neobudismo japonés ha recibido la misión providencial de unificar las creencias humanas y de dar una fe definitiva al mundo sublunar. Prefiero todavía el rocío del Ten-ri-kio á esa especie de sintoísmo búdico y lírico; pero el uno y el otro expresan la misma exasperación de vanidad y la misma inquietud interior.

Solamente los japoneses que se hacen cristianos creo que introducen en su vida una lógica saludable. Supongamos por un instante que nuestros dueños nos impusieran, sin haberlo pedido nosotros, instituciones, códigos y costumbres tomados del Extremo Oriente é impregnados de budismo. Los más resignados de nosotros se cogerían la cabeza con las dos manos y exclamarían:

«So pena de volvernos locos, empecemos por hacernos budistas.» Sociedades de beneficencia, hospitales visitados por la emperatriz, tribunales en los que el individuo invoca sus derechos, leyes más equitativas, divorcio más difícil (1), costumbres sociales y domésticas modificadas por el sentimiento del pudor, todas esas instituciones y todos esos nuevos usos llevados de Europa están marcados con el cuño del cristianismo.



Calle de Asakusa en Tokío, que conduce al templo de aquel nombre

Sin embargo, la religión occidental no parece que haya de introducirse en el Japón. Nada hay en el budismo que se oponga absolutamente á esa religión, como no sea, acaso, sus analogías externas con el catolicismo y su íntimo parecido con la indisciplina protestante. ¿No ha observado el lector que nos es tanto más difícil hablar bien una lengua extranjera cuanto más se aproxima á la nuestra? Nuestros misioneros no consiguen convertir á los

(1) El Japón ha adelantado á Europa en cuanto á las leyes relativas al divorcio. Los divorcios siguen siendo allí frecuentes y entre sus causas legales figura la «incompatibilidad de caracteres» Por término medio se verifica un divorcio por tres casamientos. Las estadísticas japonesas oficiales de 1902 arrojan en ese año 319 489 matrimonios y 113.498 divorcios – *(N. del T.)*

musulmanes, que casi han puesto en la categoría de sus profetas á Jesús, hijo de María. Pero el catolicismo tenía sobre todo en contra suya su sangrienta bancarrota del tiempo de los primeros Tokugawa, el deplorable recuerdo de los frailes españoles y el título de religión romana, en el que el orgullo nacional del Japón olfateaba una obscura amenaza. Solamente á fuerza de prudencia, de amor, de amable y liberal inteligencia y de abnegación por los intereses indígenas es como nuestros misioneros han logrado formar hermandades de excelentes católicos. He encontrado entre sus catecúmenos algunas almas en las que la nobleza cristiana unida con la cortesía japonesa formaban un conjunto delicioso. La magnífica disciplina con que la Iglesia católica ha dominado, desde hace dos mil años, tantas pasiones, obtenido tantas victorias sobre la carne humana y resistido tantos asaltos, inspira á los japoneses más inteligentes el deseo de tomar de ella su pompa, sus dignidades, sus procesiones y hasta sus reglas para afirmar la autoridad vacilante de sus sectas religiosas. Pero si esa idea honra á los misioneros franceses, cuyo ejemplo señalan aquellos japoneses á sus bonzos, es, con todo, una extraña quimera el querer «catolizar» el budismo, esencialmente anárquico.

El protestantismo creyó tener más probabilidades de éxito. Y no era porque su pasado probase menos intolerancia. En enero de 1843 se verificó en Londres una gran reunión de pastores protestantes, durante la guerra por el opio, la más abominable que jamás ha emprendido una barbarie civilizada, y se dieron gracias á Dios por haber permitido que Inglaterra, gracias á las brechas abiertas á su veneno, abriese caminos al Evangelio en el imperio chino. El americano Ricardo Hildreth, que cita el hecho, añade: «Ni las cartas de los misioneros jesuítas ni la historia de sus misiones me han proporcionado nada comparable con esta muestra del celo protestante.»

Pero, ingleses ó americanos, los *clergymen* se presentaban á los japoneses como enviados de una religión nueva, optimista, práctica, acomodada á las transformaciones del mundo moderno, individualista y á propósito para que cada pueblo pudiese adaptarla á sus conveniencias y á sus fantasías. Su aplomo de anglosajones y su aparato científico ayudaron también á sus primeros éxitos. Muchos de aquellos pastores eran hombres distinguidos, profesores, historiadores, médicos, naturalistas, y sus capillas te-

nían luces de laboratorios. Los japoneses, encantados de que se dirigieran á su razón, se apresuraron á hojear la biblia y pensaron en una iglesia nacional que restituyera al cristianismo su ingenuidad galilea y que hasta nos enseñara á poner en claro mejor que lo hacemos las pequeñas dificultades de nuestra teología. Pero se



Interior del templo de Asakusa

produjo el curioso fenómeno de que el protestantismo, entre las manos paganas de aquellos recién nacidos á la reforma, llegó de un golpe al último grado de su evolución: al racionalismo. En 1893 se decidió, en una asamblea de presbiterianos de Tokío, que las dudas que pudieran tener sobre la divinidad de Jesucristo no impidieran á los pastores escrupulosos permanecer en sus cargos; pues, decían, «si se exigiera la fe en la divinidad de Jesús, un gran número de ministros tendrían que abandonar sus cátedras.» Ocurrió en el Japón con la religión protestante como con el par-

lamentarismo, que pasó en un día del verdor á la madurez y á la corrupción. El japonés se acuesta protestante y se levanta racionalista; y yo me felicitaría de ello si tuviera confianza en una razón tan prontamente emancipada.

Por otra parte, de todas las tendencias europeas sólo la irreligión de nuestros descreídos satisface plenamente á los advenedizos y á los nuevos dueños del país. Los misioneros han tropezado con las mismas objeciones en que se hacen fuertes nuestros librepensadores. El Japón no había cambiado casi nada desde el comienzo del siglo XVII; pero esta vez desembarcaron del mismo vapor, al mismo tiempo que los apóstoles, la *Biblia explicada á los capellanes del rey de Polonia* y la filosofía de Pablo Bert. «No siendo, en suma, la religión más que un resto de las edades bárbaras é incultas, no puede convenir á una época en que el entendimiento humano está en plena florescencia. Mientras un país permanece adicto á su religión, no puede aspirar á la civilización ni á la potencia ni á la riqueza. Los grandes países de Europa y de América han dominado los obstáculos del cristianismo y hay que felicitarlos por su valor. Francia y Suiza han prohibido al fin en sus escuelas toda enseñanza de moral religiosa...» ¿Quién dice esto? ¿Es un anticlerical parisiense? No; copio esas líneas de un artículo que apareció en 1898 en una revista japonesa que goza de autoridad en materia de educación. Y así como los compatriotas de ese articulista han creído de buena fe, por los ejemplos extranjeros, que bastaba que un hombre ahogase sus escrúpulos para convertirse en político, el espectáculo superficial del Occidente les convenció de que bastaba á una nación ahogar sus creencias religiosas para convertirse en un gran pueblo. Los japoneses de las clases altas no están lejos de profesar esas opiniones, y los hombres del gobierno empiezan á englobar en el mismo desdén al cristianismo y al budismo. Las doctrinas de desinterés les estorban, y en la parte intelectual se extingue un poco todos los días la vida íntima de la raza. Encuentro bien, á pesar de su rudeza, el proverbio de los pescadores rusos ó griegos, según el cual el pescado se pudre siempre por la cabeza.

El pueblo, ese depósito de abnegación y de piedad, no parece haber sufrido mucho todavía el poder desecante de las ideas antireligiosas. Como los japoneses no han padecido nunca el fanatismo clerical, no padecerán acaso el otro, que es más mortal toda-

vía. Pero si sus dueños tuvieran la imprudencia de arrancarlos al culto de los antepasados y arruinasen la «simpatía» búdica, habría que temerlo todo de ese pueblo que no ha tenido más disciplina moral que su melancolía y sus tradiciones. Por fortuna, la religión de los abuelos, en la que han concordado los esfuerzos del budismo y del sintoísmo, persiste en el corazón de la multitud con una increíble vitalidad.

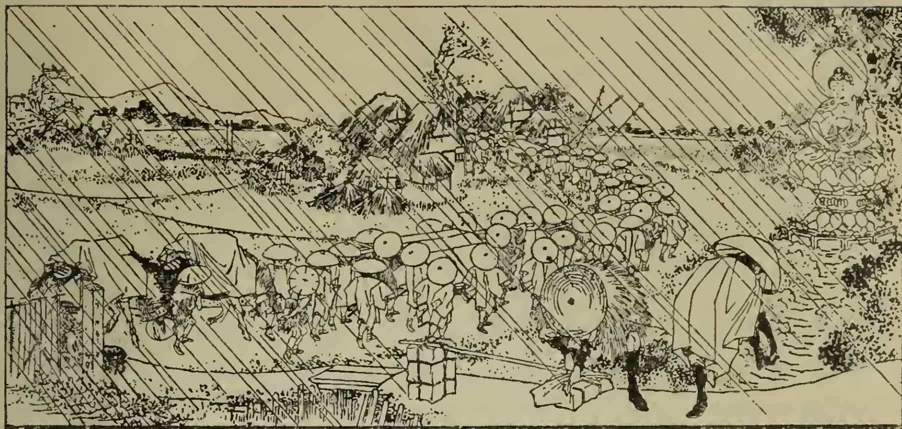
Cuando estaba yo en Tokío, ocurrió en una aldea del Oeste un hecho que me refirió un testigo y que prueba, no sólo que en materia de religión son fáciles las divergencias entre europeos y japoneses, sino también hasta qué punto el pueblo sigue respetando á los muertos.

Dos «diaconesas» inglesas fueron á catequizar la aldea y, según su costumbre, pensaron que un poco de dinero bien distribuído allanaría á su palabra el camino de las almas. De este modo encontraron una pobre muchacha, huérfana y llena de deudas, que, mediante diez francos al mes, se dejó tocar por la gracia. Las dos damas la bautizaron, cantaron salmos y pasearon su conquista de púlpito en púlpito. Pero un día descubrieron en un rincón de la casa de la conversa las tabletas funerarias de sus padres, esas tabletas sagradas, de las que no había tenido valor de deshacerse como último y supremo objeto de su idolatría. Las protestantes inglesas no tienen la culpable tolerancia de los jesuítas y notificaron á su catecúmena que si no desaparecían de su casa aquellas tabletas diabólicas, le suprimirían la renta mensual. Sin embargo, le dieron á elegir entre enterrarlas ó arrojarlas al río, y la muchacha, que contaba con la renta para pagar sus deudas, consintió en el sacrificio. Llegada la noche, se introdujo en un campo y empezó á cavar un agujero; pero, dominada por el terror, abandonó su obra y echó á correr hacia el torrente, en el que, con los ojos cerrados, arrojó las almas de sus padres. Alguien la vió; la aldea conoció la profanación, y así como nadie había encontrado mal que se hubiese hecho cristiana, todo el mundo huyó de ella desde entonces y hasta los niños evitaron el contacto con la réproba. A todo esto, las dos protestantes, cansadas de predicar en desierto, dijeron á su conversa: «Vamos á marcharnos, y ahora que es usted enteramente cristiana, comprenderá que reservemos nuestros escasos recursos para el progreso de nuestra obra.» La muchacha se quedó aterrada y explicó á aquellas señoras su situación y

que no teniendo más que su cuerpo para pagar las deudas, se vería, sin duda, obligada á venderlo. Las inglesas protestaron con horror, como si el demonio de la lujuria las hubiese asaltado: «¡Váyase de aquí, naturaleza abominable, joven perdida!» La pobre muchacha sonrió, saludó hasta el suelo y se fué derecha á la casa de mujeres; pero, aunque era linda, no quisieron recibirla, pues se sabía su crimen y todos los hombres hubieran desertado de la hostería de amor si aquella niña sacrílega pasaba sus umbrales. La infeliz tuvo que marcharse al Yoshiwara de una ciudad lejana, temerosa todavía de que alguno de su país la reconozca...



Grupo alegórico, dibujo de Okomura Massanobu



Procesión y adoración ante un Buda, dibujo japonés

LIBRO QUINTO

LA IMAGINACIÓN

CAPÍTULO I

Del realismo á la fantasía

Un día en que estaba visitando el castillo de Nagoya, un antiguo samurai me hizo ver en una de las salas bajas un pozo de rústico brocal, y me dijo que los antiguos dueños habían revestido las paredes de aquel pozo de una capa de oro por respeto á sus saludables aguas. Traté de observar en la sombra aquella riqueza invisible y me quedé admirado al ver el fausto inesperado que los japoneses emplean para una idea sencilla y, sobre todo, el cuidado que ponen en esconderle á los ojos para imponer mejor á la mente.

Otro día, en que iba viajando de Tokío á Nara, mis compañeros me enseñaron las laderas de Uji, donde en otro tiempo se recolectaba el te del emperador. Aquel te no tenía aroma ni sabor especiales, pero se cogían con solemnidad sus hojas más tiernas,

se multiplicaba el número de los oficiales encargados de llevarlas á palacio, se ponderaba su sencillez natural con dispendiosa pompa y se hacía de él un brebaje inapreciable y raro, un elixir de nobleza, un deleite para el pensamiento.

¡Qué extraño pueblo el japonés! Su vida es una perpetua mezcla de ostentación y de reserva, de elegancia discreta y de ceremoniosa bufonada. En otro tiempo sus caballeros de alta clase iban acompañados de dos palafreneros, para indicar que dos hombres podían apenas contener el ardor de su caballo. Y aquellos mismos caballeros, tan ardientes en las apariencias, sabían ahogar su lujo bajo un exterior de medianía. Los actos más ordinarios toman en ellos una importancia sacramental. Se ingenian por realzar con un prestigio magnífico lo que no tiene valor, y ocultan la verdadera riqueza. Pero se sabe que existe. No les basta su realidad; quieren que sea imaginaria y el cuidado con que la disimulan no es más que un subterfugio para aumentarla con una estimación fantástica. No hay pueblo en que más ocupe la escena la imaginación. Bien que sean sin parecer, bien que parezcan sin ser, los japoneses se esfuerzan constantemente por embellecer su imagen en el pensamiento de los demás.

Pero esa fantasía, que dió en otro tiempo á aquella sociedad su etiqueta, su énfasis, su grandeza terrorífica y su misteriosa sencillez; esa fantasía que nos acecha en el umbral de sus casas, nos distrae en la sombra de sus santuarios, brilla en su escultura, sonríe en su pintura y se dilata en sus leyendas; esa fantasía, reina y dueña de la vida japonesa, tiene no sé qué rasgos inmutables en su diversidad, ni qué pliegues rígidos en su exuberancia. Las ideas europeas penetraron en el Japón como por una bóveda de estalactitas preciosas y raras, caprichos seculares de un pueblo en el que todo lo que sorprende es razón y todo lo que brilla verdad, y cuyos modos cambiantes no son más que coloraciones fugitivas. La imaginación japonesa, como el agua que se cristaliza, parece obedecer á formas geométricas. Tratar de fijar sus caracteres es adelantar en el conocimiento de aquellas almas que han hecho de la loca de la casa su educadora, su consoladora, la intendente de sus placeres y la tesorera de sus virtudes.

La imaginación japonesa me choca ante todo por su impersonalidad. En parte alguna está marcada más profundamente la in-

fluencia búdica que en sus concepciones artísticas y literarias. El individuo no acusa nunca en ellas una visión original de la naturaleza ó de la humanidad. Todos los japoneses miran con los mismos ojos, reciben las mismas impresiones del mundo externo, matizan sus sentimientos con los mismos tintes y consideran la



Lección de escritura

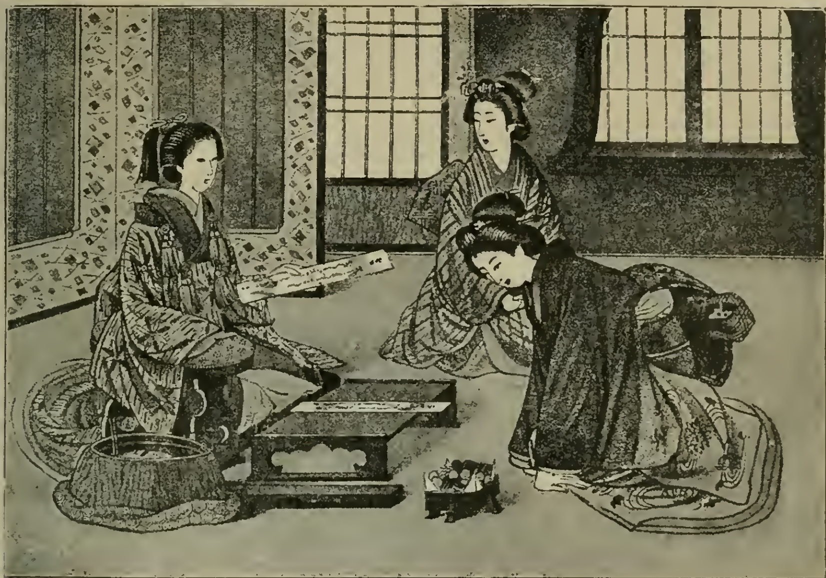
vida por el mismo lado. Desde el adolescente que empieza su primer ejercicio de estilo, hasta el escritor maduro que publica sus trabajos en una gran revista, todos trabajan con el mismo acopio de sensaciones, de imágenes y de ideas, y sólo difieren en la elegancia de las combinaciones.

El ministro de Instrucción pública en aquel entonces, el amable marqués Saionji, me envió cierto número de ejercicios de alumnos, muchachos y muchachas, y las primeras traducciones que me dió mi secretario me sorprendieron hasta el punto de hacerme dudar de la buena fe de los maestros, pues no estaba yo acostum-

brado á encontrar en los niños un sentido tan delicado de la naturaleza ni una elección tan dichosa de detalles. Un chico de diez años tenía que tratar de *La nieve en la mañana*, y escribía: «Los árboles desnudos han florecido durante la noche. El mundo plateado reluce. Los perros gozosos, libres por el patio, caracolean y se revuelcan por la nieve, y yo salgo subido en unos zancos de bambú.» Otro, de más edad, hablaba del salir de la luna por el monte Obasute. «La luna es melancólica, decía, y recuerda á los viajeros su jardín desierto y su casa lejana. Se puede dormir á su fresca luz, que crece y mengua como el símbolo de nuestra vida. Y, sin embargo, el emperador Godaigo, proscrito y fugitivo, exclamó cuando la vió irradiar sobre los mares: «La luna no tiene corazón.» Una niña de doce años comparaba al monte Fuji con un abanico medio abierto y colgado de la bóveda celeste por el mango. Una de sus compañeras pintaba así la llegada de la primavera: «El cielo matutino se vela con una ligera bruma del color de las flores del melocotonero. Los pájaros cantan, y ya los saucès, casados con las flores, ciñen la ciudad con un brocado de oro.» Hubiera creído que el profesor había retocado esos ejercicios si periódicos, poesías, cuentos, canciones y mis conversaciones con los japoneses no me hubieran hecho oir á cada momento las mismas reminiscencias y las mismas metáforas. Los niños nacen con el instinto de esas imágenes y durante toda su vida alojan sus pensamientos y sus sueños en esos nidos ingeniosos y definitivos, á los que apenas añaden las generaciones algunos brillantes hilos de seda.

Conocíamos á una señora japonesa que nos acompañó con frecuencia en nuestros paseos. Al día siguiente de haber visitado el parque de Uyeno, nos envió una poesía en un papel morado que correspondía á aquel mes del año: «Es encantador, decía, pasar una y otra vez por debajo de los árboles perfumados de una tierra extranjera; pero, con todo, querría uno saber si la primavera de la patria no ha perdido todavía sus flores.» Algún tiempo después leí en una antología japonesa el *Relato de Ise*. Era Ise una grande y honrada dama, que vivía en el siglo IX, en la corte del emperador Uda, que la amaba por su dulce fisonomía y por sus hermosos versos. Cuando el emperador, cansado del amor y del trono, se retiró á una soledad búdica, ella se encerró en su casa y nunca más volvió á pasear sino á través de sus recuerdos. Ahora bien: el emperador Daigo quiso un día obtener de Ise que hiciese una

poesía en un biombo que representaba unos búfalos tirando de un carro por un sendero de cerezos en flor. El monarca le envió el más galante señor de su corte, y la noble reclusa, sorprendida y encantada, trazó con su admirable escritura, al pie del dibujo que le recordaba los esplendores imperiales de su juventud: «Quisiera



Poetisa de circunstancias ensayando una poesía

encontrar alguien que viniese de ver los cerezos en flor de mi tierra natal, para preguntarle si se han caído las flores.» Hace más de diez siglos que la pobre Ise reposa en el seno del nirvana, pero las damas japonesas que no han conocido al emperador Uda y que toman ferrocarriles y tranvías para ir á festejar las maravillas primaverales en las peregrinaciones de los cerezos, de los lirios ó de los crisantemos, sienten y piensan como ellas, experimentan su melancolía y la modulan naturalmente con la misma música.

El Japón es la tierra de los reflejos, de los ecos y de las palabras deshеladas. En cada estación, los versos de los poetas antiguos, sus lindas frases y sus finas ocurrencias se funden, se animan, revolotean y susurran en todos los labios. Las flores, los pájaros, la luna, la magnífica tristeza del otoño, los pinos que se miran en las ondas, las hojas que caen en la nieve «como letras

chinas en un papel blanco,» el paso por los aires de los gansos silvestres en las noches claras, la brevedad de la vida: tales son los asuntos eternos con que los poetas del Japón procuran huir de la originalidad. Nunca concibieron que se pueda cantar el sol poniente ó las estrellas; jamás un enamorado llevó la independencia hasta celebrar en verso los ojos de su amada.

La pintura misma, único arte que allí ha hecho alguna evolución, no escapa al escollo de los lugares comunes, que se han convertido en leyes imprescriptibles. El pino no va casi nunca sin la cigüeña, ni el bambú sin el gorrión, ni los ciruelos sin la luna. La Escuela de Bellas Artes de Tokío me dejó estupefacto. Los muchachos, puestos silenciosamente en cuclillas ó echados en sus tatami, estaban calcando con religioso cuidado kakemonos antiguos; y el profesor, uno de los pintores más reputados del Japón moderno, acababa de exponer á la admiración de los conocedores un tigre que, de la cola á los bigotes, era la reproducción exacta de un tigre famoso del siglo pasado. Así fué que ya no dudé más de la sinceridad de los profesores de colegio cuando me ofrecían algunas veces acuarelas de sus discípulos, cuya fantástica precocidad me hubiera de otro modo desconcertado. Ni encontré ya asombroso que un simple aldeano pudiera percibir la finura de una pincelada ó el sutil encanto de una aliteración. Los japoneses no son fáciles y diversos más que en la superficie; pero, por poco que se prense al individuo, se toca en seguida el fondo inmóvil y resistente de la raza.

Esa raza, cuyo arte carece de genio, como su urbanidad de iniciativa, debe su imaginación impersonal no sólo á su pobreza filosófica, que le prohibe los grandes espacios, y á su educación búdica, que esteriliza la vivacidad espontánea de la planta humana, sino también á la influencia de los caracteres chinos, tan considerable en la lengua japonesa. Esos caracteres, que pretenden ser ideográficos, expresan mucho menos la idea fecunda, ágil, viviente y de relaciones infinitas, que figuran el objeto inerte, inmutable, limitado y muerto. El entendimiento no puede extender ni depurar su significación material. No representan más que sensaciones ni despiertan más que ideas concretas y demasiado limitadas para desenvolverse libremente. Los escolares que están aprendiendo hasta los quince ó diez y seis años á trazar con su pincel los gruesos y los perfiles de esos caracteres, además de que cansan la

memoria, contraen la costumbre de sujetar el pensamiento á moldes estrechos y fijos. Son esclavos de sus palabras, mientras que las nuestras son para nosotros dóciles y rápidas servidoras. Cuando yo veía á aquellos adolescentes, con el codo en el aire y el pincel vertical, dibujar esos signos cabalísticos, me parecía que estaban construyendo cuidadosamente jaulas para marchitar y anquilosar las ideas. Su caligrafía es un arte como el dibujo y la pintura, y se comprende que una página bien escrita valga para ellos tanto como un cuadro, puesto que la escritura habla á la imaginación, pero siempre de los mismos objetos y en la misma forma. Un japonés me enseñó un día dos caracteres, uno de los cuales representaba el gusano de luz y el otro la nieve. Reunidos, significaban «ardor por el estudio.» No hay que asombrarse: dos estudiantes chinos vivían en otro tiempo en la mayor pobreza y desnudez. El primero encerraba gusanos de luz en un saco de papel y estudiaba con aquel alumbrado; el segundo meditaba los clásicos al resplandor de la nieve amontonada en su ventana. Una lengua cuyas etimologías son emblemas y cuyos signos son acertijos determina invariablemente en los que la poseen imágenes inflexibles y los hunde en una especie de fetichismo intelectual en el que muere toda invención.



Escultor y dibujante japoneses, dibujo de Hokusai

No negaré, por otra parte, que la ausencia de individualidad de la fantasía japonesa puede hacérnosla más agradable, más accesible, más hospitalaria. Ese mundo cerrado de vibraciones luminosas y sonoras que se transmiten de edad en edad sin perder nada de su frescura ni de su brillo, reparte á todos sus hijos una difusión de gracia involuntaria y de poesía inconsciente que hace

maravillarse y gozar al extranjero. Todo el Japón se refleja en cada una de sus almas. En un japonés que nos acoge, la raza entera nos saluda, nos sonríe y nos proporciona sorpresas hereditarias. Su imaginación tiene la constancia de los vientos alisios, y sus invenciones y artificios la regularidad de los fenómenos naturales; y no se cansa de ellos más que de la naturaleza misma que la inspira directamente.



Objeto decorativo japonés

Como observadores escrupulosos, los japoneses han conservado la encantadora ingeniosidad que dan los campos, los bosques y las ondas á los que viven de su espectáculo. Su lengua, tan miserable en abstracciones, es de una riqueza asombrosa en locuciones realistas é irreflexivas. Las onomatopeyas son abundantes y ellos las combinan y las gradúan como hombres cuyo oído está acostumbrado á notar el valor de los ruidos. Dicen, hablando de los terremotos: «El *gishi-gishi* no es peligroso, pero hay que huir del *gara-gara*.» Se sirven de las palabras dobles para expresar la prisa ó la diversidad. Sus términos compuestos no son á veces más que una abreviatura de una impresión fuerte: *Tasogare*, «¿quién es esta persona?,» designa el crepúsculo, la hora borrosa en que no se conocen las caras. La enredadera se llama *Asagao*, «cara de la mañana.» Ese pueblo de coloristas no ha concebido la idea abstracta de los colores y les ha dado nombre tomándolo de las plantas, de los animales y de los objetos. El verde se llama color de hierba, el morado color de glicina, el gris color de ratón, el azul color de cielo, el rosa color de melocotón. Las costumbres, actitudes y sentimientos se expresan casi siempre por comparaciones con la naturaleza. La persona cuyo modo de andar es descuidado, anda como «un sauce llorón,» es decir, con esa especie de cansancio y de languidez con que las ramas del sauce undulan al soplo de la brisa. El orador fecundo habla «como se desliza el agua por una tabla inclinada.» El que

está desorientado parece «un mono que se cae de un árbol sacudido por los vientos.» El que cae en la miseria es «un faisán en un campo quemado.» «La palabra del shogun, dice un antiguo proverbio, es como el sudor; una vez salida, no vuelve á entrar.» La palabra y la estampa, todo nos impone la sensación de la realidad y de una realidad familiar. Por uno de esos contrastes de que está tejida la vida japonesa, la lengua japonesa desciende á las mayores crudezas y vela al mismo tiempo púdicamente las ideas en que nosotros no tememos la franqueza del vocablo. La concubina no es más que la *sobame*, «la mujer á un lado,» ó la *mekake*, «aquella en quien se han puesto los ojos.» Pero la vaguedad de la expresión está corregida por el gesto y, si así puede decirse, por el movimiento de los cuerpos.



Flores decorativas, dibujo de Hohitzú

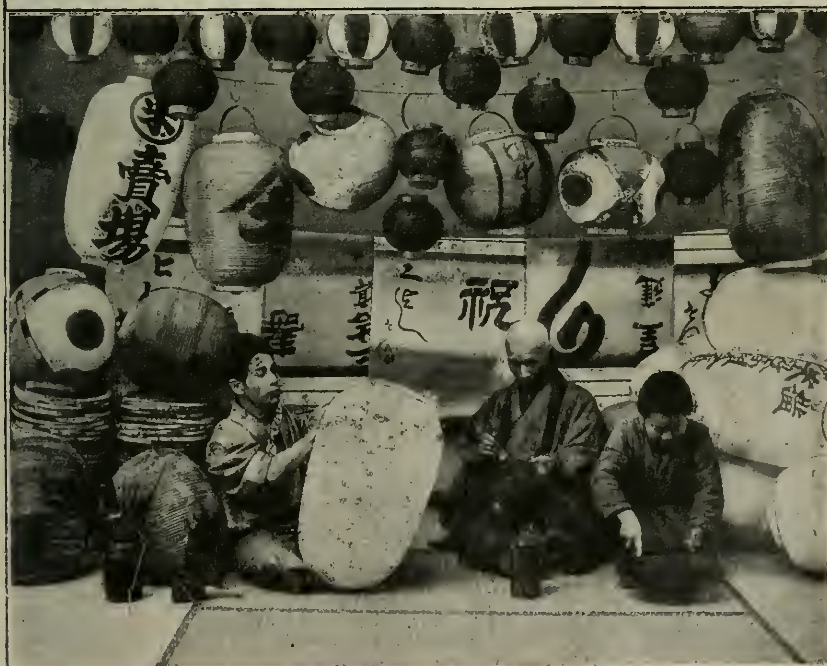
Ese movimiento y ese gesto han sido cogidos maravillosamente por los artistas japoneses aun en objetos que nos parecen desprovistos de ellos. Han sido acaso los primeros en comprender que la simetría deforma y falsea á la naturaleza, y mientras ese procedimiento nos proporcionaba un medio más cómodo de satisfacernos y nuestra mente modelaba de nuevo la creación á las justas correspondencias del organismo humano, ellos buscaban y descubrían la verdadera armonía del mundo exterior en sus apariencias irregulares. Las montañas, los acantilados, las rocas, los troncos de árbol toman con su pincel una animación extraordinaria. Las siluetas se destacan con un atrevimiento que indica en el dibujante, no sólo el cuidado de la exactitud, sino la conciencia de que la figura de las cosas da testimonio de su voluntad misteriosa. Los jardineros, que son á su modo pintores y poetas, hacen uso de la piedra lo

mismo que de la planta, pero la escogen tallada y esculpida por el agua de los torrentes ó por el fuego subterráneo. El Japón es el paraíso volcánico de las piedras, que hablan, hacen milagros, saludan á los discípulos del Buda y hasta se cita una á la que el emperador Ojin, augustamente borracho, golpeó con su cetro y que huyó espantada ante aquella majestad que daba traspiés. Se las ama, se venera la extrañeza de su forma y la belleza de sus cortes. Lo mismo sucede con los montículos, con las sinuosidades de una ribera, con los senderos en que se retuercen las raíces viejas. El pintor expresa y el jardinero ordena su fisonomía jeroglífica, viviente y casi movible, tan inestable nos parece el juego de sus caprichos.

Así como han observado las fases constantes de la naturaleza, los japoneses han estudiado las plantas y las flores. Algunos botánicos europeos admiran la verdad científica de sus bocetos. Más enamorados de las líneas que de los colores, indican con trazo seguro el largo del tallo, el brote de la corola, la separación de las hojas y la mímica de las ramas. Se ha hecho mucho ruido respecto de sus ramos. El inglés Conder y otros después han dedicado largos estudios á los métodos japoneses de arreglar las flores, lo que hizo decir á un japonés amigo mío que llegaría, sin duda, un día en que los profesores de su país compondrían doctas tesis sobre la manera que tienen nuestras obreras de anudarse las cintas en los cabellos. Pero, aunque la novelería extranjera justifique esta irónica comparación, ello es que las tres ramas de que se compone el ramillete japonés revelan con sus curvas y sus elegantes torsiones la experiencia de toda la gracia con que la naturaleza puede formar un simple ramo.

Si el árbol ó la rama están apolillados, ese trabajo de los infinitamente pequeños seduce á la fantasía japonesa y se convierte para ella en objeto de ornamentación. He visto estuches antiguos en los que las tiras de seda, bordada ó pintada, representaban madera vieja agujereada por los insectos. Y el artista había rivalizado en paciencia con esos imperceptibles roedores. Desde la oruga hasta la mariposa, desde la obscura hormiga hasta el escarabajo de oro, todos los insectos han encontrado en el Japón pintores enamorados de su fragilidad y de su efímero brillo. Los pinceles mojados en tinta china saben lo que vale un rayo de sol en la coyuntura de una pata de saltamontes ó en el ala de una libélula.





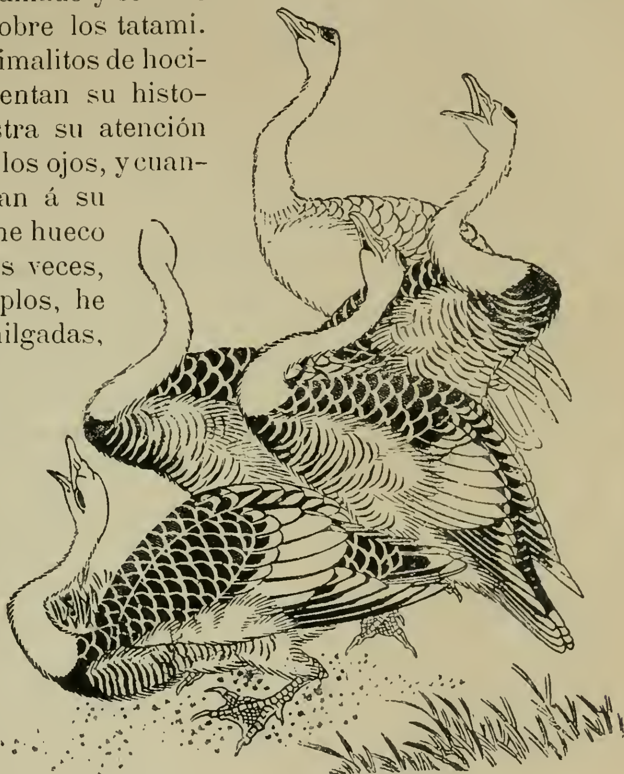
TIENDAS DE FAROLES DE PAPEL Ó «CHOCHINYA»

Los grillos y las cigarras ocupan tal lugar en la vida estética de los japoneses, que se hace de ellos un comercio y se les construyen jaulitas doradas. Antiguamente, los grandes señores organizaban cacerías de insectos, por la noche, á la luz de unos faroles. Los poetas han observado su música, más clara y más penetrante en el silencio del crepúsculo. El uno suena como una campanilla; el otro canta como un pájaro. Este salmodia el *kio* de los sacerdotes budistas y aquél produce sonidos tan tenues y puros, que si una perla de rocío fuese de cristal sonoro, no podría resonar más dulcemente. Se despiertan con la primavera ó cuando el trébol cambia de color; llenan el otoño con su aguda tristeza y sus gritos penetran en el alma, por la noche, á la luz de la luna.

Sus enemigos, los pájaros, tienen también voces que todos los corazones entienden: testigo el cuervo, cuyos graznidos parecen repetir la palabra de amor, *ka-ai*, *ka-ai*. Pero lo que el pintor japonés percibe y fija para siempre en sus bandas de seda ó en sus largas hojas de papel es la celeridad de su vuelo, el comienzo de su impulso, la atrevida punta de su pico, la ligera y movible tenacidad de sus patas. Deja al bordador, al esmaltador ó al escultor el cuidado de copiar el abigarramiento de su plumaje. Los coloristas triunfan en porcelanas y tabiques, y los templos búdicos son á veces prodigiosos museos de ornitología, en los que todas las especies de pájaros parecen expuestos á la naturaleza como ejemplares hieráticos de su propio esplendor. La imitación es llevada en esto hasta el servilismo. El ideal de los escultores japoneses es engañarnos como Zeuxis con sus gorriones. Sus animales familiares nos siguen con los ojos y nos provocan. Los monos, en cuclillas, se rascan con una pata el velludo muslo y blanden en la otra grandes nueces. ¡Os apuntan! ¡Bajad la cabeza! Hay en Nikko, encima de la puerta de un templo, un gato blanco con el lomo negro, que está en acecho y guiña el ojo. Se dice que los ratones le tienen tal miedo, que jamás se atreven á entrar en aquel recinto sagrado.

Los japoneses no se han limitado á reproducir la postura y el color del animal, sino que han conocido sus costumbres y traducido sus movimientos en palabras y en pensamientos. Sus fábulas y, sobre todo, los sermones populares de los bonzos están llenos de rasgos que recuerdan á La Fontaine cuando éste ha hecho observaciones bastante directas de los animales para que su pluma ó su piel no sean unos divertidos disfraces. Los ratones han ido á

orar á la misericordiosa Kwannon porque el dueño de la casa que explotaban tranquilamente ha introducido en ella un gato. Al bajar los escalones del templo se encuentran á un viejo y sabio sapo, gran dador de buenos consejos y que, como los japoneses obsequiosos, saluda arrodillado y con las manos extendidas sobre los tatami. Mientras aquellos animalitos de hocico puntiagudo le cuentan su historia, el sapo les muestra su atención abriendo y cerrando los ojos, y cuando los ratones apelan á su experiencia, él se pone hueco é hinchado. ¡Cuántas veces, recorriendo los templos, he visto señoritas remilgadas, enharinadas y vestidas con kimonos claros, consultar en el umbral de su chiribitil á un bonzo viejo, de túnica obscura, que levantaba y bajaba gravemente los párpados y aspiraba los elogios hasta hincharse!.. Ratones ó damas, bonzo ó sapo, no distingo ya en mis recuerdos entre aquellos personajes, y desde que asistí al desfile de un antiguo cortejo señorial creo que los humoristas japoneses tomaron del natural sus procesiones danzantes de insectos acorazados de laca, empenachados de antenas, cargados con largos dardos y erizados de picas.



Patos silvestres, dibujo de Hokusai

Ese mismo realismo se encuentra en los bocetos, ilustraciones y caricaturas en que el artista estudia los movimientos del hombre. El famoso Hokusai, más famoso en Europa que en el Japón, no ha sido un innovador, y si nosotros le preferimos á sus prede-

cesores y á sus rivales por la variedad de sus obras, en las que cada pincelada tiene la precisión de un documento, sus compatriotas no elogian en él más que un discípulo admirable de los grandes maestros. Los dibujantes japoneses nos han mostrado toda la nobleza y todas las deformidades que pueden imprimir á la máquina humana los sentimientos y las costumbres: la elegancia del samurai, hábil mezcla de tiesura y de ligereza felina, la gracia borrosa de la mujer, el énfasis harapiento del ronin, la actitud inclinada y lamentable del campesino, la pelea cuerpo á cuerpo de los luchadores enormes y repletos. Y ese gusto realista está tan fuertemente arraigado en la raza, que desde las primeras manifestaciones del arte, en el siglo xi, el pintor Kawanari expuso en su puerta una pintura de cadáver cuya terrible verdad ponía en fuga á sus amigos. La imitación de la naturaleza, aun indecente, iba en otro tiempo hasta á dar un sexo á las muñecas de los niños, esas muñecas artísticas que representan los emperadores, las emperatrices, los héroes y las bailarinas célebres.

Los escultores y tallistas chinos escaparon á la tiranía del convencionalismo chino, si no en las imágenes de los Budas, al menos en las figuritas de los personajes y de los dioses familiares. Nunca los artistas europeos han hecho expresar á un pedazo de madera una vida tan intensa con un modelado tan exacto ni una perfección tan preciosa como lo han hecho los japoneses cincelando sus samurai de anchas mangas y sus bonzos en oración. El dios de la Dicha acurrucado encima de dos grandes sacos dorados, el buen dios Daikokuten, con su cabeza en forma de calabaza hundida entre los hombros y con su perilla acariciando la joroba de la panza, me parece que encarnan á la humanidad burlona y que se regocija con las comilonas gratis. ¡Qué ansia de apetitosa carne en aquellos gruesos labios! Sus narices olfatean el olorcillo de los cántaros de sake. Sus ojos nos espían, nos atrapan y se burlan de nosotros. Es á la vez Sileno y Sancho Panza. He debido encontrarle en carne y hueso en algún figón ó en alguna taberna, si no ha sido al volver una página de Rabelais.

Asimismo la literatura y la conversación populares evocan á cada instante figuras y perfiles en los que la limpieza del contorno y el vigor de los rasgos ponen de relieve el detalle inolvidable: «Esta vieja, con el trasero doblado en dos y que parece una ciruela pasa, menea los ojos, la nariz, la barbilla y toda la cara cuan-

do quiere comer un bocado de arroz.» «¡Ved esta Hana, la recién casada, con sus mangas que cuelgan y bullen y su boca finamente redondeada!» Con frecuencia se añade el color al gesto y la frase iluminada toma los tonos interesantes de una estampa de Callot: «La vieja bruja dice que quiere morir, pero no es verdad; es que ha hecho cocer y recocer tanto al fuego de su bestialidad su deseo de vivir, que ya no le queda nada.» Habrá proverbio que nos pondrá ante los ojos, con su carácter pintoresco y casi castellano, el orgullo rapado del Japón feudal. Los samurai más pobres disimulan orgullosamente su miseria y aunque se mueran de hambre aparentan haber comido bien. Por eso dicen que «el samurai que no ha comido nos mira con altivez y se monda los dientes.»



Gatos cantores y tocador de shamishen, dibujo de Kuniyoshi

Sin embargo, sería desconocer la imaginación japonesa el circunscribirla á los límites del realismo. Ningún pueblo ha atribuído más importancia á las caprichosas bellezas de la naturaleza ni las ha contemplado más de cerca; pero ningún pueblo ha disfrutado tanto como él del encanto silencioso del recogimiento y del sueño. Ese estado de semisomnolencia en el que el espíritu se adelanta al despertar de los párpados y en el que la realidad llega á confundirse con los confines de lo ideal, es el dominio reservado y, por decirlo así, el santuario de la imaginación japonesa, que trabaja en esencias y en tipos y eterniza la sensación al despojarla de todo lo que tiene de accidental. Los mejores artistas no dibujan ni pintan más que de memoria y precisamente los encuentro incomparables en los asuntos cuya gracia instantánea queda inmovilizada solamente por el recuerdo, como el coletazo rápido de un pez debajo del agua, el vuelo de un pájaro que atraviesa la claridad lunar, una pata de cigüeña iluminada por un resplandor fugitivo, el estremecimiento de las hojas de bambú al soplo de la brisa. Son cosas

insignificantes, pero mientras la brisa agite las hojas, y las cigüeñas anden al sol, y la grulla viaje en las noches plateadas, y el pez vague en la transparencia de las ondas, los reconoceremos en esas nimiedades distintivas é inmortales.

El ser y el objeto no nos chocan más que por los rasgos generales de su tipo y los detalles individuales no tienen valor sino cuando caracterizan el género. Lafcadio Hearn ha escrito una de sus más lindas páginas sobre la representación de las figuras humanas en el arte japonés, y allí donde nosotros no queremos ver más que simulacros convencionales sin representación facial, él descubre tipos marcados con fuerza extraordinaria. El tocado y el vestido determinan la edad y la clase social; la ausencia de cejas indica la viuda ó la esposa; un mechón de cabello caído por la frente muestra la inquietud ó el dolor. Las líneas puras y lisas de la cara y del cuello pertenecen á la juventud. En la madurez, los músculos de la fisonomía empiezan á sobresalir. En los viejos, el artista indica la contracción de los tejidos y las facciones modificadas por la falta de los dientes. Jamás nos repugna la vejez por su aspecto de astucia endurecida, de envidia ó de avaricia, pues tiene siempre una resignación benévola y una franca dulzura, así como los adolescentes respiran siempre la delicadeza y la timidez. La imagen no está hecha con arreglo á un modelo, sino que expresa una ley biológica. Ligeras diferencias en la posición de las cinco ó seis pinceladas esenciales bastan para expresar el carácter de simpatía ó de antipatía. Recordando que los japoneses han tenido que disfrazar durante siglos sus sentimientos personales con una sonrisa impasible, se comprende la verdad de esos personajes abstractos.

Se comprenderá también que un arte que desprecia lo individual para no tener en cuenta más que lo general, se agote á la larga, se anemie y degenere en estériles repeticiones. Guardando todas las proporciones, la pintura típica de los japoneses nos presenta hoy los mismos síntomas de irremediable decadencia que en otro tiempo la tragedia de los imitadores impenitentes de Racine. Pero los japoneses consiguen aún darnos la impresión de la frescura, gracias á la impecable habilidad de sus pinceles.

Además, su exactitud envuelta en sueños, su ciencia de lo pintoresco aislado, sus convenciones y hasta sus defectos, como la ignorancia de la perspectiva, responden á las necesidades del arte

decorativo. Los japoneses han sido y siguen siendo notables decoradores. Se entra con ellos en un mundo imaginario y, sin embargo, real, en el que las rocas, las montañas, las plantas, los animales y las figuras humanas se idealizan en símbolos sin que por eso disminuya su belleza primitiva. Nunca he sentido más maravillosa impresión de naturaleza que en los palacios de Kioto en medio de las criptomerias, de los cerezos, de los crisantemos, de las cascadas y de los grandes pájaros pintados en un fondo de oro. Por los frisos calados circulaba el aire fresco de los jardines y á través de los delgados tabiques se oía el murmullo de los arroyuelos y los quejidos del viento en las ramas, y parecía que la naturaleza había invadido la morada imperial para mostrarse allí en su dulce y armoniosa fantasía, tal como la encontrarán los hombres algún día en el paraíso búdico.


Estudio de mujer, por Sukénobu

Allí es donde habría que oir y saborear la poesía japonesa, tan decorativa como la pintura y que no hace más que prolongar los decorados. Allí hubiera yo querido ver representar uno de esos *No*, cortas escenas heroicas, en las que el coro hace casi el mismo papel que en las tragedias griegas y cuyos versos son acaso lo más puro que ha producido la literatura japonesa: «¿Adónde van las nubes en la noche? Se oye á lo lejos el murmullo de la brisa nocturna. ¡Oh noche de otoño! ¡Qué admirable espectáculo! Ruedan perlas sobre las ondas y se ve el blanco rocío, como la Margarita del puente de Gojo, cuyas tablas resuenan á sus pasos...» Me he atrevido á traducir Margarita el nombre de una flor deslumbradora que era al mismo tiempo el de una mujer célebre por su belleza. El juego de

palabras queda así expresado y nada falta á la evocación de la noche brillante, ni aun la sonrisa de ese nombre de mujer que atraviesa su serenidad como un aleteo. Parece ser que esa ancha inspiración lírica es menos rara de lo que se cree en el budismo dramático de los *No*.

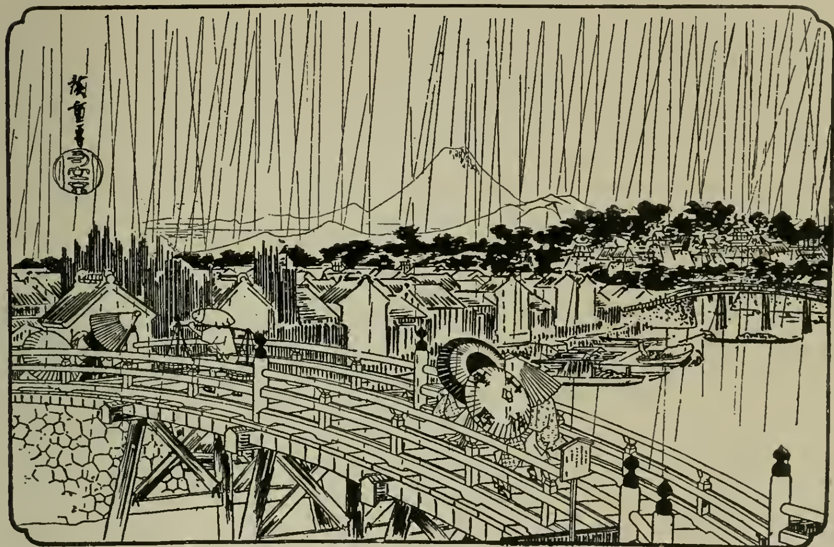
También salieron de esos palacios las poesías breves con que los japoneses estimulan su imaginación y que, á modo de un abanico al abrirse, hacen pasar ante nuestra vista un precioso paisaje. Su encanto es indescriptible cuando se ha vivido una hora tan sólo en las casas japonesas, navecillas inmóviles en el océano de las cosas y cuyas débiles paredes nos separan tan poco de la naturaleza, que sus mareas de ruidos, de perfumes y de luz vienen á romper en nuestros sueños. ¿De qué procede el poder sobre nuestros sentidos de una flor única de aroma expirante? ¿De dónde viene la magia de un verso? «El otoño y el estío se han encontrado en el camino del cielo y por un lado de ese camino ha soplado el viento fresco.» ¿Por qué esas palabras me penetran de un aliento más dulce que la brisa de la tarde? Y cuando el poeta me dice: «La onda del río está llena de hojas rojizas, y cuando una barca pasa de una orilla á otra, corta en dos esa alfombra de púrpura,» ¿por qué mi alma, llena de suntuosa melancolía, ve la barca y su estela negras como la noche y á los remeros más sombríos que la muerte?



Japoneses con quitasoles, dibujo de Hokusai

De este modo el artista japonés, libertado por el sueño de la tiranía de las apariencias, crea de nuevo el mundo externo y provoca sensaciones nuevas con una asombrosa sencillez de medios. Su versificación es tan pobre como su paleta y se parece al rocío que, siendo siempre del mismo color, matiza de mil maneras los follajes del otoño.

Pero ese artista pierde su aliento, se estrella en los escollos y zozobra en cuanto pierde de vista sus riberas familiares. Su ingenio, incapaz de abrazar vastos horizontes, busca la profundidad y se pierde en menudas sutilidades, busca la grandeza y cae en lo grotesco. Más preocupado por la manera que por la materia, menos deseoso de instruir á las almas que de sorprender á los sen-



Puente sobre el Sumida en Yedo, por Hiroshighé

tidos, tan orgulloso por sus instrumentos primitivos como un prestidigitador por la caja vacía de la que van á salir ramos y palomas, confunde la habilidad artística con el esfuerzo, la invención con la rareza. Poetas, pintores, escultores y jardineros se pierden en un laberinto de menudas abstracciones y á fuerza de acariciar las mismas imágenes las prolongan en alegorías. Cuando quieren que los jardines expresen la Fe, la Piedad, el Goce, la Castidad ó la Dicha conyugal, pienso sin querer en las quintas esencias gongorinas del *Roman de la Rose*.

De lo precioso á lo extravagante no hay más que un paso. La busca de lo bonito los conduce á la afición de lo grotesco, y aquellos admiradores de los troncos viejos y retorcidos adoran los monstruos. Animados por sus maestros los chinos, desplegaron en esto una extravagancia que tomaron á veces por majestad, y

no sólo convirtieron sus guerreros en gigantescos crustáceos, sino que se complacieron en desfigurar horriblemente la cara del hombre.

Los que no temen compararlos con los griegos deben recordar la espantosa y tranquila belleza de la Medusa y mirar con piedad sus máscaras furibundas y convulsivas cuyo silencioso aullido pretende inspirar espanto y sólo excita la risa. El infierno de la Edad media no ha inventado bestias más quiméricas que su fauna de dragones, de leones alados, de elefantes sin trompa, de tigres engallados, de tapires y de *Oni* cornudos con hocico de cocodrilo y tres ojos de halcón. Confieso, por otra parte, que han perfeccionado la pesadilla y que han hecho que se desvanezca su terror, como esos pájaros de las tinieblas que, sorprendidos y arrastrados al sol, se convierten en juguetes inofensivos en manos de los muchachos.

Hay que ir á Nikko. La imaginación artística del Japón ha acumulado sus esfuerzos en las vertientes donde yacen los grandes shogun. Admíranme aquí y allá innumerables templos sintoístas ó búdicos en medio de las criptomerias y delante de un torrente que llena el estrecho valle y ruge al pasar bajo un puente de laca encarnada. A lo lejos no se distingue más que el cinabrio y el oro de los achatados techos, y, cuando uno se aproxima, aquella multitud de sepulturas hace el efecto de un deslumbrador hormigueo. Tómese una corteza de árbol agujereada, dentada y desgarrada; dórense sus encajes y píntense sus asperezas con bermellón; tíñase cada agujero de un color vivo y se tendrá la fachada de aquellos templos tales como se perciben con los ojos entornados. Un paso de más se queda uno penetrado de todo el realismo del arte japonés. En los santuarios surge una naturaleza ideal en el sombrío espejo de las lacas y en el amarillo resplandor del oro; pero en todas partes, en los techos, donde un dragón de azuladas escamas mueve, como un inmenso pulpo, sus tentáculos y sus garras; en las puertas, defendidas por fauces escarlatas; en los muros, donde los leones gesticulan y los tigres se escapan en torbellinos de llamas, se ve un sobrenatural fantástico y una fantasía que no tiene más objeto que su propio contento, enlazados con la encantadora realidad ó con los tipos eternos. Hay allí no sé qué impotencia para concebir la unidad profunda. Aquellos tesoros, en

los que cada maravilla tiene una vida independiente y solitaria, llenan el corazón de tristeza.

¿Queréis darles un sentido? Subid la larga escalera de piedra que recorre la colina y lleva á los peregrinos á la tumba de Yeyasu. Su parapeto de granito está aterciopelado por el musgo de los bosques. Se aspira allí la frescura de los grandes árboles. Las pagodas se extinguen en el verdor. La desierta tumba es de una sencillez solemne; una grulla hierática puesta sobre una tortuga, piedras, sombra, silencio. ¡Qué dulzura! Habéis dado con la idea vivificante de la muerte: los templos que domina y todas sus riquezas no son más que un racimo de vanos esplendores suspendido de un sepulcro y salido de la nada.

CAPÍTULO II

Los teatros y las novelas

Véase, pues, esa imaginación japonesa que ejerce en nosotros el atractivo de un acuario en el que la naturaleza nada en el sueño. Esa imaginación baña con sus dulces fulgores toda la vida doméstica y social de aquel pueblo de artistas instruídos por la naturaleza, pero alternativamente sutiles como bizantinos y pueriles como bárbaros. No les pidáis que entonen cantos épicos ni que desarrollen frescos en los que se agite un mundo. Son impropios para los grandes asuntos, y fuera de sus *No*, el más largo de los cuales lo es tanto como una escena de tragedia, y de sus *Kiogen*, á los que puede servir de ejemplo la conocida pantomima de la artesa, no sé que hayan llevado á la perfección ningún género literario.

Pero los japoneses fueron en todos los tiempos amantes de leyendas y novelas. Si despreciaron á los actores, como nosotros, les entusiasmaron las representaciones dramáticas. Gustaron de las ficciones caballerescas, que eran el único alimento de su imaginación. Los príncipes y los daimios agregaban á sus familias cuentistas, varones ó hembras, á quienes hacían llamar en las noches de insomnio. Hoy todavía, en los campos, se reunen las personas por la noche en una sala donde se encienden tantas bujías como asistentes se presentan. Cada cual á su turno cuenta una historia y apaga una vela. Y como el espanto del auditorio va aumentando con la sombra, ocurre á veces que el último que habla se asusta á sí mismo y se queda con la boca abierta en medio de su relato.

Los teatros populares están dispuestos con una habilidad superior. El estrecho tablado que atraviesa al nivel de la escena toda la longitud de la platea, especie de puente, llamado «camino de flores,» por el que se adelantan y se alejan los principales perso-

najes, permite observar su venida y seguir su desaparición. La escena giratoria no tiene la brusquedad de nuestros cambios de decoración y facilita efectos de marcha que nosotros no podemos obtener. Se asiste á todas las etapas del crimen. El matador, cargado con la víctima, sale de la casa, llega al campo, se oculta detrás de un grupo de árboles, baja al río y arroja en él el cadáver. Estos cuadros se han sucedido insensiblemente, como en la vida. Y la sencillez misma de la casa japonesa, su sendero de guijarros



Grupo de cómicos del siglo XVIII, dibujo japones

planos, sus jardines minúsculos, sus cercados calados en forma de abanico, son tan fielmente reproducidos que se podría estudiar el Japón familiar sin moverse del teatro.

Siempre cuidadosos de la *mise en scène*, los japoneses necesitan una decoración hasta para sus ensueños y sus lecturas solitarias. La decoración de sus casas cambia según el mes, el día y el estado de su ánimo. Y así como saben cambiar la significación moral de una figura con un rasgo más ó menos inclinado, la forma de un ramo, el tono de un kakemono, la elección de un florero ó el color del papel bastan para transformar la armonía del cuadro en que se refleja su espíritu novelesco.

¿En qué trama han bordado? Sus innumerables leyendas búdicas, llenas de apariciones, de sueños y de voces lejanas y que siempre justifican la construcción de un templo ó la consagración de un lugar, se parecerían á nuestras leyendas cristianas sin la sequedad de su acento y la pobreza de su poesía. Dejemos también á un lado la literatura obscena que la tiranía de los Tokugawa

hizo brotar en el siglo XVIII y cuyas colecciones más ricas se encuentran en Londres.

He querido conocer ante todo las fábulas y los cuentos en que la infancia deletrea los rudimentos de lo maravilloso. ¡Qué provincia tan pequeña es nuestra humanidad! En el Japón, como entre nosotros, las hadas y los animales son los primeros educadores. El vascongado que acababa de desembarcar en Kobe y oyó á unos kurumaya pronunciar una frase de su lengua no se quedó más asombrado que el inglés á quien los japoneses cuentan, poco más ó menos, la historia de su jorobado Lusmore, á quien las hadas cortaron la joroba con una sierra de manteca. El alemán tendido en los tatami descubre una balada germánica en las vigas de la casa de te. Y el *Pulgarcito* francés, no más alto que el dedo meñique, con una espada como una aguja que tiene por vaina una pajita, se presenta en Kioto y se casará con la hija del ministro Sanjo.

El pescador Urashima pone en libertad á una tortuga que se había enganchado en su anzuelo, y, á media noche, una mujer divinamente bella le despierta, le coge de la mano y le venda los ojos. El pescador siente bajo sus pies la marcha de una barca, y el que quiera saber dónde salta á tierra, que abra los cuentos árabes. Las princesas no tocan allí, acaso, el koto ni la biwa, pero habitan detrás de un puente de cristal en unos palacios de oro incrustados de piedras preciosas, y sé de algunas que no fueron crueles para los pobres hombres.

Raiko y sus cuatro aventureros se van á hacer la guerra á un horrible demonio cuyas mandíbulas de ogro ó de minotauro están despoblando la comarca de mozos y mozas. ¿Qué hace Raiko una vez en presencia del monstruo, que mide cien pies de altura y que proyecta en todas direcciones miradas centelleantes? ¡Oh manes del sutil Odiseo! Le emborracha con un vino milagroso y le corta la cabeza, aquella cabeza enorme que se levanta en el aire rechinando los dientes y, repentinamente deslumbrada por el casco del héroe, gira y cae á sus pies.

Luchas contra los diablos, que se desvanecen al rayar el día, y contra las hidras, esas gigantescas arañas; metamorfosis de zorros en princesas y de pacientes hilanderas en cigarras; palacios submarinos en los que el Dragón, desde sus resplandecientes torres, reina sobre un pueblo de serpientes y cocodrilos; niños encontrados en las cortezas de un bambú; animales fantasmas y ár-

boles ninfas; diosas desterradas del cielo y que, en forma humana, levantan de cascos á príncipes y reyes; maridos viejos cuyo amor florece eternamente y que son hospitalarios para esa divinidad; lastimosas Puercas Cenicientas en el hogar de su amo; sombrero de paja que hace ser tan invisible al que lo lleva como el



Teatro al aire libre en Tokío

anillo de Giges: el Japón no ha inventado nada con que nuestras madres y nuestras nodrizas, Ovidio, Perrault, Andersen y las *Mil y una noches* no hayan adornado la cuna de nuestra adolescencia.

Y si la sociedad de la Edad media se refleja en el *Roman du Renard,* como la del siglo XVII en las fábulas de La Fontaine, el feudalismo japonés mira complacientemente sus máscaras feroces, sus astucias, su lealtad caballeresca, sus *vendettas* y sus sacrificios en la historia transparente del *Kogane maru*, ese perro fiel que venga á su padre devorado por un tigre. ¿No reconoce el lector los personajes? Véase el tigre señorial en el fondo de su guarida, con los ojos brillantes y la barba erizada como un puñado de agujas. Su cortesano, el zorro, que perdió la cola en el asalto de

un corral, se escurre abrigado con su piel y «separa la nieve con las ligeras puntas de sus patas.» Dos perros, el uno ronin flacucho y el otro grueso samurai al servicio de un cazador, se baten delante de un faisán herido, y mientras ellos esgrimen las mandíbulas, se adelanta un gato á pasos cautelosos, se arroja sobre la presa y se la lleva en los dientes. Más lejos, este hipocritón corteja á una rata á quien sus uñas han dejado viuda, y la pobre dama, salvada por un perro, muere, para salvarle á su vez, con la heroica modestia de la mujer japonesa. Y nosotros, detrás de esos honrados y robustos trabajadores que tratan de aliviar la miseria del mundo, vemos la vaca maternal y el buey equitativo.

La materia de los cuentos y de las novelas no es más extraña. En el antiguo Japón guerrero, como en la América industrial, ese género sentimental fué tratado sobre todo por mujeres. He leído el *Genji Monogatari*, de la gran novelista del siglo XI, con el mismo gusto que la *Astrea*. En el seno de las sangrientas tiranías y de las guerras civiles es precisamente donde el alma humana se forma en todos los países el ideal de un oasis en el que los corazones no conciben otra ambición que la de amar y ser amados. Y, ciertamente, el idilio japonés no tiene la pureza del nuestro y se resuelve pronto en unión. Pero se cambian sus caricias á la sombra de los bosquecillos y entre el aroma de las flores, y hasta las siluetas de los amantes conservan una languidez amorosa.

Durante la paz de los Tokugawa, á las novelas de corte suceden las aventuras de capa y espada y el novelista nacional, Bakin, exalta las proezas de los samurai, aquellos mosqueteros japoneses. No sólo Bakin escribió la historia al modo de Dumas, sino que siguió los procedimientos de nuestros folletinistas más incansables, como lo prueba el hecho de que, para no confundirse entre sus innumerables héroes, los representaba con muñecos alineados en torno de la mesa, y su doméstica, no menos horrorizada que la de Ponson du Terrail, le oyó un día exclamar: «¡Ya es tiempo de que mate á mi criada!»

Los dramaturgos se surtieron en el mismo arsenal que Bakin. Si el *No*, de origen religioso, conservó su carácter legendario ó sagrado, el teatro, abierto á la multitud, produjo melodramas heroicos y comedias realistas. Durante dos siglos el drama japonés, tejido con los mismos elementos que el de todos los países y cierto gusto corneiliano, fué representado por compañías de hombres,

de mujeres, de niños y hasta de monos, pues, cerca del templo de Asakusa, unos monos representaban los más conmovedores episodios de la guerra de los Taira, se abrían el vientre como los samurai y se cortaban la cabeza como guerreros veteranos tocados por la gracia búdica.

De todas las piezas á que he asistido, después de haberlas he-



Teatro Gionza en Kioto

cho traducir y analizar, no ha habido ninguna que no me recordase situaciones del teatro español, francés é inglés, desde Calderón hasta Ennery, pasando por Shakespeare. Lo mismo sucede con las comedias y los sainetes: mercaderes sin conciencia, caballeros apócrifos, seductores ladrones, bonzos lascivos, usureros, entremetidas, celosos imbéciles, hemos viajado ya en la galera de esos remeros, en la que, á veces, una geisha melancólica deshoja en las aguas la corona marchita de la Dama de las Camelias.

Pero las analogías de los asuntos hacen resaltar más las diferencias de mentalidad que nos separan de los japoneses; diferencias considerables y que me parecen casi todas en desventaja suya.

Mientras en nosotros se desborda la filosofía hasta el hogar ahumado de la reina Pedauca, sus cuentos y su teatro denuncian una lamentable penuria de pensamiento. Sus fábulas son huesos sin medula, cajas sin droga y lindos frascos vacíos. Se pierde el tiempo oliendo y gustando sus libros, que carecen de substancia. Cuando sus novelistas intentan moralizar, la consecuencia que extraen de las aventuras de sus personajes es tan seca como imprevista. Bakin confía de ordinario á sus peores héroes el cuidado de predicar á los lectores. Y las anécdotas más verdes y más picantes, con que nuestros predicadores de la Edad media se complacían en aguijonear la virtud de sus ovejas, nos darían aún una pálida idea de los extraños rodeos que algunas veces emplean los bonzos para impulsar hacia el paraíso al rebaño de los fieles.

No conozco más que una fantasía verdaderamente suculenta. Data del siglo XVIII y los japoneses la habían olvidado, cuando el sabio y delicado profesor de filología de la Universidad de Tokío, Sr. Basil Chamberlain, la descubrió en un puesto de libros viejos. Son los maravillosos viajes de Wasobioe, el Gúlliver del Japón. Arrastrado en su barca lejos de Nagasaki, aborda, después de tres meses de tormenta, al país de la Eterna Juventud y de la Vida Eterna. Los habitantes de aquella isla encantada, que apenas veían morir uno de los suyos cada dos ó tres mil años, no hablaban más que de la muerte ni soñaban más que con ella, como si tendieran con toda su alma hacia aquel abrevadero inaccesible. Las mesas de los ricos estaban atestadas de venenos y de platos ponzoñosos, y aquellos desheredados de la tumba buscaban en la anestesia un calmante á su sed de morir. Pero esos pasajes en que la forma nueva é interesante se ajusta á una idea sencilla y fuerte me parecen extremadamente raros en la literatura japonesa. El Wasobioe, á pesar de su excepcional originalidad, es aún muy inferior al Gúlliver.

Los japoneses no refieren ni escriben más que para divertirse. No prueban ni quieren probar nada. Es una señal de su debilidad de ingenio el que su fantasía se baste á sí misma, pues toda su riqueza se evapora en vana exuberancia y se esteriliza en extravagancia. Lejos de molestarles las inverosimilitudes que echan á perder sus obras, las tienen por indiscutibles bellezas y por señales de genio. Sus fabulistas imaginan sin motivo alguno los juegos de un conejo con un cocodrilo ó la conversación de un mono con

un pez, y sus dramaturgos combinan equilibrios de sucesos inútiles que se tienen por la punta, como pirámides de acróbatas. En un drama famoso, *El trébol de Sendai*, el criado de un médico viejo acaba de asesinar y de despojar á su amo y oculta el producto de su crimen debajo del estrado de su casa. Pero mientras él se escapa para poder probar la coartada, un perro descubre escarbando el rollo de monedas de oro y va á depositarlo en la cabaña



Escena del acto primero del drama japonés *La Geisha y el Caballero*

de un jardinero, cuya hija es acusada del asesinato. Y todavía simplifico la escena. La obra maestra de Bakin empieza por los amores de un perrazo con la hija del señor, y los ocho personajes de la novela, que encarnan las virtudes del samurai, son los hijos misteriosos de aquel repugnante himeneo. Las historias japonesas no nos encantan más que en los libros de Mitford y de Lafcadio, es decir, mondadas, purificadas y recompuestas por artistas europeos.

Se podría perdonar á los japoneses la profunda insignificancia de sus ficciones y sus inverosimilitudes si supieran al menos prepararnos á ellas y obtener efectos que la lógica nos hiciese aceptables. Pero de nada carecen tanto como del arte de componer. Su imposibilidad casi radical de ordenar un conjunto armónico no debe sorprendernos en un pueblo para quien la perspectiva era

una ciencia desconocida. Esa imposibilidad se disfraza apenas en sus cuentos y brilla casi siempre en las novelas y en las obras dramáticas.

Cuéntase que, en otro tiempo, un héroe llamado Motome, encargado de matar á la emperatriz, sedujo á la hija de ésta, la cual extendió para él un gran ovillo de hilo á lo largo del dédalo de corredores de la morada imperial. Pero O Miwa, la novia de Motome, tuvo celos, ató otro hilo á la ropa del héroe y le siguió sin que él lo supiera. Véase en qué se convierte el hilo de Ariana entre los japoneses: resulta doble. Supongamos ahora que el padre de O Miwa, alarmado por su hija, usa del mismo subterfugio; que su madeja engancha mujeres curiosas y paseantes desocupados, y que toda esa gente, unida por un lazo tan frágil, penetra en el palacio y el hilo se rompe. Tal será la imagen del melodrama japonés. El dramaturgo olvida su asunto primitivo por otros asuntos enganchados con él, como el novelista se pierde en digresiones y el cuentista en paréntesis. Sus producciones son de ordinario invertebradas, y la unidad de acción que, al menos en la escena, nos parece una de las leyes del espíritu humano, no es en ellos más que una atención secundaria.

La razón está sin duda en su imitación servil y superficial de la realidad. Nunca he tenido un momento de fastidio en el teatro japonés, pues si bien el autor dispersaba mi atención en una multiplicidad de intereses diversos, agradecíale el resucitar para mí, con todos sus minuciosos detalles, la urbanidad y la barbarie del tiempo feudal y que me pusiera ante los ojos cuadros tan precisos de la vida diaria. En el teatro es donde he aprendido cómo se abrían el vientre los samurai y cómo cuecen el arroz las amas de casa. He asistido en él á clases dadas por los maestros de escuela en las antiguas *Terakoya*, y cuando nuestros escolares pegan calaveras de papel en la espalda de sus compañeros se conducen como un mal estudiante japonés. Los poetas dramáticos me han revelado los esplendores del Yoshiwara, el gran barrio afrodisíaco, á las puertas de Tokío. Conozco el tiempo que emplea una cortesana en su tocado y sé á qué paso andaba en otro tiempo, cuando, el obi anudado encima del vientre, cubierta con una capa pontifical y el cabello aureolado de flechas de oro, daba zancadas en el aire con sus altas geta. He observado que los asesinos del Japón emplean en el cumplimiento de su tarea los mismos escrúpulos

que los nuestros, y apagan las luces indiscretas y se descalzan para que sus sandalias no dejen huellas sangrientas. Y he medido la paciencia de las hijas bien educadas que friccionan á sus ancianos padres.

¡Qué lejos está nuestro teatro realista de aquellas obras maestras! ¡Qué exactitud! Los japoneses son de una honradez implacable y no nos hacen trampa ni en el número de minutos que puede durar la confección de un guiso. La verdad es respetada reloj en mano. Siendo, como son, bailarines, payasos, mímicos y comediantes admirables, si sus actores hablan con aquella voz de falsete á que les obliga la tradición, esto no les impide hablar casi siempre para no decir nada, ni más ni menos que los simples mortales. Si sus duelos y sus batallas son convencionales, se puede asegurar que los hombres no emplean menos esfuerzos para degollarse mutuamente de verdad. Los actores saben prolongar su agonía, palidecer, ponerse verdes y entregar el alma con una lentitud que no nos hace gracia ni de un espasmo. De su garganta ó de su cintura brotan y corren líquidos rojos, y el Edipo de los ojos vaciados no se ensangrentaba la cara con más arte.



Sada Yacco, eminente actriz japonesa

Y, como los nuestros, tienen el cuidado del color local, el culto de la anécdota y la manía de las supuestas resurrecciones históricas. Representábase en Tokío una comedia cuya protagonista, la geisha Kashiku, buena muchacha muy popular, murió por su afición inmoderada á la bebida y reposa en un cementerio de Osaka. Los periódicos nos hicieron saber que el actor que estaba ensayando ese papel había ido á recoger en los lugares mismos en que se celebraba su centésimo quincuagésimo aniversario todos

los datos referentes á la historia de aquella venerable borracha.

Entre los «trozos de vida» que los autores japoneses suspenden del colgadero de su escena los hay que por su carácter pintoresco y por su brillo hubieran conmovido á nuestros románticos. El príncipe Yorikane quiere comprar la cortesana Takao y consiente en pagarle su peso en oro. Y en la sala de la orgía, cuyas paredes doradas están cubiertas de flores, en medio de los cortesanos arrodillados y de los bufones, y ante el príncipe, vestido de seda morada, que se abanica con descuido, los criados traen la enorme balanza de platillos de laca negra, mientras la cortesana, pintada como un ídolo, apenas puede arrastrar el manto de brocado, al que unos parásitos desvergonzados han cosido lingotes de plomo.

La nodriza Masaoka defiende contra los envenenadores á un príncipe, último vástago de una sangre preciosa, y su hijo está encargado de probar todos los platos. Unas damas del Palacio descubren el escondite y van á ofrecer al niño real una caja de dulces envenenados; pero el hijo de Masaoka, fiel á su consigna, se precipita, traga un dulce y da un puntapié á la caja. Su muerte va á denunciar el crimen. Las criminales le cogen entonces y á vista de su madre le degüellan como reo de lesa majestad. Masaoka, arrodillada é impasible, asiste á la horrible agonía del hijo de sus entrañas. «Este no era tu híjo, exclaman las envenenadoras al ver su tranquilidad; el muerto es el príncipe, pues los habías cambiado para engañarnos.» Masaoka se calla. Su silencio es una confesión. Pero, á medida que aquellas furias se alejan, ella se levanta, las sigue con la mirada, su garganta se hincha, su cara se contrae, y en cuanto se cree sola con el príncipe salvado, se arroja sobre el cadáver y lanza tal sollozo, que todas las mujeres que han mecido á un hijo en los brazos saben que aquella es la madre.

Cuando leí las fábulas del sintoísmo pensé más de una vez que un Platón hubiera sacado de ellas mitos admirables y con frecuencia he pensado en los teatros de Tokío: «¡Qué materiales para un Shakespeare!» Pero los japoneses no han tenido ni Shakespeare ni Platón, y la falta de psicología, tan frecuente en las literaturas confucense y búdica, rebaja su teatro al nivel de un arte de circo. ¿Quién había de enseñarles la ciencia del corazón? La doctrina de Confucio envara al hombre en actitudes inflexibles. Los deberes subordinados los unos á los otros no se oponen ni se combaten.

Las piezas más importantes de nuestro ajedrez trágico son para ellos inamovibles y sagradas. El budismo, por otra parte, propende á unificar las almas y á despojarlas de sus singularidades distintivas. Compárense los discípulos impersonales del Buda con nuestros apóstoles violentos, activos ó soñadores, y se verá de qué lado se encuentra la vida. La casuística de los bonzos no sale de los monasterios y las discusiones teológicas no enriquecen las conciencias.



Kawakami, notable actor y político japonés

La lengua y la sintaxis lo atestiguan. Los japoneses no tienen, propiamente hablando, ni comparativo ni superlativo. Los componen por medio de adverbios y no se sirven del comparativo más que en casos muy raros. Y si, como se me hizo observar ingeniosamente, puede ser un signo de nobleza el no establecer grados entre el bien y el mal, entre lo bello y lo feo, entre lo lícito y lo ilícito, esa nobleza un tanto ruda ignora el trabajo de la reflexión y los matices del pensamiento. Pero lo que más me choca es que, en la frase japonesa, el sujeto corresponde menos al nominativo que al genitivo de los latinos. Mientras que en las lenguas latinas la acción afirma una personalidad, *yo ando, el sol brilla*, en el japonés no prueba más que un hecho, *llueve, cae nieve*. Ese hecho proviene seguramente del sujeto, pero no se pone en evidencia la estrecha relación del efecto con la causa. El sujeto sufre la acción más que la provoca. De este modo el verbo es siempre impersonal y el futuro siempre dubitativo. Añádase que la falta de pronombres

personales obliga á los japoneses á suplirlos con construcciones complicadas y sabias, nombres y adjetivos especiales, partículas respetuosas y formas verbales que expresan toda la jerarquía de la urbanidad. Nada denota mejor la pasividad del alma y la completa anulación del individuo detrás de su papel ó de su función social. El individuo no existe sino con relación á los demás. Los hombres se designan y se diferencian por medio de fórmulas que indican sus relaciones mutuas.


Cómico popular, estatuita en madera

No es, pues, asombroso que los personajes dramáticos parezcan obrar al impulso de motivos exteriores. Su carácter no se desarrolla. El heroísmo no les cuesta más que un esfuerzo físico. Hacen ejercicios de pesas con sacrificios sobrehumanos. Son unos autómatas del deber ó de la traición, del honor ó del crimen, del agradecimiento ó de la ingratitud, de los convencionalismos sociales y de la megalomanía. Mientras ellos se agitan, el coro, representado por un viejo Jerofante, afeitado como un fraile, y que desde un palco enrejado salmodia su recitado al son del shamisen, nos explica su pantomima sin iniciarnos en las vacilaciones de sus almas, pues mientras entre nosotros la lucha engrandece á los héroes, allí los disminuiría. El amor ocupa en sus comedias el mismo lugar que en las nuestras y su pintura es casta hasta en el Yoshiwara, pero no es, en suma, más que un lugar común cuyos efectos están determinados de antemano. Las víctimas soportan su fatalidad como un hombre de mundo se conforma con un frac estrecho. Cada personaje ha recibido su santo y seña y no le discute. Se obedece al amor y no á la querida, al deber y no al príncipe, al honor y no al padre. Los afectos individuales y los sentimientos de la naturaleza ceden el campo á las obligaciones abstractas de la consigna. Y cuando el shogun perdona al asesino que se ha emboscado á su paso, su clemencia no respira política ni poesía caballeresca; es un ligero movimiento de cabeza, el ademán imperceptible de un Faraón que pasa, asombra y vuelve á entrar satisfecho en su augusta penumbra.


Cómico en escena, estatuita en madera

Pero esa sencillez, esa pobreza de sentimientos, esos seres de una sola idea, esas almas límpidas y brillantes en las que el pensamiento, lejos de realizar su evolución, se petrifica, son elementos de epopeya, y yo admiro sin reservas los *No*, rapsodias dialogadas hábilmente dispuestas por un poeta primitivo y que hubie-



Fachada del nuevo teatro de Kabukiza, de construcción europea, en Tokio

ran podido dar á la raza japonesa la expresión testamentaria de su ideal.

Los personajes de la leyenda, cuyas figuras resultan esculpidas por la onda de las generaciones, se levantan por todas partes como estatuas diseminadas que esperan un panteón. ¡Gargantas de Roncesvalles, no tenéis nada más melancólico que las colinas del Yamato, en las que Yoshitsune, joven, glorioso y miserable, vendido por los suyos y perseguido por su hermano, se separa de la mujer amada! Estaban los dos tan tiernamente unidos, que no hubiera podido caer entre ellos una gota de agua, y el más popular de los héroes japoneses es también el más desgraciado, pues

el sueño de todos los pueblos ha estado siempre impregnado de una inmensa piedad. Una noche llega con su escasa escolta á un puesto de observación cuyos soldados tenían orden de prenderle. Yoshitsune va disfrazado de mozo de carga, y sus oficiales, para alejar toda sospecha, le echan encima pesos y paquetes, le maltratan, le injurian y hasta le pegan, mientras pasa la tropa por delante de los inquisidores. Pero el jefe del puesto, que, montado á caballo, está presenciando la escena, ha reconocido al héroe, y se apodera de él tal respeto del infortunio que en el momento en que pasa Yoshitsune se deja él caer del caballo, no queriendo, según la etiqueta japonesa, dominar á un príncipe. Y cuando el fugitivo ha desaparecido, aquel soldado se abre el vientre para castigarse silenciosamente por no haber cumplido con su deber.



Músico bailarín, estatuita en madera

Los japoneses han adorado el amor desgraciado, y, como hace una madre con el hijo predestinado al dolor, la multitud ha elegido como compañero de ese joven invencible de la triste sonrisa al hijo más robusto y lleno de vida que ha salido de sus entrañas. Al lado de Yoshitsune está Benkei, el fraile con casco, el exuberante y feroz Benkei, atrevido, audaz, buen infringidor de vigilias y gran aplastador de hombres. ¡Qué caraza iluminada por el fuego de las batallas! Ni el vino ni el amor le gustaron gran cosa, pues prefirió á las orgías los buenos sables, y desde que por segunda vez conoció las mujeres, se declaró harto de ellas, porque, decía, en ese asunto no cambia la música ni la letra. Su madre le llevó en el vientre diez y ocho meses y, como Pantagruel, estaba tan maravillosamente grande y pesado, que no pudo salir á luz sin sofocarla.

Siendo bonzo, acardenalaba los ojos de los otros bonzos, les rompía brazos y piernas, les saltaba los dientes y les aplastaba los sesos; y cuando se incendió su monasterio, dió en desvalijar á los viajeros, hasta que desarmado en el puentede Gojo por el joven Yoshitsune, que le hizo caer de un abanicazo la pesada daga, se consagró en cuerpo y alma á su vencedor. Irresistible y prodigioso, bien que saque del fondo de un lago una campana como la de una cate-

dral, bien que los resplandores de su sable siembren el pánico en los asaltantes, bien que en la proa del navío maneje su rudo rosario de exorcista para aplacar á los manes irritados que cabalgan en las crestas de las olas, ese bandido regenerado por la fidelidad



Calle de Isesakicho, ó de los teatros, en Yokohama. En las anchas tiras de tela con colorines, que penden de las largas cañas fijadas en las fachadas de los teatros, se anuncian en grandes letras clásicas los títulos de las obras que se representan.

protege con su alta estatura la última retirada de su señor. Solo, apoyado en su alabarda y la espalda erizada con un hacha, una sierra, una hoz y una horquilla, cierra el paso al ejército del shogun. Las flechas habían llovido sobre el monstruoso obrero y formádole como una de esas capas de paja que usan en invierno los campesinos japoneses; pero él, tieso é inmóvil, seguía mirando fijamente á sus enemigos, poseídos de misterioso horror. Cuando al caer la noche se aproximaron, vieron que el coloso había entregado el alma. «Benkei en pie después de muerto.»

Detrás del baluarte de su cadáver, Yoshitsune huía á rienda suelta y se perdía en las lontananzas fabulosas en que el pueblo, inconsolable, le ha resucitado en Ghengis-Kan.

Decorados, personajes, sucesos maravillosos, lengua sencilla y pintoresca, imágenes populares y no gastadas por el largo uso; los japoneses han tenido todo lo que puede constituir á una nación una poesía épica, pero sin potencia de ingenio, sin amplitud, sin aliento, sin unidad de composición, sin nada de lo que hace un Homero ó un Rabelais.

CAPÍTULO III

La gracia japonesa

Los japoneses no han escrito esta obra; la han hablado y la hablan todos los días. Entre ellos la palabra vale más que la letra de molde, el orador que el escritor. En Tokío, en las ciudades y en los campos la multitud se agolpa por la noche á la puerta de los *yose*, que son á la vez tablados ambulantes, cafés conciertos, salas de conferencias y teatros de improvisadores. Hombres y mujeres, arrodillados en unos tatami delante de un pequeño estrado, escuchan al cuentista, que, también de rodillas, expresa su relato con todos los músculos de la cara. Y aquellos cuentistas me han admirado por la flexibilidad de su lenguaje, por la movilidad de sus facciones y por la múltiple vida de la anécdota, de la comedia ó del drama que se representan en sus labios. Aquí es donde se revela un verbo cómico que el puritanismo de los samurai y el rigor de las conveniencias feudales lograron comprimir, pero no ahogar.

Su gracia es espesa y con facilidad burlesca. He oído á los farsantes de yose hacer á sus auditorios preguntas á lo Tabarín, susceptibles de confortarles «los hipocondrios del entendimiento.» ¿Qué es mejor, tener la vista tan corta como la nariz ó la nariz tan larga como la vista? Sobre cosas semejantes saben disertar tan doctamente como nuestros charlatanes de feria. Sé por ellos que el Japón posee cuarenta y ocho especies de tontos, cuya tontería se mide de ordinario por su estatura. Ahí está, si no, el templo de Asakusa, donde la diosa Kwannon, tan pequeñita que no abulta lo que la mano de un niño, tiene para alojarse un vasto templo, mientras que los guardas de las puertas, que son enormes, se pegan con la estúpida frente en el techo de su cajón.

Las bromas picantes y á veces satíricas juguetean alrededor de las camas de las paridas y de los dioses mimados por las parteras. No sé de dónde les viene á los japoneses tanta bufonada;

pero si su lenguaje, cortés hasta en boca de los carreteros, no posee ninguna especie de juramentos ni se esmalta nunca con nuestras pintorescas imprecaciones, la broma exuberante y la jovialidad pantagruélica brotan de firme en el terruño de los crisantemos. Las mujeres y la gente de iglesia no son mejor tratadas que en nuestros chascarrillos. La charla, la curiosidad y la astucia de las comadres, la beata concupiscencia de los predicadores budistas, la habilidad de los bonzos viejos para sacar partido de todo, la pillería de los frailucos y de las geisha, las tribulaciones conyugales y la envidia de las suegras divierten al público de los yose como si estuviera compuesto de burlones meridionales. Ese público gusta de las réplicas imprevistas, de las salidas acertadas y de las farsas exuberantes.

Citaré al faquín Kisaburo que se iba á la tienda de un asador de anguilas y se comía su arroz al olor del asado. Después pagaba ese olor, no con el sonido, sino con la vista de su dinero. Ciertamente, la anécdota japonesa se parece mucho más á la seca novela del repertorio italiano, del que acaso la tomaron los viajeros japoneses del siglo XVI, que al relato en que Rabelais empleó su estilo vigoroso. Pero lo que pierde literariamente, lo gana por la gesticulación del cuentista.

Así ocurre con la vida y milagros del célebre bonzo Ikkiu, aquel fraile del siglo XIV, cuya grosera envoltura ocultaba tanta finura y tanta humanidad. En los tiempos en que no era todavía más que un aprendiz de bonzo, al pasar un día por el cuarto de su maestro olfateó cierto olorcillo de pescado á la parrilla. Asombrado al oler tal guiso en una boncería cuya regla prohibía el pescado, entró de repente.

—Nadie te ha llamado—exclamó el fraile, que se estaba ya relamiendo.—¡Vete!

—Ya me voy—respondió Ikkiu.—Pero, ¿qué está usted comiendo?

—Salmón salado.

—¿Eh? ¿De qué árbol lo ha cogido usted?

—Esto no es fruta de árbol—respondió el maestro impaciente;—es un pescado que se llama salmón.

Ikkiu se quedó todo admirado.

—¡Verdaderamente! ¡Un pescado que se llama salmón! ¡De manera que los bonzos pueden ahora comer pescado!..

—No, pero á mí se me permite porque estoy celebrando un *indo*, es decir, conduciendo un alma á otro mundo.

—¡Verdaderamente! ¡Un *indo!*

—¡Sí!, un *indo*—repitió el fraile más y más impaciente.—Este pescado está muerto, y estando muerto parece una rama seca. Si



Embarcación dedicada á la pesca y á la conducción de personas y efectos á cortas distancias, en las proximidades de tierra ó en los lagos

le volviese á arrojar al agua, ¿podría nadar? El *indo* consiste en decirle: «Más vale que entres en mí y que conmigo llegues á la sempiterna bienaventuranza.»

Dicho lo cual, el maestro juntó las manos y cayó en oración delante de su pescado, cuyo olor le hacía piadosamente cosquillas en las narices: *¡Namu-amida-butsu! ¡Namu-amida-butsu!*; mientras el muchacho, inclinado, murmuraba:

—¡Comprendido y gracias, maestro!

Al día siguiente, en cuanto se levantó, Ikkiu atrapó una carpa en el estanque, se fué á la cocina y, cuchillo en mano, se puso á escamarla. Toda la boncería se conmovió y el maestro no tardó en presentarse.

—No se alarmen ustedes—exclamó el aprendiz de bonzo.—No ofendo á los dioses, porque he hecho el *indo*.

—¡Ah! ¡El bribón! ¿Qué *indo* has hecho tú? Vamos á ver.

—He dicho á esta carpa—respondió gravemente Ikkiu:—«Estás viva y hasta te escaparías de buena gana. Pero el agua del estanque está muy sucia y más te vale descender á mi estómago...»

Y la carpa, entre tanto, atestiguaba con sus estremecimientos que no era de la misma opinión.

Contaría cómo ese Ikkiu, incomodado porque el pueblo le colgaba milagros, quiso curarle de su imbécil credulidad; cómo anunció que tal día y á tal hora comería pescados y los devolvería vivos, y cómo, después de habérselos comido ante los ojos asombrados de la multitud, se las compuso para ir á devolverlos, si para contar tales cosas dispusiera del vocabulario de Panurgo. Y diría también de qué manera aquel buen fraile hizo un día su oración delante de una mujer dormida y desnuda, como delante de la puerta maravillosa por la que entraron en este mundo el Buda y el gran Confucio.

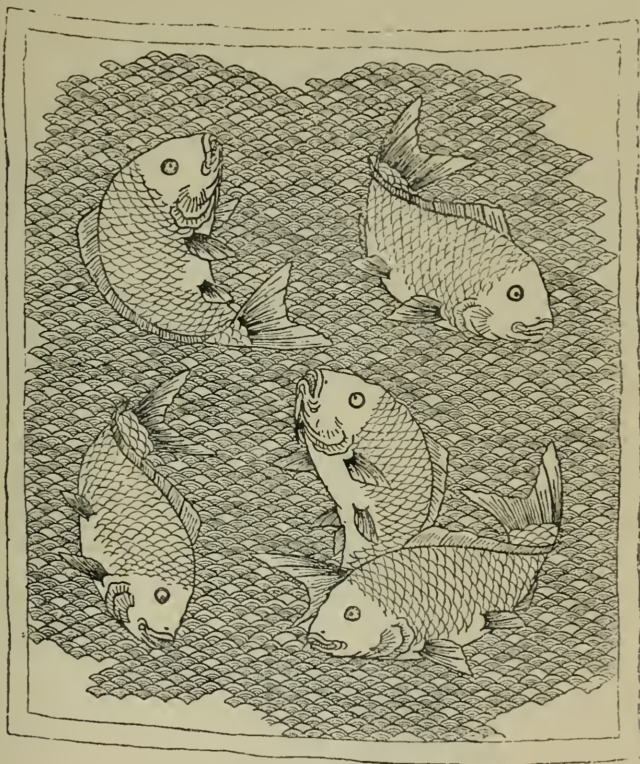
Un compatriota nuestro, cuya experiencia y erudición aprecian los mismos letrados japoneses, decía una vez que nuestra habla del siglo XVI traduciría perfectamente esos cuentos y esos chascarrillos. ¡Oh bebedores de te, gentes del Nipón, nuestros hermanos amarillos! ¿Sería posible que en una existencia anterior hubiésemos vendimiado juntos y mezclado nuestros cubiletes bajo las parras galas? Creo que titubeáis todavía con nuestra antigua y jovial embriaguez.

No es solamente con el acento, con la mímica y con el gesto como los cuentistas de yose enriquecen su asunto. Servidos por una lengua muy flexible, naturalmente verbosa y que, á pesar de la falta de pronombre relativo, puede desarrollarse en períodos de una amplitud desconcertante, esos cuentistas, estimulados por las risas ó las lágrimas del público, consiguen una variedad de sentimientos y de emociones que nos rehusan con harta frecuencia el teatro y la novela clásicos.

No creo que la literatura japonesa tenga nada más original que esos romances hablados que se continúan de una sesión á otra, hábilmente interrumpidos, y que mezclan con tanta presteza lo burlesco y lo heroico, la crueldad y la finura, el cinismo y el refinamiento, el Japón miserable y el Japón fastuoso. Son á la vez pi-

carescos como los cuentos de Boccaccio, y de una tiesura de actitudes, de una cortesía y de un énfasis de perdonavidas, que recuerdan la gorguera española, el ferreruelo Luis XIII y los quinqués románticos del capitán Fracassa.

No habría, seguramente, que extremar la comparación. Sé has-



Carpas en el río. (Fukúsa ó bordado en sedas.)

ta qué punto nuestro concepto de la vida y del amor nos diferencia de los japoneses. Pero la verdad es que los encuentro más cerca de nosotros en esos recitados que son, en cierto modo, creaciones del alma popular, que en la mayor parte de las novelas en que sus nuevos escritores nos imitan y nos plagian. Esos autores modernos no valen nada más que cuando continúan, aligerándola, la tradición realista y pintoresca del antiguo Japón. Sus adaptaciones, casi siempre malas, de las obras europeas sólo hacen resaltar las incoherencias en que se agita hoy la mente japonesa,

mientras que los cuentistas indoctos de la multitud burlona y romántica representan lo mejor, acaso, del genio nacional. Sus cuadros y sus bocetos nos ofrecen una imagen fiel de ese pueblo que, á falta de una amplia inteligencia, sólo espera sus goces de la imaginación.

Con esa imaginación, con frecuencia delicada y á veces brillante, ¿qué les falta para llegar á las grandes obras maestras? Su razón fué impotente para medir sus saltos fantásticos; su sensibilidad, demasiado comprimida, no pudo ennoblecer sus accesos de melancolía. Como el dragón que arrolla y desarrolla sus anillos en la puerta de los templos, aquella imaginación se repliega, se retuerce, se crispa, se alarga, se levanta, ríe, bosteza, gesticula, acaricia ó asusta á los ojos y se divierte con mil figuras; pero, aunque el pintor y el escultor le hayan dado alas, se ve que se arrastra.



Dragón en bronce, terminación de una cubierta



Tocados de jóvenes japonesas, vistos por detrás

LIBRO SEXTO

LA MUJER Y EL AMOR

CAPÍTULO I

La mujer es un pueblo mujer

No se crea que es una paradoja de *globetrotter*. lo mejor que tienen los japoneses es la japonesa. No sólo el antiguo Japón artístico y religioso no ha producido nada más acabado que el alma de sus mujeres, sino que, con sus cualidades y sus defectos, la idea que nos formamos de la mujer es como la esencia misma de su antigua civilización.

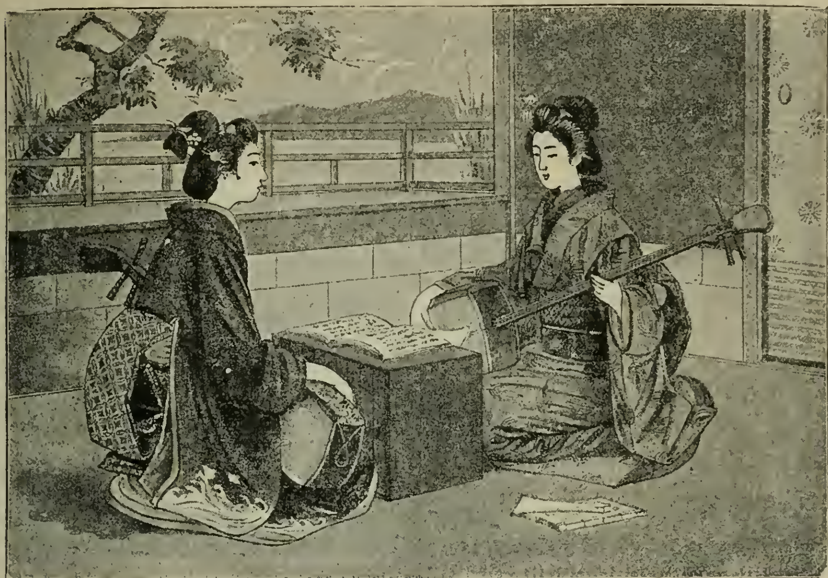
Aquel pueblo niño, como se le ha llamado tantas veces, es sobre todo un pueblo mujer. Cuando se entra en una casa japonesa, ciertos vagos perfumes, la elección de una flor, la preciosidad de

un juguete raro, la fisonomía movible y caprichosa de las cosas, parecen revelar la presencia de una mujer. El dueño de la casa viene á recibirnos, y en su modo de saludar, de sonreir y de hablar, en sus maneras y en su no sé qué de afable y encantador, creemos leer toda una educación hecha por mujeres. Miradles las manos, la obra maestra de la raza, y veréis que son pequeñas, delgadas, nerviosas y suaves, manos de adolescente que conservan hasta el último día la elegancia y la delicadeza de todos los objetos de arte que han acariciado. ¡Qué ciencia del abanico! ¡Qué goce el suyo al palpar las hermosas telas! Y aquellas manos, que saben ser crueles, ¡con qué ligera seguridad curan las heridas de un amigo! Son ágiles, discretas, oficiosas y maravillosamente hábiles para tendernos lazos en los que cae nuestra vanidad, pues la de los japoneses, que es inmensa, no les ciega jamás hasta el punto de olvidar la nuestra y de no sorprenderla.

Como las mujeres, sienten un invencible deseo de agradar hasta á las personas cuya conquista les es indiferente. Su coquetería no necesita un interés preciso y les basta que sus victorias les confirmen en la buena opinión que tienen de sí mismos y aseguren á su alrededor la armonía de las apariencias que necesitan sus delicados sentidos. En aquel mundo, en que las menores sensaciones tienen una resonancia misteriosa y profunda, es importante que el oído no sea desgarrado por ninguna palabra violenta ni los ojos ofendidos por ningún ademán brusco. No nos burlemos de sus teólogos si conocen, mejor, acaso, que los libros sagrados, la importancia estética de los pliegues de un ropaje, ni de sus filósofos si atribuyen el mismo precio al estilo de un ramillete que á la ingeniosidad de un pensamiento nuevo. Por esa finura de tacto, por esa percepción voluptuosa ó dolorosa de los detalles más sutiles, es por lo que son verdaderamente originales y por lo que se manifiesta su genio femenino.

Considérese también que los japoneses no inventan nada, pero acomodan las invenciones ajenas á su propio humor, á veces exquisito. Su historia intelectual, como la de las mujeres, no es más que la novela de sus amores. Se enamoraron de los chinos y durante siglos japonizaron las cosas de China. Hoy los europeos los han levantado de cascos. Y su prontitud de asimilación les da una falsa apariencia de simpatía y de abandono; pero esa docilidad superficial encubre un lento trabajo de deformación y en las estam-

pas que nos envían se reconocen los rasgos de esa raza cuyas manifestaciones artísticas, literarias y filosóficas no han salido de la extensión de la inteligencia femenina. Añádase su extraña amalgama de naturalidad y de artificio, su inconstancia, sus repentinos entusiasmos y el perpetuo enigma de su sonrisa. Cuan-



Lección de música

do se penetra en sus casas ó en sus almas es la mujer invisible lo que nos atrae en ellos.

La biblia de los samurai proclamaba que «la mujer es tan baja como la tierra y el hombre tan alto como el cielo.» En vano se busca en qué podían basar su soberbia aquellos machos confucenses. No podían reivindicar para el honor de su sexo sus muertes heroicas y rígidas, pues sus mujeres han sabido morir con el mismo orgullo y la misma decencia. Hasta en nuestros días las muchachas y los muchachos de la nobleza reciben casi la misma educación, y si en las frías mañanas del invierno los viejos preceptores obligan á los jóvenes á bajar al patio para ejercitarse en la esgrima con los pies descalzos en la nieve, estemos seguros de que á la misma hora se levantan las muchachas y, arrodilladas y tiritando, tañen con sus dedos enrojecidos las cuerdas del *koto*.

Las lecciones de resistencia no han sido en el Japón un privilegio de los hombres ni han introducido en su delicioso budismo nada personal, sino sutilidades y melancolías sensuales. Su literatura nacional, romances y madrigales, no existiría apenas si las mujeres no les hubieran dado modelos que todavía se admiran. En el siglo XVI, fueron dos mujeres las que abrieron los primeros teatros, á los que pronto debía prohibirles el acceso el puritanismo de los samurai. Para acostumbrarse á las bellas actitudes, los japoneses han perfeccionado artes de señorita. ¡Cómo! ¿Fingís despreciar á la mujer y empleáis todos los refinamientos en el modo de presentar una flor y de servir una taza de te? Pero, por muy amables que nos parezcáis, preferimos á vuestras mujeres; primero, porque tienen todas vuestras amabilidades, más naturales en ellas; y después, porque poseen todas vuestras virtudes, despojadas de sus puntas de arrogancia.

Tengamos en cuenta, sin embargo, que los japoneses son grandes artistas. No han oprimido á la mujer; y al mantenerla en una condición inferior, han proporcionado á sus cualidades ocasión de producirse y sombras que las realzaran. Por una política hábil y un *dilettantismo* superior, han realizado en ella su ideal de una vida estrecha, pero soberanamente armoniosa, imagen de lo que serían ellos mismos si su sexo no les impusiera la dureza de alma como una obligación, el libertinaje casi como un deber. Natural y ficticia, la japonesa es una alegoría viviente de aquella civilización.

Perrault no podría decir de las damas del Japón que han roto doce cordones á fuerza de apretarse el talle. Las japonesas contrarían á la naturaleza tanto, acaso, como nuestras mujeres, pero en sentido opuesto. Bajo el traje japonés, que cae recto, la vista no debe detenerse en el seno ni en las caderas. Es allí de buen gusto que las formas femeninas se borren con la misma modestia que el alma que las anima. Sus vestidos, ligeros y cuyos bordes sin corchetes se cruzan apenas de arriba á abajo por una ancha faja, las protegen tan poco, que sus pies, vueltos hacia dentro, tienen que andar sin separarse del suelo. Su pudor depende así de una exquisita mesura en los movimientos y ademanes y, por consecuencia, de una completa posesión de sí mismas. Hay en esto, como en la habilidad de sus artistas, un lado de destreza ente-

ramente física que procura al pueblo japonés un secreto goce. Sus hermosas túnicas llevan al borde un grueso rollo de seda que las separa y da á su silueta la forma de una copa al revés. A cada paso que ellas dan el rollo se mueve y serpentea, símbolo de la fantasía japonesa, siempre undulante y siempre rastrera. Se encuen-



En el tocador

tra de nuevo esa fantasía en el lazo de la faja, maciza joroba, como una fruta demasiado pesada, que les sale en la espalda.

Ni el traje ni la cara deben denunciar la sensualidad. En el tipo de belleza que los japoneses han concebido, cada facción tiene una significación artística ó moral. La cara de la mujer soñada es una especie de jardín místico, gloria de su país. Quieren esa cara larga, delgada y lisa en torno de los ojos, á fin de que su expresión sea más dulce. Las cejas, muy altas y apenas indicadas, acentúan todavía esa dulzura atenta y sumisa. La nariz, un poco baja en su nacimiento, se adelgaza en una curva elegante impropia para las sensaciones vivas. Los labios, pequeños, nutridos y rojos, en su eterna ignorancia del beso, lucen con el brillo inocente de las cerezas japonesas, que no maduran más que para el placer de los ojos. El cutis claro tiene la transparencia de esos marfiles en

que el Japón cinceló tan lindas maravillas. El cuello, que se inclina y se alarga como un verdadero cuello de cisne, debe armonizarse con la línea ondulosa de las colinas en el horizonte. Y bajo sus cocas de cabello negro, más brillante que las lacas de los templos, la frente, alta y más ancha en la base, va estrechándose como la augusta y blanca pirámide del monte Fuji.

La naturaleza realiza raras veces ese tipo de belleza ideal, que se suple con el tocado, los cosméticos y los afeites. Un poco de colorete diestramente aplicado hace parecer la boca más pequeña. Las mejillas esconden sus rubicundeces bajo un color con frecuencia más de yeso que de marfil. He visto en los campos caras redondas y rubias, tan agradables que daban ganas de llenar con ellas las palmas de las manos, disimular ya su frescura de manzana bajo una capa de albayalde.

Este género de belleza, único que atenúa y corrige lo que las mujeres japonesas pueden tener de individual y original, acaba por imprimirles la gracia impersonal y fútil de las figuritas pintadas que producen á los europeos la impresión de muñecas un poco deformes. Pero esas muñecas lloran verdaderas lágrimas, y, bajo el barniz de la urbanidad, sus almas se agitan á veces en rudas angustias.

Sus mangas, sus amplias y largas mangas, ahogan á veces suspiros y sollozos que el ceremonial del Japón no quiere escuchar. La poesía popular les presta un alma y supone que al retorcerlas chorrean lágrimas. Desde el nacimiento hasta la muerte, la japonesa vive entre esas dos sombras que se agrandan á medida que el sol desciende en el cielo y se prolongan delante de ella hasta confundir su misterio con el de la tumba.

CAPITULO II

La educación heroica

Se ha dicho que los japoneses no tomaban la vida en serio. Y, sin embargo, me choca el ver que todo, en su antigua educación, respondía á la idea de que la vida no nos es dada solamente para gozar de ella. No se puede menos de admirar el arte sutil con que sus educadores supieron dar á las más duras violencias la tranquilidad de los gestos naturales y, en la mujer al menos, un aspecto de gracia instintiva y una austeridad casi lacedemonia.

Ningún rigor aparente; ninguna brusquedad; pocos ó ningunos castigos corporales; una afección templada, siempre igual y tranquila; con estos elementos parece que los niños se educan solos y que el Japón es para ellos un paraíso sin fruto prohibido. Pero Juan Jacobo no ideó más ingeniosa y seguramente la casa, la aldea y el campo en que su Emilio aprende á vivir, que los japoneses ese paraíso. El niño es en él conducido como por manos invisibles á fines inmutables. No se da cuenta de la disciplina á que obedece, y sus instintos se forman ó se deforman en ella con la misma inconsciencia con que en otro tiempo debieron reducirse sus miembros bajo los triples vendajes con que las madres comprimen su embarazo, para evitarse partos difíciles y para satisfacer el ideal de la raza.

No creo que nuestras niñas tengan una vida más dichosa ni más libre que las japonesitas. Compáreselas, sin embargo, en el momento en que acaban su adolescencia y llegan á la edad núbil: las unas, todavía ignorantes de los grandes deberes del porvenir, pero ya inquietas por el misterio amoroso, con frecuencia torpes, algunas veces afectadas y casi siempre románticas; las otras menos complejas, de una inteligencia menos abierta y de una sensibilidad menos rica, pero activas, industriosas, exentas de falsa timidez, instruídas de todo lo que conviene en cada caso, prepa-

radas á sus deberes de madre y de esposa y capaces de una completa abnegación.

No digo que la imperfección de nuestras jóvenes, su encanto que se ignora y se busca á sí mismo, sus entusiasmos, sus fervores y hasta sus torpezas, no valgan más que la impecable reserva de sus hermanas las japonesas, que, por otra parte, no les ceden en rectitud ni en castidad. Pero me admira que, con tan poco trabajo, se pueda obtener como resultado que unas jóvenes de diez y seis años conozcan los límites de sus deberes, no los traspasen nunca y sepan, si es preciso, sufrir muerte y pasión por obediencia á leyes superiores. Una modestia tan segura de sí misma me causa el mismo asombro que la pintura japonesa, en la que la sencillez de los medios aumenta la perfección de los efectos. Y á quien me objete el poder del atavismo le responderé que cada vez que nace un niño la naturaleza vuelve á empezar en él, con más ó menos éxito, su eterno combate contra la sociedad, y que, á mayor abundamiento, el Japón nos está probando que basta el abandono de una ó dos generaciones para corromper la obra de los siglos.

La educación japonesa tiene el aspecto de confiar en la naturaleza; pero cuando lo hace, se puede estar seguro de que la naturaleza va á servir á sus artificios. El recién nacido crece en una libertad casi salvaje; no sufre los estúpidos atadijos de la envoltura y nadie se molesta por sus gritos. La paja elástica de los tatami le ofrece un excelente terreno de gimnasia y de exploración. Cuando sale, en pie y atado á la espalda de una madre que trabaja ó de una hermana que juega, asendereado al sol y á la nieve, con la cabeza oscilante y los ojos entornados, creo que el mundo debe parecerle una cosa singularmente insegura, en la que la gran cuestión está en guardar el equilibrio. De este modo adquiere resignación y, sobre todo, agilidad. Se hace un gato y un filósofo. Sabe ya guardar silencio y sabrá después realizar con soltura todas las figuras de la etiqueta. La japonesa debe á su primera infancia el saber evitar la torpeza y el permanecer siempre natural y flexible hasta en los choques más imprevistos. Ese ejercicio físico es una preparación, si no á la vida moral, á la vida decente.

En cuanto ha hecho el aprendizaje de sus *geta*, y sus piés, tan diestros como manos, agarran el cordón de aquellos patines y se

mantiene en ellos sin moverse, se les pone á la espalda su hermana menor ó su hermanito, y hételа aquí cargada con otra existencia á más de la suya. Las calles de las ciudades, los patios y los campos están llenos de esas niñas de dos cabezas, la una son-



Presentación de un recién nacido

riente y la otra soñolienta. Y esos lindos monstruos con traje claro corren, saltan, se arrojan pelotas, se envían volantes y están tan acostumbrados á su carga maternal, que ni su peso ni su responsabilidad estorban sus movimientos ó alteran su buen humor. No recuerdo haberles visto manifestar esos sentimientos ruidosos de desesperación y de cólera que son entre nosotros propios de la infancia.

La niña japonesa aprende pronto á dominarse sin que se la

alimente de hermosos preceptos ni se estimule su coquetería. Se le hace comprender que el respeto filial y la cortesía no consienten que manifieste delante de sus padres ó de los extraños la menor emoción susceptible de desagradarlos ó de entristecerlos, y se le da el ejemplo. Su padre no compromete nunca su prestigio de dueño con brutalidades exteriores, y su madre presenta siempre á su marido una cara que respira contento y trata siempre á los criados con todas las reglas de la urbanidad. La niña no oye nunca más que fórmulas amables y dulces reprimendas. Esas fórmulas pueden ocultar resentimientos y maldades, pero la educación japonesa no se propone tanto curar las almas de sus enfermedades originales como hacerlas sociables. ¡Escuela de hipocresía!, dirá un europeo. ¿Puede llamarse hipocresía la circunspección de un niño que se calla y se reprime en el cuarto de un enfermo? En las casas japonesas pasa que hay siempre una pieza en la que dormita alguna abuela á quien pudieran despertar los ruidos intempestivos de la vida. Esa abuela es la naturaleza.

Pero sus dominios, los jardines y los bosques, están abiertos y la niña puede perderse en ellos sin temor, pues no sopla en ellos ninguna independencia. El budismo y el arte se han establecido en medio de aquel maravilloso imperio y han encauzado las fuentes, animado las piedras, divinizado las flores y santificado los senderos, y allí donde la naturaleza se resistía á su poder, se han adaptado á ella con tal delicadeza que todavía parece su obra. De la montaña al llano, todo conspira al mismo género de belleza. El sentido de las cosas no se ha entregado á la interpretación personal, pues el concilio de los antepasados lo había fijado para siempre.

El niño no adquiere libertades de salvaje en el comercio con los árboles y con las plantas. Los espectáculos que nos inspiran á nosotros sueños indóciles, les inculcan á ellos principios de orden y de armonía. Su aspecto pintoresco le parece hecho adrede como el de los minúsculos jardines que tan perfectamente le imitan, y para él la gracia de los vetustos y retorcidos pinos resulta menos de su capricho que de una larga sumisión á voluntades eternas. La vuelta de las estaciones trae cada año en tal día y á tal hora la fiesta de los cerezos, de los lirios, de las glicinas, de las azaleas y de los crisantemos. La divina tierra tiene abierta su mesa con la exactitud de las buenas amas de casa.

Y, sobre todo, enseña una tierna piedad hacia todo lo que vive. Los muchachos, instigados por su sangre hirviente, se divierten á veces en atormentar á los animales; sus hermanas entienden mejor la advertencia búdica: «Renacerás en el dolor si haces cosas crueles.» La niña japonesa que persigue á una mariposa é invita al lindo animal á posarse en su mano, no ve en ella, como nuestros niños, un juguete más delicado y más frágil, sino que simpatiza ya cándidamente con esa vida misteriosa de la que ella no es más que una parcela. El budismo le ha tendido sus dulces lazos en los pétalos de las flores, en la corteza de los árboles, en el dorado sueño de las piedras, en los diamantes de las aguas, en el rumor de los insectos, en las canciones que revolotean á su alrededor. Su alma, deslumbrada por el espejismo de las metempsicosis, tiene conciencia de su soledad y de su vanidad en aquel torbellino de almas que la envuelve. Las poesías infantiles del Japón contienen toda la melancolía del *Eclesiastés*, y sus ritornelos brillantes y ligeros dejan un gusto de ceniza en los labios apenas nacidos. No creo que haya en el mundo niña tan convencida como aquélla de su insignificancia respecto del universo.



Niñas que llevan á la espalda á sus hermanitos

De este modo acepta de mejor gana su condición de inferior. La etiqueta no es, en suma, más que el conocimiento y la observancia de las relaciones que nos unen unos á otros; pero en un estado social en que el individuo no existe más que en relación con los que le rodean, la etiqueta llega á ser como su propia per-

sonalidad y ni la intimidad de la familia podría justificar su olvido. La japonesa se acostumbra desde sus primeros pasos á sentir su dependencia, no sólo de los seres, sino de las cosas que, legadas por los siglos, atestiguan el pensamiento de los muertos. Los niños de Esparta no manifestaron más veneración á la vejez ni más respeto á sus padres. La del Japón es la que sirve á los huéspedes, la que les prepara el te y les sirve el sake, la que toca el koto para amenizar el festín. Pertenece á todos menos á sí misma.

Nada procede de su capricho. Sus diversiones, sujetas á reglas como los meses y las estaciones, van acompañadas del mismo ceremonial que los actos importantes de la vida. Sus muñecas son imágenes cuya fiesta se celebra pomposamente. Es preciso que dos de ellas representen al emperador y á la emperatriz y estén escoltadas por cinco músicos en traje de corte. Es necesario que estén alineadas en un estante de laca roja y que reciban ofrendas de arroz y de flores como los manes de los antepasados. Compárense esas solemnidades casi litúrgicas con nuestros bautizos de muñecas en los que el rorro de porcelana pasa de mano en mano y se rompe á veces la cabeza antes de que acabe la comidita. ¡Qué bárbaros nuestros niños! Se arrogan un poder ilimitado sobre los simulacros de vida que unas manos expertas les han vestido y pintado. Estos ángeles de ojos azules los azotan, los arrancan el pelo, los disecan y se entregan con ellos á curiosidades de estudiante de medicina y á caprichos de pieles rojas. Las japonesitas, en cambio, rinden homenaje en sus deliciosas muñecas á la fantasía de los abuelos y á la habilidad de los artistas. Tienen conciencia de su pequeñez ante tanto arte y atribuyen al objeto inanimado la deferencia que deben al que lo creó.

Una de nuestras campesinas se siente intimidada si se le entrega una muñeca regia ó un libro magnífico, pero su timidez se desvanece á medida que se familiariza con esos objetos milagrosos. La japonesa no siente nunca timidez, pero no se familiariza jamás hasta el punto de olvidar las relaciones que la subordinan á las personas ó á las cosas. Nuestra campesina, por mucho que lo sea, no tiene el sentimiento de su inferioridad.

Ese sentimiento forma esclavos si no está ennoblecido con ninguna idea de belleza estética ó moral, pero su sentido de artista y su culto al deber salvan á la japonesa y convierten su servidum-

bre en un modo de servir al ideal. Es inferior al hombre, puesto que así se quiere, pero nunca inferior á sí misma. Está tan baja como la tierra, según lo decretó Confucio, pero no hay en ella ba-



Fiesta de las niñas, denominada *Ona no codomo no ıvai*, que se celebra el día 3 de marzo

jeza. No hay labor humilde que no sea susceptible de gran perfección. El interior de las casas japonesas es más fácil de arreglar que el de las nuestras, y su cocina, primitiva y limitada, no exige una larga experiencia. Pero la mujer japonesa hace todos esos oficios de modo irreprochable é inteligente.

M. de la Sizeranne, en su bello estudio sobre Ruskin, cita una página en la que el estético inglés analiza el interés que nos inspira la obra del escultor, que, mil veces menos perfecta que el ta-

llo de hierba que brota en la hendedura de una tapia, es mil veces más rica que el ornamento hecho á máquina, porque descubrimos en él el pensamiento, las intenciones, los desfallecimientos y también los alientos de un pobre y laborioso ser humano. Los trabajos domésticos de la japonesa inspiran un interés análogo. En su modesto interior no hay falsas molduras. Lo que ella empieza lo acaba, y lo que acaba tiene la ingenuidad de la mano de obra y aspira á ser obra maestra. Muchas veces la he visto tender las ropas húmedas en un bambú y pasear por ellas los dedos hasta borrar todas las arrugas. ¡Y qué brutal me parecía nuestra plancha, desconocida en el Japón, al lado de aquel planchado delicado y cuidadoso! Nosotros refinamos los instrumentos que dispensan á nuestras manos de tener talento; los japoneses han refinado la habilidad de las manos, que da talento á los instrumentos más simples. Acabar cada labor con minucioso cuidado y hasta añadirle la gracia de un esfuerzo hábilmente medido ó de una dificultad superada, es allí para la niña una perpetua lección de dignidad.

Acostumbrándose á no despreciar nada y á no hacer nada á medias, porque nada le es indiferente, conserva en todos los actos de su vida, fútiles ó graves, ese respeto, no diré de su alma, sino de la función que encarna y cuyo fin está fuera de ella misma. La vida se desarrolla ante ella como una representación ceremoniosa ante las santas tabletas de los muertos y en la que la mujer desempeña un papel muchas veces ensayado y cuyos detalles, aun siendo secundarios contribuyen á la belleza del conjunto. Y del doble sentimiento de su inferioridad en la pieza y de la dignidad con que debe representarla nace espontáneamente la idea del sacrificio.

Reflexiónese ahora que toda la sociedad japonesa está fundada en el honor; que los teatros no presentan á esa niña más que ejemplos de caballeresca lealtad y de abnegación sublime; que sus libros de historia, sus cuentos y sus novelas exaltan la inmolación del individuo á los intereses de la familia y de la patria; que la tierra que pisa está saturada de recuerdos excitantes y los paisajes que contempla cargados de gloria; que hasta sus barajas, en las que nuestras figuras están reemplazadas por poesías, les recuerdan sin cesar las tradiciones seculares; que los que ve morir á su alrededor continúan sonriendo y observando la etiqueta

con la muerte en los labios, y no se me tachará de exagerado si digo que la japonesa crece en una atmósfera heroica.

Su carácter distintivo es, en efecto, el heroísmo. Se me dirá que ese heroísmo, á fuerza de ser hereditario, no tiene más valor que el de un gesto en el que no entra la voluntad personal. Pero



Fiesta de los niños, conocida por *Go Gatou no kori,* que se celebra el 5 de mayo

esa herencia, ¿quién la ha creado? ¿Habrá sido, por ventura, el egoísmo ó el gusto de las comodidades? Hija, esposa, madre ó abuela, no hay peligros, miserias ni circunstancias trágicas á cuya altura no esté la japonesa por su modestia y su grandeza de alma. No quiero tomar ejemplos en la historia, que está llena de ellos. Vale más buscarlos allí donde á los japoneses no se les ocurriría encontrarlos, en las memorias íntimas, en las conversaciones familiares, en las anécdotas de la vida diaria.

La señora Shimoda, directora de la escuela de niñas nobles, nos cita en sus memorias dos hechos que no tenían para ella nada de excepcional.

Una niña de doce años, hija de un samurai, salió con su madre y su tía fuera de la ciudad, y estaba descansando al pie de un árbol cuando pasaron dos campesinos que la insultaron groseramente. La niña se reunió con su familia y no dijo nada; pero por la noche su tía, que dormía á su lado, la vió levantarse, abrir su cesto, sacar el cuchillo que entonces llevaban las damas de la nobleza y examinarlo mucho tiempo á la luz de la luna. La tía, alarmada, la interrogó, y la niña, que había ocultado el cuchillo bajo su ligero kimono, confesó la resolución de vengar la injuria que se le había hecho ó matarse. «Porque, dijo, no puedo volver á ver á mi padre en esta vida mientras no haya lavado mi honor.»

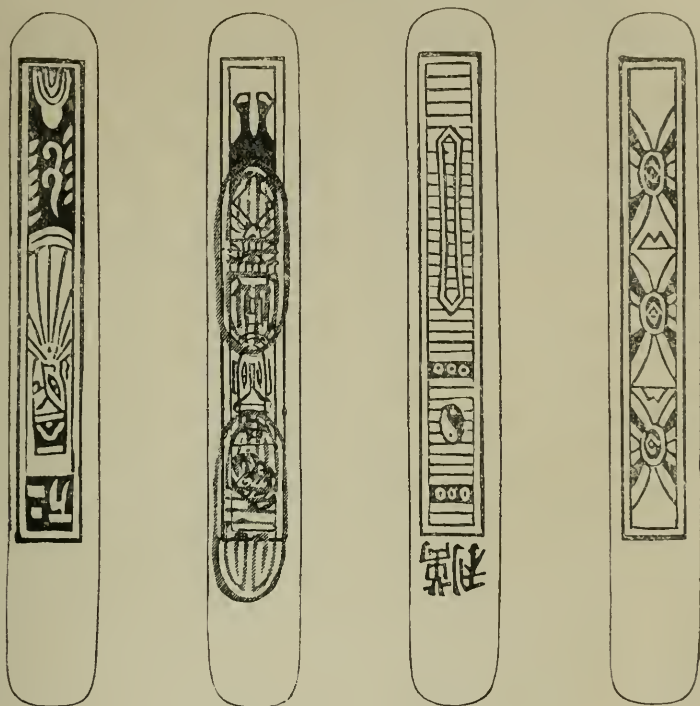
Antes de la restauración, cuando un samurai moría sin dejar heredero varón, la viuda perdía sus bienes y, reducida á la miseria, desaparecía de la ciudad. Un día, un viajero perdido en la montaña pidió hospitalidad en una triste choza, donde se quedó asombrado al ser recibido por dos pobres mujeres de maneras aristocráticas. Las dos le contaron que, habiendo perecido en el tormento su marido y su yerno en honor de su príncipe, habían tenido que desterrarse y vivían penosamente en aquel lugar agreste. Pero la madre declaró que no creía haber comprado cara la gloria de su yerno, y la hija asintió llorando.

Estos ejemplos datan del antiguo régimen. Citaré algunos que son contemporáneos y que prueban que si las costumbres han perdido su aspereza feudal, el espíritu sigue siendo el mismo.

He tenido el gusto de conocer en el Japón á un joven oficial perteneciente á una de las más grandes familias de daimio. Cuando la expedición á Formosa fué enviado con su regimiento y se batió de firme, mientras su madre, que no tenía más hijo que él, iba en peregrinación á los templos famosos para obtener de la divinidad la salvación de su hijo. Unos meses después se lo trajeron moribundo de una fiebre perniciosa. Su madre le salvó, y cuando los amigos la felicitaban, la anciana princesa, arrodillada al lado de la cama en que el convaleciente empezaba de nuevo á sonreir, contestaba sencillamente: «Si mi hijo hubiese caído en la batalla, hubiera yo estado orgullosa; pero si le hubiese visto arrebatado por la fiebre, creo que me hubiera muerto de dolor.»

Y no encuentro menos conmovedora á la abuela de un amigo mío japonés, una campesina caduca y pobre, la cual, cuando su nieto se embarcó para Europa, angustiada hasta el fondo de su

alma, le entregó un puñal, á fin de que si alguna vez un insolente osaba insultar al Japón, le castigase en el acto, con desprecio de la propia vida. La anciana campesina, con ser más inocente, no pensaba con menos heroísmo que la anciana princesa.



Naipes japoneses. (Tamaño natural.)

Pero hay un heroísmo más difícil. Un bonzo japonés dirigía una vez á las mujeres esta parábola:

«Una muchacha de veintiséis años fué pedida en matrimonio por un viudo que tenía padre, madre, tres hermanos, tres hermanas y tres hijos. Aunque la joven sintiese deseos de probar el matrimonio, tan imponente familia no dejaba de intimidarla, y se fué á consultar el caso á un ermitaño que en diez leguas á la redonda pasaba por ser el hombre más sabio de la tierra.

—»No puedo—le dijo,—dar á usted el consejo de casarse antes de saber cómo piensa tratar á los hijos, á los hermanos, á las hermanas y á los padres de su esposo. Reflexione usted y vuelva dentro de unos días.

»La joven reflexionó durante una semana y decidió aplicarse á vivir en buenas relaciones con su nueva familia.

—»Y bien—le dijo el sabio,—no se case usted ó tráigame otra respuesta.

»La muchacha aguzó el ingenio y pronto volvió con expresión de seguridad, que hasta ocultaba un secreto orgullo.

—»Prometo á usted—dijo al ermitaño—amarlos á todos como si fuesen de mi carne y de mi sangre.

—»¡No se case usted! ¡No se case usted!—respondió el sabio espantado,—ó encuentre cosa mejor.

»Cuando la mujer volvió por tercera vez le preguntó:

—»¿Qué exige usted, pues, si la buena voluntad y la ternura no le bastan?

—»Hija mía—respondió el ermitaño,—pido á usted solamente que practique la paciencia.»

De ese modo le pedía que fuese heroica todos los días y á todas horas y que se sacrificase sin cesar, y sin que lo pareciese, no á una causa sagrada, cuya belleza nos recompensa de nuestro esfuerzo, sino á labores ingratas y á caprichos que tienen derecho á ser ciegos y no necesitan justificarse.

En mis viajes por el Japón no han cesado de admirarme las sirvientes de los hoteles y de las posadas, que eran muchas veces las hijas de la casa. De la mañana á la noche, en pie ó de rodillas, siempre dispuestas, siempre amables, siempre serviciales, siempre alegres. A las doce de la noche las oía bañarse en la sala baja y á las cinco de la mañana el ruido de las ventanas que estaban abriendo me despertaban de un sueño durante el cual había creído oir aún sus pasos ligeros y arrastrados. Apenas se las paga, pero todas las riquezas del mundo no producirían aquella paciencia búdica reforzada por la etiqueta social y afinada por el sentido estético. Esa paciencia ha embellecido mi estancia en el Japón y he sentido su belleza bajo el kimono de algodón de las criadas como bajo los kimonos de seda de las nobles damas. Hasta he sospechado su profundidad al lado de aquellas pobres y extrañas cortesanas, tan poco nacidas á veces para el libertinaje y cuyas maneras se conservan impregnadas de castidad.

La venta de las hijas por sus padres está hoy prohibida, pero sobrevive á la legalidad. Y veremos que no hay que juzgarla con



LAVANDERAS JAPONESAS

el rigor de nuestras ideas europeas. Se me leyó una vez la carta de una desgraciada á quien sus padres, caídos en la miseria, habían vendido al Yoshiwara. Los padres habían muerto antes de que expirase el contrato y la muchacha suplicaba á unos antiguos amigos que la rescatasen. ¡Pero en qué términos! Ni un grito de rebelión, ni una palabra amarga para los que la habían obligado al horrible tráfico, ni una queja demasiado viva. Bajo unas formas de exquisita cortesía, era aquello como el suspiro de un alma que levanta su último velo y nos descubre una herida mortal.

Cuando la antigua sociedad se derrumbó y los samurai se encontraron arruinados, muchos de ellos, faltos de recursos, traficaron así con sus hijas, y conozco ejemplos en que, ya prometida la hija y cobradas las arras, el padre invitó á sus amigos á un festín que la hija, en su última noche de pureza, amenizó tocando el koto.

Pero, sin ir hasta ese extremo, ¿no es elocuente esta respuesta de un noble japonés á un europeo que le felicitaba por el casamiento de su hija? «No me felicite usted, dijo aquel padre que la adoraba, porque sé que no puede ser dichosa.» Lo sabía y, sin embargo, por interés de la familia, por conveniencia, por honor, había dispuesto el sacrificio y la víctima le había dado las gracias sonriendo.

Lo que no me canso de admirar es esa sonrisa, ese koto, esas fórmulas de cortesía, esas conveniencias, adorno y sostén de las virtudes difíciles, esa alteración sistemática y aristocrática de la naturaleza. Veo en esto tanta verdad humana y tanta belleza como en las libres expansiones de nuestra energía. Léase la frase de Taine sobre la *Iphigénie* de Racine (1). Que las mujeres japonesas, flores delicadas de una civilización artificial, nos hagan pen-

(1) Hay en el Japón algunos japoneses instruídos y curiosos del teatro europeo Nuestros dramaturgos modernos les desconciertan, y uno de aquéllos, después de haber leído los primeros actos del *Demi-Monde*, declaró que los personajes tenían allí conversaciones como las que se tienen en el Japón bebiendo sake. En cambio comprenden á Corneille, y no es extraño en un país en que el simple hecho de rozarse las mangas de dos samurai tenía á veces consecuencias trágicas. Lo que más choca es su inteligencia de Racine Los japoneses se asimilan sin esfuerzo la belleza de la tragedia raciniana. Tanta urbanidad, tanta y tan fina diplomacia, tanta gracia, tanto cuidado de las conveniencias y tanta nobleza los encantan Lo cual es una nueva prueba de que esta poesía, como decía M Brunetière, contiene «no sólo observación y conocimiento del corazón humano, sino realidad.»

sar algunas veces en las Ifigenias y en las Monimes; que á través del tiempo, del espacio y de la diferencia de un mundo budista y un mundo cristiano, se descubra en el alma de una japonesa un aire de familia y como un parentesco con nuestras heroínas más puras y más adorables, es lo bastante para que nuestros sueños se fijen allí por donde ha pasado su sombra y acaricien amorosamente su recuerdo.

Aquéllas no llegan, sin duda, á la plenitud de conciencia que solamente da el cristianismo á las almas elegidas. Pero bien que, en vez de las lluvias de tormenta, vaya á madurarlas un rayo de felicidad, bien que una ternura inteligente envuelva y caldee su modesta abnegación, á la poesía japonesa le costará trabajo encontrar en sus antiguos relicarios una imagen que pueda expresar su gracia y su divina sencillez.

En la última página de una novela japonesa, el marido, cuyos ojos se han abierto por fin, dice á su mujer:

—Te comparo con la flor del ciruelo, pues el ciruelo es fecundo y tú me has dado hijos.

Y la mujer responde:

—No merezco ser comparada con la flor del ciruelo, señor.

Entonces el joven le dice, poniéndole suavemente la mano en el hombro:

—Te compararé, pues, con la higuera, porque también la higuera da frutos y sus flores se ocultan debajo de las hojas.

CAPÍTULO III

El concepto del amor

Hasta ahora no he escrito más que una vez la palabra amor y ha sido hablando de las jóvenes europeas. La idea del amor, en efecto, que invade la educación de nuestras hijas, apenas roza la de las japonesas. Ese sentimiento individual no encaja en los cuadros de la sociedad; las tropas regulares no confiesan ninguna relación con ese guerrillero. Se ha dicho, muy justamente, que para los japoneses la vida personal empieza en la muerte. El japonés no existe en calidad de individuo más que el día en que la muerte le ha puesto en libertad. En la tierra no es más que un átomo de esa molécula socialmente indivisible: la familia.

Se comprende que una familia cuyos miembros están estrechamente subordinados los unos á los otros considere el amor como un agente desorganizador y no funde su armonía en el más inestable, el más diverso y, con frecuencia, el más egoísta de nuestros sentimientos. Cuidadosa ante todo de perpetuarse y obligada á suplir por la adopción los defectos de la naturaleza, teme á la pasión amorosa, cuyo carácter exclusivo comprometería á cada instante la existencia de la comunidad. Jamás ha tenido mejor empleo el *sine affectione* de que hablaba San Pablo á las familias paganas. Un hijo adoptivo no debe respetar á su padre por cariño, ni un hombre elegir á su mujer por amor, ni una mujer obedecer á su marido por afección, pues la inconstancia humana ó nuevas afecciones podrían estorbar á esos deberes ó apartar de ellos las almas. Un interés superior, el de la familia, quiere que así sea. Se admite el cariño, pero á la manera de una planta parásita y en cuanto no altere en nada las formas exteriores y rígidas de las conveniencias.

La joven se forjaría, pues, absurdas ilusiones si á la hora del matrimonio, de ese matrimonio tan inevitable como la muerte, soñase con una soledad de dos y con una tierna intimidad. La casa

que se va á abrir para encerrarla encontraría monstruoso que ella proyectase distraer con sus fantasías el bien de la comunidad. Sus puertas son guardadas cuidadosamente y todos velan para que la extraña no introduzca en su canastillo de boda el demonio del amor, cuya loca conducta chocaría con la etiqueta y comprometería la majestad de los muertos. Para los japoneses un matrimonio de amor es una especie de decadencia ó, al menos, la confesión de una debilidad lamentable. Un europeo me contó que había asistido al encuentro de dos prometidos después de una larga separación y que, habiéndose permitido el joven estrechar la mano de la novia, los parientes y los amigos vieron en ello casi un motivo de escándalo.



Tintero del siglo XVI en laca negra incrustada de nacar y metal

El matrimonio no se rodea de misterio para la japonesa, que, salvo en la alta nobleza, se familiariza pronto con las realidades de la naturaleza, ni le reserva nada imprevisto. Los preliminares son arreglados por una amiga de las dos familias, que no se preocupa sino de que todo se haga según las reglas. Los regalos consisten, desde tiempo inmemorial, en piezas de seda. El ajuar de la desposada se compone de mesillas de laca, un tintero, una almohadilla de labores, y vestidos para todas las estaciones y aun para toda la vida, pues las modas son tan invariables como los usos. En fin, la ceremonia que va á unir su suerte con la de un desconocido y en la que no interviene ni sacerdote ni magistrado, no le proporciona siquiera un instante de

ligero triunfo. Todo se reduce á beber un poco de sake en la misma copa que el futuro, ¡pobre símbolo de la comunidad de alegrías y dolores! Y hétela entregada á merced de una nueva familia cuyos ritos, cuyas costumbres, cuyo espíritu y cuyos antepasados tiene que adoptar.

No es el amor para su esposo, es simplemente su mujer, es decir, la sirvienta de sus padres y la engendradora de su posteridad. Si no gusta á su suegra, acaso porque gusta demasiado á su marido, se la despide y se toma otra. Aunque hoy se haya limitado el derecho al divorcio, el pueblo y la burguesía siguen divorciándose con una facilidad que asombra. Y como los hijos se supone siempre que heredan exclusivamente las cualidades de su padre y su nobleza no disminuye porque el vientre que les llevó fuese plebeyo, el hombre se queda con ellos al repudiar á su mujer. Por eso, la desgraciada, amenazada en la carne de su carne, prefiere el sufrimiento á la ruptura.

Pero es tal la fuerza santa de la comunidad, que levanta un día á los que empieza por rebajar y capitaliza en una especie de gloria su inmensa reserva de dicha individual. Cuando la Griselda japonesa ha pasado por las duras pruebas de su vida de esposa, y de madre dolorosa se convierte en suegra respetada, cobra por fin el precio de su paciencia y puede poner á prueba la de los demás, gusto del que jamás se priva. Pero atribuyo menos esa dureza á un deseo de desquite que al principio mismo de la sociedad japonesa, en la que todos los sentimientos del individuo nacen de su condición. Desde el momento en que tiene la autoridad, exige el respeto absoluto con la misma exactitud con que en otro tiempo le sacrificó sus aspiraciones de joven. Si fuera de otro modo y pusiera en duda la verdad superior de lo que representa, sus miserias pasadas se le aparecerían como un abominable engaño. No hay más sino que ese honor, que pocas europeas conocen, se parece algunas veces al muérdago que florece en una rama seca.

Aunque el antiguo Japón rehuse al amor la entrada en la familia, la naturaleza, que se burla de nuestros convencionalismos, no ha librado á las japonesas de una debilidad que las hace más deseables. La japonesa ama, y sucede á veces que muere de amor. En la primera semana que pasé en Tokío se enterró á la hija de un gran dignatario. Su marido la había repudiado con vanos pretex-

tos después de unos meses de matrimonio, y todos los que asistieron á las exequias sabían que había muerto amándole. Y se sabía porque las altas clases evitan generalmente tales escándalos. Pero entre los humildes, ¡cuántos corazones son rotos obscuramente por el capricho, la indiferencia ó el desprecio del hombre!



Interior de una habitación japonesa

Es verdad que en las clases obreras, y sobre todo en el campo, donde la necesidad del trabajo iguala á los dos sexos y hace sensato al varón, la mujer se apodera con frecuencia de los asuntos de la casa y muestra en ellos muchas veces mejor sentido y más iniciativa que su dueño honorario. Es también cierto que la esposa desdeñada puede conquistar á su marido á fuerza de amor. Los proverbios y las canciones populares le permiten esa esperanza. Uno de ellos le dice que «cuando se está tres años en la misma piedra, la piedra misma se calienta:» otro le advierte que «hasta el objeto de un amor no correspondido puede ser mirado como un sincero amante si se le mima durante tres años.» He oído en labios japoneses este antiguo refrán: «Los cabellos de las mujeres son bastante fuertes para atar elefantes.» Los novelistas y los poetas, que no cincelan más que finas imágenes, asimilan las almas

consumidas por un gran amor á los capullos abrasados y vacíos de las cigarras muertas. El budismo ha ido á buscar en el misterio de las vidas anteriores el origen de esas fuerzas ciegas, mediadoras de nuestras uniones apasionadas. No son las tristezas ni la potencia del amor lo que los japoneses han desconocido, sino la dignidad de ese sentimiento.

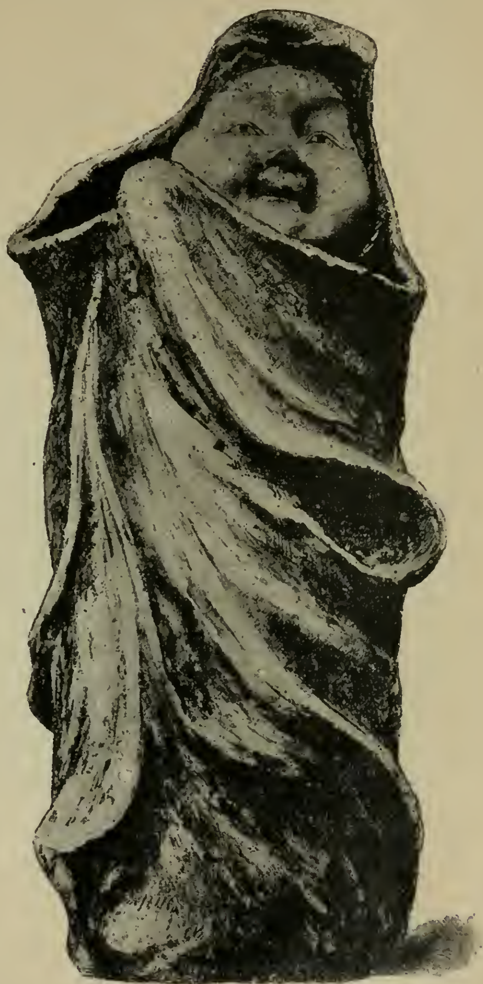
La mujer no es ennoblecida por el amor. Sentimiento inferior y propio de esa criatura también inferior, se cree natural que el hombre lo inspire y decoroso que el noble no parezca experimentarlo. Lo siente á veces de una manera muy intensa, pero el mismo pudor que le prohibe las efusiones religiosas, sella sus labios y cierra su corazón á las expansiones del amor. El hombre conserva ante la mujer adorada la rigidez de la etiqueta, y hasta cuando se quita la coraza sus mismos abandonos tienen el aspecto de condescendencias. En general, el amor no es para él más que una aventura rodeada de un lindo decorado, amenizada con un poco de música y pimentada con un poco de melancolía. Toda la poesía amorosa del Japón trasciende á galantería y á sensualidad. «He visto, dice el poeta, andar por el puente escarlata una hermosa joven con corpiño azul y hakama rojo. Estaba sola y quisiera yo saber si duerme sola en su lecho virginal...»

Pero, sea la aventura seria ó pasajera, el hombre no abandona su altiva reserva. Espera que se le hagan insinuaciones y, si quiere apresurarlas, lo hace menos con amabilidad que con brutalidades. En un círculo de japoneses y de geisha se conoce al amante en su falta de urbanidad con aquella á quien ama. He observado que en el teatro la declaración de amor parte más frecuentemente de la mujer. No es á su nodriza á quien la Julieta japonesa dice: «Su lecho ó la tumba,» sino al mismo Romeo.

No solamente el hombre habrá aparentado indiferencia, sino que, á la hora del misterio, fingirá todavía que cede más bien á los vapores del vino que á las delicias del amor. Cuando el pescador Urashima penetra en el palacio de la reina de las hadas, tiene ésta buen cuidado de emborracharle antes de introducirlo en su cámara. Y la princesa Kesa, que, ya resuelta á morir, atrae á su marido y le invita á festejar la noche, no cesa de llenarle la copa para gustar mejor sus últimos goces nupciales. El amor japonés lleva á modo de aljaba un cantarillo de sake. Sus juegos no son para el hombre más que debilidades de beodo. Sólo bajando la

pendiente de una ligera embriaguez es como el samurai se encuentra al nivel de la mujer.

La idea de que la mujer toma siempre la iniciativa de la falta está tan arraigada en la mente japonesa, que la antigua legislación no había previsto el caso de violación. Estando yo en Tokío, un barrio de la ciudad se puso en conmoción por el escándalo de un hombre que había visiblemente abusado de su nuera. «Es vergonzoso, decía un japonés viejo: ¡será viciosa esa muchacha para haber seducido á su suegro!»



Jarrón de cerámica para flores, obra de Shinno

La irresponsabilidad del varón ha hecho, acaso, el adulterio más frecuente de lo que se supone, aun en las clases altas. Dificultado por la casa japonesa, con sus puertas abiertas y sus tabiques sonoros, pero fomentado por la facilidad del traje, el adulterio tuvo el carácter rápido y furtivo de una sorpresa que, á menos de haber consentimiento mutuo, ponía á la mujer en la alternativa de callar ó matarse. En el pueblo y en la pequeña burguesía se le considera como cosa común y siempre es la mujer quien soporta las consecuencias. Los hombres se reconcilian á expensas suyas con una desenvoltura admirable. Y es de observar que si la mujer es con frecuencia celosa, los celos no la llevan casi nunca hasta el homicidio. Los crímenes pasionales son rarísimos en la japonesa.

Pero cuando se resiste y la pasión de su perseguidor llega á

exasperarle, el antiguo barniz de la civilización japonesa se resquebraja como el esmalte de sus tabiques en un fuego demasiado vivo, y surge de él el bárbaro. La herida de su orgullo arroja una espuma de villanías. He visto en el teatro, y en una comedia moderna, un amante desahuciado, hombre lleno de grados universitarios, mascullar el cigarrillo y escupir el humo á la cara de la joven que no quería casarse con él. Y la grosería del efecto escénico me asombró menos que la impasibilidad y la mofa del público.

La realidad, por otra parte, es más fuerte que la literatura. Me habían contado como cosa reciente que un descendiente de samurai, rechazado por la hija de un magistrado, se había precipitado á casa de la muchacha y mutiládose vergonzosa y mortalmente en su presencia. Y estando yo comiendo con varios japoneses vueltos de Europa, les interrogué sobre ese suicidio y me respondieron sin vacilar que conocían otros ejemplos. No creo que el hombre haya nunca hecho alarde de un modo más ultrajante de su desprecio del amor, ni que más haya manchado su pasión en el momento en que le mataba.

Pero de que el amor rebaje al hombre no se deduce que el oficio amoroso degrade á la mujer. La mujer se envilece allí menos que entre nosotros traficando con un sentimiento que no añade casi nada á la belleza moral de la esposa. El desprecio á la cortesana es siempre proporcionado con el respeto que tenemos al amor. Un novelista japonés me decía: «Entre nosotros la mujer legítima es el *toko* de la casa, su columna de madera natural ó pulimentada; la concubina y las muchachas alegres son en ella los kakemono que colgamos en nuestra alcoba según el capricho de la hora y las gracias de la estación.» Los japoneses tienen el alma demasiado artística para despreciar á los kakemono y para no reunir, si pueden, una amable colección de ellos.

Los más lindos y los más costosos son seguramente las geisha. Todas las artes japonesas, la pintura, la danza, la música, la poesía y la etiqueta, han colaborado en esas miniaturas de *demi-mondaines* (1). Para ellas los gusanos de seda han hilado sus fibras

(1) Es difícil traducir al castellano este apelativo, que forma parte casi oficialmente de la lengua francesa y tiene en España una gran realidad sin tener nombre. Un autor dramático ha dicho en su lugar «horizontales,» con menos pudor que ingenio.—*(N. del T.)*

más preciosas; para ellas los tejedores han urdido las más ricas telas; para ellas los coloristas han matizado las más hermosas fajas; para ellas han extraído más oro los mineros. Son más libres para elegir sus amantes que las jóvenes honradas sus maridos. Tienen á veces todo el desinterés y toda la astucia y todas las pér-



Japonesas tomando te

fidias del amor, cuyos juegos tiernos y crueles personifican. Saben que si el corazón de la mujer es parecido á la planta que florece en el agua, el del hombre es cambiadizo como un cielo de otoño. Cuando el zorro, animal que los japoneses adoran y temen, quiere llevar al colmo sus maleficios, se metamorfosea en geisha (1). Ellas arruinan á los hijos de familia y hacen llorar á las esposas y á las madres. Se las encuentra en todas partes: en las calles, en las

(1) Nótese cómo, á pesar de las distancias y de las profundas diferencias de raza, el genio popular del Japón y el de España coinciden á veces en el empleo de las mismas metáforas para expresar las mismas cosas.—*(N. del T.)*

fondas, en las reuniones íntimas y en los banquetes oficiales, alrededor de los jóvenes y de los personajes graves. Son los fuegos fatuos del deseo.

Por debajo de ellas, encerradas entre sus rejas y grandes espejos ó biombos incrustados de oro, deslumbradoras y llenas de afeites, las cortesanas ocupan un barrio de la ciudad, situado á veces en el mismo centro. Hubo un momento en que se trató de suprimir esas casas de fieras donde, en la jerga japonesa, el conductor de un carricoche se llama un caballo, la criada una ternera, la geisha una gata y la mujer un zorro. Pero los japoneses líricos exclamaron: «Si se prendiese fuego al Yoshiwara, nuestras lágrimas apagarían el incendio.» Ciudad flamígera, de anchas calles orladas de grandes balcones cuyas maderas claras resplandecen á la luz eléctrica, y que tiene sus franquicias, su lengua, sus solemnidades y sus símbolos. Todas las primaveras, largas filas de cortesanas plantan cerezos que son arrancados en cuanto han dado flores.

Estuve allí en una noche de agosto y se habían levantado arcos de follaje y construído galerías aéreas para festejar al dios de la dicha. Del seno del extraño municipio subía hacia el cielo un enorme coloso de ojos oblicuos, rubicunda cara de borracho y mejillas rojas. Su vientre era tan voluminoso como el del Buda de bronce que aplasta los jardines de Kamakura, pero su boca, hendida por una risa escarlata, descubría los dos solos dientes de la encía superior. Aquel era el dios.

Delante de ese Moloch desdentado y ferozmente jovial se extendían unos escaparates enrejados, dentro de los cuales estaban arrodillados en tatami los ídolos en venta. Algunas veces una de ellas sacudía la ceniza de su pipa de níquel y se apoyaba en el enrejado, como un pájaro del paraíso en los hierros de su jaula. Y me chocaron su tocado modesto, su dulzura casi inmaterial y su juventud. Considérese que de las dos mil setecientas mujeres del Yoshiwara hay apenas cincuenta que pasen de treinta años. Pero, por muy bajo que descienda, la japonesa no cae. En la misma relajación, á que la ha precipitado muchas veces un motivo honroso, obedece á una etiqueta que la mantiene por encima del libertinaje. Si los japoneses desprecian el amor, no envilecen al objeto de su placer. El ceremonial que se observaba para la compra de la cortesana y en el que nosotros veríamos como una parodia del matri-

monio, hace ver que los japoneses cuidan de conservar hasta en la licencia cierto ideal de cortesía y de corrección.

Y esa fiesta interminable cuyos shamisen se oyen á lo lejos y



Criadas junto á un pozo de vecindad

embriagan á los tenderos y á los pequeños burgueses, sobre todo en el tiempo de los cerezos en flor, esa fiesta á la que corren los hombres algunas veces acompañados de su mujer, y las mujeres sin sus maridos, deseosas de aproximarse á las cortesanas y comprarles el secreto de hacerse amar, me ha causado la impresión

de una diversión artística y sensual, de un libertinaje refinado más que de una orgía voluptuosa. En ella se desencadena la pasión y los suicidios la ensangrientan como en los lugares en que afluyen la miseria y el placer. Pero ni en esos campos atrincherados del amor ni en las tiendas nómadas de las geisha; ni en los dramas de la vida ni en los espectáculos de teatro; ni en las danzas ni en las pinturas; ni en las novelas analizadas ni en las confidencias que se me han hecho, he encontrado la imagen de la voluptuosidad profunda ni de esos mutuos arrebatos en que se abisman los seres. Siempre queda en los rincones del alma japonesa algo áspero y helado que no se funde. Un residente europeo que lleva allí más de treinta años me decía que en ese pueblo el hombre tiene más sentidos que alma y la mujer más alma que sentidos. Es posible, y esto nos ayudaría á explicarnos su papel de constante sacrificio. Sería además asombroso que un pueblo que no parece haber comprendido la esencial y pura belleza del amor hubiese experimentado sus efusiones supremas.

CAPITULO IV

La japonesa de mañana

Pero hete aquí que el combate entre el hombre y la mujer, en el que los japoneses se habían reservado las posiciones más ventajosas, da la vuelta y cambia de aspecto. La influencia de Europa ha producido una revolución en las costumbres, cuyos efectos serán incalculables si, como creo, altera las relaciones entre los dos sexos y cambia el equilibrio de la vida social. Ya se ha introducido el gusano de nuestro individualismo en la raíz de la familia y la venerable planta no tardará en amarillear. La etiqueta disminuye á medida que ese individualismo aumenta, y con la etiqueta, que es su signo externo, disminuye el sentimiento de la jerarquía, el respeto á los demás. Los japoneses no tienen todavía de esto una conciencia muy clara; pero si bien sus amigos les aconsejan que no adopten las novedades europeas sino con prudencia y tirando de las riendas, ello es que de nuestros barcos ha soplado en el Extremo Oriente una generosidad allí desconocida y que empieza á dilatar los corazones. En parte alguna se manifiesta este fenómeno como en la mujer, que se transforma poco á poco en su espíritu y en su condición.

En esto también salta á la vista lo que la mujer va perdiendo. El contacto con los europeos altera su delicada armonía. Le hemos llevado nuestra quincalla, nuestro oro, nuestro similor y nuestros brillantes verdaderos ó imitados. Se ve brillar el oro falso en los dedos de las criadas y ha habido princesas que no sabiendo dónde ponerse su collar de diamantes han decorado con él la arquitectura de sus cabellos.

No nos hemos contentado con desnaturalizar y adulterar su coquetería, sino que hemos depravado su galantería. Mientras que los pastores protestantes, que no habían pasado sin duda por ciertos barrios de Londres, Berlín ó Nueva York, tocaban las trompetas de Josué alrededor del Yoshiwara, los comerciantes y

los viajeros ricos de Occidente se precipitaban en la plaza y aclimataban en ella maneras indecentes que escandalizaban á los japoneses y ajaban á las japonesas. Otros, atacados de un sentimentalismo ridículo, no vacilaban en pasear en público ciertas fantasías de bajo vuelo que las más estrictas conveniencias habían hasta entonces relegado á la sombra. En todo el Japón en que figura el elemento cosmopolita la cortesana ha decaído en su distinción secular, y las verdaderas geisha serán pronto tan raras como en París las legendarias *grisettes*.

Pero si los europeos tienen groserías que desentonan en la dulce atmósfera del Japón, revelan una ternura más íntima y más confiada que los hijos de los samurai. Se ha observado que las japonesas que habían estado casadas ó en largas relaciones con europeos ni aceptaban ya el entrar en el antiguo redil y estaban perdidas para la comunidad.

Por otra parte, las familias europeas establecidas en el Japón les prueban sin cesar que el sitio de la mujer no está á cinco ó seis pasos detrás del marido y que los sabios de la China han dicho una tontería más considerando á los esposos como dos extraños. Las señoras japonesas, obligadas por su posisión á visitar á las europeas, han tomado el gusto á esos deberes sociales, y ahora se reunen entre ellas, organizan *five o'clock* y juntas de beneficencia donde se habla de moños... y de los maridos.

Y sobre todo, la mujer ha salido del espantoso dilema á que estaba condenada: matrimonio ó libertinaje. La organización de las escuelas, de los correos, de los teléfonos y de otros servicios á la europea, le han creado derechos á la soledad y á la independencia. Se conoce fácilmente á las japonesas libres, aunque el metodismo no las haya afeado con unas gafas, pues tienen un modo de andar más suelto y llevan como símbolo de su emancipación, en vez del peinado tradicional, edificio complicado y que necesitaba ayuda ajena, un rodete negligentemente arrollado encima de la cabeza. Los muchachos no se engañan y les dicen á veces, al pasar, una palabra de desprecio cuyo sentido creo que equivale á «bastarda de europeo.»

Esa clase es todavía limitada, pero, estando compuesta en gran parte de institutrices, no puede menos de extenderse y ramificarse hasta el infinito. Nunca repugnó á los japoneses la idea de instruir á sus mujeres, que han sido las más cultas entre las



UNA ESCUELA JAPONESA, CROQUIS TOMADO DE UNA PINTURA DEL PAÍS

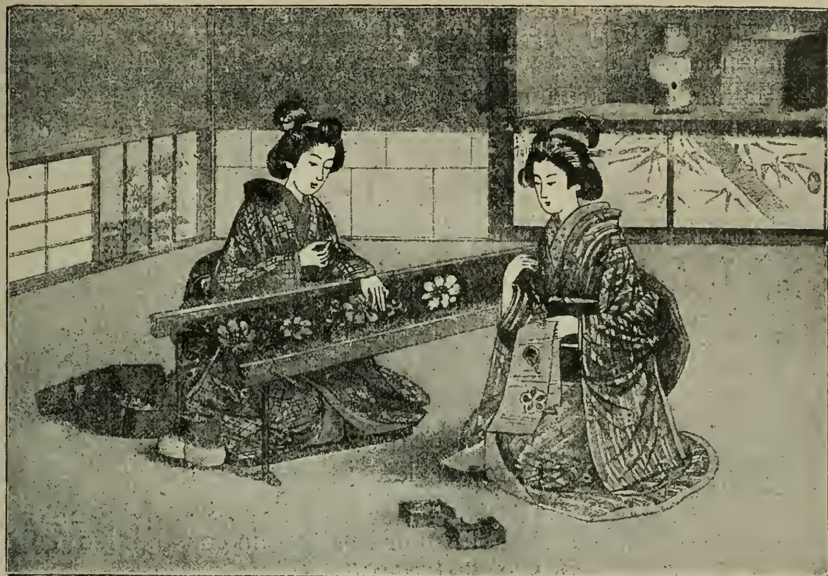
asiáticas. Se le enseñaba la pintura y á retener en la memoria el alfabeto nacional, pues se reservaba á los hombres el estudio de los caracteres chinos. Hoy se encuentran por todas partes jóvenes y niñas que van á las clases con su paquete de libros delicadamente envuelto en una tela cuyo dibujo representa el vuelo de un pájaro, una rama de cerezo ó un ratón que roe el esqueleto de un gato.

He visitado la Escuela de Señoritas nobles, aquel *Saint-Cyr* de la emperatriz, la Escuela normal superior y algunas escuelas primarias. ¡Qué hermosos palacios escolares y qué extrañas escuelas! Imagínense unos pasillos llenos de lindas reverencias y unas grandes y silenciosas piezas en las que las maestras susurran sus cursos; unas clases en las que las alumnas escriben en mesas europeas y unos refectorios donde comen en tatami; unas salas en que se cargan botellas de Leyden y unas habitaciones en que se detalla la ceremonia del te; conferencias de química y lecciones sobre los ramos de flores; manos que empiezan por vigésima vez una letra china y labios que balbucean una página en francés; figuras geométricas y copias de kakemono; el busto de yeso de Alcibíades y la cabeza de Confucio; la áspera música de los koto y el rigodón de los Lanceros en un piano de Erard; danzas en las que todos los abanicos se cierran á la vez con un ruido de viento sobre las hojas secas, y movimientos militares, marchas de lado, cuartos de conversión y formaciones en guerrilla en las que los piececitos pueden apenas atrapar sus chinelas.

Los programas, tan frecuentemente reformados como los nuestros, están cargados hasta hacer perder la cabeza, como los nuestros. Pero sus faltas de lógica y su discordancia con el estado actual del Japón van más allá de toda idea. «Aprended á ser lentas,» murmura á las niñas japonesas la etiqueta materna.—«¡Una! ¡Dos! ¡Empuñad las pesas y paso acelerado!,» les grita la gimnasia europea.—«El Japón es el país más bello del mundo, les dice su historia, y si no hay en él grandes pensadores es porque éstos son reformadores y el Japón no ha tenido nunca necesidad de reformas (1).»—«¡Reformémonos! ¡Reformémonos!,» les cantan todos los ecos.—«Conviene que el Japón se eleve al nivel de Europa y de América.»—«¡Venerad á los sabios de la China!»—«Señoritas, lean ustedes á Shakespeare y á Voltaire!»—«Nosotros des-

(1) Tomo este extraño razonamiento de un ejercicio de redacción de una alumna, ya crecida, de la Escuela normal

cendemos de los dioses.»—«El hombre desciende del mono.»—«Somos espíritus prácticos y queremos formar amas de casa. Al salir de la escuela sabréis guisar platos caros y buenos.»—«Pero la mayoría de vosotras no podrán comerlos en familia.»—«Empecemos con vosotras estudios universales que exigen, por lo me-



Bordadoras

nos, que les consagréis toda vuestra juventud.»—«Pero vuestros padres os casarán á los quince ó diez y seis años.»

Esa incoherencia hace sentir mejor á la mujer el anacronismo de su vida de familia; pero al localizar su sufrimiento y la definición del mal, precisa su remedio. Las alumnas de la escuela normal, que empiezan su noviciado en la Escuela maternal, son allí encantadoras en su papel de madrecitas de los niños ajenos y conservan aún la aureola virginal de la mujer japonesa. Pero cuando vuelven á su biblioteca y hojean los dos ó tres grandes periódicos del Japón que se les ponen en las manos, inclinaos y mirad lo que están leyendo.

Por conciencia ó por oficio, por el bien público ó por las necesidades del «original,» los periodistas son terribles reformadores.

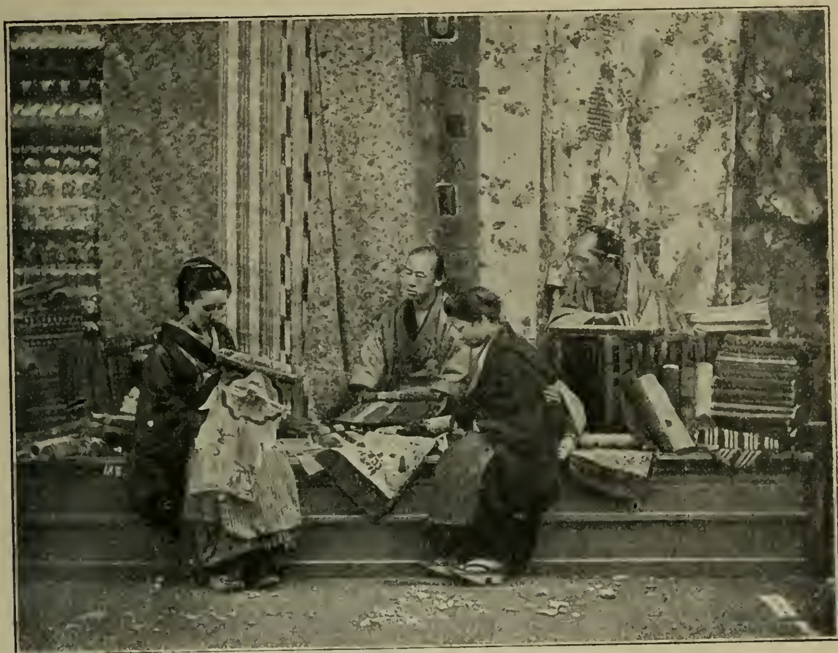
Aunque un antiguo consejero de la corte, confucense retrasado, deplore en largas columnas que las mujeres relajen su austera obediencia y que la Restauración haya anegado sus virtudes en la obscura medianía de las clases inferiores, «como un poco de agua clara en una cuba de agua negra,» toda esa elocuencia no sirve de nada contra esta simple noticia:

«Ayer, durante la fiesta de la diosa Kwannon, tres muchachas han abandonado á sus familias y han ido á ahogarse en un estanque. Se han encontrado en la orilla sus geta con una carta en la que decían que habían resuelto matarse para escapar á los dolores del matrimonio.»

Estas noticias, que penetran en todas partes, inspiran á las mujeres amargos pensamientos y á los hombres una reflexión más grave. Y al frente de los hombres que han reflexionado está Fukusawa, escritor de gran influencia, jefe del colegio libre más grande y dotado de la aspereza y de la obstinación de los anglosajones, así como de su estrechez presbiteriana. Así como en otro tiempo atacó los privilegios de los samurai, hoy denuncia las llagas sociales, sin darse cuenta de que esas llagas han podido acaso ensancharse y envenenarse por las teorías que él ha vulgarizado prematuramente. Véanse unos párrafos suyos traducidos casi textualmente y tomados por un periodista que los publicó en la prensa:

«Edificáis escuelas, pero ¿de qué servirá la instrucción que pensáis dar á las mujeres? Lo que hay que cambiar es su papel humillante en la sociedad. En el Japón la mujer es un objeto á vil precio y Tokío se transforma en foco de libertinaje. Las concubinas que el hombre ocultaba en otro tiempo, ahora las exhibe. ¿Quiere uno casarse? Se compra una geisha, ó hasta una *oiran*, y resulta un buen muchacho. Mirad de dónde salen las mujeres de nuestros advenedizos. En el centro de Tokío, en el punto más resplandeciente, se encuentran la cortesana y el concubinato... Se da una recepción ó un banquete, y en cuanto los hombres de buena sociedad se han instalado con sus mujeres, aparecen las geisha y nuestros hermosos señores se llenan de alegría al reconocer á sus antiguas amigas. «¡Calla! ¿Qué has hecho ayer? ¿Qué es de ti desde que no te veo?» Y mientras ellos se divierten, sus mujeres, serias como budas, piensan sin duda en el tiempo en que ellas pertenecían á la corporación de aquellas trabajadoras. ¿Cómo expli-

car, si no, que una mujer pueda deciros: «Ayer hemos pasado la velada en compañía de una querida de mi marido,» y se eche á reir? A las esposas serias se les enseña la música, el arte de los ramos y la ceremonia del te, y se les paga un viaje al campo ó á la orilla del mar... En el Japón nada es más digno de lástima que la mujer.



Tienda de telas de exclusiva fabricacion japonesa

Cuando su marido le habla, es un daimio que se dirige á su servidor. Todo cuanto posee lo atribuye á la magnificencia de su marido y su misma existencia es debida á la magnanimidad de esa majestad luminosa. Pero cuando esa majestad, por haber hecho vida disipada, se pone enfermo y se mete en la cama, entonces la esposa modesta y desdeñada le es sumamente cómoda, porque le administra los medicamentos, le mima y le seca los pies para que su tez se ponga floreciente... Entre nosotros el hombre no se adhiere á la mujer más que por la carne. Las casas son pocilgas.»

Esas diatribas no curan el mal, pero encaminan á los japoneses hacia el reconocimiento de los derechos de la mujer y de la igualdad de los sexos.

Si los innumerables periódicos, cuyo atrevimiento crece todos los días, despiertan en la mujer ideas de independencia, la literatura moderna la lleva á concebir los derechos del amor. Las novelas, cuya clientela es sobre todo femenina, se multiplican; los teatros, á los que en otro tiempo no iba más que el pueblo, se han abierto á las altas clases. Esa literatura, exuberante, pero todavía pobre, no es más que una adaptación más ó menos hábil de los sentimientos europeos al medio japonés. Dejo á un lado las tentativas de poema épico, como *La Estrella blanca*, en la que unos estudiantes han tratado de dar á un asunto de origen chino la forma de un poema inglés ó alemán. Apenas mejor inspirados en sus disfraces eruditos de *Los Miserables* ó de las novelas rusas (hay que notar, sin embargo, una buena traducción de *Graziella*, hecha por una joven), sus obras son más interesantes para el público japonés y más instructivas para nosotros cuando nos toman prestado ó nos saquean sin decir palabra. Hacía siglos que novelistas y dramaturgos desleían los mismos sentimientos en las mismas aventuras. Nosotros los hemos provisto de nuevos temas. Puede ser que la debilidad de su ejecución venga de su falta de sinceridad tanto como de su inexperiencia; pero un escritor acaba siempre por convencerse de aquello de que quiere convencer á los demás, y el éxito le forma una convicción.

En las tablas del *Meiji-za*, entre una pantomima china y una comedia heroica, he visto un melodrama, en el que los actores, aunque vestidos á la europea, se acurrucaban en torno del brasero, y en el que un coronel viejo acusaba á su mujer de traición y, después de una escena conmovedora, la despedía enjugándose las lágrimas. Cuélguense en el vestuario de los comediantes japoneses una levita y un sombrero de copa alta, y el adulterio sale solo de entre bastidores.

A la sazón, el teatro moderno, fundado por un grupo de jóvenes, estaba representando una obra tomada de una novela realista de Koyo, titulada *El Dinero es el Diablo* ó *El Amor y el Dinero*, en la que he oído verdaderos acentos de pasión:

«¡Oh, Miya, Miya san!, decía un joven pobre á su novia, á quien un banquero quería llevarse; vivirás en la riqueza, pero ¿pensarás en el triste corazón que has desdeñado por el dinero? ¡Todo el oro del mundo no compra un poco de amor, de sincero y puro amor! Un pájaro que vive con diez granos de arroz, ¿puede



JAPONESAS MERENDANDO PATATAS EN EL CAMPO

comerse un saco? A mi lado no tienes que temer verte privada de los diez granos que necesitas... ¿Ves? Mi cólera se funde en lástima... Si me abandonas, seré tu mala acción, que surgirá ante ti hasta más allá de la tumba y te roerá el corazón...»

Los novelistas explotan los vicios de la organización familiar y las miserias del divorcio. Los críticos japoneses les piden que hagan *Cabañas de Tom*. Y, á pesar de ser difusos, sus minuciosos relatos llegan á veces á ser patéticos.

En fin, hay dos tipos nuevos en esa penumbra de arte con ligeros resplandores extranjeros.

El uno, el de la joven que quiere elegir su marido, nos parece todavía torpe, pues la independencia, ignorante de sus límites, suele caer desde los primeros pasos en el cinismo. Ahí está, si no, la historia de una linda mujer que se divorcia siete veces hasta encontrar en un hombre la ciega confianza que es digna de su amor.

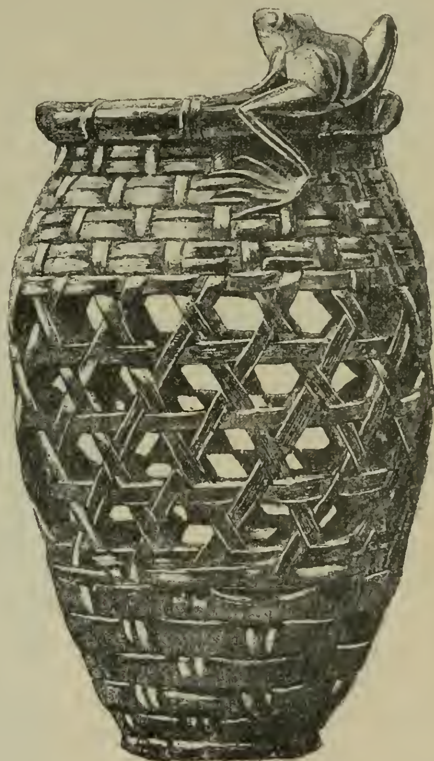
El otro es el del enamorado moderno, que usa bigote y se viste á la europea, pero sabe conciliar el culto de los nuevos usos con el respeto á lo que debe ser conservado en las costumbres japonesas. Tiene grados universitarios, se destina á la política, no corteja á las mujeres, pero se enamora de ellas, y cuando se casa prueba á su esposa que es hombre ilustrado tratándola como á una europea. Le ofrece primero un viaje de boda, la ayuda á subir al vagón y nunca olvida el darle la mano para bajar de él. La asocia á sus aspiraciones y por las noches trabaja á su lado. No apesta á sake y no será á él á quien las geisha peinen el bigote...

Pero sería conocer mal á la mujer el pensar que este galán joven no tiene más que presentarse para arrastrar tras él los corazones. Ese hombre se adelanta todavía á su siglo, y la japonesa, acostumbrada á considerar como signo de virilidad la taciturna dureza de su marido, no se rinde sin vacilaciones á un modo de amar tan contrario á las conveniencias. No digo que le guste que la peguen, pues de ordinario los japoneses no pegan á sus mujeres, pero no le disgusta sentir, aunque sea rudamente, la superioridad de su dueño.

Nadie ha comprendido ese estado de alma mejor que un tal Sanji, que publicó en la gran revista del *Taiyo* la confesión de una joven divorciada. Esa mujer ha dejado á su marido, no porque tuviera queja de él ni porque su suegra fuese cruel con ella, sino

porque la ternura y la abnegación de que la rodeaba la dispensaban de cumplir sus deberes de esposa y, por consecuencia, la desorientaban. Cuanto más amable era su marido, más el asombro de aquella japonesa se convertía en desprecio. «Me hacía el efecto, dice, de una princesa perseguida por un colegial enamorado.»

Acaso la mujer sospecha también obscuramente que al caer sus cadenas arriesga el perder un poco de su belleza moral. A nuevos derechos corresponden nuevos deberes. El porvenir nos dirá si la japonesa se muestra más torpe para cumplir con éstos que para ejercer aquéllos. Pero no se quejará mucho tiempo de que el marido sea demasiado guapo.



Jarro para flores, calado en madera, obra de Minkoku

Entre los cuentos para niñas conozco uno muy lindo.

Érase el tiempo en que no se conocían los espejos más que en la santa ciudad de Kioto. «El espejo es el alma de la mujer, como la espada es la del samurai.» Pero, en aquella época remota, muchas japonesas no tenían alma. Un pobre samurai del campo, que estuvo en Kioto, trajo á su mujer un fino espejo de acero pulimentado. La mujer guardó preciosamente aquel mágico tesoro, y al tiempo de morir se lo legó á su hija, diciéndole:

—Tu padre se volverá á casar, sin duda. Pero yo no te dejaré. Siempre que mires á este espejo estaré yo en él.

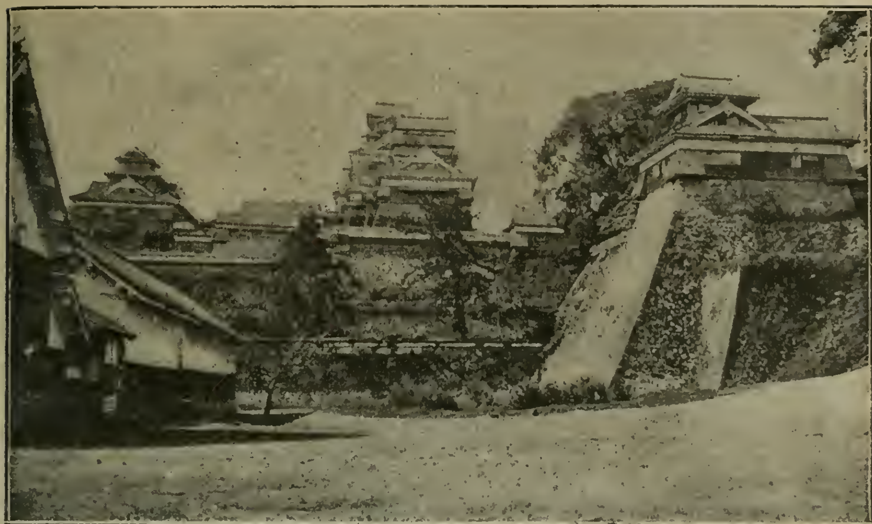
El padre se casó, y la niña, maltratada por la madrastra, recordó las palabras maternales. Miró el espejo. ¡Oh dulzura! La cara de su madre la estaba mirando, todavía un poco borrosa, pero triste y pensativa, tan triste que nunca la niña la había visto de

aquel modo. Pasó el tiempo; la imagen se fué precisando y ahora responde con dulces sonrisas á las sonrisas de su hija. Y la madrastra se asombra al ver que una criatura tan débil ofrece tanta resistencia al dolor...

La nueva civilización del Japón no libertará á la japonesa del sufrimiento y de la iniquidad que pesan sobre todas las criaturas. Pero temo que en los espejos biselados y dorados que nosotros le vendemos no vea jamás aparecer la sonrisa resignada y pura de su madre muerta.



Figurita en marfil



Castillo de Kumamoto

LIBRO SÉPTIMO

LA SOCIEDAD NUEVA

CAPÍTULO I

La corte y la aristocracia

Llegado al Japón en plena crisis ministerial y en vísperas de un período de elecciones, en cuanto se desembrollaron un poco mis impresiones me esforcé por acercarme y conocer á ese monstruo recién nacido: el parlamentarismo japonés. Después, como no bastaba describir su fantástica imagen y había que explicar también su origen, consulté ese pasado que cada vez contrasta más con el tiempo presente. Y me ha parecido que si, en realidad, la revolución política del Japón era menos extraordinaria de lo que imaginábamos, sus consecuencias religiosas, intelectuales y morales iban más allá de nuestras conjeturas. Así, pues, estudié,

para confrontarlos con nuestras invasoras ideas, los antiguos conceptos japoneses de la divinidad, del arte, de la familia y del amor. Fáltame ahora mostrar cómo se ha organizado provisionalmente la sociedad en el seno mismo de esos conflictos, y, sobre todo, cómo viven, desde el emperador hasta los más pobres, unas gentes á quienes se diputan tantas opiniones contradictorias.

M. Harmand, ministro de Francia en el Japón, decía una vez que la gran desgracia de los japoneses era haber esperado para convertirse á la civilización occidental á que ésta destilase por todas partes la democracia. Solamente, decía, nuestro siglo XVII hubiera podido europeizarlos sin peligros y sin sacudimientos. Por su urbanidad, por su decoro, por su subordinación, por su aristocracia y hasta por su vida de familia, los japoneses estaban menos lejos de los contemporáneos de Luis XIV que de los conciudadanos de Lincoln. Cuando, hacia 1850, un náufrago americano á quien un japonés preguntó cuál era la jerarquía de los poderes en los Estados Unidos, puso en su respuesta, en primer lugar, al pueblo soberano, el japonés no le comprendió mejor de lo que le hubiera comprendido dos siglos antes un marqués de Versalles. Hoy esa respuesta sería entendida lo mismo por los kurumaya que por los hijos de daimio, pero por lo mismo que gusta á los unos desagrada más á los otros. Y la sociedad japonesa nos ofrece el espectáculo de una nobleza cuyo amor propio acepta teorías que rechaza su instinto de conservación, de una burguesía que desconfía de esas ideas por rutina y se conforma con ellas por interés, y de una clase inferior á quien la costumbre de obedecer arma poco á poco para la extrema indocilidad.

En el Japón moderno no hay más que choques y antítesis. El antiguo espíritu japonés se arregla á veces una silenciosa retirada detrás de la engañosa fachada europea y mide sus fuerzas para prepararse á nuestros últimos asaltos. En desquite, á medida que se desciende y el pueblo muestra un aspecto más japonés, las tendencias extranjeras se manifiestan más cruda é ingenuamente. El último empleado de ministerio ha adelantado ya á su ministro en el camino de las reformas, y los obreros en traje nacional que se burlan del emperador y de su baño de plata, se parecen más á los proletarios de Europa que los samurai de frac negro á los nobles de Francia ó de Inglaterra. Las novedades se han repartido

por todas partes, pero en Tokío, la capital moderna, la ciudad de las ambiciones, es donde se dibuja el pavoroso porvenir.

En la cima de la sociedad nueva, el emperador y la corte imperial forman como una mancha de sombra. Su vida es el polo misterioso é inaccesible. ¿Qué hace entre las paredes de su palacio ese soberano asiático que sale de vez en cuando de uniforme de general para algún acto oficial? ¿Cuáles son sus consejeros?



Un yen, moneda japonesa.
El crisantemo que figura en la parte superior del reverso es el blasón del Estado japonés

¿Qué iniciativa es la suya en la marcha de los negocios? El emperador recibe al cuerpo diplomático con todos los ritos de la etiqueta. Por una innovación singular, celebró sus bodas de plata con la emperatriz, y en las ceremonias de palacio, en la representación de los *No* y en las danzas antiguas se le vió, al lado de su augusta esposa, permanecer horas enteras con una mano sobre la otra y sin decir palabra. Una alteza europea, después de una larga visita, sacó de él la impresión de que era «un soberano igual á los de Europa, pero un poco fatigado.» Se conoce el nombre de sus concubinas, que figuran aún en los antiguos anuarios y cuyos privilegios y turnos de etiqueta eran arreglados por una camarera mayor. ¿Hay que creer á los que le tienen por un trabajador incansable ó á los que le pintan como hombre corto de alcances, muy dócil y solamente apasionado por los *sports* y los perros? ¿Vive rodeado de sabios ó de luchadores? ¿Prefiere el burdeos al sake?

—Si tratase usted á sus chambelanes—nos decía un japonés

de la corte,—le sorprendería que el emperador se mostrase siempre tan correcto y tan liberal, pues la gente que le rodea atrasa horriblemente respecto de su siglo.

Y el mariscal Yamagata, el vencedor de la China, que pasa por ser uno de los favoritos de Su Majestad, nos decía:

—El emperador vigila los más pequeños intereses de su imperio, pero no gusta del sistema parlamentario.

Era de suponer. Pero sufre sin acritud aparente ese régimen que no le gusta. Los periódicos tienen razón al ponderar su tacto, su discreción, su modestia y su patriotismo. Creo que un hombre vulgar no sabría desaparecer con tanta prudencia ni desempeñar un papel insólito con tanta dignidad.

A su lado, la emperatriz, menos enigmática, pero tan secreta como él, inspira al pueblo una afectuosa veneración. Nadie la discute y todos están de acuerdo en que su ingenio iguala á su bondad. Casada á los diez y seis años, cuando su marido no tenía más que trece—pues la familia de los Ichijo, de la que salen las emperatrices, quiso asegurarse así la dominación del emperador,—se dice que ha conservado el ascendiente que le dieron su edad y sus encantos. Pero su intervención no sale del círculo íntimo en que se confina la mujer japonesa. Mejor secundada, sin embargo, por sus damas de honor que el emperador por sus cortesanos, se ha sobrepuesto á su timidez de reina sacrosanta y ha aparecido á los ojos de Europa como libre soberana del Extremo Oriente. Ha reformado su traje y sus maneras á una edad en que el cuerpo se acostumbra difícilmente á nuevas opresiones, y su corazón ha encontrado delicadezas que la etiqueta no le había enseñado. Cuando el zarewitch estuvo á punto de ser asesinado en el camino de Nara, ella fué la que, por su iniciativa, escribió una carta personal á la emperatriz de Rusia (1). La civilización moderna no la ha embriagado, y se ve que esta menuda japonesa conserva con religioso amor los usos de su país. Cada vez que se levantan un instante los velos que nos la ocultan se la sorprende en su interior japonés, inclinada sobre los trabajos femeninos que fueron la nobleza y el ornato de las mujeres de su imperio. Ha vuelto á poner en moda el cultivo doméstico de los gusanos de seda y parece ser

(1) Estas delicadezas femeninas, comparadas con las horribles matanzas de la guerra ruso-japonesa en la hora presente, hacen pensar que si las emperatrices tienen corazón, la política no tiene entrañas.—*(N. del T.)*

que en sus raras visitas al Colegio de Señoritas Nobles muestra preferencia por todo lo que puede conservar en sus alumnas los gustos modestos de que sus abuelas obtuvieron infalibles consuelos.

El príncipe imperial, que no es hijo suyo y cuya madre vive en otro palacio, teme menos la luz y ha dado ya algunos pasos fuera de la penumbra sagrada. En la recepción verificada con motivo de su mayoría, el ministro de Francia se quedó asombrado al oirle hablar en francés y pudo hablar con él sin intérprete. Su Esta-



Medio yen, moneda japonesa. Las hojas que figuran á ambos lados de la parte superior del reverso son el blasón de la familia imperial japonesa

do mayor de oficiales y preceptores trata de formar un monarca, si no más constitucional, al menos más instruído. Se satisface en lo posible su curiosidad, que es viva, y algunas veces hay que moderársela. Los japoneses tienen miedo de un dueño demasiado ilustrado ó muy aficionado á estar en evidencia. La primera frase de uno de los manifiestos del partido popular: *Aceptamos la corte...*, suena á sus oídos como un toque á rebato. Los radicales «aceptan la corte» con tal de que su circunspección y su neutralidad se la hagan aceptable. Aunque acostumbrado á la reserva, el príncipe tiene una gracia juvenil que influye en la imaginación de las multitudes.

Después de él, las sombras se espesan. Los príncipes de la casa imperial, herederos eventuales, los Arisugawa y los Kannin, á pesar de su permanencia en Europa y de su paso por *Saint-Cyr*, están aislados en sus palacios, son casi desconocidos y no comunican calor alguno al realismo japonés, ni subirían al trono sino entre dos hileras de fríos respetos y de vagas desconfianzas.

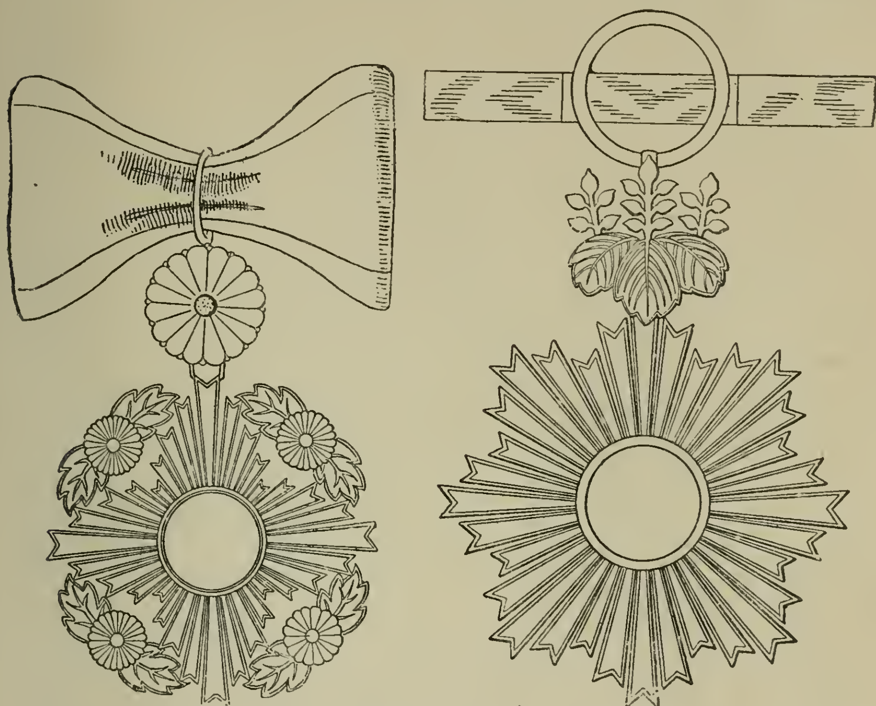
A su alrededor, los antiguos daimio, ya escasos, indiferentes ó refractarios á la revolución, mascullan su última hora en un silencio entretenido por los homenajes seculares de sus viejos servidores. Cuando uno de ellos muere, se le desentierra para enterrarle en el cementerio de Uyeno. Sus funerales le resucitan y los curiosos se detienen un momento en las calles para ver su ataúd de madera natural, tan alto como una silla de manos.

Aquel resucitado, dormido con la cabeza entre las rodillas como en otro tiempo en el seno materno, lleva delante un destacamento de soldados y de hombres vestidos de blanco y con un loto de oro en la mano. Viene detrás una procesión de fraques y de levitas con lazos de papel blanco en el ojal, y cuando á la entrada de la necrópolis se le deposita en una mesa llena de luminarias y pebeteros; cuando los sacerdotes, con unas mitras cuyas alas les caen por los hombros, han entonado sus salmodias, y cuando diez bonzos, en cuclillas y con la cabeza afeitada, han producido un agrio concierto con sus gaitas, sus tamboriles y sus flautas de Pan, los representantes del emperador, de la emperatriz y del príncipe imperial se adelantan lentamente y honran con un poco de incienso á aquel fósil exhumado de un mundo desaparecido para siempre. En uno de esos entierros pedí un día á un japonés del cortejo que me diese noticias sobre el ilustre difunto. «Creo, me respondió, que fué en su juventud un buen jugador de pelota.»

Los hijos más inteligentes de esos daimio rancios se han unido al régimen moderno. Han comprendido que para una nobleza sin corona el único medio de no decaer era reconquistar por su mérito la categoría que le daba en otro tiempo el nacimiento. El ejército, cuyo mando comparten con antiguos jefes de samurai, les permite cambiar sus prerrogativas feudales por una dignidad más personal y crearse así nuevos títulos á la consideración de su país. Esos nobles han estado en Europa, nos han estudiado, y, vueltos más japoneses á su tierra, construyen en ella unas moradas señoriales que son la imagen de sus almas.

Entremos en la de uno de ellos y no de las menores, pues se ha casado con la hija de uno de los más antiguos y poderosos daimio. Su casa, que domina á todo un barrio de Tokío, estaba apenas acabada cuando él tuvo la bondad de recibirnos. Es una casa de madera, sin más que una planta baja puesta sobre el sue-

lo y rodeada de una valla como la del templo sintoísta. Cuando entramos en el ala izquierda, después de haber atravesado dos saloncillos amueblados á la europea, encontramos al joven príncipe en un salón espacioso, conferenciando con su tapicero, un antiguo alumno de la Escuela de Bellas Artes de París. El príncipe estaba



Cruces ó condecoraciones japonesas: 1, de la orden del Crisantemo; 2, de la orden del Sol, primera clase

escogiendo telas y dudaba entre las sedas de Kioto, que desarrollaban ante él su sombría magnificencia, y la gracia florida de las telas lyonesas, tan queridas de la Pompadour. Al lado de aquella pieza de esquina, un vasto comedor cuyo maderamen deslumbra por la riqueza de su desnudez. No hay moldura, pincelada ni trabajo humano que valga lo que aquella superficie suave y reluciente en la que se transparentan y entrecruzan las venas misteriosas de la vida. El sitio estaba dispuesto y sólo se esperaba el mueblaje. Pero, viniese de París ó viniese de Nueva York, la sencillez del antiguo Japón no tiene que temer la comparación

con la mano de obra exótica y puede impunemente mostrarse hospitalaria. Nuestra ebanistería no eclipsará á su esplendor primitivo, como las ideas extranjeras no han obscurecido á la tradición nacional en aquel hombre ágil y firme, de ojos oblongos, de barbilla achatada y cuya sonrisa hereditaria nos acaricia bajo un bigote moderno un poco recio.

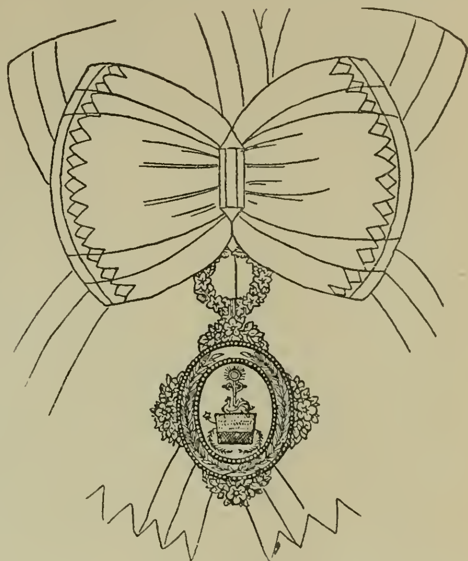
Pero pensar que él vive en esa parte de la casa sería como creer que se respira el aire libre detrás de unas ventanas figuradas. La puerta de otro cuerpo de edificio se desliza por sus ranuras, y hétenos aquí á cinco mil leguas de la civilización europea. Los techos se bajan, los pasillos de frisos calados y tabiques movibles se estrechan y se prolongan, y el suelo, forrado de tatami, se ablanda bajo los pies. Para marcar bien que hemos pasado el umbral de otro mundo, el príncipe nos hace entrar en un oratorio en el que las tabletas de los antepasados se alínean entre dos tabernáculos en un altar de madera blanca. Enfrente está su cuarto, que es al mismo tiempo despacho, tan maravillosamente sencillo que, estando nuevo todavía, parece datar de diez siglos. La luz del cobertizo centellea en la granulación de los vidrios de papel, y no se ve allí más que un escritorio de patas tan cortas como las de los perros llamados en Francia *bassets* y, en medio, bajo una trampa pulimentada, el agujero triangular, que es el hogar de la cabaña antigua.

No se crea que es esto un capricho de millonario aficionado á las cosas arcaicas. Nuestro príncipe no reconstituye el pasado; le continúa. Desde allí, desdeñando á los financieros y á los políticos, ese oficial, heredero de un gran nombre, ve subir á su alrededor la marea de los advenedizos y hundirse poco á poco las últimas cabezas de la aristocracia.

Algunos de sus iguales, entre tanto, más ambiciosos ó más enamorados de las novedades, no vacilaron en admitir empleos ni en disputar á los hombres recientes el timón de la política. Sin hablar de los pequeños daimio, que el gobierno ha transformado en prefectos, los *Kuge*, marqueses, condes y duques de la Restauración, se han sentado más de una vez en el consejo de ministros, y entonces ocupan residencias oficiales en edificios de tres pisos rodeados de jardines á la inglesa.

Recuerdo la rara impresión que sentí cuando fuí convocado por el marqués Saionji, un kuge que echa de menos el barrio la-

tino y á quien los conservadores tachan de cosmopolita. Me recibieron en la escalinata dos muchachos galoneados, que tendrían entre los dos veinte años y que echaron á correr delante de mí por la escalera desierta como si fuesen á avisar al conserje que un inquilino quería ver la casa. El marqués me esperaba en un gran salón, oliendo las flores de un ramo de ciruelo. Y en aquella morada inmensa, casi abandonada, en la que se ve que las almas no acompañan á los cuerpos, el ministro de Instrucción pública, á quien sus conciudadanos acusan de amarnos demasiado, me pareció, por el contrario, un puro y delicioso japonés. Y mientras me hablaba de sus proyectos y de sus viajes, me dí cuenta de que aquel prohombre imperial, fino bebedor de sake y buen aficionado á las caras bonitas, había vuelto del banquete europeo un poco embriagado acaso, pero siempre escoltado por sus ideas japonesas, como el ateniense por sus tocadoras de flauta. Y cuando sus dos galopines me acompañaron al salir, haciendo tales reverencias que parecía que estaban recogiendo nueces del suelo, iba yo recordando la imagen del gran señor adolescente y envejecido en su marco natural, un antiguo palacio de Kioto.



Cruz de la orden de la Corona, primera clase

La nueva civilización, su decorado y sus trajes, echan sobre el patricio japonés no sé qué sombra nostálgica, y aunque sus maneras no acusen molestia alguna y se muevan con comodidad, siempre parecen huéspedes de paso ó desterrados. El hijo europeo no es para ellos más que un aspecto suntuoso de su abdicación. Si pueden aún ambicionar el sobrevivir á su casta, no pueden disimularse que esa tarea es cada día más ingrata. Si se colocan en la primera fila entre los reformadores, suscitan contra ellos un espíritu de desconfianza y de hostilidad. El pueblo japonés no ve

que la tiranía de sus dueños fué para él dulce y tutelar, y les guarda rencor, menos por haberle tiranizado, que por haber sido sus dueños. Se les soporta cuando se anulan; en cuanto hacen algo, se sospecha de ellos. Considérese que el Japón ha contado entre los promovedores de su libertad aristócratas como Iwakura. Pero, á pesar de todo, sus distinciones pasadas les designan á la malevolencia y los hacen sospechosos.

Estaba por creer que las ideas democráticas no convienen más que á las almas escogidas: hasta tal punto se degradan y mezclan con los más bajos instintos al penetrar en la plebe. Ha bastado en el Japón pronunciar la palabra igualdad para que el populacho se emancipase hasta la grosería. Los descendientes de príncipes á quienes llevaba hacia el pueblo un legítimo amor de la gloria, han tenido que retroceder ante las duras advertencias de los aprendices de demagogo.

¿Se quiere un ejemplo? Hace pocos años un joven marqués japonés, después de una larga permanencia en Occidente, quiso fundar, con el nombre de *Libertad Oriental*, un periódico que defendiera nuestros inmortales principios. Entusiasmado con su idea, buscaba un redactor en jefe, cuando le aconsejaron que tomase á un tal Nakaye, escritor avanzado, hombre de talento, según decían, y reputado por su audacia y su ironía.

Nakaye las echaba de cínico y frecuentaba las tabernas de los kurumaya, donde le daban consideración sus liberalidades. Respondió á la invitación del marqués rehusando molestarse, con una insolencia de *sans-culotte* para con un antiguo noble. El marqués, cegado por su quimera y poco experimentado como todos los japoneses de alto nacimiento, reconoció en ese proceder la valía de su hombre, hizo enganchar su carroza y se fué en busca de Diógenes.

No le encontró al pronto y la noche le sorprendió perdido en el barrio de Shiba. Por fin, guiado por un guardia de orden público, el fundador de la *Libertad Oriental* se apeó en una tabernucha del más obscuro rincón de una especie de pasadizo. Nakaye le recibió apoyado en un tonel de sake y no se dignó siquiera devolverle el saludo, entregado al gozo de humillar en su visitante á la antigua nobleza del Yamato. Sin embargo, cuando el marqués le expuso sus planes, respondió:

—Acepto, pero estoy mal de dinero. Págueme usted ante todo.

Se le pagó, el periódico salió á luz y Nakaye no pareció por él.

Había emigrado al Yoshiwara, y allí era donde los emisarios del marqués iban á buscar los comentarios sobre los Derechos del Hombre. Un día suspendió su colaboración y declaró que no la



Cartero

continuaría si su noble director no consentía en alternar con el pueblo.

—Hasta ahora—le dijo—ha andado usted por las nubes é ignora lo que pasa debajo. ¡Cómo! ¿Nuestro periódico pide la libertad para todos y nunca le he encontrado á usted en un club democrático? Quiero introducirle á usted en ellos.

Convinieron en ir una noche y Nakaye llevó á su marqués á

un *izakaya* del otro extremo de la ciudad. Así se llaman las tabernas en que se citan los kurumaya y los mozos de carga para echar un trago.

Aquel espectáculo, nuevo para él, las risotadas, las palabrotas y el acre olor del alcohol intimidaron al crédulo marqués, pero Nakaye estaba radiante bajo su máscara impasible de ciudadano bohemio.

—Este es el pueblo—decía,—el pueblo á quien usted ama. ¿No quiere usted obsequiarle?

Y mientras los concurrentes de la taberna empinaban el codo á costa de sus misteriosos amigos, el demagogo pretextó un negocio de pocos minutos y se marchó de allí.

Cuando se agotó el tonel de sake, el dueño de la izakaya quiso cerrar la tienda y rogó al desconocido que pagase su cuenta. Pero era el caso que el marqués, acostumbrado á no salir sin numerosos domésticos, no llevaba ni un *sen* en las mangas. Aseguró entonces que su compañero no podía tardar; pasó el tiempo; el tabernero empezaba á escamarse; los kurumaya, seguros de que no les quitarían lo bebido, se pusieron contra su anfitrión; y las cosas iban tomando aspecto tan alarmante, que el marqués tuvo que decir su nombre y sus títulos.

¡Célebres y lamentables chascos! Su autor se ha hecho popular. Cuando los japoneses lleguen á estar atacados de la «estatuomanía,» no es dudoso que mandarán fundir en bronce la efigie de ese diputado.

La aristocracia del Japón, reducida á unos cuantos fantasmas del crepúsculo imperial, no está ya en condiciones de asociarse á los destinos del país. Y sin hablar de los negocios poco limpios en que ya han perdido su consideración algunos grandes nombres, treinta años de ideas occidentales la han decapitado por persuasión.

CAPITULO II

Los advenedizos y la juventud

¡Singular espectáculo el de un ministerio japonés cuando el ministro invita un día á los europeos y á la sociedad indígena! Los días que siguieron á la Revolución francesa no ofrecieron al observador más violentos contrastes.

El marqués Ito, á la sazón presidente del Consejo, daba un baile en su residencia oficial de Nagata-cho, para festejar el casamiento de su hijo con la hija de un comerciante. Vestíbulo engalanado de verdes ramajes, pinos y blancas cigüeñas; inmensos salones empavesados de banderas japonesas; orquesta oculta entre flores. Cuando entramos, los príncipes Arisugawa, herederos eventuales del trono, estaban bailando el rigodón de honor é inclinando su semidivinidad ante los descendientes de sus antiguos servidores. Esta princesa, que conserva la dulzura de su cara casi semítica á pesar de la edad, ¿recuerda sus bodas, en las que su padre, ante la esperanza de que su hija fuese emperatriz, se gastó la mitad de su regia fortuna?

Excepto la princesa, la marquesa Ito y unas cuantas mujeres de altos dignatarios, todas las damas llevaban el traje nacional, incluso la joven desposada, que aprisionada en un resplandeciente obi, las manos desnudas y los dedos llenos de sortijas de oro y piedras preciosas, parecía una adorable hada de las que salen de la corteza de un bambú. Y las japonesas se colocaban discretamente detrás de los fraques negros, pegadas á los tapices, en los que se hubieran incrustado de buena gana si el lazo de sus obi no les hubiese obligado á estar de relieve.

La raza blanca se hizo dueña del salón de baile y las dos ó tres europeas casadas con japoneses dirigieron las contradanzas con indiscutible superioridad. La excelente, opulenta y maternal señora de Sannomiya, gran maestro de ceremonias, que tantos servicios ha prestado á la corte, iba de grupo en grupo y alentaba las

timideces con una cortesía japonesa ampliada con sus hermosas formas australianas.

La sociedad indígena sigue siendo, sin embargo, como un público de azar reunido delante de un teatro ambulante. Las mujeres de haori y los maridos de frac están más separados en los salones que en la vida real y parece que no se conocen. Se diría que han ido por urbanidad á ver bailar y cenar á los europeos. No forman una sociedad; están formados de la ruina de muchas sociedades.

En el momento trágico de la Restauración, cuando el gobierno no tenía más que veinticuatro horas para improvisar su defensa, hubo samurai que fué nombrado ministro de Marina porque sabía nadar y otro teniente coronel porque sabía montar á caballo. Y los hombres siguen allí reclutándose á la casualidad. Como un paso de galop hizo un general, diez minutos de Bolsa hacen un ministro. Los salones están llenos de esas generaciones espontáneas y efímeras. Todos los diplomáticos que han vivido en el Japón se han extrañado al ver que los personajes con quienes tenian costumbre de tratarse desaparecían de la circulación en cuanto un cambio político les privaba de sus cargos y no se sabía en qué agujero iban á esconderse.

Cuando se apagaron los últimos ecos del cotillón, el marqués Ito decía á sus antiguos compañeros:

—¿Vamos á beber una copa de sake?

Y terminaron la noche, como buenos samurai, arrodillados en torno del licor que el sol hace producir á los arrozales.

El marqués es uno de los que ocupan puesto en la escena hace treinta años. Presidente del Consejo Privado, presidente del Senado, plenipotenciario, primer ministro y jefe de partido (1), ha saltado de cima en cima y creado en todas partes el puesto y el ejemplo. Durante un cuarto de siglo ha sido el alma del Japón, entusiasta y versátil, artificiosa y sincera, tan pronta para abatirse como para levantarse. El azar ha adaptado maravillosamente su inteligencia al gobierno de un país cuyas moribundas tradiciones necesitan que se las acaricie y cuyos apetitos nuevos exigen que se los halague.

(1) En la actualidad es residente general, ó sea gobernador de la Corea, ocupada con carácter provisional por los japoneses desde los primeros momentos de la guerra con Rusia.—*(N. del T.)*



CULTIVADORES DE ARROZ

Muy diferente es el conde Okuma, el jefe de los progresistas.

No vacilo en ver en ese antiguo samurai, que nunca ha puesto los pies fuera del Japón, el tipo más francamente moderno del político japonés. ¡Qué vigoroso ejemplar de su raza! Tan arraigadas están en él las ceremonias feudales, que estando tendido en el suelo con una pierna deshecha por una bomba de dinamita, respondió sin sombra de ironía á la despedida de un diplomático europeo: «Excúseme usted, señor, si cometo la falta de urbanidad de no acompañarle hasta la puerta.»

¡Qué intuición la suya de las nuevas necesidades! Él fué el primero, acaso, que distinguió claramente en las aguas revueltas del parlamentarismo la reconstitución de un feudalismo en provecho de los ambiciosos, y quien vió que la ruina del shogun aseguraba el poder á quien poseyese el oro. Ese confucense procedente de una clase en la que se ignoraba el cálculo y el valor del dinero, ha resultado un genio en asuntos financieros. Pero la fortuna que atesora no es para él más que una palanca con la que mueve la opinión pública y que le sirve para subvencionar periódicos y para sostener uno de los mayores colegios libres del Japón.

En el extremo de la ciudad, casi en el campo, en Waseda, ha establecido sólidamente su feudo, un palacio cuya ala izquierda es japonesa y la derecha europea, y en el que más de mil vasallos aprenden historia, literatura, derecho y política. Allí se ha formado ya una nueva escuela literaria, y el Parlamento y la Bolsa están llenos de antiguos discípulos suyos. El alegre anciano, á quien llaman el Sabio de Waseda, aumenta allí su fortuna y fortifica la influencia en las épocas en que no ocupa el poder.

La misma antecámara de su morada huele á conquista. Un dios de bronce, uno de esos guardianes gesticulantes de los soportales búdicos, está instalado en ella como opimo despojo de su antiguo templo. El salón no tiene el orden que saben dar á los suyos los príncipes que vuelven de Europa y parece un escaparate de coleccionador con tantos muebles cargados de *bibelots*. El conde se adelanta apoyado en un junco con puño de plata y con paso vivo á pesar de su pierna de palo. Y no bien se ha sentado cuando sale á luz toda su vida interior y las palabras surgen de su garganta en torrentes de vocales guturales. El antiguo Japón comprimido se levanta en su persona, se estira, se ensancha y

respira fuertemente olores de libertad. El sutil asiático se revela en la malicia de su boca. Hay que verle cuando habla con un europeo. Si no comprende la lengua extranjera, espía los sonidos con los ojos, y cuando el intérprete empieza á traducírselos, aquella ave de rapiña acecha el paso de una idea buena y nueva para caer sobre ella, llevársela al nido y distribuirla entre sus crías.

Los demás llegados de la primera hora palidecen ante esos dos personajes, aunque hay entre ellos figuras originales como la del mariscal Yamagata, alto, seco y ajustado en su levita negra y cuya cabeza huesuda sirve de fanal al partido conservador, y el elocuente y verboso Itagaki, indeciso y violento, entusiasta de Juan Jacobo, fanático de Gambetta, conde socialista, pero pobre, que, amenazado por el puñal de un soshi, exclamaba: «¡Itagaki puede morir, pero la libertad es inmortal!,» y que, nombrado ministro, estuvo á punto de faltar á la audiencia imperial por no tener guantes ni sombrero de copa.



Un *tsihajin*, ó presidente de un círculo de bebedores de te, estatuita en madera del siglo XVIII

Después de los marqueses y los condes, vienen los varones: el barón Ito, Itito, como le llaman, inquieto, turbulento, intrigante, impertinente y acusado, siendo ministro, de introducir los negocios dudosos en el ministerio, pero de una inteligencia despierta y de una gran fecundidad de recursos; el honrado y pesado barón Suyematsu, antiguo estudiante de Cambridge, empapado en el parlamentarismo inglés, ministro de Correos y Telégrafos, orador, economista, estético, novelista, poeta y de capacidad para

emprenderlo todo sin completar nada. Los japoneses dicen de él que es una estatua de Buda que no tiene ojos. Tuve el honor de oirle contar sus impresiones de guerra cuando asistió en Kagoshima á las supremas convulsiones del Japón feudal; y evocando el recuerdo de una noche muy clara en la que tocaban las músicas de los dos ejércitos al pie de las montañas, decía con melancólica satisfacción: «Hice sobre eso una poesía.» Y un japonés que estaba á mi lado me dijo en confidencia: «Al barón Suyematsu le gustan los héroes.»

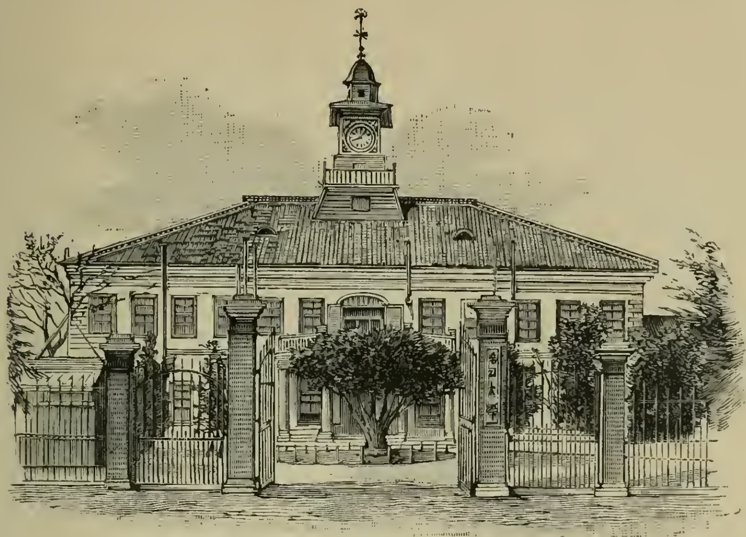
También les gustan á todos sus colegas, la mayor parte de los cuales empezaron por ser heroicos, pero se quedaron en el camino. Viajando yo un día por el Norte del Japón, entró en mi vagón un viajero cuyas patillas grises se confundían con el color de su traje europeo. Oyéndole hablar con mis compañeros de tráficos y números, le tomé por un corredor de casa de banca, y era el almirante Enomoto, el famoso Enomoto, que mandaba la flota del shogun en tiempo de la Restauración y que cuando su dueño capituló, tuvo la insolencia de escaparse con todos sus navíos y encerrarse en el puerto de Hakodate, donde hizo frente á las tropas del emperador durante seis meses de épicos combates. Hoy recorre el antiguo teatro de sus hazañas para fundar no sé qué sociedad financiera.

¡Epopeya, epopeya! ¡Oh qué último capítulo!

Pompeyo explotando por acciones los campos de Farsalia; esto es lo que, si no me engaño, denota en los japoneses un sentido práctico de las realidades modernas.

Pero debajo de este afán de gozar que les hace adoptar todas las teorías y emprender todos los negocios, el espíritu japonés no rechaza siempre las soluciones bárbaras. Tengo entendido que los hombres de la policía, antiguos samurai, no vacilan, si es necesario, en apalear y colgar de los pulgares á los acusados. No hace mucho tiempo que, en pleno ayuntamiento de Tokío, cayó un concejal herido de una puñalada, y no faltó mucho para que al primer ministro le asesinaran en una fonda unos conjurados entre los cuales había dos generales y un presidente del Tribunal Supremo. Se echó tierra al asunto; el presidente, que había vacilado, se abrió el vientre, y los generales recibieron un ascenso. A

instigación encubierta del ministerio, un oficial japonés, Miura, con una cuadrilla de samurai, persiguió por su palacio, como á una fiera, á la pobre y encantadora reina de Corea, culpable de no gustar de la política japonesa. La degollaron y la quemaron, y no hubo en todo el Japón ni una voz de protesta contra tal salvajada. Los jueces absolvieron á Miura con unos considerandos más



El Tribunal Universitario (Tokío)

monstruosos que su crimen, pero hay que hacer á los japoneses la justicia de creer que esperaban la absolución de Miura, pero contaban con que se abriría noblemente las entrañas, por lo que consideraron que aquel triste individuo había faltado al espíritu de sus antepasados.

«Las naciones europeas, decía una vez el conde Okuma, no tienen las manos bastante puras para tener derecho á indignarse.» Convenido. Asombrémonos de que esos desquites del sable sean tan raros en una sociedad en la que el homicidio tomaba con frecuencia las formas del heroísmo. Y pensemos que si los advenedizos japoneses han heredado de sus abuelos esas feroces inclinaciones, también conservan de ellos algunos amables rasgos.

Son generosos, y no hablo de esas liberalidades sordas cuyo eco es por eso mismo más resonante. Casi todos los que he co-

nocido se habían echado encima cargas voluntarias. El uno educa como suyos á tres ó cuatro hijos de un antiguo camarada; el otro mantiene y asiste á los descendientes de una casa cuyos jefes fueron amables con sus padres. Casi todos, lo mismo los ricos que los que no tienen para vivir más que su sueldo, hospedan y alimentan en sus casas estudiantes pobres, y no lo consideran como un mérito: hasta tal punto la opinión cree que los favorecidos del mundo deben poner algo de su fortuna y de sus distinciones al servicio de la juventud. Cuando llegué al Japón visité á un profesor de facultad que mantenía entonces á tres estudiantes; unos meses después le habían agregado al despacho del ministro, y cuando le volví á visitar tenía en su casa cinco estudiantes. El antiguo plenipotenciario japonés en los Estados Unidos pensionaba sesenta. Es un modo encantador de comprender el impuesto sobre la renta y es también una tradición feudal: los estudiantes salvados de la miseria forman luego alrededor de su bienhechor una clientela adicta hasta la muerte.

Nuestras costumbres democráticas han levantado entre los japoneses más barreras que las de la antigua aristocracia. Si se quiere que los hombres gocen de los beneficios de una comunidad familiar, hay que hacerlos penetrarse del sentimiento de su desigualdad. Que sepa cada cual cómo debe expresarse respecto de los demás, y no habrá que temer que la familiaridad rebaje al superior ni degenere en el inferior en licencias inconvenientes.

Las formas del ceremonial jerárquico del Japón, en vez de molestar, procuraban aplomo y libertad, mientras que en el terreno nivelado de las sociedades modernas todo el mundo teme que se olviden sus títulos y está siempre preocupado por hacerse respetar. En el Japón, como en nuestro antiguo régimen, nadie pensaba en traspasar las fortificaciones naturales de la casta y de la categoría, lo que dispensaba hasta á los más orgullosos de vivir en perpetuo quién vive, como lo hace actualmente la vanidad burguesa. Los japoneses de la Restauración no han perdido esa amenidad familiar, que se observa hasta allí donde la disciplina, reforzando á la etiqueta, debiera hacerla más difícil, entre los oficiales del ejército, que se divierten juntos y comparten las ventajas del amor y del azar, seguros de que á la primera señal los superiores recobrarán su prestigio y los inferiores su reserva. ¿Añadiré que esa cordialidad entre los hombres de ayer tiende á

desaparecer entre los de mañana? Los electores japoneses conocen ya los saludos protectores y ese modo de halagar á los humildes que parece decirles: «Ya veis que no soy orgulloso y que me encanallo.»

En fin, liberales ó progresistas, conservadores ó radicales, si no han podido mandar á los acontecimientos, han sabido al menos obtener un admirable esfuerzo del amor propio nacional. No conozco, en suma, nada más hermoso que la paciencia con que los ministros japoneses han negociado durante veinte años y obtenido de Europa el privilegio de juzgar á sus residentes. La insoportable humillación de las justicias consulares les ha decidido á sacrificios que la prudencia y los prejuicios asiáticos hacen muy meritorios. Han abierto su país, han abolido los pasaportes, han reconocido casi á los «gentiles» el derecho de propiedad en tierra japonesa y han promulgado códigos cuyos artículos herían su concepto de la vida. Se levantaron como por encanto tribunales de cantón y de primera instancia, audiencias y tribunales de casación edificados á la europea, y para proveerlos de magistrados se despacharon á las universidades de Francia y de Alemania jóvenes cuya inteligencia y cuya actividad asombraron á nuestros profesores. Entre ellos se debe citar á M. Umé, cuyo recuerdo se conserva en la facultad de Lyón y que ocupó la presidencia del consejo de Legislación.



Instituto Físico de la Universidad de Tokío

Un día entré en el palacio de Justicia, donde se estaba juzgan-

do al periódico el *Yorozu*, que había denunciado las concusiones de un ministro. Yo creí que se trataba de un suceso ruidoso y me encontré con que un público poco numeroso seguía distraidamente los debates mientras los abogados hojeaban sus causas y los magistrados contemplaban con empeño las molduras del techo. Ni siquiera los periodistas, que creían en la culpabilidad del ministro, manifestaban interés por conocer la opinión del tribunal.

Esa indiferencia provenía de un profundo escepticismo respecto de la magistratura. Sin tradiciones, compuesta de jóvenes teóricos y de viejos ignorantes y perdida en sus sillones europeos, no ha adquirido autoridad moral y el pueblo desconfía de ella hasta el punto de preferirlo todo á apelar á sus laberintos. Si yo estuviera un día sometido á esos magistrados, no me fundaría en su espíritu de justicia y todo lo esperaría de su amor propio, hasta la equidad.

El mismo apático silencio envuelve á la Universidad, á sus facultades de Derecho, Ciencias, Letras y Medicina y á su Escuela de Ingenieros. La primera vez que se me condujo á esos jardines espaciosos en los que las praderas, los estanques y los grupos de árboles separan á los vastos edificios de ladrillo rojo, sentí la impresión de haber pasado el umbral de una colonia extranjera. La nieve que los cubría aumentaba aún su soledad. Volví en primavera y me encontré con la misma ausencia de vida. A la puerta de uno de los *chalets* ocupados por profesores europeos vi una alemana bordando en un bastidor. Los estudiantes se van con paso presuroso, aislados y sin que nada los retenga al lado del foco de sus estudios.

¿Trabajan? Tienen á su disposición bibliotecas, laboratorios, salas de lectura y museos. Los médicos, los jurisconsultos y los ingenieros que de allí salen bastan poco más ó menos para hacer frente á las necesidades presentes. Pero los periódicos japoneses hacen observar que las facultades que no conducen rápidamente á funciones bien retribuídas, como la filosofía y la literatura—únicas en que antes se manifestaba el fuego sagrado del japonés,—vegetan y languidecen. Estos jóvenes no comprenden aún la belleza desinteresada del saber. Obtienen sus títulos con menos dificultad á medida que se multiplica el número de plazas, y una vez

colocados toman anticipos del eterno reposo. La Universidad prepara generaciones de semisabios cuya insolencia y cuya pedantería amenazan al porvenir.

En el barrio de Hongo, que es el barrio Latino del Japón, para tres ó cuatro alumnos que siguen sus cursos con tranquila y dó-



Vista parcial del puerto y Casa Aduana de Yokohama

cil asiduidad, se encuentran veinte cuyo tiempo se emplea en frivolidades. Los estudiantes no tienen esas fantasías ni ese furor de paradojas propios de una juventud inteligente. En vano en el ala izquierda de la Escuela de Bellas Artes—¡gloria y escándalo! —el fogoso Kuroda toca á rebato contra sus colegas del ala derecha y envía á sus discípulos á la conquista del Desnudo; aunque algunas veces afectan modales ruidosos y hay algunos que se dejan crecer el cabello, su imitación de los artistas europeos no va más allá de esas nimiedades. Exceptuando algunos ejercicios de sable, no se aficionan á ningún *sport*, y esos hijos de campesinos ó de pobres provincianos, cuyo entretenimiento representa para

su padre un empleo de fondos ventajoso, saborean en paz las delicias de la ociosidad.

Se levantan á las nueve, y hasta las diez los balcones de los hoteles resuenan con el ruidoso lavatorio de esos caballeros, que parecen una bandada de focas en un estanque. Entran después en sus cuartos, se tienden en los tatami y leen periódicos ó dan audiencia á sus proveedores hasta la hora de almorzar. El alquilador de novelas les presenta y discute con ellos todas las mañanas el empleo de sus ocios. Después de almorzar se visitan, tocan la flauta ó hacen duelos imaginarios por medio de signos convencionales, como las partidas de *morra* de los italianos. En el hotel no se oyen más que palmadas y criadas que suben y bajan con teteras y pastas. Después de comer, á las seis, nuestros estudiantes se pasean, á veces hasta la mañana siguiente, y los que vuelven á su casa cogen de nuevo la flauta, juegan al ajedrez, declaman novelas y disertan sobre la elegancia de los últimos chascarrillos. Y cuando han pasado así ocho años de su vida, son impropios para todos los oficios y van á engrosar el número de los comediantes ó el de los soshi, á no ser que su fortuna personal los coloque entre los candidatos á la diputación.

Esos jóvenes, por otra parte, son afables con sus patronas y discretos con las criadas; no son el terror de los vecinos ni de los tenderos; no descuelgan las muestras ni alborotan los barrios pacíficos con el escándalo de sus calaveradas; no tienen nada de los dependientes de la Basoche ni de los héroes de Murger, á no ser la holgazanería. Pero si encuentran en una calle desierta á un europeo y pueden insultarle y mofarse de él, el europeo se queda sorprendido al ver que las naturalezas japonesas revelan inopinadamente tal fondo de grosería.

Se ha supuesto que la enseñanza universitaria del Japón, por una singular ingratitud, excitaba el odio al extranjero. Yo creo la razón más honda y más grave. He observado á los estudiantes y no nos detestan; pero hay muchos que se parecen á aquel personaje japonés de un drama moderno, que exclamaba: «¡No estamos ya en la época de la barbarie!» ¡Y con qué acento lo decía! ¡Y qué aplausos le prodigaba el público! Había quien, después de esa noble declaración, se estremecía de una rabia que la antigua etiqueta hubiera condenado y escupía á la cara de su interlocutor. Las palabras mágicas «¡Ya no somos bárbaros!,» que tantas ve-

ces he oído y leído, no son más que un modo disfrazado, pero victorioso, de afirmarnos su brillante superioridad. Mientras nosotros hemos luchado durante siglos para salir de la barbarie, una simple pirueta les ha puesto á ellos en el centro mismo de las luces. Los japoneses renegarían por orgullo de sus más hermosos



Casa de Correos y Telégrafos en Yokohama

títulos de altivez y están á punto de abjurar su cortesía por amor á la civilización. El estudiante que toma con nosotros maneras de paleto agresivo no nos odia; quiere solamente hacernos saber que ya no es un bárbaro. La idea de que podamos considerarle inferior le saca de sus casillas. Un amigo mío que hablaba maravillosamente el japonés, impacientado por las bajas bravatas de tres estudiantes, les hizo frente y dijo con exquisita política, dirigiéndose al de más edad: «Caballero, usted no es ya un bárbaro; lo sabemos. Pero le prevengo que se está usted convirtiendo en un granuja.» La lección fué comprendida y la cara del aludido se puso roja como la grana.

Ese olvido, ese desdén de un pasado, del que, si yo fuera japonés, estaría más orgulloso que de mi sombrero de copa alta,

nos contrista más cuando de las facultades superiores descendemos á los colegios y á las escuelas. Poco importa que los japoneses no hayan establecido distinción seria entre las enseñanzas primaria y secundaria. Hay que recordar las innumerables escuelas que florecieron en sus edades de barbarie y que eran admirables.

Bonzos, sacerdotes sintoístas, samurai retirados ó sin dueño, damas de la corte ya viejas para casarse, todo el que quería, en fin, abría *terakoya* adonde los padres enviaban sus hijos y sus hijas de ocho de la mañana á dos de la tarde. Allí se enseñaba todo lo que una persona honrada debía saber. Los castigos eran más morales que materiales, aunque aquellos bárbaros azotasen á veces á sus alumnos con unos rollos de cartón que hacían en los traseros un ruido terrorífico y llevasen la crueldad hasta hacerlos estar en pie con una taza de agua en una mano y un palito de incienso en la otra, á fin de mantener el orden y la obediencia. Se hubieran avergonzado de equiparar la educación con una mercancía y los padres pagaban al maestro según su fortuna, en dinero ó en objetos, pero sobre todo en afectuosa consideración. No había fiesta de familia en que no se le reservase el puesto de honor. Llevaba los dos sables. Se quería menos que fuese un sabio que un hombre honrado. Aquella gente atrasada no conocía luces más puras para iluminar la ruta de sus hijos que la dignidad de maneras y la venerable pobreza. Y los niños profesaban un culto á aquellos maestros que representan tan gran figura en el heroico teatro antiguo.

Hoy los profesores, funcionarios del Estado, cobran sueldos que, dada la creciente carestía de la vida, resultan irrisorios. Su pobreza no tiene ya el sello del desinterés, sino que es una falta de nobleza. A la menor falta se les deja cesantes. «Pero, dicen los periódicos, ¿qué sanción se reserva á los alumnos que, aun saludando á las órdenes de Su Majestad, las desobedecen trescientos sesenta y cinco días del año?» Según la enérgica frase de un maestro japonés, el verdadero ministro de Instrucción pública es el alumno.

Nada me ha chocado tanto en los colegios como el aspecto lamentable de los profesores con sus trajes rapados á la europea que son para ellos como uniformes de carceleros. En los últimos ocho años y en las escuelas de cuarenta prefecturas ha habido

unas ciento cincuenta sublevaciones de alumnos. Los colegios privados, según un informe oficial al ministro, que he tenido en la mano, se están convirtiendo en unas posadas en las que no se perdona medio para atraer la clientela. Se anuncian cursos de pedagogos distinguidos, que prestan su nombre mediante un regalo y no parecen nunca, y se amontonan allí hasta cien alumnos bajo la férula de un pasante preocupado tan sólo de resolver el duro problema de ir viviendo. Del maestro de otro tiempo, honrado y honroso, se ha hecho un vendedor de sopa y un fámulo.


Niño vestido con el kimono

Junto á la orilla sombría de un ancho canal se levanta la Escuela Normal de Tokío como una morada de príncipes rodeada de numerosas dependencias. Las clases son claras como nunca, pero se ha desterrado de ellas la poesía. Nunca han dispuesto los niños japoneses de un material más cómodo, pero ya no se sienten allí en comunión con el alma de sus antepasados. Hay profesores imbuídos en la escolástica china que les enseñan á pensar y á hablar como en tiempo del emperador Ojin, mientras otros, cegados por su semiciencia extranjera, les enseñan lecciones que no comprenderían siquiera los estudiantes de facultad.

Había, sin embargo, una hermosa obra que intentar; pedir á los tesoros de Europa todo lo que puede hacer sensible, á la vista por la imagen y al corazón por el sentimiento, que los hombres, cualquiera que sea su color y su raza, si bien se encuentran, por desgracia, en las tinieblas del crimen, se reunen también en el sacrificio y en las virtudes sublimes, esos refugios de luz. Pero creen que para formar niños á la europea basta trasplantar allí los programas de Europa, y su instrucción no es más que una

amalgama informe de viejos moldes y de teorías prematuras, de exotismo y de arcaísmo y, con frecuencia, de cuestiones extravagantes.

Por ejemplo, el profesor pregunta:

—¿Quién fué más grande, Hideyoshi ó Napoleón?

Primer alumno.—Napoleón, porque conquistó la Europa.

Segundo alumno.—Es verdad que Napoleón conquistó la Europa é Hideyoshi sólo el Japón. Pero, como el Japón es el primer país del mundo, su conquista es más gloriosa que la de Europa.

El profesor, *muy grave*.—No podríamos sentar manifiestamente la superioridad de ninguno de los dos; hubiera sido preciso verlos frente á frente.

¿Es esto decir que el esfuerzo de los educadores no ha producido nada? No, ciertamente. Ese esfuerzo ha permitido descubrir en aquellos alumnos aptitudes bastante precisas para las matemáticas. Aquellos manipuladores de abacá se revelan algebristas, pero no ven en el álgebra más que un dios sutil, moderno y práctico, que abre las puertas de los bancos.

No era, sin embargo, por esas cualidades por las que los niños japoneses anunciaban en otro tiempo una civilización más hermosa que la nuestra. El antiguo Japón había puesto toda su alma en esos seres jóvenes, vírgenes de las manchas de la vida, en los que brillaban las ideas de honor y de desinterés. Si tuviera que pintar el heroísmo japonés, le representaría por un adolescente de belleza casi femenina, con los ojos bajos, inmóvil y sonriendo. Todavía podemos verle en la calle, en una tienda ó al salir de una clase; pero no se nos dirá su nombre hasta que haga mucho tiempo que ha pasado.

Estando yo en Tokío, un antiguo samurai, muy pobre, puso á su hijo, de unos trece años, de aprendiz en casa de un comerciante del bulevar Ginza.

—Anda—le dijo,—pero acuérdate de que si haces algo contrario al honor, te cerraré mi corazón y mi casa durante siete existencias.

El niño le dió las gracias, le saludó hasta el suelo, y atravesando por última vez el jardinito paterno en el que amarilleaba el musgo sobre el farol de piedra, se fué en busca de su nuevo dueño.

Pasó un mes, y el comerciante estaba muy contento con él, cuando se presentó un día el pastelero de al lado y dijo:



VENDEDOR DE CEREZAS EN INVIERNO

—Ayer me envió usted un dependiente que no es honrado. Mientras estaba yo envolviendo los pasteles que vino á comprar de parte de usted, me robó uno.

El comerciante llama al chico; éste niega; el pastelero insiste; y el niño sigue negando.

—Confiesa—le interrumpe el dueño;—si confiesas te perdono; si no, te echo de mi casa.

Le echan y hételo en la calle con los treinta sueldos que había ganado. El niño mira sus treinta sueldos, piensa en las palabras de su padre, y como era la hora de la mañana en que la multitud va al teatro, entra en uno de ellos y por la mitad de su fortuna se sube á las galerías altas en las que el público está en pie. Hasta la seis de la tarde ve desfilar ante su vista los trágicos encantos de la leyenda y de la historia. Lanza exclamaciones y palmotea ante el valor de Chobei, patrón de los mercaderes, que sabiendo la emboscada y ante los puñales aguzados, va á dar á la muerte tan valiente abrazo. Pero cuando el héroe responde á su mujer afligida: «Callaos: llega un momento en que las flores de cerezo caen y en que los hombres deben morir,» el ladronzuelo del bulevar Ginza guardó un religioso silencio. Durante los entreactos, el muchacho compraba y comía bollos.

Cuando salió del teatro, uno de los últimos, sacó de la faja una hoja de papel, escribió unas palabras á la luz de un farol y se encaminó á la estación de Shimbashi. No se detuvo allí y siguió su camino hasta las miserables cabañas que hay al lado de la vía férrea. Al otro lado vió el mar y la playa á que iban en primavera sus hermanitas á coger conchas. Siguió adelante y saltó á la vía. El tren de Yokohama desgarró la noche con un silbido cruel y el niño no tuvo tiempo más que para quitarse el haorí, doblarle y echarse á través de los rieles.

Por la mañana, el pastelero corrió á casa del comerciante.

—Perdóneme usted—le dijo—por haber acusado á su dependiente. He descubierto al verdadero culpable.

—Me alegro mucho—respondió el comerciante.

Pero ni el uno ni el otro sabían aún que se había encontrado á diez minutos de la estación, cerca de un cadáver informe y sangriento, un haorí cuidadosamente doblado y, en la manga, esta simple línea: *Respetable padre, vuestro hijo no ha hecho lo que se dice.*

La gran máquina imperial, resplandeciente con sus ruedas europeas, no puede suspender su estrépito para que se oiga el último suspiro de un niño heroico. Pero hay quien conserva todavía en el fondo de su memoria esos ecos del pasado y esas voces de ultratumba. No son esos los menos inteligentes ni los menos instruídos, pero viven retirados y evitan el mezclarse con los hombres del día, á quienes desprecian. La persona que me contó esta historia pertenece á esa reserva de japoneses más conscientes de su valía desde que conocen nuestras debilidades. Siempre ignoré las señas de su casa y sólo consintió en venir á verme para satisfacer amablemente mi curiosidad. Al accionar, su traje de seda negra producía un roce como el de una falda de mujer. Tenía una ironía de hombre superior, pero cuando me habló del suicidio de aquel niño, su voz tembló ligeramente y sus ojos se fijaron en mi cara. Y no se puede expresar el acento de orgullo sencillo y melancólico con que añadió:

—Ese niño, caballero, era de los nuestros.

CAPÍTULO III

El pueblo

Considero como una de las buenas fortunas que me ha proporcionado el azar de los viajes mis conversaciones con los conservadores japoneses y el haberlos visto remover con mano discreta y sonrisa de desconsuelo los recuerdos de su grandeza. Pero en cuanto me mezclaba con la multitud, tenía el espectáculo triste ó cómico de un pueblo fuera de su centro que se desbanda y se mete solemnemente en callejones sin salida. Todos, hasta los campesinos, merecerían que se crease para ellos la palabra *neomaníacos*, hasta tal punto parecen poseídos de hambre y sed de reformas.

Entremos en las oficinas en que compran diariamente tan hermoso apetito. Las redacciones de los periódicos japoneses no estarían más desarregladas si siglos de trabajo hubieran acumulado en ellas su polvo. Los noticieros escriben en una especie de pesebres grasientos, y los cajistas, harapientos, cantan mientras componen sus innumerables caracteres. Solamente el despacho del director se barre algunas veces, como lo atestiguan las basuras amontonadas á la puerta.

El personal de periodistas, constantemente renovado, elabora todas las noches el mismo oráculo, que va á trompetear por las mañanas en los oídos de los japoneses: «¡Reformémonos!» Todo lo quieren reformar, lo que ya no existe, lo que queda, lo que acaba de nacer, lo que no ha nacido todavía. «Nuestros diputados están ya corrompidos y nuestros sacerdotes siguen estándolo. Hay que depurar la magistratura, abolir los nuevos títulos de nobleza, refundir la Universidad, reformar á nuestros educadores, moralizar á nuestros comerciantes, corregir nuestras costumbres, regenerar el Japón...» Habría también que enriquecerle (1), pues si los pro-

(1) A este propósito, creemos oportuno citar aqui una interesante publicación hecha recientemente por el ministerio de Hacienda francés, con el título de «Anuario financiero y económico del Japón » Es una traducción y una compilación del presupuesto del Imperio del mikado para uso de nuestra inteligencia

fesores logran apenas ir viviendo, los oficiales se llenan de deudas, los diputados «á la cuarta pregunta» han caído en tal descrédito, que los propietarios de la ciudad se niegan á alquilarles sus casas, y los escritores venden su prosa con rebaja de precios. Su talento para la sátira y la caricatura, confinado hasta ahora en las



Vendedor ambulante de flores, denominado *hanaya*

artes del dibujo, se expansiona libremente en las prensas de los editores, y con una imprudencia á que les anima la lectura de los periódicos extranjeros, no esperan los resultados de un experi-

occidental. En este trabajo figuran dos cuadros sinópticos que resumen la situación económica del Japón y dan á conocer su historia financiera en los últimos veinte años. El primero de esos cuadros indica los gastos é ingresos ordinarios y extraordinarios del Japón desde 1882 hasta nuestros días y hace ver el aumento considerable de gastos á partir de la guerra con la China. De 75 millones de yen (el yen vale 2 francos, 58 céntimos) de gastos, el presupuesto salta de repente a 160 y 220 millones. Desde 1897 no baja ya nunca de esta última cifra y se eleva á veces hasta 270 millones. El segundo cuadro, también interesante, representa la naturaleza de los gastos. El departamento de Hacienda (cobranza de impuestos, pago de empréstitos, etc.) es el más caro, pues pasa de 60 millones de yen. La lista civil y las relaciones exteriores (3 millones y 2 millones y medio de yen respectivamente) son los ramos menos dispendiosos. La guerra y la marina cuestan en junto 70 millones, lo que no parece exagerado si se tiene en cuenta el enorme esfuerzo que aquel país está realizando en este momento.—*(N. del T.)*

mento para ponerle sobre el tapete. Son personas que desenganchan en medio del vado.

La pedantería hiela á veces su natural facundia. En una revista filosófica se leen frases como esta: «Estamos acabando el Occidente y empezando el Oriente: conviene que el Japón dé al mundo un gran genio sintético.» Uno de los periódicos más serios pide que se reedifique la Universidad con arreglo á un nuevo plano, que se cree una facultad superior á las facultades superiores y que se ponga al frente de ella un hombre de genio. Un periódico exclama: «¡Qué talento tenemos! ¡Somos los franceses del Extremo Oriente!»—«¡Somos los alemanes!, replica otro. Ved, si no, nuestros cañones y nuestras ametralladoras.»—«Lo que salta á la vista es que somos los ingleses.»

La escena moderna dramatiza sus asombrosos conceptos. Un día fuí á ver en su teatro al actor Kawakami, que después ha conquistado Europa y América. Le encontré rodeado de sus frascos de afeites y sus primeras palabras fueron:

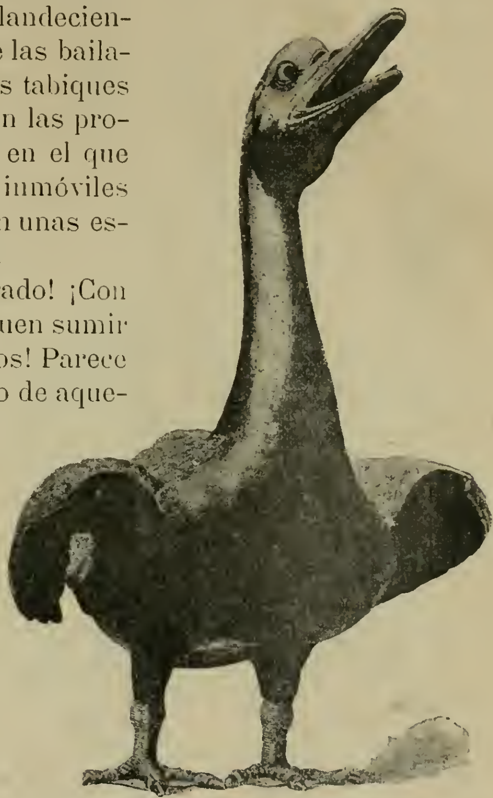
—Tiene usted á sus pies un humilde comediante que trata de reformar el teatro japonés.

Su compañía de estudiantes representaba entonces cinco actos titulados: *Una empresa maravillosa*, que lo era, en efecto, pues trataba nada menos que de instalar en la cima del monte Fuji una lámpara eléctrica tan potente que no existiera ya la noche en todo el Imperio del Japón. Y esa idea simbólica iluminaba con su gracia el más obscuro de los melodramas. Maltratábase en él al budismo en la persona de un frailuco borracho, á quien decían: «¿No tienes vergüenza al revolcarte así en el fango cuando los salvajes de Formosa ignoran hasta el nombre de Buda?» Y el fraile, como atravesado por una corriente eléctrica, se estremecía y contestaba: «¡Oh mi bienhechor! Tú me abres los ojos. Yo seré el loto del lodo y corro á convertir á nuestros hermanos de Formosa.»

Una vez fuí recibido en uno de los grandes seminarios búdicos de Tokío. Todo era silencio en aquel vasto recinto enterrado en tinieblas. De un pequeño cuerpo de edificio del qué se filtraba un ligero resplandor salía la voz cascada y temblorosa de un benedictino del nirvana que entonaba letanías indas. Unas manos de transparente cera, bajo el farol que sostenían sus dedos demacrados, me guiaron por puentes y corredores hasta una pieza central cuya luz perfumada se esparcía en la noche. Desprendíase de

los hogares un olor de pebetero, y á la luz de las velas y de las lámparas los tatami bañados de oro y sembrados de almohadones escarlata nos daban la ilusión de estar hollando un campo de espigas maduras entre islotes de flores. Llegaron los superiores entre un roce de seda gris perla y los sacerdotes con unas estolas resplandecientes y variadas como los obi de las bailarinas. Entonces se abrieron los tabiques y nuestros ojos penetraron en las profundidades de un crepúsculo en el que los seminaristas arrodillados é inmóviles con su túnica flotante parecían unas estelas triangulares y sombrías.

¡Qué inteligencia del decorado! ¡Con qué poco los japoneses consiguen sumir el alma en los grandes ensueños! Parece que estoy oyendo todavía á uno de aquellos bonzos de cabeza blanca y ojos profundos decirme: «El budismo es eterno y Roma no es más que un día.» Y en aquella misteriosa combinación de esplendores y de sombras, ante la multitud petrificada, pensaba yo: «¡He aquí, en medio de la agitación japonesa, unos hombres que meditan sobre lo eterno!»



Aromatizador en bronce

Pero me engañé. Sus cuarenta y dos periódicos, de los cuales diez y siete en la capital, no son los menos ardientes para predicar la palingenesia. Los bonzos se denuncian unos á otros y hubo una asociación dedicada á purificar el sacerdocio que pedía, en una sola provincia, la degradación de doscientos veinte sacerdotes por inmoralidad, por condenas judiciales, por vender seda, por creer en los dioses extranjeros, etc., etc. El gobierno les exige un certificado de estudios y les da derecho á casarse, y con el pretexto de que Buda no prohibe la mujer más que cuando puede turbar la

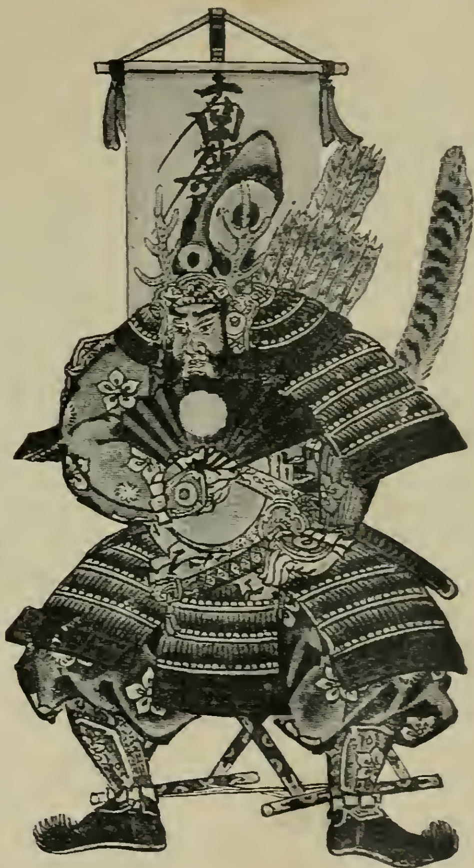
razón, ni los vinos fuertes más que á los estómagos débiles, el gran sacerdote de la secta Hongwanji mantiene quince concubinas y acaba de casarse con la hija de un antiguo señor. En un teatrillo de bailarinas hizo su primera salida una muchacha, y las gentes de Kioto, entusiasmadas por su gracia y por su linda cara, gritaban como buenas ovejas: «¡Para Hongwanji! ¡Para Hongwanji!» Un órgano búdico exclamaba entristecido: «El espectáculo que damos aflige á nuestros reformadores y se dice que los mejores de ellos se disponen á cambiar de esfera.»

¿Adónde irán? Es un secreto. Por otra parte, las tres cuartas partes de los japoneses se disponen á cambiar de esfera. Su comezón de innovar les comunica la misma inquietud que si les hubiera picado la tarántula. Parece aquello un presidio suelto. Los estudiantes no están quince días en la misma pensión; los padres pasean á sus hijos de colegio en colegio; las familias se mudan de casa seis veces al año y cambian de profesión como de domicilio. Los campesinos, flacos como perros hambrientos, empiezan á emigrar á las ciudades. Se va á buscar al médico y le dicen á uno que se ha hecho banquero. Se entra en una tienda y se es servido por un abogado. Se os presenta un industrial y resulta ser el periodista que vino el día anterior á *interviewaros*. A nadie le gusta su oficio ni comprende la dignidad profesional. Los japoneses han roto el freno y sus almas están desorientadas.

Pero esa inquietud que consiste en echar de menos un ideal perdido y aspirar á un ideal que no se conoce todavía, cae en un lecho de pereza ahondado por veinte siglos de descuido. Todos los reformadores del Japón quisieran resolver un gran problema que no fuese difícil. Los comerciantes holgazanean hasta el desprecio infantil de sus intereses. En otro tiempo se dejaba de trabajar en honor de todos los dioses, que eran innumerables, y un artista empleaba diez años en construir un cofrecillo de laca. El Japón que reposaba en el seno de la eternidad búdica sabía bien que el tiempo no existe. Los teatros, siempre llenos, se cierran cuando se encienden los yose. Los japoneses se pasan quince días despidiendo en orgías y banquetes á un amigo que ha sido nombrado empleado de correos en Kioto ó que se va á Osaka para sus negocios. Y es de notar que todos los trenes están siempre repletos. En el Japón no se recibe en la intimidad de la familia,

pero los hombres se visitan continuamente y organizan *sodan*.

El sodan es el encanto de las horas, la pared maestra de la vida japonesa. ¿Un japonés quiere edificar una casa, levantar una tapia, casar á una hija, elegir un médico, cambiar los tatami, plantar un árbol, hacer un viaje ó reformar su país? Pues invita á sus amigos á venir á deliberar con él alrededor del brasero y la tetera. Y aquí es donde el genio del *far niente* japonés aparece en todo su esplendor. ¡Oh dulce lengua japonesa, madre de los largos discursos! Los amigos peroran horas y horas y enfilan con lentitud los despropósitos más extravagantes. Se trata de decidir qué árboles debéis plantar en vuestro jardín y ya la asamblea coge sus frutos y huele sus flores. Dudáis entre dos partidos que se presentan para vuestra hija, y al segundo orador está ya casada hace seis meses, y el cuarto habla de las disposiciones que mostrarán vuestros nietos. Y cuando, después de haber *sodanado* todo el día de Dios, vuelve cada cual á su casa y envía á su mujer á comer lejos de su dueño, se queda arrodillado en su balcón, la cabeza echada hacia atrás y haciendo todavía un sodan solitario. El proverbio dice: «Aunque fuera con la propia rodilla habría que hacer el sodan.»


Jimmu Tenno, facsimile de una pintura japonesa

Bajo la cruda luz de la realidad esos hombres no se asombran de nada, como hacen los espíritus muy profundos ó muy superfi-

ciales. Su gusto inmoderado de la charla y el solemne aparato con que realzan las conversaciones más ociosas les hacen accesibles á todas las sombras de ideas, sean frívolas ó peligrosas, con tal de que les proporcionen ocasión de soltar la rienda á sus verbosas fantasías.

No hay paradoja ni opinión extravagante que el pueblo japonés no pueda aceptar y debatir. ¿No trataron un momento sus reformadores de adoptar el inglés como lengua nacional? ¡Hermosa materia para los sodan! El Japón es, acaso, el único país del mundo en que las locomotoras no han tenido que temer el choque de las supersticiones campesinas. La multitud invadió el primer tren que pasaba, como si sus emperadores, desde Jimmu Tenno, no hubiesen hecho en toda su vida más que lanzar trenes.

No conozco país que conceda más libertad á lo excéntrico que Tokío. Tres jóvenes europeos salieron á las seis de la mañana de un baile de trajes dado en una legación, el uno disfrazado de novio de pueblo, el otro de marqués y el otro de granadero. La mañana estaba hermosa y los tres montaron en sus bicicletas para irse al campo por en medio de la ciudad, ya llena de gente. Los japoneses no manifestaron sorpresa alguna al ver aquel grupo extraordinario.

Además, sus propias rarezas no les extrañan. El dueño de una casa de libertinaje hizo una vez una peregrinación al dios del lago On-Take y volvió lleno de rosarios, de sellos del templo puestos en todos los puntos de su traje y poseído de tal furor devoto que se comunicó á sus geisha. De la mañana á la noche no se veían allí más que mujeres prosternadas en oración ni se oían más que cánticos piadosos. Los clientes que entraban bajo aquel techo santificado se iban encogiéndose de hombros y más contrariados en sus costumbres que en su entendimiento.

Un hijo de inglés nacido en el Japón y tan japonés que se había hecho un famoso narrador de yose, se sentía molestado en sus excursiones por la necesidad del pasaporte. ¿Cómo librarse de esa incomodidad? No vió otro medio que hacerse naturalizar, es decir, adoptar por un japonés, y fijándose en un viejo kurumaya que iba tirando en aquel momento de su carricoche, le gritó en inglés: «¡Stop!» El viejo se paró sin dejar los tirantes y volvió hacia el parroquiano su arrugada cabeza.

—¿Quieres ser mi padre?

—¿Eh? ¿Su padre de usted?

—Sí, mi padre adoptivo. Te daré diez yen al mes.

—¿Diez yen?

—Sí, diez yen, si me adoptas.

—*Yo gozaimasu* (sí, me conviene).

El kurumaya no preguntó más y para ir á la estación hicieron



Vendedor ambulante de legumbres, denominado *aumonoya*, y criada que va á buscar agua

un rodeo y fueron á redactar aquella extraordinaria declaración de paternidad. Pero esa gente que no pestañea ante las proposiciones ó espectáculos más imprevistos, tiene sublevaciones ciegas y silenciosas de inaudita violencia, como las olas mansas.

Los sacerdotes del templo de Sui Tengu venden en ciertos días amuletos que la gente va á buscar de todas las provincias. La distribución empieza de ordinario á las tres de la madrugada; pero un día que se retrasó hasta las cuatro y llovía á torrentes, la multitud embistió el templo con tales gritos y tan tremendo empuje, que los árboles, las casillas de los guardas, el teatro de las danzas sagradas, las casas de los sacerdotes y dos faroles de piedra quedaron hechos pedazos.

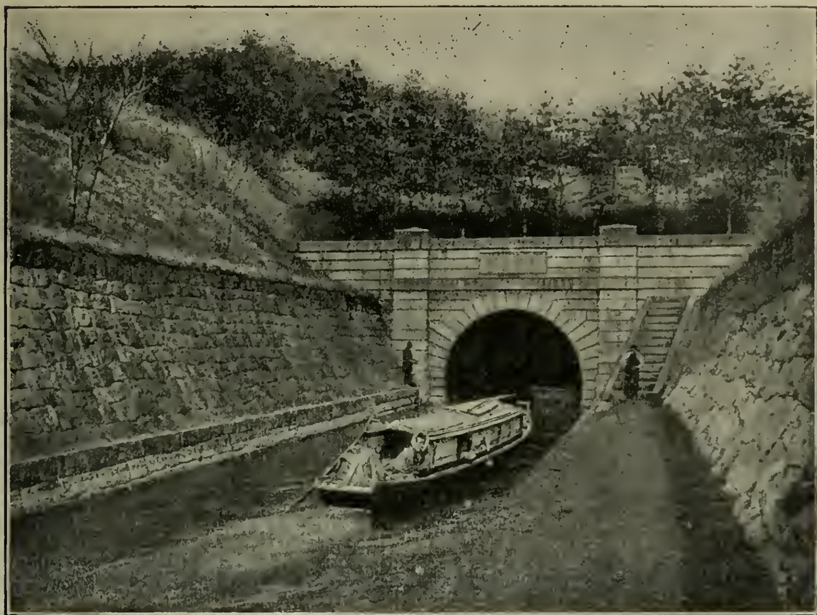
Nada más cómico, seguramente, puesto que se trataba de amuletos. Pero se ve en esto señales manifiestas de la fuerza de revuelta que se acumula en las profundidades populares y sólo se escapa todavía bajo la presión accidental de un acceso de fanatismo.

Inquieto y conducido por inteligencias enamoradas de novedades cuyas consecuencias no conocen, el pueblo japonés, preparado á todas las audacias, me parece una presa seductora para los futuros fautores de revoluciones.

Esos revolucionarios tendrán un poderoso auxiliar en la miseria, en la atroz miseria que arrastra consigo nuestra civilización industrial. La ciencia que los japoneses se jactan de haber conquistado ha instalado entre ellos sus instrumentos de tortura. En otro tiempo el artesano, seguro de vivir, sentía nacer en él un humilde y dulce artista. La industria moderna le ha convertido, bajo pena de muerte, en una máquina sin iniciativa y sin ideal adherida á otra máquina que no tiene inteligencia ni piedad. Ya, en 1892, un jurisconsulto francés, M. Boissonnade, profesor de derecho en el Japón, afirmó que había nacido la cuestión social. Después ha crecido. Los patronos japoneses y sus intermediarios se han mostrado más duros con los obreros que en otro tiempo los señores feudales y los samurai con los pobres (1). El hombre puede aún protestar cuando se le imponen jornadas de doce, quince y diez y siete horas. Pero ¿y la mujer, á quien nadie protege? ¿Y la joven, á quien la policía conduce á la fábrica? ¿Y el niño? El pueblo japonés no tiene respeto á la infancia. La antigua sociedad ornaba con ellos impudentemente sus noches de placer, y la nueva puebla con ellos criminalmente las noches en blanco de sus manufacturas. «¿Qué hemos de hacer?, dicen los patronos. Nuestros obreros, irregulares y holgazanes, no nos manifiestan deferencia alguna. Quisieran ser nuestros iguales, por no decir nuestros dueños, y nos veremos obligados, para salvar nuestros capitales, á contratar mercenarios chinos.» Los obreros se declaran en huelga y tienen buenas razones para ello; pero si no las tuvieran se declararían lo mismo para imitar á los europeos. Carecen todavía de jefes, y en los pequeños oficios, como los terraplenado-

(1 Véase la nota sobre el socialismo japonés que publicamos en el lugar correspondiente —*(N del T.)*

res y los carpinteros, hay capataces que mandan por su cuenta cuadrillas de veinte ó treinta jornaleros á quienes dan las herramientas y las blusas, y que ganan en crueldad á los industriales y patronos ricos. Sólo se espera al político que vaya á exasperar su miseria y á crearse rentas con ella.



Gran canal de Kioto

Como el estudiante que no estudia se hace soshi, el trabajador que no trabaja se hace kurumaya. Solamente Tokío tiene más de cuarenta mil arrastradores de carricoches. Los afortunados se reunen en los alrededores de las buenas casas y de las fondas, y comen, beben y juegan en cuanto la policía vuelve la espalda. Los otros circulan á todas horas en busca de «la buena simiente» ó «de la piedra preciosa,» como ellos llaman al parroquiano, y se les ve merodear en la sombra como zancudas melancólicas que van arrastrando las alas rotas. En las noches frías levantan la capota de su cochecillo y se duermen en él con el farol entre las piernas, para no helarse. Cuando son viejos y tienen que enderezar desesperadamente el espinazo á cada vuelta de las ruedas, se ha_

cen traperos ó remendones de geta. Pero sus miradas de odio á los tranvías prometen una activa intervención de estos hambrientos si llega una noche de sangrientas pendencias.

No se sospecha, bajo las exterioridades descuidadas de la vida japonesa, la sombría crecida de miseria que sube silenciosamente á medida que las ideas europeas de igualdad y de lucha por la vida van rompiendo las nubes búdicas del antiguo firmamento. Pero esa miseria no tiene el aspecto hediondo y purulento de la nuestra. He visitado con frecuencia los barrios más miserables de Tokío. La desnudez de las casas no choca en ellos, puesto que los ricos nos han acostumbrado á la de las suyas. Las hay que dejan entrar el agua entre las tablas mal juntas hasta unos jirones de tatami cuya paja empieza á podrirse: allí, ante un pequeño altar de los antepasados, hecho de una vieja caja de mandarinas y sujeto al muro por dos cuerdas de paja, duermen mezclados y envueltos en pedazos de estera y en cobertores de paraguas hombres, mujeres, viejos y niños.

Dichosos aún los que alojan sus mezcolanzas en seis pies de estera que sea suya. Los que ni eso tienen van, por uno ó dos sueldos, á disputar su sueño á unas pulgas como granos de arroz. En el portal de esos chamizos se ven los zurrones del vendedor ambulante, los tabernáculos que los mendigos llevan á la espalda para pedir limosna, las sombrillas de largo mango de los equilibristas, las caretas de león con que los gimnastas mendigan de puerta en puerta, los sacos de los prestamistas al día en que desaparecen los últimos harapos de los miserables, los shamisen de las cancioneras de las calles, las azadas de los labradores, los faroles de los kurumaya y todos los objetos que marcan el hambre, amontonados entre las sandalias usadas, señaladas con un pedazo de papel á fin de que puedan reconocerlas sus dueños. En la sala común, iluminada por un cabo de vela que no permite determinar la longitud de una columna ennegrecida, se destacan más cuerpos extendidos que tumbas en un cementerio. Mas aún envidiarían su atmósfera de sudores y de humo los baladrones haraposos, esportilleros y cargadores de leña que pisan día y noche el lodo de los mercados y las orillas de los canales.

Los rigurosos compartimientos en que la sociedad antigua había encasillado los géneros de individuos han estallado en el cata-



TRILLADORES DE CEBADA

clismo de la Restauración. La ruina de la burguesía de espada, la emigración de los campesinos, el incentivo del lucro, la inexperiencia del oficio escogido, las quiebras numerosas y los perpetuos incendios multiplican y confunden los restos. La pobreza de otro tiempo se ha convertido en pauperismo, y los miserables, absorbidos antes en las categorías sociales, forman ya una clase independiente y temible. Ya no se dice de un samurai arruinado: «Pescado podrido, pero, con todo, pescado de calidad.» Cuando los usureros, cuyas florecientes casas ostentan sus fachadas de ladrillos y de adobes en medio de las miserables chozas, cuando «esas bestias con rostro humano, vampiros de los pobres,» en cuyas garras seres famélicos depositan todas las mañanas en procesión interminable sus ropas, sus utensilios, sus arbolitos y hasta sus perros y sus gatos, le han despojado de su modesto patrimonio y se han apoderado aun del recurso supremo, de la piedra sepulcral de sus antepasados, el samurai no es ya sino un pez como los otros, apiñado en un cieno anónimo.

Pero la miseria japonesa tiene un sentido artístico que atenúa su horror. Recorred los mercados nocturnos de Tokío, largas alfombras de resplandor que la ciudad extiende cada noche á los pies de sus enormes masas de obscuridad. El pobre funcionario, que devuelve la visita á su jefe, descubre por una veintena de sueldos calzados europeos en que las suelas de cartón quedarán perfectamente adheridas en el tiempo empleado en ofrecer sus respetos. La criada encuentra un viejo recipiente para el arroz; el miserable adquiere mediante algunos céntimos un tentáculo de pulpo cuya carne asada cruje bajo sus dientes. Y todas esas cosas que sólo se venden con la complicidad de las linternas y de la obscuridad, ¡qué elegantemente dispuestas están! ¡Qué lindos escaparates de prendería y de alimentos dudosos! Las colas de las caballas ahumadas tienen el aspecto de objetos de arte, y también se encuentran allí verdaderos bronces y deliciosos *bibelots* rotos ó descabalados, pero que las manos de los pobres acarician delicadamente.

Y estos desheredados no han perdido sus modales suaves y corteses. La mendiga que penetra en el sombrío albergue en donde se amontonan los harapientos, no dejará de decir al niño que lleva de la mano: «Hay aquí muchos tíos, hijito.» Y las viejas cabezas grises se erguirán para murmurar palabras de bienvenida.

También ellos gustan de los discursos bellos y de los cuentos, y aun los barrios más abyectos tienen sus narradores de yose; y los hambrientos estómagos tienen todavía orejas para regalarse con las fantásticas y picarescas historias que un payaso parlanchín les cuenta al aire libre.

Desgraciadamente, la embriaguez aumenta; al pillaje de los va-



Tienda de porcelana ordinaria, denominada *setomonoya*

gabundos ha sucedido el robo organizado y la pasión del juego hace estragos: en vano la ley lo prohibe y la policía lo persigue: el juego triunfa. Y como de entre todos los edificios privados ó públicos el único inviolable es el Parlamento, allí es donde se dan cita los tunantes y los tahures, que acompañan á los ochocientos kurumaya de los diputados y de los senadores y empujan los coches de los parlamentarios que se creen así llevados al templo de la gloria en alas de la popularidad. Mientras ellos legislan, los kurumaya y sus auxiliares se juegan á cara ó cruz los arreos, el forraje, el cochecillo y hasta la cuadra.

Los únicos desgraciados que siguen trabajando constantemen-

te y que en el trabajo permanecen fieles á su tradición son los antiguos parias, á quienes los japoneses llaman todavía *Eta*, es decir, impuros. Cuando se visita el barrio de Asakusa y se perciben olores de curtiduría, se ve, en pequeñas tenduchas, la más hermosa colección de tambores que puede ofrecer el Japón. En medio de la calle se divierten niños parecidos á todos los niños japoneses; en el umbral de las casas aparecen mujeres semejantes á todas las mujeres japonesas, si se exceptúa que llevan aún los dientes lacados; y los hombres, que ponen á secar delante de sus tiendas millares de sandalias, apenas se distinguen del resto de los japoneses. Y, sin embargo, son parias. ¿Se trata de antiguos cautivos de Corea? ¿De descendientes de náufragos ó de leprosos? No se conoce su origen, pero el budismo reprobaba á esos comedores de carne y el pueblo execraba á esos matachines de animales.

Los *Eta* hacían correas y fabricaban bridas, tambores, pinceles, cepillos y mechas de lámpara (1). No se casaban más que entre ellos, como si vivieran fuera de la sociedad, y no parecía sino que la naturaleza se unía á los hombres con sus anatemas, pues nunca había árboles ni verdor al lado de sus casas. Cuando uno de ellos entraba en una fonda alegre, el dueño cambiaba en seguida los tatami que había usado. En 1854 un Eta fué muerto en una riña, y el tribunal decidió que, no valiendo el Eta más que la séptima parte de un hombre, el matador podía matar aún otros seis Eta antes de ser castigado.

Pero reunían dinero. Obedecían á un jefe, especie de daimio inferior que trataba con el gobierno y cerca del cual estaban representados por unos intendentes elegidos por sufragio universal. Los escrutinios eran á veces falsificados y, no pocas, los intendentes se dejaban corromper, lo que permite decir que el régimen representativo era conocido y practicado en el Japón hacía siglos... entre los parias.

La Restauración les ha dado la igualdad civil y política, pero ellos son indiferentes á ese don, que los ha despojado de sus antiguas prerrogativas sin lavar su obscura infamia. El prejuicio subsiste hasta tal punto, que muy recientemente, un sacerdote sintoísta, habiendo sabido que su yerno era un antiguo Eta, pidió al tribu-

(1) Todos esos datos acerca de los *Eta* los he tomado de un notable estudio del abate Evrard, publicado en la *Revista Francesa* del Japón.

nal que anulase el matrimonio de su hija, tan abominablemente profanada. El tribunal decidió esta vez que un Eta equivalía á un hombre y rechazó la demanda. Y al salir de la audiencia, el gorro sobre la oreja, confundido y extrañado, se vió á aquel sacerdote, á aquel funcionario del culto oficial, á aquel adorador de la divini-



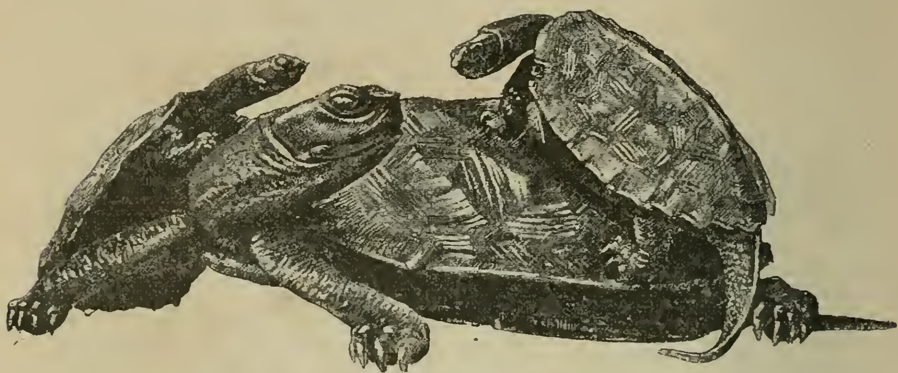
El Prado de Tokío

dad imperial, exclamar, levantando el rostro hacia el cielo y extendiendo los brazos:

—¡Ya no hay Dios!

Es posible que muchos japoneses piensen lo que aquel kannushi gritaba á voz en cuello. Pero se tranquilizan cuando ven deslizarse por las aguas sus acorazados y cuando escuchan al ponerse el sol los toques de las cornetas militares. Porque los antiguos dioses del Japón son los que han equipado su armada de cincuenta buques y su ejército de trescientos mil hombres. ¿Qué vale esa armada? ¿Qué vale ese ejército? Y, sobre todo, ¿qué valen sus jefes? ¿Podrían luchar con fuerzas europeas? Los mejor

informados y los más competentes no lo saben. Hay quien piensa que esos regimientos amarillos no podrían aún resistir el antiguo prestigio de los bárbaros de piel blanca (1). Pero la verdad es que, en la actualidad, de todas las instituciones que el Japón ha tomado de nosotros, la marina y el ejército nacionales son las únicas que tienen razón de ser, las únicas en que las virtudes de la raza no se alteran ni se extravían. Y, de todas las escuelas, la militar es la única en que los alumnos, aun aquellos á quienes he oído expli-



Grupo de tortugas, escultura en bronce, de Seimin

car el *Charles XII* de Voltaire, parecen continuar una tradición y preparar seriamente el porvenir. No sólo los oficiales á quienes he tratado constituyen en esta sociedad febril el cuerpo más sano, sino que son los más abiertos, los más instruídos, los más amables y se encuentra en ellos una generosidad de alma que no brilla en los nuevos políticos. Entré un día en la sala de armas de la Guardia imperial y el primer objeto que se ofreció á mis ojos fué la litografía de nuestros *Ultimos cartuchos* colgada en la pared como único grabado extranjero al lado de los cuadros de victorias japonesas.

El cuartel está á dos pasos, y cuando entré en él, acompañado por el mayor Taguchi, el general estaba pasando revista á los dormitorios é iba de un soldado á otro, inspeccionaba su equipo

(1) La actual guerra ha resuelto este problema de un modo indudable á costa de los rusos. Está hoy demostrado que si el Japón no iguala á Europa en ciencias, ni en literatura, ni en artes, ni en industria, como lo prueba este libro, puede muy bien competir en barbarie con los «bárbaros de piel blanca.»—*(N. del T.)*

y á veces se paraba á interrogarles. Y entre aquellos dos hombres se establecía entonces un corto diálogo de preguntas y respuestas propias de un catecismo corneliano:

—«¿Quién es tu jefe?

—»El emperador.

—»¿Qué es el espíritu militar?

—»La obediencia y el sacrificio.

—»¿Qué entiendes tú por gran valentía?



Espaderos forjando armas, dibujo de Hokusai

—»No mirar nunca el número y avanzar.

—»¿Y por pequeña valentía?

—»Arrebatarse por nada y rebajarse á brutalidades viles.

—»¿De dónde viene la mancha de sangre que enrojece tu bandera?

—»Del que la llevaba en la pelea.

—»¿En qué te hace pensar?

—»En su dicha.

—»¿Cuando el hombre muere, ¿qué queda?

—»La gloria.»

Al salir me dijo mi compañero:

—No hemos querido que nuestro país fuese solamente para Europa un museo de curiosidades.

Y yo pensaba: ¡Oh soldado! Te visten á la europea y los pintores japoneses de la nueva escuela, que representan tus hazañas en China ó en Formosa, no te encuentran bastante guapo y te

ponen sobre los hombros una cabeza de soldado occidental. Pero, con tu nuevo uniforme, hablas como tus antepasados que cayeron en Sekigahara. Mientras tú pienses esas cosas, el Japón sentirá agitarse en él la divinidad de sus muertos. Y tú me das lo que he buscado en vano en tu política, en tu budismo, en tu vida de familia, en tu riqueza ó en tu desnudez, esto es, un punto fijo desde el que puedo contemplar sin gran aprensión ni melancolía á un pueblo que no ha querido ser un museo de curiosidades, pero que se está convirtiendo, por desgracia, en un laboratorio de inoculaciones.



Dibujo de Hokusai

ÍNDICE DEL TEXTO

Páginas

PREFACIO V

LIBRO PRIMERO

PRIMERAS IMPRESIONES

CAPÍTULO PRIMERO.—En camino para el Japón. 1
— II.—El símbolo en el Japón moderno. 8
— III.—Un interview sobre la naturaleza, las ciudades y sus habitantes 17
— IV.—En la Dieta y en las calles. 37
— V.—Parlamentarismo y feudalismo. 51

LIBRO SEGUNDO

TRES DÍAS DE CAMPAÑA ELECTORAL

CAPÍTULO PRIMERO.—Primer día: los personajes. 59
— II.—Segundo día: viajes y banquetes. 80
— III.—Tercer día: un meéting nevado.. 90

LIBRO TERCERO

PADRES É HIJOS

CAPÍTULO PRIMERO.—El carnaval del pasado. 97
— II.—El Japón legendario y feudal. 106
— III.—El Japón centralizado. 122
— IV.—La restauración imperial y sus consecuencias. 137

LIBRO CUARTO

EL ESPÍRITU RELIGIOSO

CAPÍTULO PRIMERO.—¿Son religiosos los japoneses?. 151
— II.—El culto nacional.. 160

Páginas

Capítulo III.—La voluptuosidad búdica. 171
— IV.—Las religiones extranjeras: decadencia y conflicto. . . . 184

LIBRO QUINTO

LA IMAGINACIÓN

Capítulo primero.—Del realismo á la fantasía. 193
— II.—Los teatros y las novelas. 214
— III.—La gracia japonesa. 231

LIBRO SEXTO

LA MUJER Y EL AMOR

Capítulo primero.—La mujer en un pueblo mujer. 237
— II.—La educación heroica. 243
— III.—El concepto del amor. 258
— IV.—La japonesa de mañana.. 269

LIBRO SÉPTIMO

LA SOCIEDAD NUEVA

Capítulo primero.—La corte y la aristocracia.. 281
— II.—Los advenedizos y la juventud. 293
— III.—El pueblo. 312

ÍNDICE DE GRABADOS

Paginas

La estación de Kobe en la línea férrea de Tokío. 1
Jóvenes japonesas. 3
Aspecto de la calle de Ginza, la principal y más europeizada de Tokío . . 5
Kurumaya conduciendo en una *djinrikisha* á una geisha. 9
Costureras. 11
Geisha tañedora de shamisen. 13
Vendedor de zuecos de madera ó *geta*. 15
Templo de Müdera en la ciudad de Otsu, á orillas del lago. 19
Cascada de Nunobiki en Kobe. 21
Formas de calzado de las japonesas. 23
Japonesa con su hijo. 25
Equilibristas japoneses, dibujos de Hokusai. 27
Prestidigitador introduciéndose un sable por la boca, dibujo de Hokusai. . 28
Canal de Yokohama. 29
Decidor de la buenaventura en una calle de Tokío. 31
Parque de Tokío. 33
Palacio imperial de Tokío y puente que da acceso al recinto amurallado del mismo. 35
Luchadores japoneses. 39
Mutsuhito, emperador del Japón. 41
Apertura del Parlamento japonés. El presidente del Consejo entrega al emperador el mensaje que ha de leer. 43
Pescadero ambulante.—Tienda de pescados y mariscos (Tokío). 47
Juegos infantiles en una fiesta popular. 49
El marqués de Ito. 53
Kawakami, ilustre actor y político japonés. 55
Fumador japonés, dibujo de Hokusai. 58
Edificio de las facultades de Derecho y Filosofía (Tokío). 59
Avenida de Budas en Nikko. 67
Antiguo guerrero, dibujo japonés. 73
Puerta interior del templo de Iyemitsu en Nikko. 75
Disposición de la cama japonesa: posición de la cabeza sobre la almohada y colchoneta de abrigo con anchas mangas. 77
Campesinos. 81
Buda japonés. 83
Hotel japonés en Matsushima. 85
Cantor callejero. 87
Casa de te en el parque de Yokohama. 91
Cantoras. 93
Pato en escorzo, dibujo de Hokusai. 96

Páginas

El primer Gimnasio (Instituto) en Tokío. 97
Geisha sorprendidas por la lluvia, dibujo japonés. 99
Emperador de las antiguas épocas, dibujo japonés. 101
Arquero, dibujo japonés. 103
Vani y Atshi, primeros sabios de Corea que fueron al Japón, dibujo de Yosay. 107
Sho-ki, héroe chino, dibujo de Hokusai. 109
Cofre para ropas, con lacas en negro y oro, existente en el tesoro del T. Idzuku-Shima. 113
Bonzos en oración.. 119
Tumbas de los últimos Shogun (Shiba) en Tokío. 123
El monte Fuji. 125
Torio de un templo sintoísta de Nagasaki.. 127
Templo sintoísta de Kasuca en Nara. 129
Jimmu Tenno, el fundador de la dinastía japonesa.. 133
El mariscal Yamagata.. 139
Fuerte de Nagoya 143
Soldado, dibujo de Hokusai. 146
El heredero de un daimio ó señor, de paseo, dibujo de Kiyonaga. . . . 149
Guardagolpes de una espada japonesa, por Tomoyoshi.. 150
Torios ó pórticos de un templo sintoísta en Kioto. 151
Bonzos mendicantes recorriendo una calle de Kioto. 153
Imagen de Amida en el templo budista de Nofukuji, cerca de Hyogo. . . 155
Buda japonés en bronce (colección Cernuschi). 157
Lámpara de un templo del shogun Yeyasu 161
El Gran Juez de los Infiernos. (Facsímile de un cuadro japonés). . . . 163
Altar de un templo japonés. 165
Llaves y mazo sagrados (de un croquis japonés). 167
Célebre Daibutsu ó gran figura de bronce de Buda en Kamakura. . . . 173
Pagoda de Yasaka en Kioto, dedicada á los cuatro Nyorai, ó sea, Hojó, Amida, Ashuka y Shaka. 175
Pagoda de Nikko.. 177
Cisterna para el agua bendita en los templos mortuorios de Shiba en Tokío. 179
Campana de Kioto, según un croquis. 181
Aromatizador japonés en bronce (colección Cernuschi).. 185
Calle de Asakusa en Tokío, que conduce al templo de aquel nombre . . . 187
Interior del templo de Asakusa. 189
Grupo alegórico, dibujo de Okomura Massanobu. 192
Procesión y adoración ante un Buda, dibujo japonés. 193
Lección de escritura. 195
Poetisa de circunstancias ensayando una poesía. 197
Escultor y dibujante japoneses, dibujo de Hokusai.. 199
Objeto decorativo japonés.. 200
Flores decorativas, dibujo de Hohitzú.. 201
Tiendas de faroles de papel ó «chochinya». 203
Patos silvestres, dibujo de Hokusai. 205
Gatos cantores y tocador de shamishen, dibujo de Kuniyoshi. 207
Estudio de mujer, por Sukénobu. 209
Japoneses con quitasoles, dibujo de Hokusai. 210
Puente sobre el Sumida en Yedo, por Hiroshighé. 211
Grupo de cómicos del siglo XVIII, dibujo japonés. 215
Teatro al aire libre en Tokío. 217

Páginas

Teatro Gionza en Kioto. 219
Escena del acto primero del drama japonés *La Geisha y el Caballero.* . . 221
Sada Yacco, eminente actriz japonesa.. 223
Kawakami, notable actor y político japonés.. 225
Cómico popular, estatuita en madera. 226
Cómico en escena, estatuita en madera.. 226
Fachada del nuevo teatro de Kabukiza, de construcción europea, en Tokío. . 227
Músico bailarín, estatuita en madera. 228
Calle de Isesakicho, ó de los teatros, en Yokohama. 229
Embarcación dedicada á la pesca y á la conducción de personas y efectos á cortas distancias, en las proximidades de tierra ó en los lagos. . . . 233
Carpas en el río. (Fukúsa ó bordado en sedas). 235
Dragón en bronce, terminación de una cubierta. 236
Tocados de jóvenes japonesas, vistos por detrás. 237
Lección de música 239
En el tocador. 241
Presentación de un recién nacido. 245
Niñas que llevan á la espalda á sus hermanitos.. 247
Fiesta de las niñas, denominada *Ona no codomo no wai*, que se celebra el día 3 de marzo. 249
Fiesta de los niños, conocida por *Go Gatou no kori*, que se celebra el día 5 de mayo. 251
Naipes japoneses. (Tamaño natural). 253
Lavanderas japonesas. 255
Tintero del siglo XVI en laca negra incrustada de nácar y metal. . . . 259
Interior de una habitación japonesa. 261
Jarrón de cerámica para flores, obra de Shinno. 263
Japonesas tomando te. 265
Criadas junto á un pozo de vecindad. 267
Una escuela japonesa, croquis tomado de una pintura del país.. . . . 271
Bordadoras. 273
Tienda de telas de exclusiva fabricación japonesa. 275
Japonesas merendando patatas en el campo. 277
Jarro para flores, calado en madera, obra de Minkoku. 279
Figurita en marfil. 280
Castillo de Kumamoto. 281
Un yen. moneda japonesa. 283
Medio yen, moneda japonesa. 285
Cruces ó condecoraciones japonesas: 1, de la orden del Crisantemo; 2, de la orden del Sol, primera clase. 287
Cruz de la orden de la Corona, primera clase. 289
Cartero. 291
Cultivadores de arroz. 295
Un *tsihajin,* ó presidente de un círculo de bebedores de te, estatuita en madera del siglo XVIII. 297
El Tribunal Universitario (Tokío). 299
Instituto Físico de la Universidad de Tokío. 301
Vista parcial del puerto y Casa Aduana de Yokohama.. 303
Casa de Correos y Telégrafos en Yokohama. 305
Niño vestido con el kimono. 307
Vendedor de cerezas en invierno. 309

Páginas

Vendedor ambulante de flores, denominado *hanaya*. 313
Aromatizador en bronce. 315
Jimmu Tenno, facsímile de una pintura japonesa. 317
Vendedor ambulante de legumbres, denominado *aumonoya*, y criada que va á buscar agua 319
Gran canal de Kioto. 321
Trilladores de cebada. 323
Tienda de porcelana ordinaria, denominada *setomonoya*. 325
El Prado de Tokío. 327
Grupo de tortugas, escultura en bronce, de Seimin. 328
Espaderos forjando armas, dibujo de Hokusai.. 329
Dibujo de Hokusai. 330

CATÁLOGO

DE OBRAS PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL DE MONTANER Y SIMÓN.-BARCELONA

SECCIÓN DE HISTORIA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE. Magnífica edición, la más lujosa de cuantas ha publicado nuestra Casa editorial.—Comprende: ARQUITECTURA. Tres tomos profusamente ilustrados con hermosos fotograbados, cromos y fototipias, que se venden al precio de 160 pesetas artísticamente encuadernados.—PINTURA Y ESCULTURA. Un tomo de 952 páginas con 1.157 grabados intercalados en el texto y 49 láminas sueltas, algunas de ellas preciosas cromolitografías, que se vende á 75 pesetas, lujosamente encuadernado.—TRAJE. Dos tomos, que constan de 300 páginas de texto y de 240 bellísimas cromolitografías, y se venden, artísticamente encuadernados, al precio de 115 pesetas.—MUEBLE, TEJIDO, BORDADO Y TAPIZ, METALISTERÍA, CERÁMICA Y VIDRIOS. Esta interesante parte de nuestro libro, lo mismo que las anteriores, va ilustrada con numerosos y perfectos grabados, y se vende al precio de 70 pesetas.—ORNAMENTACIÓN. Estudio analítico de los elementos que la integran y sintético de sus diferentes evoluciones á través de los principales estilos, ilustrado con 115 láminas tiradas aparte y variedad de grabados intercalados en el texto. Se vende al precio de 70 pesetas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA. Colección de las obras más notables y modernas que se han publicado sobre la HISTORIA DE FRANCIA. Comprende: I. HISTORIA DE FRANCIA DESDE SU ORIGEN HASTA LA REVOLUCIÓN. Notable obra que se publica en Francia con extraordinario éxito bajo la dirección del sabio historiador *M. Ernesto Lavisse*, de la Academia francesa y catedrático de la Universidad de París, con la colaboración de los más renombrados catedráticos de las Universidades de Francia.—II. HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, EL CONSULADO Y EL IMPERIO. Obras de reconocido mérito escritas por el célebre historiador y estadista *M. Adolfo Thiers*, precedidas de un juicio crítico de la Revolución y sus hombres por *D. Emilio Castelar*, cuyos originales son de exclusiva propiedad de esta Casa editorial.—III. LA NUEVA MONARQUÍA (1815-1848). LA SEGUNDA REPÚBLICA Y EL SEGUNDO IMPERIO. GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870). Notable obra escrita por *Pedro de la Gorce*, que ha merecido ser premiada por la Academia francesa.—IV. LA NUEVA REPÚBLICA. THIERS. LA COMMUME. MAC MAHÓN. GREVY. CARNOT. PERIER. FAURE. LOUBET. Obra interesantísima, redactada á vista de los documentos más auténticos y las más completas monografías.—Edición profusamente ilustrada con magníficas reproducciones de los más curiosos códices que existen en la Biblioteca Nacional de París, grabados, mapas, facsímiles de manuscritos importantes, así como copias de los más renombrados cuadros existentes en los museos de Europa. Publícase por cuadernos semanales de *dos reales*, los cuales constan de cuatro pliegos de 8 páginas de texto cada uno.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, por *D. Modesto Lafuente*, continuada hasta nuestros días por *D. Juan Valera*, con la colaboración de *D. Andrés Borrego* y *D. Antonio Pirala*.—Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica

y variada colección *numismática española*.—Seis magníficos tomos en tamaño folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino, y canto dorado. Su precio 310 pesetas ejemplar *Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuída en 25 tomos lujosamente encuadernados, á 5 pesetas uno.*

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBIANA, escrita por *D. Francisco Pi y Margall*.—Magnífica edición ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc.—Se vende encuadernada en dos tomos de unas 1.000 páginas cada uno al precio de 85 pesetas.

LA CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES, obra escrita en francés por el doctor *Gustavo Le Bon*, traducida y anotada por *D. Luis Carreras* é ilustrada con delicadísimos grabados intercalados en el texto, tomados de fotografías y documentos auténticos.—Un tomo de tamaño casi folio, encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 12 pesetas.

LA REVOLUCION RELIGIOSA (Savonarola-Lutero-Calvino y San Ignacio de Loyola), por *D. Emilio Castelar*.—Edición ilustrada con láminas en colores y grabados en acero. Esta obra consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados ricamente con tapas alegóricas, y se vende al precio de pesetas 120.

HISTORIA DE FELIPE SEGUNDO. Notable obra escrita por *H. Fornerón*, premiada por la Academia Francesa, y traducida por *D. Cecilio Navarro*. Un tomo con ilustraciones. Se vende encuadernado al precio de 14 pesetas.

HISTORIA UNIVERSAL, escrita parcialmente por veintidós profesores alemanes bajo la dirección del eminente historiador *Guillermo Oncken*. Historias generales de los grandes pueblos. Estudios de las grandes épocas. Monografías de los grandes hechos. Biografías de los grandes hombres. Traducción directa del alemán por reputados escritores, revisada por *Don Nemesio Fernández Cuesta*.—Edición ilustrada espléndidamente con grabados intercalados, mapas, facsímiles rarísimos, monedas, armas, y el completo de las cromolitografías que constituyen la magnífica obra Historia del traje en la antigüedad y en nuestros días, por el profesor *Federico Hottenrot*. Consta de 16 tomos y se venden al precio de 317 pesetas.

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS, desde su primer período hasta la administración de Jacobo Buchanan, por *J. A. Spencer*, continuada hasta nuestros días por *Horacio Greeley*, traducida por D. E. Leopoldo de Verneuil.—Tres tomos ilustrados que se venden encuadernados al precio de 90 pesetas.

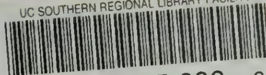
HISTORIA DE LOS ROMANOS, desde los tiempos más remotos hasta la invasión de los bárbaros, por *Victor Duruy*, traducida por *D. Cecilio Navarro*.—Edición profusamente ilustrada Consta de dos tomos y se venden encuadernados al precio de 34 pesetas.

GERMANIA, dos mil años de historia alemana, por *Juan Scherr*, traducida directamente del alemán.—Edición profusamente ilustrada. Un tomo en cuarto mayor ricamente encuadernado con tapas alegóricas. Su precio 12 pesetas.

NUESTRO SIGLO. Reseña histórica de las artes, literatura, ideas religiosas, morales y políticas, movimiento científico, y cuanto constituye el modo de ser de las actuales generaciones, por *Otto von Leixner*. Traducción del alemán, revisada y anotada por *D. Marcelino Menéndez Pelayo*.—Edición ilustrada. Un tomo en cuarto mayor, ricamente encuadernado con tapas alegóricas. Su precio 12 pesetas.

GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO de ciencias, artes y literatura, escrito por los más renombrados *hombres de ciencia y artistas de España y América*.—Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reino, animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las cienciass agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas; monedas y medallas de todos los tiempos, etc., etc., etc. La obra consta de 25 tomos (26 volúmenes) encuadernados, y se vende al precio de 711 pesetas.




UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 055 886 6


ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL
-BARCELONA-